Agatha Christie

SOPHIE HANNAH

EL ÚLTIMO CRIMEN DEL AÑO



UN NUEVO CASO DE HÉRCULES POIROT

ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo. Propósitos de año nuevo

Capítulo 1. Llegada a Lampero

Capítulo 2. LA Casa de la Eterna Bienvenida

Capítulo 3. Las reglas del juego

Capítulo 4. Secretos, sorpresas y mentiras

Capítulo 5. La primera mención de un asesinato

Capítulo 6. Error a medianoche

Capítulo 7. Se tarda más en matar que en morir

Capítulo 8. La primera muerte del año

Capítulo 9. Las sospechas del inspector

Capítulo 10. Cuando el perdón va demasiado lejos

Capítulo 11. Otro poema empeora la situación

Capítulo 12. Lo que Pearl sabía

Capítulo 13. La cabeza en la arena

Capítulo 14. Charles se quita un peso de encima

Capítulo 15. Thirza, la implacable

Capítulo 16. La votación de Belty Ricks

Capítulo 17. Lo que Thirza sabía

Capítulo 18. El experimento de Olive y el dilema de Rhoda

Capítulo 19. Una confesión impactante

Capítulo 20. Poirot se cura de la fobia

Capítulo 21. Otra confesión impactante

Capítulo 22. Trucos de cocina y preguntas candentes

Capítulo 23. Pearl hace un trato

Capítulo 24. Razones heterogéneas

Capítulo 25. Un manojo de cartas

Capítulo 26. Las opiniones de Olive

Capítulo 27. Asesinato al segundo intento

Capítulo 28. Complicaciones con la bufanda amarilla

Capítulo 29. Olive vuelve a opinar

Capítulo 30. El enigma de la «F» mayúscula

Capítulo 31. Una trilogía de asesinatos

Capítulo 32. El tercer asesino

Capítulo 33. Una carta de Pearl

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

Créditos

El último crimen del año

Un nuevo caso de Hércules Poirot

Sophie Hannah

Traducción de Milo J. Krmpotić

ESPASA

Para Alex Michaelides, mi querido amigo, también superfán de Agatha, que espera con ilusión cada una de mis novelas de Poirot y luego las disfruta tanto que se ha convertido en una de mis razones favoritas para escribirlas.

Prólogo

Propósitos de Año Nuevo

Antes de llegar a conocer como es debido a los residentes de la casa de los tres nombres, me enteré del propósito de Año Nuevo que cada uno de ellos tenía para 1933. Le aseguro que es una manera tan buena como cualquier otra de conocer a una persona. Si busca una relación de amistad profunda o acelerada, el 31 de diciembre es el día perfecto para quedar con alguien por primera vez, ya que lo averiguará todo acerca de los hábitos que esa persona desea abandonar o empezar en cuanto enero haga acto de presencia.

Supongo que no me creerá si le digo que es posible solucionar un asesinato limitándose a leer el listado de propósitos de Año Nuevo de los sospechosos, pese a no saber nada más acerca de ellos.

Es verdad, por improbable que parezca, aunque no pretendo sugerir con ello que comprendamos las razones del criminal ni nada por el estilo. Lo que quiero decir es que, si uno buscara solo separar al culpable de los inocentes, permítame asegurarle que, en la pequeña isla griega de Lampero, mientras la hora avanzaba tambaleante hacia la culminación del último día de diciembre, fue del todo posible averiguar quién había cometido un asesinato y quién no con solo leer con la atención necesaria la lista de propósitos que le ofrezco al pie de estas líneas; y, en efecto, esa es la razón por la que planeo compartirle esa lista antes de añadir nada

más, aunque admito que se trata de una manera poco convencional de comenzar un relato.

Como es natural, cuento con la aprobación de Poirot. «¿Por qué no deja que sus lectores conozcan al elenco de sospechosos *précisément* como usted los conoció, *mon ami*? —me dijo, con un brillo vivo en los ojos verdes—. Los propósitos que pusieron por escrito nos ofrecieron las primeras migajas de información significativa sobre ellos, *n'est-ce pas?* Esas palabras que cada uno introdujo en el cuenco».

Puesto que Poirot y yo formamos parte del grupo que se había reunido esa noche en la bahía de Liakada, el ansia de exhaustividad me obliga a incluirnos en la lista, y también que, de este modo, le ofrezco dos ejemplos fiables de lo que se puede escribir en una situación así cuando uno no planea cometer ningún asesinato.

He aquí, pues, la colección de los propósitos de Año Nuevo de las personas que estuvieron presentes esa noche, la del 31 de diciembre de 1932, en la bahía de Liakada:

1. Edward Catchpool (su narrador, el inspector Edward Catchpool de Scotland Yard, ya que no he cumplido presentándome al principio): Salir a nadar al mar cada día, sin excepción y con independencia de la temperatura del agua.
2. Hércules Poirot: Abandonar la costumbre de pasar directamente de una cita o evento al siguiente. En su lugar, reservar tiempo, entre periodos de actividad, para no hacer nada o para salidas espontáneas, imprevistas.
3. Nash Athanasiou (de nombre real, Nathaniel; nuestro anfitrión en Lampero y líder del grupo de la que él llamaba «la Casa de la Eterna Bienvenida», que los vecinos denominaban «Spíti Athanasiou» y a la que sus residentes, en exclusiva ingleses y norteamericanos, se referían como «La Espita»): Completar diez pruebas prácticas que idearían para él Austin Lanyon y Matthew Fair (sus dos amigos más íntimos y los asesores principales de la casa), pensadas para hacer de él un mejor ejemplo viviente de los frutos del espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, apacibilidad, gobierno de uno mismo, fe

y, el más importante, el perdón (una prueba por «fruto», especificó, y cada desafío debía ser de lo más exigente).

4. Austin Lanyon: Leer e intentar escribir poesía a diario.
5. Matthew Fair: Ser más ordenado, menos olvidadizo y más puntual.
6. Olive Haslop: Estar abierta, siempre, a aprender cosas nuevas y a que le demuestren que está equivocada, y no permitir nunca que la aflija la intolerancia.
7. Rhoda Haslop: Dedicar un ensayo a la cuestión del principal fruto del espíritu, el perdón, a fin de comprenderlo en mayor detalle y practicarlo con mayor efectividad.
8. Charles Counsell: No decir nada de alguien ausente a un tercero que no estuviera dispuesto a decir también en presencia de esa persona.
9. Thirza Davis: Crear un mundo mejor y más justo sin renunciar nunca a la razón ni a la justicia.
10. Betlinde (a quienes todos llaman «Belty») Ricks: Levantarse más temprano y no perderse el inicio de ningún día glorioso en ese hermoso paraíso griego.
11. Pearl St. Germain: Dar el «sí» a una propuesta de matrimonio del hombre al que ama en menos de un año, habiéndole persuadido antes de que su propósito debería consistir en presentar dicha propuesta lo más pronto posible.

Esta ha sido, sin duda, la lista que más me ha costado mecanografiar nunca, y no solo porque las palabras «una propuesta de matrimonio del hombre al que ama» en relación con Pearl St. Germain, una mujer siempre confundida por el amor, me hayan llevado a hacer una mueca de dolor mientras mis dedos les daban vida sobre las teclas. No, lo que la ha convertido en un calvario ha sido mi capacidad para ver con claridad ahora lo que no percibí en ese momento. Hoy, la maldad y la culpa rebosan la página sin duda, pero no advertí nada en la Nochevieja del año pasado, ni en los días siguientes. Tampoco Poirot reparó en ello, pese a que se trata del hombre más astuto y perspicaz que conozco. Por supuesto, fue él quien acabó señalándolo, pero no, por desgracia, a tiempo de salvar las vidas que se perdieron.

Todo esto para decir que, aunque es y ha sido en todo momento posible averiguar a partir de la lista anterior quién planeaba cometer

un asesinato, no todas las posibilidades llegan a culminarse, como sí sucedió, irremisiblemente, en nuestro caso. Es más, cuando Poirot acabó por descubrir la verdad, la lista no había desempeñado papel alguno para conducirle a la conclusión correcta.

¿Por qué? La respuesta es sencilla: porque, al igual que yo, se dejó distraer por la duodécima declaración, la que no he incluido en la lista anterior, que contenía no solo la palabra «asesinato» y el nombre de la víctima en potencia, sino que indicaba con claridad el propósito de cometer el crimen.

Capítulo 1

Llegada a Lampero

La isla de Lampero, situada en el mar Egeo, entre las de Skíathos y Skópelos, ambas de mayor tamaño, era el lugar más hermoso que yo hubiera visitado, y el asombro relacionado con ella se inició antes incluso de que la pisara. Mientras el barco se acercaba a la isla el último día del año 1932, a duras penas podía creer que esos colores tan vívidos que acudían a nuestro encuentro fueran reales. Al vivir en Inglaterra, uno se imagina que la Madre Naturaleza es más bien discreta y prudente. Y resulta que se vuelve mucho más exuberante en la costa de Grecia: un auténtico derroche cuando se trata de la intensidad de los colores. De no ser por la frialdad del aire, me habría costado creer que estábamos en invierno.

—¡Mire, Poirot! —fueron las únicas palabras que logré decir mientras contemplaba el mar de color celeste y esa arena tan rubia que parecía blanca—. Es perfecta.

Casi habíamos llegado a la orilla, y al puerto del pueblo de Lampero. A lo lejos veía unas figuras minúsculas, entre diez y veinte personas que sin duda esperaban el barco que los llevaría de vuelta a la Grecia continental: el trayecto inverso al que Poirot y yo acabábamos de emprender.

—Sí, perfecta, siempre y cuando uno disfrute de la arena y del agua fría y salada en grandes cantidades —contestó mi amigo belga.

Constaté que el color verde que por lo general se limitaba a sus ojos se había extendido al resto de su cara, y eso que en dos ocasiones le había preguntado si estaba mareado y él me había contestado que no—. Además, las carreteras son demasiado pedregosas e irregulares para los automóviles —refunfuñó—. ¿Sabía usted, Catchpool, que los únicos métodos fiables para desplazarse por Lampero son a pie, en bicicleta o a caballo? Solo hay una carretera corta, ¡una!, por la que pueden circular los vehículos de motor. Pero nadie la transita, porque no hay adónde ir en ninguna de las dos direcciones. ¿Para qué construirla, pues? Es una insensatez, Catchpool.

A mí, todo eso me parecía maravilloso. Una isla pequeña, cuyo contorno estaba compuesto casi en su totalidad por playas y bahías, era mi idea del cielo en la tierra. En vísperas de las navidades del año anterior, Poirot y yo habíamos pasado unos días en la costa de Norfolk. Desde entonces había sido incapaz de desterrar de mi mente el conocimiento de que algunas personas, personas comunes y corrientes como yo, no solo las adineradas, vivían toda su existencia a un corto paseo del mar. La constatación reciente de ese hecho se estaba convirtiendo en un problema para mí, ya que mi trabajo como inspector de policía estaba en Scotland Yard, a todas luces rodeada de tierra, y Hércules Poirot, el mejor de mis amigos, era también un feliz residente de Londres.

Decidido a advertirme en mayor detalle aún, Poirot prosiguió:

—¿Sabía usted que, además, los caballos de este lugar son singulares por su pequeño tamaño? Tienen su propia raza especial y local: el «poni de Lampero», lo llaman. Menos de un metro veinte de altura.

—Me parece muy ingenioso —dije, con alegría—. ¿Quién querría bestias inmensas desplazándose pesadamente por una isla

diminuta?

—¿Y le he contado..., no, creo que no, que al arribar a puerto aún no habremos llegado? ¿Pese a todos los viajes en autobús y en barco que hemos tenido que soportar?

En eso llevaba razón. Nunca había realizado un viaje que requiriera de tantos medios de transporte distintos en un espacio tan breve de tiempo. Antes de que el esplendor de Lampero visto de cerca me animara, me había sentido exhausto; tenía la sensación de haberme pasado un año subiendo y bajando, torpe y abatido, de diferentes armatostes móviles.

—En el puerto del pueblo de Lampero nos recibirá nuestro amigo, monsieur Nash, con una barca más pequeña para rodear la isla hasta su casa, Spíti Athanasiou —dijo Poirot—. Me han dicho que es la manera más rápida de llegar hasta ella, pero ¿por qué, Catchpool, por qué no podemos ir directamente a la bahía de Liakada en este barco? Eso es lo que me gustaría saber.

—Cuénteme más cosas de la isla —le pedí, predispuesto a aprobar todos los aspectos y características del lugar—. Y deje de incitarme a que me enemiste con nuestro destino por adelantado. Fue muy amable al invitarme a acompañarle, y me temo que no logrará estropear la experiencia por muy gruñón que se muestre. Tenía muchas ganas de disfrutar de estas vacaciones.

Sabía que no hacía falta recordarle a Poirot cuánto necesitaba esa escapada de fin de año. Me la había ganado a pulso después de pasar una semana sombría en la casa de mi infancia con mis padres, quienes en los últimos tiempos parecían tenerse tanta aversión como desaprobación experimentaban hacia mí. ¿Acaso no me había invitado a pasar con él la fiesta de Año Nuevo en una isla griega para animarme después de ese calvario?

En ese momento se había mostrado mucho más entusiasta:

«*Mon ami* —había dicho, cogiéndome del brazo—, le encantará la minúscula isla de Lampero. Estaremos en la bahía de Liakada, que es su parte más hermosa. Le da el sol todo el día, incluso en invierno, y se dice que la casa que nos alojará es una extraordinaria creación arquitectónica. La mayoría de las habitaciones se abren a amplias terrazas de piedra a diferentes niveles. Nuestro anfitrión será un joven monsieur llamado Nathaniel Athanasiou, a quien se conoce como Nash. Me ha dicho que desea que mi amigo Catchpool sea también un buen amigo suyo. Y hay más gente en la casa, todos los cuales desean que seamos grandes amigos antes incluso de conocernos. ¿No le atrae la idea?».

Debería haberle interrogado más a fondo antes de aceptar la invitación para ir a Lampero, pero no lo hice, en gran medida por esa descripción sobre la proximidad entre la casa y el mar. Durante el último año había aprendido algo sobre mí mismo: los días en los que salgo a nadar entre la espuma de las olas y puedo hundir los pies en la arena del fondo marino y oler ese aire salobre son mucho mejores que los días en los que no hago todo eso. Unas semanas antes, mientras Poirot y yo estuvimos en Norfolk, había salido a nadar a diario, pero la casa en la que nos alojamos estaba en lo alto de un acantilado, y el descenso y el ascenso representaban una empresa un tanto arriesgada. En consecuencia, Poirot había sabido con exactitud lo que debía decirme acerca de esas inminentes vacaciones griegas:

—Me dicen que, en la bahía de Liakada, es fácil llegar al mar a pie desde la casa. Son apenas unos pasos de distancia. Y recuerde que, a diferencia de Norfolk, en Lampero brilla el sol a diario.

Eso me pareció un poco improbable, pero Poirot insistió:

—Se rumorea que es la más soleada de las islas griegas. Además, en invierno no le molestarán las medusas, que solo aparecen en

verano.

Parecía demasiado ansioso por que le acompañara y eso debería haberme hecho sospechar, pero no fue así.

—No sé mucho acerca de Lampero —dijo Poirot en ese momento como respuesta a la petición para que me contara más cosas acerca de la isla—. Lo único que sé es que...

Sonreí ante su definición de «no saber mucho» mientras él se entregaba al relato: Lampero solía sufrir terremotos, así que debíamos ir con cuidado, aunque era muy improbable que alguno coincidiera con nuestra visita. Tan improbable como la posibilidad de que padeciéramos el mismo destino que esa hija de un dios griego a la que primero transformaron en loba y luego secuestraron y condujeron a Lampero, solo para que la secuestraran allí de nuevo; no recordaba todos los detalles porque no había prestado demasiada atención a la historia.

En tiempos mucho más recientes, el famoso poeta bélico inglés James Gresham-Graham, autor de *Si, en espera de un día mejor...*, murió en 1915, a los dieciocho años, en un barco hospital de bandera francesa que estaba amarrado frente a la isla. Le enterraron en Lampero, a poca distancia de la bahía de Liakada.

—Entonces, más muerte llegó a estas costas —dijo Poirot con tristeza—. En 1918, casi la mitad de los habitantes de la isla falleció por la gripe española. Una población de dos mil personas quedó reducida a solo mil.

Supuse que algunas de ellas vivirían en las casitas blancas que veía desperdigadas por lo que Poirot había descrito como «la famosa montaña de Lampero» y las colinas aledañas.

Nathaniel Athanasiou, el anfitrión, vino a nuestro encuentro en cuanto bajamos del barco. Era un hombre alto y delgado, con el pelo y los ojos tan oscuros que parecían negros. Vestía un traje de color

azul que quizá en su día fuera elegante, pero que estaba muy raído, e insistió con gesto un tanto nervioso en que Poirot y yo le llamáramos «Nash»; era su mote desde la infancia, nos contó a modo de justificación, como si temiera que le ridiculizáramos.

—Al menos hasta que lleguemos a La Espita —añadió—. Así nos referimos a la casa. *Spíti* es «casa» en griego. Una vez allí, seré Próti Foní.

Fruncí el ceño para mí mismo, preguntándome por el significado de esas palabras, mientras Poirot y él se alejaban. No podía ser que esperara que le llamáramos de manera diferente en cuanto llegásemos a su casa...

—Este es Rasmus, y esa es su querida Pelagia —dijo Nash, señalando a un hombre de piel bronceada que podría estar entre la cincuentena y la setentena, y que carecía de pelo y de cejas. Estaba de pie a unos seis metros de distancia, apoyado contra un desastre destartalado de madera astillada que intentaba pasar por una barca. Oí una inspiración brusca de Poirot, a mi lado.

Después de pasear la vista en busca de la compañera de Rasmus sin encontrarla —el hombre parecía haberse colocado allí para evitar la proximidad de cualquier otra persona—, deduje que Pelagia debía de ser el nombre de la barca. Y esa deducción se demostró acertada.

—¿Subimos a bordo? —sugirió Nash. Cuando nos acercamos, Rasmus saludó con un gesto de la cabeza y se encaramó de un salto a la embarcación sin mirarnos y sin decir una sola palabra—. No habla inglés —nos explicó Nash—, pero de alguna manera lo entiende todo. Me han dicho que es de Estonia, pero también que nació en Noruega. Supongo que no importa demasiado. Lo que tiene Rasmus de maravilloso es que siempre está dispuesto a llevarte de la bahía de Liakada al pueblo de Lampero, o a cualquiera de las

demás bahías y calas de la isla. De verdad que es asombroso. Sin embargo, no logro discernir en qué idioma habla. No dice gran cosa en ninguna lengua, y solo parece comprender las indicaciones que recibe de manera directa. Por ejemplo, no entenderá nada de lo que les estoy contando. Solo parece encontrar sentido a nuestras palabras cuando le pedimos que nos ayude.

Al poner el primer pie en la Pelagia, apoyándose en mi brazo, Poirot murmuró:

—*Que Dieu nous protège.* —En el momento en que las olas espumosas empezaron a mecernos de aquí para allá, su piel recuperó de golpe el tono verdoso de antes.

—No se preocupe, esta barca es bastante segura —le tranquilizó Nash, que a su vez parecía y sonaba ansioso.

Tuve casi la sensación de que había querido insinuar que la barca era el único lugar seguro allí, pero me dije a mí mismo que no debía ser tan rocambolesco. Sin duda, en una isla tan hermosa como Lampero, no habría motivos de alarma, sobre todo porque Poirot y yo habíamos acudido para disfrutar de la compañía de unas personas deseosas de ofrecernos su amistad.

Sin embargo, el comportamiento de Nash no se volvió más relajado cuando nos hicimos a la mar, y empezó a recitar una serie de indicaciones como si ya hubiera ensayado antes ese discurso: primero, Poirot y yo tendríamos la oportunidad de deshacer las maletas y descansar. Después cenaríamos en la terraza con los demás, tras lo que llegarían los juegos y celebraciones de Nochevieja.

Yo no pensaba más que en sumergirme en esas gloriosas olas de color azul verdoso. Si alguien creía que iba a cenar o a participar en algún juego antes de darme mi primer baño, pronto descubriría lo equivocado que estaba.

Después de acabar con la descripción exacta de en qué consistiría el resto de la jornada, Nash pasó a la lista siguiente: toda la gente a la que Poirot y yo íbamos a encontrar en la casa.

—Estarán encantados de conocerles, no tengo la menor duda de ello. Monsieur Poirot, les he hablado muchísimo de usted. Debo decir que es tal cual me lo había imaginado. Había oído hablar de su famoso bigote y, si me lo permite, es espectacular.

—*Merci mille fois.* —Poirot sonrió, orgulloso.

—Bien, su habitación y la de su amigo, el inspector Catchpool, están en una zona algo diferente a la que alberga los aposentos del resto —dijo Nash—. Espero que les parezca bien. Tendrán que pasar por la cocina de Manos para llegar hasta ellas, lo cual es un poco incómodo, soy consciente, pero en realidad no están lejos. Es solo que el camino es un poco raro. Debo añadir que Manos es nuestro maravilloso cocinero. De verdad, estaríamos perdidos sin él.

Era evidente que intentaba relajarnos, pero él mismo no parecía estar tranquilo. Hablaba de manera enfática y a gran velocidad, como si se encontrara bajo presión. Esa energía nerviosa estaba empezando a cansarme. ¿Y por qué daba la impresión de que acababa de conocer a Poirot? Me esforcé por pensar, no fuera que lo recordara mal... No, Poirot sin duda había descrito a Nash como «un muy buen amigo». Era una situación muy confusa.

—Manos nos ha prohibido que entremos en su cocina, pero ustedes dos podrán atravesarla siempre que lo necesiten —dijo Nash —. Y es una suerte. —Intentó sonreír—. No se trata, en términos estrictos, de la única manera que hay de llegar a sus habitaciones, pero la otra es poco práctica y se tarda el triple de tiempo. Hablando de inconvenientes... —Bajó la vista—. Me temo que la creación de nuestra comunidad nos ha tomado tanto tiempo y energía, y me refiero al funcionamiento del aspecto humano de la cuestión, que

hemos desatendido el edificio, su mobiliario, todo lo demás, de hecho. No hay pestillos en los dormitorios, así que debemos confiar en que nadie se colará en ellos, ¿saben? Y me temo que las sillas y las camas están bastante desvencijadas, en su mayoría son de madera y carecen de amortiguación, así que espero que los dos sean personas resistentes. —Estuve a punto de reírme al ver la expresión en la cara de Poirot al oír que le aplicaban ese adjetivo.

Mientras Nash nos describía al resto de las personas que íbamos a conocer en La Espita, nos quedó claro que se trataba de residentes permanentes en el lugar:

—Matthew, es decir Matthew Fair, llegó conmigo hace unos años y me ayudó a montarlo todo. Durante doce meses estuvimos solos, él y yo. Que yo recuerde, fue el año más feliz de mi vida. No es que los siguientes hayan sido malos. Sigo siendo feliz, claro —nos aseguró con aspecto de ser cualquier cosa menos eso—. Siempre tuve la intención de que la comunidad fuera creciendo, de que otras personas vinieran a trabajar con nosotros.

«Comunidad» parecía una palabra poco habitual para referirse a un grupo de amigos que vivían juntos, e hizo que me preguntara qué era, con exactitud, lo que Nash esperaba que «creciera» en Lampero. ¿Cuál era la naturaleza de su trabajo? ¿Los amigos se habían conocido a través de su profesión, fuera la que fuese?

—Matthew es la persona más agradable que uno pueda tener la suerte de encontrar —prosiguió Nash—. Abnegado, con el corazón más grande que he conocido jamás. ¡Y siente un entusiasmo desbordante por cuanto la vida ofrece! Estudiamos juntos en Oxford y, desde que nos conocimos, fuimos uña y carne. Cuando se enteró de los planes que tenía para La Espita, me pidió que contara con él, tal y como yo esperaba. Poco después, Rhoda Haslop y Olive, su hermana mayor, vinieron a vivir con nosotros. Matthew y yo

conocíamos a Rhoda de nuestra época en Oxford. Ella trabajaba en una sastrería y Matthew siempre se hacía enormes desgarrones en las únicas prendas de ropa elegante que tenía. —Nash sonrió al recordarlo, pero, por alguna razón, solo consiguió parecer más triste —. Y la buena de Rhoda siempre ha sido una devota seguidora de... de mis ideas. Ella supo que quería formar parte de esto nada más enterarse de lo que yo esperaba hacer aquí.

Como si hubiera vislumbrado algo amenazador a lo lejos, Nash entornó los ojos y dijo:

—Matthew y ella tenían que casarse, pero..., bueno, las cosas no han acabado siendo así. Al menos, no de momento. Pero yo no pierdo la esperanza. —Suspiró como alguien que hubiera hecho precisamente eso—. Cuando una comunidad como la nuestra se expande, surgen ciertas... complicaciones. La adaptación de Rhoda y Olive fue sencilla, igual que la de Austin... Ah, he olvidado mencionar a Austin, que es estadounidense, una auténtica fuerza de la naturaleza. Llegó unos meses antes que Rhoda y Olive, pues se había enterado de lo que yo intentaba hacer aquí a través de una prima de mi madre. Mi madre es inglesa y mi padre griego, pero los dos viven ahora en Estados Unidos. Por separado —dijo, con énfasis. Estaba claro que el hecho de que sus padres ya no vivieran juntos le afectaba, aunque no supe decidir si en términos positivos o negativos—. Los dos tienen más dinero del que podrían gastarse en quinientas vidas —añadió, sin esconder su desaprobación—. Y esa es la razón por la que me he quedado con La Espita, una de sus muchas casas, solo para mí; y por la que dispongo del dinero necesario para hacer que la comunidad de Muy Buenos Amigos funcione de manera efectiva, además de financiar mi trabajo en Lampero y otros lugares. Por supuesto que les estoy agradecido a mis padres, aunque me gustaría que... —Su voz se fue apagando,

habiendo decidido, al parecer, que prefería guardarse ese deseo para sí.

Yo estaba a punto de preguntar cortésmente por la naturaleza de su trabajo «en Lampero y otros lugares» cuando mi amigo belga de la cara verde, aferrándose con ambas manos a la borda de la pequeña barca, dijo:

—Entonces, en la casa de la bahía de Liakada están el norteamericano, monsieur Austin Lanyon, Matthew Fair y usted, y *les soeurs* Rhoda y Olive Haslop. ¿Quién más vive allí?

Su tono me sorprendió, pues lo reconocí de las diversas ocasiones en que habíamos trabajado juntos para solucionar algún asesinato. Conocía la diferencia entre el Poirot que resolvía crímenes y el Poirot ocioso, y su voz había apuntado con claridad a la primera opción. Parecía estar enumerando a los posibles sospechosos y eso no tenía sentido, pues se suponía que estábamos allí de vacaciones. Quizá se tratara solo de su antipatía hacia las olas, que le había hecho sonar con una severidad excesiva. Durante la respuesta de Nash, Poirot lanzaba miradas en todas direcciones, como si no se fiara del agua y pensase que esta iba a amenazar su vida si dejaba de vigilarla.

—Este mismo año, tal y como yo esperaba, más personas han empezado a llamar a la puerta de La Espita —dijo Nash—. Es evidente que se ha corrido la voz, en Inglaterra y en Estados Unidos. Belty... Me refiero a Betlinde Ricks, nacida en Henderson, Nevada... Fue la primera en llegar, en febrero. Es estadounidense de pura cepa, aunque llevaba un tiempo sin vivir allí, creo, y vino desde Londres. Hubo una pequeña discusión sobre si debíamos permitirle que se quedara, pero dejé claro que la quería aquí. —Frunció el ceño, preguntándose quizá si debía añadir algo.

Me quedé a la espera. Poirot no parecía sentir curiosidad. Le dirigió otra mirada admonitoria al mar cuando una gota de agua

salada fue a aterrizar sobre su abrigo.

—El nombre correcto de La Espita es «Casa de la Eterna Bienvenida» —prosiguió Nash—. Es intencionado. Lo elegí por una razón de peso: allí, todo el mundo es bienvenido. Quien llegue hasta aquí es un muy buen amigo nuestro, y no importa lo que haya hecho antes.

—Entiendo —dije, sintiéndome más confundido que nunca.

Qué nombre tan extraño para una casa. La mayoría de la gente optaba por algo más bucólico, como Los Sauces, o La Casita del Arroyo del Molino. ¿Y estaba sugiriendo que la tal Belty había hecho algo malo, o incluso criminal? Me pareció que preguntarlo habría sido una impertinencia. ¿Se estaba tramando algo en aquel lugar sobre lo que Poirot no me había hablado? Intenté establecer contacto visual con él, pero seguía concentrado en el agua que nos rodeaba.

—Pues bien, en abril, llegaron Charles Counsell y su prometida, Thirza Davis —dijo Nash—. Charles es de plena confianza. Un tipo muy concienzudo, y espabilado también, aunque demasiado serio y autocrítico para su propio bien. En lo que se refiere a Thirza..., bueno, es bastante difícil de calar. Es fascinante, y vivaz, y a veces feroz, pero, en otras ocasiones, parece perder el interés por la gente que la rodea. Puede sumirse en sus pensamientos durante horas. A veces me preocupa que no encaje en La Espita, o que no aspire a hacerlo, al contrario que los otros. Digamos que es un acertijo que aún he de resolver. —Una vez más, Nash intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora y solo consiguió parecer desesperado—. Y luego, en junio, se nos unió la última en llegar: Pearl St. Germain.

Su voz se había vuelto apagada y monótona al decir ese último nombre, lo que me dejó con la sensación de que, a su juicio, Pearl St. Germain era sinónimo de todo tipo de problemas.

—Ah, miren... Ahí está la bahía de Liakada —anunció mientras nos acercábamos a una playa con forma de media luna. La arena no era blanca y dorada, estaba compuesta solo de pequeños guijarros grises, pero daba igual, porque ofrecía una vista preciosa. En el extremo más alejado de la bahía se elevaba un edificio que parecía estar casi en ruinas. Era una construcción de dos pisos con una especie de terraza de cafetería que salía de la planta baja para prolongarse hasta la playa de guijarros. Un toldo de color azul marino sobresalía de su parte central, preparado para proteger las escasas mesas del sol—. Ese es el hotel Bahía de Liakada —dijo Nash, señalándolo con el dedo—. Sus dueños son un matrimonio local, Yannis Grafas e Irida, su esposa.

—Un hotel...

Poirot sacudió ligeramente la cabeza y supe que se estaba apiadando de cualquier persona que tuviera que alojarse allí. Desde fuera, el establecimiento parecía tan desvencijado como la embarcación de Rasmus..., que, siendo justos, nos había guiado sin problemas hasta nuestro destino.

En el extremo más cercano de la bahía se elevaba un edificio mucho más sólido: alto, ancho y hecho con piedra de color miel, donde puertas y ventanas parecían haberse colocado casi al azar; las había por todas partes.

—Esa es La Espita —dijo Nash—. La Casa de la Eterna Bienvenida.

Pese a su extraño diseño, ofrecía un aspecto impresionante y proyectaba, en efecto, un aire de bienvenida (y sí, lo habría pensado incluso de no conocer su nombre oficial). Una docena de terrazas pavimentadas, algunas rodeadas por un murete, brotaban de su mitad inferior como diciendo: «Quizá te gustaría venir a contemplar el mar desde aquí..., o desde aquí..., o desde aquí». Era evidente que quien hubiera construido la casa lo había hecho con la intención

de que perdurara durante al menos quinientos años. Daba la sensación de que estuviera dispuesta a seguir descansando allí, con solidez, para siempre.

Mientras Rasmus nos dirigía hacia la orilla, dos personas salieron a la terraza más cercana y nos saludaron desde lo alto.

—El de la barba es Manos —dijo Nash—. Es nuestro talentoso «artista culinario», como le gusta que le llamen. No vive aquí: su casita está en esa calle de ahí, pero siempre dice que en la cocina de La Espita se siente como en casa. No cabe en sí de gozo por la fiesta de esta noche, que lleva mucho tiempo preparando. Pero vayan con cuidado, porque les dará un sermón cargado de detalles con todo lo que deben prometer que no harán al pasar por la cocina. Se trata de su reino privado y tendrán que aceptar ceñirse a sus normas cada vez que la atraviesen.

—¡Hola! —dijo el hombre alto de pelo rubio y sin barba, mientras agitaba la mano con entusiasmo—. ¡Bienvenidos, bienvenidos sean nuestros dos muy buenos amigos nuevos!

—¿Quién es? —pregunté, pues su aspecto me había agradado de inmediato.

No tardé en descubrir lo que había provocado esa aprobación instantánea: llevaba puesto un traje de baño y sostenía una toalla bajo el brazo. Allí tenía a un hombre con la intención evidente de salir a nadar, y tuve que esforzarme al máximo para no gritarle: «¡Yo también quiero! ¡Espéreme!».

—Ese es mi maravilloso amigo, mejor que cualquier hermano. Ese es Matthew, Matthew Fair. —Por primera vez desde que le conocía, Nash Athanasiou sonrió y pareció feliz a la vez.

Capítulo 2

La Casa de la Eterna Bienvenida

Fue Poirot quien habló en mi nombre y le dijo a Nash:

—Supongo que Catchpool, aquí presente, querrá salir a darse un baño antes de nada, *n'est-ce pas, mon ami?* Antes incluso de tomarse un pequeño descanso.

—¡Oh! ¿Es usted afín al mar helado, inspector? —Nash se estremeció—. Matthew también. Yo no acabo de comprender esa predilección concreta. Le encantará contar con su compañía, estoy seguro: otro entusiasta del agua gélida con quien entretenerse. Debe de estar harto de oír que le llamo lunático. Preferiría arrancarme los ojos antes que sumergirme en el mar casi congelado de la bahía de Liakada en diciembre.

Lo siguiente que supe fue que iba camino de la playa de guijarros con Matthew Fair, habiendo dejado al pobre Poirot a cargo de mi maleta después de sacar con prisas el bañador y la toalla, y de que me obligaran a escuchar las numerosas condiciones de Manos, el cocinero, sobre los objetos de su reino que bajo ningún concepto debíamos cambiar de sitio o tocar.

El mar estaba perfecto: calmo y quieto, pero con una fuerte brisa que soplaba desde el este y que provocaba un efecto de ondulación constante sobre la superficie del agua. Matthew y yo estuvimos

nadando con energía de aquí para allá durante diez felices minutos. Él no dejaba de gritar:

—¿No es divino? ¡Divino!

Y en ocasiones profería ruidosas exclamaciones que no contenían palabras: «¡Wiiiiii!» y «¡Uepaaa!». En todos los aspectos era un compañero mucho más divertido que Nash Athanasiou y, mientras nos secábamos sobre los fríos guijarros y nos vestíamos de nuevo, se declaró tan devoto de Nash como Nash lo era de él.

—Es un honor ser Défteri Foní de su Próti Foní —dijo—. Entiendo que Nash ya se lo habrá traducido, ¿verdad? «Segunda Voz», ese soy yo, y él es «Primera Voz». ¡Es un poco como ser el director y el director adjunto, je, je! Aunque no dejo de repetirle que debería transferirle mi título y mis responsabilidades a Austin, que está mucho más preparado que yo para encargarse de las cosas importantes.

—Cuando dice «mi título y mis responsabilidades»...

—Sí —contestó Matthew con firmeza, como si acabáramos de coincidir en algo—. ¿Sabe una cosa, Catchpool? La mayor parte del tiempo, ni siquiera me gusta tener que encargarme de mí mismo.

—A menudo me siento igual —admití, descubriendo que ese hombre jovial, de voz estruendosa y en apariencia cándido era muy de mi agrado.

—Oh, bien. Me alegro de no ser el único. —Matthew sonrió—. La vida sería mucho más sencilla si siempre tuviéramos a alguien a mano para decirnos lo que hay que hacer, ¿no le parece? He metido la pata hasta tal punto con Rhoda..., todo el asunto de Pearl... —Emitió una especie de gemido—. Supongo que Nash se lo habrá contado...

—No, yo...

—Si alguien me hubiera puesto sobre aviso cuando Pearl llegó a La Espita, no me habría metido en este lío espantoso del que no sé cómo salir. —Sacudió la cabeza—. Aunque estoy siendo injusto. Nash sí intentó hablar conmigo, pero fue como si yo hubiera sucumbido a una fiebre misteriosa y no pudiera escucharle ni pensar de manera coherente. Lo cual demuestra lo que le digo... —Soltó una risita—. Que no debería estar a cargo de nada, ni siquiera como adjunto. Salvo, quizá, de dar consejos sobre la mejor manera de encarar la natación en aguas frías. Tengo un dominio absoluto de ese tema. Cuando veo a alguien que entra en el mar titubeando, de puntillas, hasta que el agua le llega por las rodillas, y entonces sale corriendo entre chillidos, y vuelve a meterse de puntillas hasta que el agua le llega por la cintura, y entonces se retira de nuevo...

—Oh, es la peor manera de hacerlo —suscribí—. Hay que meterse hasta el cuello lo antes posible. Nada de ir y venir.

—Exacto. —Me dio una palmada en la espalda—. ¿No es gracioso que nadie se dé cuenta? Es que no se trata siquiera de no prolongar el sufrimiento, porque ese sufrimiento no se da cuando uno se zambulle de inmediato.

—¿Quiénes son esas dos personas? ¿Se alojan en el hotel?

Señalé hacia el otro extremo de la playa, donde un hombre y una mujer estaban sentados juntos en unas sillas que les iban pequeñas. Los dos parecían cuarentones. Ella llevaba el pelo largo y descuidado, y sus remolinos negros, en los que se entrelazaban numerosas canas, me hicieron pensar en las olas del mar a medianoche. Él lo tenía brillante y de un color castaño claro, y terminaba en unos rizos que le caían sobre la nuca. Los dos contemplaban el mar sin hacerse el menor caso.

—Son sus dueños y gestores —contestó Matthew—. Irida y Yannis. Estoy seguro de que los conocerá. Yannis es buen amigo de

Manos, nuestro espectacular cocinero. A menudo me lo encuentro saliendo de la cueva... Me refiero a la cocina de Manos. No cuesta nada imaginarse atrapado en ella ante la subida de una repentina marea de utensilios nuevos, ¡ja! Pero espere a degustar alguna de sus creaciones. Ese hombre es un genio. Nunca había probado nada parecido hasta que vine aquí. Y aun así...

Matthew se interrumpió con un suspiro. Después de un segundo o dos, dijo:

—¿Qué tal anda Inglaterra? —Como si preguntara por un pariente achacoso—. A veces la echo de menos con desesperación. Siempre albergué la esperanza secreta de que Nash acabaría llevando a cabo esta aventura de la Casa de la Eterna Bienvenida en el suroeste de Inglaterra, cerca de Barnstaple... Esa iba a ser su ubicación original, pero entonces la madre de Nash decidió que una de sus primas debía recibir la casa de Devon y la única que quedó disponible fue esta. Es un hombre de una generosidad extraordinaria. ¿Sabía, aunque es probable que Nash sea demasiado modesto para habérselo contado, que ninguno de nosotros paga por vivir aquí? ¡Nada! Él apoquina con todo. Bueno, a ver, el dinero es de sus padres, así que supongo que toda la familia es generosa.

—La Espita es sin duda un edificio interesante —dije mientras nos encaminábamos hacia ella con las toallas mojadas al hombro—. No entiendo lo de las ventanas. Parecen desperdigadas sin orden ni concierto. Y todas esas terrazas a niveles diferentes... No puede ser que la casa tenga... —Los conté al acercarnos—. ¿Siete pisos?

—No. —Matthew se rio—. Siempre y cuando no cuente como pisos separados los diversos descansillos que aparecen cuando uno menos se lo espera. Su arquitecto debía de ser un tipo extravagante, que disfrutaba desafiando las convenciones. Desde un punto de vista tradicional, se podría afirmar que la disposición de La Espita no tiene

sentido, pero debo decir que me parece reconfortante, con ese extraño batiburrillo. Nunca he podido con las casas que son cubos perfectos, con cuatro habitaciones que son cuadrados impecables del mismo tamaño exacto, arriba y abajo, dos a cada lado del pasillo o de un rellano, de una simetría servil. Nuestra encantadora casa es un lugar maravilloso y acogedor, Catchpool. ¡De verdad espero que monsieur Poirot y usted disfruten de su estancia en ella!

Después de despedirme de Matthew, me fui a explorar un poco. La escalera, justo delante de la puerta de entrada, en el amplio vestíbulo con suelo de piedra, tenía en efecto un tamaño considerable; era imperial, aunque en un sentido rústico. Me hizo pensar en un castillo antiguo antes que, por ejemplo, en una casa señorial. Y, pensándolo bien, no estaba seguro de que hubiera casas señoriales en las islas griegas.

En la planta baja, junto al vestíbulo principal, había una cocina pequeña, un comedor largo y estrecho, una biblioteca, una sala de estar muy grande y una sala de música que contenía un piano de cola y una gran arpa, así como algunas sillas que parecían dolorosamente incómodas, medio rotas o toscas.

La cocina estaba casi vacía y cubierta por una fina capa de polvo. Decidí que no podía tratarse del reino privado de Manos, sobre todo porque solo contaba con una puerta, la que daba al vestíbulo. Había deducido que la cocina de Manos debía tener puertas a lado y lado, si se encontraba de camino a mi habitación y a la de Poirot.

A continuación inspeccioné los dos pisos superiores. Encontré dormitorios, muchísimos dormitorios, y dos terrazas más en ubicaciones sorprendentes, pues brotaban de los descansillos que me había descrito Matthew. En cada una de las puertas de madera de los dormitorios había un nombre pintado en un color diferente, lo que debería haber quedado espantoso, pero, por alguna razón,

quedaba bien (el nombre de Nash estaba en amarillo; el de Matthew, en azul claro).

Volví a bajar y salí en busca de la guarida de creatividad gastronómica de Manos. Guiándome por la nariz (los aromas eran sublimes), no tardé en encontrarla al final de una empinada escalera de piedra en el lateral del edificio que no daba a la bahía de Liakada.

Al entrar en lo que se me antojó de inmediato como un emporio del caos, oí el crepitar de algo que se estaba asando. Los diferentes olores competían por mi atención: el de la carne rostida frente al de la madera quemada. Avancé en zigzag por el único camino posible, a través de esa habitación alargada y abarrotada de torres tambaleantes de objetos —algunos reconocibles, otros no tanto—, y supuse que Poirot habría hecho lo mismo un rato antes. ¡Cuánto le habría molestado que le obligaran a recorrer ese territorio tan desorganizado! Allí no había solo comida y utensilios de cocina, sino mantas, toallas, cojines, un sinfín de cajas de diferentes tipos, tres pares de enormes botas de goma, una bolsa de tela que parecía llena de piedras...

—¡Le cocinaré una cena deliciosa, inspector Catchpool! —La voz de Manos sonó débil y lejana mientras yo pasaba por encima de una caja de madera volcada sobre la que dos plátanos muy maduros se mantenían en precario equilibrio.

Miré a mi alrededor, pero no le vi por ninguna parte; debía de estar oculto detrás de alguno de los coloridos montones de parafernalia que había sobre la mesa alargada, o de cuclillas al otro lado de la enorme jarra de vidrio marrón.

—Estoy deseando que llegue la hora —dije en voz alta.

Alcancé el final de la cocina y, al otro lado, me encontré en una terraza pequeña. Había otras dos puertas además de la que daba a la cocina. Una estaba entreabierta, y supuse que sería la mía. En

efecto, al entrar me reuní con mi maleta. En una esquina había una silla cuyo asiento parecía áspero además de duro, como diseñado para desgarrar tanto la ropa como la piel. Decidí que más me valía sentarme en la cama y estaba a punto de hacerlo cuando oí unas voces que identifiqué de inmediato: eran Poirot y Nash.

Las oí con tanta claridad como si estuvieran en la habitación conmigo, y la sensación cobró sentido cuando miré hacia la pared de mi izquierda y vi que de hecho no se trataba de una pared, sino de una gruesa tela blanca que habían extendido y clavado en sus extremos. La idea de una tienda de campaña pasó por mi cabeza y suspiré. Pensé que más valía que mi amigo belga no roncara demasiado; tendría que vigilar su consumo de *les sirops*.

—No tendremos tiempo hasta mañana, como muy pronto —le decía Nash—. Las tradiciones de Nochevieja lo dificultan. Tengo que realizar numerosos preparativos antes de la cena y Austin ha insistido en que comamos pronto a fin de tener tiempo para las pantomimas que ha planeado.

—No podemos retrasarlo demasiado —fue la respuesta de Poirot —. Mi trabajo aquí es más importante que esos juegos, ¿no?

¿Su trabajo? No necesitaba más pruebas de que se me había ocultado la verdadera razón de nuestra visita a Lampero. No puedo decir que fuera una gran sorpresa.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Nash con tono de disculpa—. Perdóneme, monsieur Poirot. No estoy pensando con la cabeza. Esa amenaza lleva un tiempo insoportable pendiendo sobre La Espita, y tengo la sensación de haber pasado una eternidad temiendo lo peor. No cabe duda de que me he vuelto medio loco. Hasta su llegada no he tenido a nadie con quien compartir mis preocupaciones. Lo último que deseo es asustar a los demás. Por lo general le cuento todo a Matthew, pero no le sientan bien las realidades perturbadoras. No

hará falta que le diga que le agradezco de corazón que haya venido. De una manera u otra, encontraremos el momento para comentar lo antes posible el... el asunto que le ha traído hasta aquí.

«Vaya, vaya —me dije—. Qué interesante».

En cuanto oí que Nash se disculpaba y se marchaba, salí y llamé a la puerta de Poirot, orgulloso por anticipado de lo comedida y cortés que iba a ser mi reprimenda.

—Catchpool... —Pareció alegrarse de verme—. Espero que haya disfrutado del baño. ¿Le gusta el mar de este sitio?

¿Acaso estaba intentando distraerme?

—¿Por qué estamos aquí, Poirot? —le pregunté—. La auténtica razón, por favor. No estamos de vacaciones, ¿verdad? ¿Quiénes son estas personas y por qué viven juntas? ¿Qué es en realidad esta comunidad? Así la ha descrito Nash. ¿Comparten... creencias o prácticas o algo parecido? Nash Athanasiou es el líder y Matthew, su segundo, eso es lo que sé. Y todo resulta de lo más peculiar.

Poirot abrió la boca para contestar, pero se vio interrumpido por la llegada de una nueva persona que se dejó caer sobre la terraza, al parecer, desde lo alto del muro que tenía a mi espalda, lo que me llevó a preguntarme si no habría estado escondida en un árbol. En una esquina, a un par de metros de distancia, había uno que tenía el tronco más grueso que yo hubiera visto nunca.

—¡Bienvenidos, bienvenidos y tres veces bienvenidos! —dijo el recién llegado, un individuo alto, de hombros anchos y porte atlético, que sería de mi edad y tenía unos ojos inteligentes de un tono más claro y menos habitual que el de Poirot; era casi el verde de la hierba quemada por el sol. Llevaba el pelo, de color rojo cobrizo, revuelto y ondulado al frente, y la expresión de su rostro me indicó que creía saber más que nadie sobre cualquier tema concebible (tiendo a ser rápido de reflejos a la hora de identificar a quienes se

creen más listos que el resto). Hablaba con acento estadounidense y se manejaba como si todos formáramos parte de un espectáculo del que él era tanto director como estrella principal—. Me llamo Austin Lanyon Esquire —dijo—. Pueden llamarme Austin. Es un placer conocerles. Bienvenidos a la Casa de la Eterna Bienvenida. Ahora díganme: ¿les gusta ese nombre? ¿O sería mejor la Casa de la Perpetua Bienvenida, o de la Bienvenida Incondicional? No lo consulten entre ustedes, por favor. Deseo conocer sus opiniones individuales. Verán, Nash y yo venimos manteniendo una pequeña discusión al respecto. Debo decir que él ya ha tomado una decisión, pues la casa ha sido bautizada de manera oficial, pero creo que yo preferiría lo de «incondicional». Esa palabra apunta con precisión devastadora al corazón de todo lo que representamos. ¿No están de acuerdo, caballeros?

Yo no tenía ni idea de a qué se refería.

—Damos la bienvenida a la gente aquí, en nuestro hogar, sin condiciones, sin importar lo que hayan hecho —prosiguió Austin a toda velocidad—. Me parece que «incondicional» es la palabra adecuada, si eso es lo que se desea expresar. Aun así, Nash es la Primera Voz, es decir, el Gran Jefe, al menos en el sitio de donde vengo. —Me miró—. Y Matthew, su compañero de natación... Matthew es la Segunda Voz, lo que significa «no tengo voz alguna». —Austin hizo un bailecito al pronunciar esas últimas palabras. Su breve carcajada dejó tras de sí un rastro de amargura flotando en el aire.

¿Lo había imaginado o me había dirigido una mirada acusadora al decir «sin importar lo que hayan hecho»? ¿Había pretendido sugerir que yo había cometido algún acto imperdonable? Rotundamente no. Por el contrario, me había pasado la mayor parte de mi vida aplastado por una plena consciencia de todas las cosas terribles que

podría hacer si no me vigilaba, y me había asegurado de no hacer ninguna, así que no me gustó la insinuación.

Austin Lanyon parecía disfrutar de mi incomodidad.

—¿Abriría usted las puertas de su casa como hemos hecho nosotros, inspector Catchpool, y estaría dispuesto a ofrecer una amistad incondicional a cualquier persona que se presentara allí? —Entonces se inclinó hacia mí y me dijo, casi me susurró al oído, algo extraño—: «Pregúntame cómo sé que el pecado te va a derrotar. ¡Ay, amigo mío! Cometí errores. Fui valiente».

—¿Es una cita de algo? —le pregunté.

—Así es. —Austin sonrió—. Es de un poema titulado *Pregúntame cómo lo sé*, de uno de los hombres más sabios de la isla. Lampero es un lugar muy poético. Nash debe de haberles contado que James Gresham-Graham, el famoso poeta bélico, está enterrado aquí, ¿no?

—Nos lo contó, sí —contestó Poirot—. Aunque yo ya lo sabía, claro.

—Deberían intentar visitar su tumba antes de irse —dijo Austin—. Para responder a la pregunta que hizo usted, inspector Catchpool, cuando aún no sabía que yo estaba aquí, escuchándoles... La Espita es una comunidad religiosa. Y no, no me avergüenzo de usar esa palabra. Lo único que planeamos hacer es salvar el mundo. Eso es. —Levantó la voz ostentosamente, como si estuviera dirigiéndose a una gran multitud, y gritó—: ¡El mundo entero! Y no, no se trata de una ambición desmedida, ni en lo más mínimo falta de realismo. Si le ofreces algo a la gente sin contrapartidas, lo acogerán con entusiasmo, igual que gatos a los que ofreces un cuenco de leche. Dejen que les diga algo, caballeros: si yo he podido salvarme, y así ha sido, pese a todo, cualquiera puede hacerlo. Chico, vaya si pequé en su día... No he conocido un pecador peor. Apostaba, mentía,

jugaba sucio, y en lo que al trato con las féminas se refiere..., rara vez se me veía sin una mujer fácil cogida del brazo...

Le interrumpió el sonido de algo que se arrastraba. La puerta de la cocina de Manos se abrió y pareció que el relato de Austin había conjurado la presencia de una joven.

—¡Oh! —dijo ella, mirándonos a Poirot y a mí, boquiabierta. Entonces soltó una risita y esbozó una sonrisa coqueta—. Así que tenemos compañía... Este debe de ser monsieur Poirot y..., bueno, solo puedo presumir que usted será el inspector Catchpool. De Scotland Yard.

—Así es —confirmé.

—Es un placer conocerles. Soy Pearl St. Germain. —Tenía una cintura minúscula y las caderas anchas, y llevaba un vestido de color malva claro pensado y diseñado para atraer la atención hacia ambas características. Gracias a una habilidosa labor de maquillaje, parecía tener unos ojos enormes, y su boca, larga y fina, quizá demasiado para esa cara, se movía de lado y hacia abajo al hablar, produciendo la impresión de que las palabras tiraban de ella al salir—. No dejen que Austin les provoque y atormente. —Hizo aletear los párpados sin dejar de mirarme.

—Tú eres la provocadora y atormentadora por aquí, Pearly —observó Austin sin ningún entusiasmo—. No yo. De todos modos... —Le dio la espalda—. He venido a darles un mensaje importante, caballeros. No sé si tienen por costumbre hacer propósitos de Año Nuevo, pero esta noche van a necesitar uno por cabeza. Tú también, Pearly —añadió de mala gana, echándole un vistazo por encima del hombro—. Vamos a plantear un juego al que no hemos jugado nunca, y lo digo confiado porque me lo inventé hace apenas un par de días. Les encantará a todos. He decidido que teníamos que inyectarles algo de energía e innovación a la misión y a las prácticas

que llevamos a cabo aquí si pretendemos prosperar como comunidad, ¿no le parece, Poirot? ¿Inspector? Por eso damos la bienvenida a los recién llegados... Por eso y porque no tenemos elección, dadas las normas de Nash. —Una vez más capté la amargura en su risa—. Nunca se sabe: quizá este lugar les guste tanto que desearán quedarse —dijo, mirándome directamente a mí.

—Bueno, me encanta el mar —contesté con una sonrisa cortés.

La verdad era que nunca había deseado quedarme en ninguna parte durante mucho tiempo. Había solo dos lugares en el mundo donde me sentía cómodo de verdad: el apartamento de Poirot en Whitehaven Mansions, en Londres, y la pensión en la que llevaba algunos años viviendo. Esta última era propiedad de la señora Blanche Unsworth, no mía (yo me limitaba a alquilar una habitación), pero había acabado por darme cuenta de que nada me ofrecía una mayor sensación de pertenencia que amoldarme, en silencio, a un régimen doméstico ajeno.

—Bueno, habrá que ver si superan nuestro riguroso examen de admisión. —Austin se cruzó de brazos y enderezó la espalda—. No todo el mundo lo consigue. Tú misma lo suspendiste, ¿verdad, Pearly?

—¿De qué estás hablando? —contestó ella con altivez, poniéndole mala cara, antes de volverse para dirigirme una sonrisa en apariencia extasiada—. Hasta donde recuerdo, nunca he fracasado en nada que me haya propuesto.

—Será mejor que vaya a asearme y vestirme —dije, ansioso por librarme de la carga de esa prolongada y embarazosa conversación con dos desconocidos.

¿De cuánto tiempo dispondría para dormir, me pregunté, antes de que llegara la cena y ese condenado juego? ¿Y cómo era posible que, allí adonde fuera, me encontrara a alguien empeñado en

inventar un juego de mesa, o un juego de salón, y obligarme a jugar? ¿Qué había hecho yo para merecer ese destino?

Aun así, tuve que reconocer que me había animado de manera considerable cuando Austin mencionó el requisito del propósito de Año Nuevo. Ya había decidido uno: dejar de trabajar para Scotland Yard y encontrar una profesión que me permitiera vivir junto al mar.

Tenía ganas de ver la reacción de Poirot, pues aún no le había contado mis planes.

Capítulo 3

LAS REGLAS DEL JUEGO

La cena, que se celebró en la terraza de mayor tamaño, fue en verdad digna de admiración. Cada vez que decidía que Manos sin duda habría traído ya el último plato, el hombre me sorprendía corriendo de regreso a la cocina para reaparecer con otros dos o tres. Nos presentaba cada uno de ellos por su nombre, como si se tratara de unos parientes queridos y no solo de cosas comestibles que él había preparado.

Alrededor de la mesa había dispuestos seis cuencos de piedra de gran tamaño en los que ardían hogueras cuyas llamas se elevaban al cielo. En un primer momento temí que fuéramos a helarnos allí fuera, pero se estaba bastante bien y el fuego había atraído, además, algunas visitas inesperadas: dos caballos diminutos, uno marrón y el otro gris; dos cabras blancas, y Rasmus, el hombre de la barca, que se había estirado sobre las losas debajo de un árbol, apoyado en el codo. No habló con nadie y nadie habló con él.

Qué sensatez la suya al evitar las sillas que rodeaban la mesa, que bien podrían haber ejercido de instrumentos de tortura. El mobiliario duro e incómodo de La Espita estaba consiguiendo que me dolieran los huesos.

Poirot y yo saludamos a las personas que ya habíamos conocido y nos presentaron al resto de los habitantes de la casa. Estos fueron,

por orden de llegada a la mesa:

Dos hermanas, Olive y Rhoda Haslop. «De Oxford», dijo la segunda al estrecharme la mano. Supuse que tendría unos veinticinco años. Al principio pensé que Olive le sacaría al menos otros veinte, pero ajusté mi estimación a la baja después de mirar su rostro con detenimiento mientras ella escuchaba, paciente y con expresión neutra, la extensa explicación de su hermana pequeña sobre la sabiduría y brillantez de Nash, y el hecho de que su trabajo serviría algún día para salvar el mundo y a todos sus habitantes.

Había un gran parecido entre las hermanas Haslop; las dos tenían cejas severas, mentones alargados que se curvaban con ligereza hacia dentro y unos agujeros de la nariz que se hinchaban al hablar. Las dos llevaban el pelo corto: rizos canosos de un gris metálico en el caso de Olive y, en el de Rhoda, una especie de tonsura de color castaño claro, lo que me recordó a los monjes del Medievo. Las dos llevaban largos vestidos floreados y sueltos que no les favorecían en lo más mínimo.

A continuación llegó una mujer vestida con más elegancia, en torno a los cuarenta, de pelo dorado esculpido, que llevaba un carmín de color rojo oscuro y un vestido negro que crujía al caminar, aunque, en su caso, el verbo «caminar» no ofreciera una descripción fidedigna; más bien parecía deslizarse muy poco a poco, como un caracol glamuroso que no tuviera prisa. Al igual que con Austin Lanyon, su acento se podía identificar de inmediato como norteamericano. Nash, que llegó justo detrás de ella, nos la presentó como la señorita Betlinde Ricks.

—Pero llámenme Belty, ustedes dos —nos dijo a Poirot y a mí. Y, mientras estrechaba la mano de mi amigo, añadió—: Ojalá se alegrara tanto de conocerme como yo me alegro de conocerle a usted, detective Poirot.

—No soy detective, madame —dijo él—. Bueno, claro que lo soy, pero no ostento el rango de...

—Al demonio con los rangos —dijo ella con una sonrisa—. Yo no tengo título oficial, pero sé quién soy y qué soy: la peor pecadora que hay en este lugar, y la menos merecedora de perdón. Y usted es el mejor detective del mundo.

Pareció quedarse a la espera de que Poirot contestara algo, pero los dos nos distrajimos con las nuevas llegadas: la de Pearl St. Germain, con su cintura minúscula, a quien siguieron Austin Lanyon y Matthew Fair. Pearl era sin duda la más joven de las mujeres de La Espita. Parecía casi una niña, pero supuse que al menos tendría veinte años. Al verme empezó a saludarme con la mano de manera frenética, como si intentara atraer mi atención a mil kilómetros de distancia. «Válgame Dios», pensé, alarmado por el tono de su entusiasmo. Me aseguré de mirar hacia otro lado y di gracias porque los dos asientos que me flanqueaban estuvieran ocupados por Nash y Olive Haslop, respectivamente.

La siguiente en llegar fue una tercera cabra, esta gris. Manos, que pasaba en ese momento cargado con una caja de madera, le acarició la cabeza y le dijo algo, supuse que en griego. A continuación dejó la caja frente a Rasmus y le dirigió una observación. El barquero no dio señal de haberle oído o de haber reparado en su presencia, y nunca conoceré la razón por la que Manos pensó que el tipo necesitaba o deseaba que le pusieran una caja de madera delante. En cualquier caso, menos de diez minutos después de ese suceso misterioso, Rasmus se puso en pie y se alejó con calma, seguido de uno de los caballitos y de una cabra blanca.

Un hombre y una mujer, ambos altos, delgados y cuellilargos, llegaron a continuación a la terraza. Iban cogidos de la mano y parecían fatigados, como dos cisnes tensos a los que hubieran

arrancado del agua contra su voluntad. Nos presentaron a esos dos últimos miembros del grupo como Charles Counsell y Thirza Davis. Los dos estarían sobre la treintena.

—Charles y Thirza están comprometidos para casarse —dijo Nash, y me di cuenta, pues era imposible no hacerlo, de que ambos respondieron con una mueca a la mención de su inminente boda.

Charles Counsell nos hizo a Poirot y a mí una serie de preguntas de cortesía: ¿habíamos tenido un viaje agradable?, ¿de qué parte de Inglaterra habíamos salido?

—Oh, ¿Londres? ¿De qué parte de Londres?

Nos dijo que se alegró de dejar la ciudad después de ver que tiraban abajo el histórico hotel Cecil. Belty Ricks, que debía de haberle oído, se inclinó sobre Austin Lanyon para decir:

—Mientras no toquen el Savoy... Si le tocan un pelo de la cabeza a ese edificio, juro que haré que se arrepientan. Suelo visitarlo al menos tres veces por semana.

Thirza Davis le había dado la espalda sin disimulo mientras hablaba. A diferencia de su prometido, que había saludado a todo el mundo, Thirza se mostraba más selectiva en cuanto a las presencias que estaba dispuesta a reconocer. Olive Haslop, Matthew Fair y Nash habían recibido un cálido «Hola», pero había hecho caso omiso de Belty Ricks, Pearl St. Germain y Austin Lanyon cuando cada uno de ellos hizo ademán de saludarla. Se había detenido junto a Rhoda Haslop, había tocado la silla que había al lado como si se dispusiera a arrastrarla y sentarse en ella, pero entonces cambió de idea y rodeó la mesa para ir a sentarse junto a Olive, la hermana mayor.

—Eso debe de ser difícil desde Lampero, Belty —la provocó Austin.

—¿Hum? —dijo ella con languidez, esbozando una sonrisa antes incluso de entender lo que había querido decirle.

—Visitar el hotel Savoy tres veces por semana cuando estás viviendo aquí... Es toda una proeza.

—Oh, Austin, qué tontito... Ya sabes lo que quiero decir. —Su sonrisa se volvió más ancha.

Después de que Manos respaldara todos los elementos de la cena con su recomendación personal, Rhoda Haslop pidió permiso a Nash para bendecir la mesa, y este se lo concedió.

Rhoda abrió la boca para proceder, pero, antes de tener la oportunidad de hacerlo, Matthew Fair dijo en voz alta:

—Rhoda, querida. Me encantan tus bendiciones.

La mujer soltó un grito ahogado y entrecortado, como si le hubiera hablado con dureza. Entonces recobró la compostura y se puso a hablar en un idioma que no comprendí. Una vez más, supuse que sería griego.

La comida fue en verdad extraordinaria. Estaba tan buena que me entraron ganas de bendecir la mesa de nuevo, pero en un idioma que pudiera hablar. Cuando el ruido de la gente al comer y las conversaciones que habían iniciado nos envolvió, Olive me dijo en un susurro:

—Mi hermana es un poco sensible. Eso hace que de vez en cuando se comporte de manera inusual. Debe usted perdonarla.

—Por supuesto —dije.

—Creo que está usted en sintonía con las emociones y los estados de ánimo de la gente, inspector Catchpool... —Olive lo planteó a modo de pregunta.

—Supongo que así es, sí.

—Yo también —dijo ella—. Rhoda y Matthew estuvieron comprometidos para casarse durante unos meses. Entonces, Pearl llegó a La Espita y la lujuria convirtió a Matthew en un bobo. Todos nos dimos cuenta de que Pearl se cansaría de él en menos de una

semana, y en efecto... Bueno, de hecho, tardó un poco más. Su romance duró veinte días de principio a fin: los fui contando uno por uno. Para Rhoda fue un calvario espantoso. Y, por extensión, para mí también. En realidad, para mí ella es más una hija que una hermana. Perdimos a nuestros padres a una edad temprana, ¿sabe? Y soy mucho mayor que ella: cuarenta y nueve frente a treinta y dos. Dígame, inspector Catchpool...

—Por favor, llámeme Edward.

—Edward, pues. ¿Qué haría usted en mi lugar, y asumiendo el papel de padre?

—¿Qué haría respecto a qué?

—Matthew pretende que creamos que ahora ama a Rhoda más que nunca, pues se ha dado cuenta de que Pearl no fue más que una distracción absurda —me explicó Olive—. Y, por supuesto, ella le ha perdonado; ese es el deber que tenemos todos aquí, perdonar sin dudas ni reservas... —Se detuvo y se rio—. No me refiero a usted, ni a monsieur Poirot, claro —dijo—. Hablo de la manera en la que vivimos aquí, de lo que significa formar parte de nuestra comunidad de Muy Buenos Amigos.

Supe al instante que no deseaba unirme a ellos y me pregunté si eso no significaría que no era tan buen cristiano como creía, ya que la idea del perdón sin reservas me había espantado con tanta facilidad.

—Rhoda ha perdonado a Matthew, pero ¿debería considerar la posibilidad de casarse con él después de que Pearl le hiciera cambiar de opinión con tanta facilidad? —prosiguió Olive—. Yo tiendo a pensar que no debería, aunque tener que rechazarle una vez tras otra hace que se sienta aún más triste. Una parte de mí desea que él deje de pedírselo. En serio, a veces tengo la sensación de que ha decidido torturarla. Aunque, bendito sea, Matthew es el hombre más

bondadoso del mundo..., pero no creo que acabe de comprender la complejidad de la... de la maquinaria emocional de Rhoda, por así decirlo.

—Parece complicado —dije.

—Pero ¿y si se casan y son felices juntos? —preguntó Olive—. No hay duda de que Rhoda es infeliz en estos momentos. Mírele la cara, aunque no de manera demasiado evidente. Cada cinco segundos o así, su mirada se dispara en dirección a Matthew. Él le contesta con una sonrisa amorosa y ella se queda del todo destrozada. No es divertido para nadie. Y de alguna manera hay que ponerle fin.

—No es una situación afortunada —reconocí.

Olive sacudió la cabeza con fuerza, como si saliera de una ensoñación y acabara de regresar a la realidad.

—Debo disculparme por ser tan sincera, Edward, cuando acabamos de conocernos. La verdad es que no suelo entregarme a la cháchara. Es malgastar el aliento.

—Estoy de acuerdo —dije, pero entonces me di cuenta de que no era cierto en absoluto. Había algo reconfortante, y bastante agradable, en el hecho de comentar trivialidades con otras personas que valoraban que se mantuviera una cortés distancia de seguridad. Por de pronto, permitía que uno se concentrase en la comida.

—Me siento tan aliviada al no haberme visto perturbada nunca por los sufrimientos del amor romántico, que tantas vidas jóvenes arruina... —dijo Olive—. Nunca me he enamorado, nunca nadie se ha enamorado de mí. Por fortuna, no pertenezco al tipo de mujeres al que les pasan esas cosas. Me quedo con el cerebro antes que con el corazón cualquier día de la semana. Pensar es una costumbre que me ha venido muy bien a lo largo de la vida. El problema, para toda esa gente del amor romántico, es que nunca son libres. Sus cabezas están repletas de paparruchas la mayor parte del tiempo.

—Estoy bastante de acuerdo —murmuré, y esa vez lo dije en serio.

Austin Lanyon se había puesto en pie y había empezado a hablar sobre el juego de los propósitos de Año Nuevo. Estaba explicando las reglas, que por desgracia no pude escuchar porque Olive seguía volcando sus confidencias en mi oído:

—Fue mi cerebro, no mi corazón, lo que me trajo hasta Lampero. Rhoda estaba entusiasmada con el gran plan maestro de Nash, que, debo admitir, en ese momento se me antojaba una locura. Dicho lo cual, siempre he sido fan de la experimentación. Aunque le comenté a Rhoda que ese experimento en particular de Nash tenía muy pocas probabilidades de salir bien. Salvar a todo el mundo no es lo que se dice tarea fácil por mucho que uno disponga de algunos amigos para que le ayuden a tirar del carro. Lo que nadie comprende, Edward, incluida mi hermana, es que la felicidad radica en el esfuerzo, no en que este tenga éxito.

La pasión de su voz parecía reclamar toda mi atención, así que dejé de intentar oír lo que decía Austin y me volví para encararla.

—Experimentar valerosamente, incluso cuando eres consciente de que vas a fracasar casi con total seguridad... Bien, ese es el premio de verdad, ¿no cree?

—Bueno... —comencé a decir.

Ella me interrumpió.

—Sabía que mi querido amigo Carl estaría de acuerdo, aunque había muerto el año anterior, de septicemia. Cuando Rhoda y yo vivíamos en Oxford, trabajé durante muchos años como ayudante del profesor Carl Yaxley. ¿Está familiarizado con su obra? Era un científico. Se dedicó al efecto fotoeléctrico.

Asentí con la cabeza como si hubiera entendido de lo que hablaba.

—Carl era dueño del cerebro más impresionante que yo haya conocido. Quizá hasta hubiera puesto a prueba al de Hércules Poirot. —Sonrió—. A menudo me decía: «Olive, entre mis experimentos, los que han tenido mayor éxito han sido idea tuya». Era cierto, por mucho que lo diga yo misma. Y no, antes de que me lo pregunte, no estaba enamorada en secreto de él, ni Carl de mí. Tenía cara de pan, pero le quise mucho como amigo y como maestro.

Al final, Olive me dejó tranquilo y entabló conversación con Belty Ricks, lo que me permitió ejercer de observador silencioso durante un rato. Un montón de miradas y suspiros melancólicos surcaban el espacio entre Matthew Fair y Rhoda Haslop, y esta última fue adoptando un aspecto cada vez más lloroso y desconsolado a medida que avanzaba la cena. Matthew articuló las palabras «Rhoda querida» más de una vez en dirección a ella.

Thirza Davis parecía esforzarse al máximo para que la atención de Matthew se apartara de Rhoda y se centrara en ella. Me pregunté si no buscaba enojar a Charles, su prometido. En ese caso, lo estaba haciendo bien, porque él la miraba con innegable expresión de ira.

En la cabecera de la mesa, Nash estaba sentado con los hombros encorvados, al parecer perdido en sus pensamientos. Me pregunté si estaría ansioso por la misma razón que le había llevado a invitar a Poirot a la bahía de Liakada.

—¡Chist! —pidió Belty Ricks después de que Thirza le dijera algo a Matthew con tono coqueto—. El pobre Austin está intentando contarnos las reglas del juego de los propósitos.

—Sí, dejad todos de charlotear —coincidió Pearl—. Se me dan fatal los juegos con reglas, en los que no puedo hacer lo que me apetezca. Me cuesta tanto recordar lo que está permitido y lo que no...

Thirza ignoró a las dos mujeres y siguió hablando con Matthew, pero se calló de golpe cuando Austin, que sonó enojado y el doble de estadounidense que antes, dijo:

—¿Podéis dejar de charlar para que yo diga lo que tengo que decir?

Miré a Pearl St. Germain y la pillé mirándome, lo que me pareció de lo más irritante. Clavé la vista en Austin y le presté atención mientras él comenzaba a explicar desde el principio las reglas del juego al que quería que jugásemos. Eran muy claras: todos teníamos que escribir nuestro propósito de Año Nuevo para 1933 y depositarlo en un cuenco de alambre. Luego los sacarían uno por uno para leerlos en voz alta, y el objetivo consistía en adivinar el autor de cada propósito. «Perfecto», pensé. Poirot sabría de inmediato cuál era mi propósito y podríamos discutirlo más adelante, cuando tuviéramos tiempo. Pensé que sería una manera gozosa y sorprendente de que se enterara.

Entonces, Austin dijo:

—Pero usted no, Catchpool. Necesitamos a alguien que ejerza de maestro de ceremonias y presente los propósitos, así que no hace falta que escriba el suyo.

—Yo seré el maestro ceremonial —dijo Poirot—. No se me ocurre ningún propósito, pues ya he llevado mi vida a la perfección.

—No, Poirot, debe usted participar —decretó Austin—. ¡Es nuestro invitado estrella! Todo el mundo sentirá que le falta algo si uno de los papeles del cuenco no es suyo. Así que, Catchpool, en cuanto acabemos de comer, vamos a necesitar ese cuenco de alambre, papel y algunos lápices. —Al parecer me había confundido con alguien a quien podía dar órdenes.

—Tengo papel y lápices en la habitación —dijo Olive, poniéndose en pie—. Iré a buscarlos ahora mismo.

—Catchpool, ¿podría traer el cuenco? —preguntó Nash, quien también parecía pensar que podía mangonearme—. Está sobre la mesa del salón... Es negro, hecho de alambre, una simpática antigualla. Sea buen chico y vaya a buscarlo.

Yo estaba furioso. Decidí que la mejor manera de ocultárselo a los demás era yéndome de allí, así que obedecí la orden mientras me decía: «¿Cómo se atreve?». ¿Qué derecho tenía Austin Lanyon a excluir mi propósito de Año Nuevo del juego? ¿Acaso creía que yo era su perro faldero?

Me dirigí al salón, donde no tardé en encontrar el feo objeto que buscaba. Lo cogí y estaba a punto de dar media vuelta y regresar a la terraza cuando reparé en lo que parecía un poema enmarcado y colgado en la pared, al lado de un ventanuco cuadrado. Reconocí el título al instante: Austin Lanyon me lo había citado antes de contarme que lo había escrito uno de los hombres más sabios de la isla. Lo leí.

PREGÚNTAME CÓMO LO SÉ
Porque hacía trampas, las trampas pasé a odiar.
Porque apostaba, aprendí a ser diligente.
Pregúntame cómo sé que el pecado te va a derrotar.
¡Ay, amigos míos! Cometí errores. Fui valiente.

Porque mentía, las mentiras pasé a odiar.
Cuando de joven fingí mi propia muerte,
fue el fracaso lo que me llevó a optar
por la verdad: una estrategia con mejor suerte.

Cuando dices: «No te extravíes. A nada conduce»,
y me adviertes contra las cicatrices del vicio
en la superficie del alma, yo te dejo sin luces

replicando: «Así es, pero sobre ti careces de juicio».

«Pues claro, es tu opinión. Qué conveniente»,
contestas. Amigo, pero ¿y si es verdad?
Los hechos no son ni críticos ni indulgentes.
Yo sé más que tú sobre la bondad.

No era un mal poema, me dije: daba que pensar. Entonces reparé en la letra pequeña al pie, que decía: «Austin Lanyon, 19 de septiembre de 1931».

Una exclamación de repulsa escapó de mi boca. ¡Así que, cuando habló del hombre más sabio de la isla, el zoquete pomposo se refería a sí mismo! Estaba decidiendo si podría tirar el cuenco de alambre contra el poema enmarcado sin romper el cristal cuando Poirot entró en la estancia.

Capítulo 4

SECRETOS, SORPRESAS Y MENTIRAS

—Catchpool —Poirot lucía una expresión ansiosa—, no debe permitir que Austin Lanyon le irrite.

—Es un poco tarde para eso —contesté.

—Tengo la solución: imagine que nunca ha sufrido ninguna frustración y que, en consecuencia, no siente ningún resentimiento.

Hice lo que me indicaba. Esa versión inventada de mí mismo estaba encantada de encontrarse al sol de Grecia, y decidida a aprovechar al máximo su estancia en la bahía de Liakada. Me habría cambiado por ella sin dudarlo un instante. En efecto, habría dado cualquier cosa, en aquel momento, por dar vida a esa criatura más serena. Por desgracia, sabía que era imposible. La cuestión era que estaba molesto, y con mi querido amigo belga tanto como con Austin Lanyon.

—¿Por qué no me contó la verdad, Poirot? —le pregunté—. No hacía falta fingir que nos íbamos de vacaciones con sus amigos. Usted sabía que yo aprovecharía cualquier oportunidad de sentir el sol en la cara en diciembre, de visitar un país en el que no había estado nunca, de nadar a diario en una hermosa bahía a menos de quince metros de mi habitación. También sabrá a estas alturas, espero, que ayudarle con sus investigaciones es la labor más gratificante que...

—Catchpool, por favor, deje que le explique...

—... que pueda llegar a realizar. Y la cuestión es que a la gente le gusta disponer de un mínimo de control sobre sus elecciones. Incluso los tipos sencillos como yo prefieren que no les engañen para...

—*Mais tu vois tout à l'envers!* —Poirot estalló en cólera—. Lo ha entendido al revés y lo ha puesto del revés, Catchpool. No tenía que ser ningún engaño. —Parecía decaído—.*C'était censé être un cadeau.* Un regalo, eso es lo que yo había planeado. Está claro que calculé mal. Discúlpeme.

—Un... ¿un regalo? —Se me cayó el alma a los pies. Anticipé que no tardaría nada en sentirme del todo avergonzado de mí mismo; en efecto, la emoción comenzaba a asomar por el horizonte.

—Le conté una amplia porción de la verdad —declaró Poirot con orgullo—. La casa de piedra que daba a la bahía, con sus muchas terrazas extendidas como las enaguas de una bailarina, cada una de un tamaño diferente... ¿No recuerda que le conté todo esto?

—Por supuesto que sí, pero...

—¿Y no le dije que un grupo de muy buenos amigos residía aquí, en la bahía de Liakada?

—Me hizo creer que eran sus amigos íntimos, y que ansiaban también mi amistad —dije—. ¡Y en realidad no conocía a ninguno de ellos hasta el día de hoy!

—Eso es correcto. Nuestro propósito aquí no tiene que ver en exclusiva con *le divertissement*, sino también con la resolución del problema que acosa a la Casa de la Eterna Bienvenida de monsieur Nash. Ese elemento de sorpresa, la revelación de que en la bahía de Liakada nos esperaba un misterio, iba a ser mi regalo de Navidad para usted, Catchpool. ¡El pastel de la guinda! Pensé que averiguaría

encantado que teníamos otro enigma que resolver juntos..., y que era mejor que lo descubriera y no que yo se lo contara.

—Entiendo. Bueno... —vacilé—. Supongo que habría sido una sorpresa estupenda si me hubiera encontrado en otro estado de ánimo. Quizá pasar las navidades con mi madre y las maneras abusivas del tal Austin se han sumado para crisparme un poco.

—Imagine, Catchpool, que se encuentra usted del más elevado y jovial humor.

—Eso hace que me sienta peor —le dije.

—Ah, entonces es que no se esfuerza lo suficiente. Cuando le digo que «imagine» no me refiero a que lo haga desde muy lejos. Ocupe esa fantasía como si fuera la realidad. Es Nochevieja, *mon ami*. Está junto al mar, su lugar favorito. ¡Acabamos de comer un festín magnífico!

—Puedo imaginar que me animaré en un futuro más o menos cercano —le dije—. ¿Eso servirá?

Poirot asintió con la cabeza.

—Volvamos con los demás, y solucionaré su problema con el juego de los propósitos. Pues claro que debe participar. —Se volvió y echó a andar hacia la puerta.

—Espere —le pedí—. ¿Puede contarme algo más sobre la gente con la que nos alojamos? Austin Lanyon ha dicho que son una comunidad religiosa.

—Pronto, amigo mío. Todo a su debido tiempo.

Dicho lo cual, salió.

A solas de nuevo en la habitación, releí el poema de Austin Lanyon dos veces para confirmar mi desagrado. Había lidiado con la rima y la métrica a palazos, y el mensaje, hasta donde yo entendía, se dedicaba a promover la corrupción moral. Era despreciable.

Estaba a punto de salir a la oscuridad de la noche cuando algo chocó contra mí. Grité alarmado, pues se trataba de una criatura que había salido a merodear y no tenía nada de inanimada. Resultó que era Pearl St. Germain.

—Oh, Edward, perdóneme —dijo sin aliento.

—No tiene importancia —dije con brusquedad, haciéndome a un lado para que pudiera pasar.

—Oh... —Miró por encima de mí, hacia el salón de La Espita, y quedó claro que había cambiado de opinión—. No, no se preocupe. Veo... veo que tiene el cuenco. Venía a buscarlo, eso es todo. ¿Volvemos juntos a la terraza?

Asentí con la cabeza.

—¡Fenomenal! —Entrelazó el brazo con el mío—. Le protegeré de cualquier cabra griega que se cruce en nuestro camino. Son unas alimañas terribles, ¿sabe?, y están por todo Lampero. Una casi hizo que me precipitara hacia la muerte hace unas semanas. Salió a la terraza contigua a mi habitación e hizo todo lo posible por empujarme. Si hubiera tenido éxito, habría acabado despedazada contra las rocas de abajo.

—Caramba —dije—. No sabía que las cabras pudieran tener éxito en algo.

Pearl aulló de la risa y se aferró con más fuerza a mi brazo. Entonces hice como que examinaba el cuenco de alambre con mayor detenimiento, para poder concentrarme en algo que no fuera lo mucho que me desagradaba que me cogieran, y en especial ella.

Además de un fastidio, Pearl también era una mentirosa. Todos sabían que yo había entrado en La Espita para coger el maldito cuenco, así que ¿por qué diablos iba ella a entrar en la casa para realizar la misma tarea? No, fuera lo que fuese lo que pretendía, no

estaba preparada para contármelo o no deseaba tenerme como testigo.

Me pregunté de qué se trataría, pero no durante mucho rato, puesto que son demasiadas las cosas que alguien podría querer hacer en una casa en la que viven nueve personas como para enumerarlas. Decidí no pensar más en el tema.

Capítulo 5

La primera mención de un asesinato

En el momento en que Pearl y yo llegamos a la terraza comedor, nos encontramos con que Olive Haslop estaba repartiendo los lápices y los papeles, mientras que Poirot se dirigía al resto del grupo en nombre mío.

—No hay razón para que Catchpool no añada su propio propósito de Año Nuevo al cuenco —dijo—. No conoce la letra de ninguno de los presentes y por tanto se encontrará en la misma tesitura que el resto: tendrá la posibilidad de adivinar la autoría de cada entrada que no sea la suya.

Siguió un murmullo de aprobación general.

—Tiene razón, monsieur Poirot —dijo Pearl—. Además, no sé si quiero jugar si no podemos escuchar el propósito de Año Nuevo de Edward. Yo, por mi parte, no veo el momento de dejarme inspirar por él. —Me sonrió como si existiera algún tipo de pacto secreto entre los dos.

—Por supuesto. —Rhoda Haslop sonó aturullada, me dirigió una mirada de disculpa como si toda la culpa del descuido fuera suya—. Tendría que haberlo pensado antes. De todos modos, nadie debería perderse un ritual tan importante. Convertirlo en un juego está muy bien, pero fijar los propósitos del nuevo año es un ejercicio que debería abordarse en general con intenciones serias. Como dice

Pearl, cada propósito que compartimos podría actuar como una fuente de educación espiritual para otra persona.

—¡Dios mío, Rhoda! —se rio Pearl—. No todo tiene que estar relacionado con la educación o el perfeccionamiento.

—En especial cuando tú estás cerca, ¿eh, Pearly? —bromeó Austin Lanyon.

—En vez de ofenderme, voy a asumir que te refieres a que en mi caso no hay posibilidad de una mayor perfección —dijo Pearl con un mohín coqueto, los ojos aún clavados en mí como desafiándome a mostrar mi acuerdo o la falta de este.

Nadie presentó ninguna objeción a la propuesta de Poirot. Quienes fumaban no tardaron en apagar los cigarrillos y todo el mundo tomó asiento, bien a la mesa alargada, bien en una de las tumbonas que había por allí, todas de formas diferentes pero iguales en términos de dureza e incomodidad. Yo fui a sentarme contra la pared al otro lado de la terraza para estar lo más cerca posible del aroma fresco y salobre de las olas que lamían la orilla.

En cuanto estuvimos todos instalados, Austin Lanyon nos recordó sin necesidad las reglas que ya había recitado dos veces:

- Todos tenéis que escribir un propósito real para el año entrante; el cambio que más deseáis y que representará una mayor diferencia en vuestra vida, no algo falso y que no tenga nada que ver con vosotros pensado para dificultar la capacidad de los demás jugadores a la hora de hacer sus conjeturas de manera correcta.
- Nadie puede escribir más de un propósito.
- Escribidlo en mayúsculas, para que sean fáciles de leer.
- Cuando hayáis escrito el propósito y nada más en el papel (sobre todo, no pongáis vuestros nombres), dobladlo para que no se vean las palabras y depositadlo en el cuenco.

- Mientras Catchpool lee cada uno de los propósitos en voz alta (incluido el suyo) y le adjudica un número, del 1 al 11, cada participante deberá escribir quién cree que es su autor.
- A continuación, Catchpool volverá a leerlos todos, hasta un máximo de dos veces más, para que tengáis la oportunidad de cambiar de idea y corregir vuestras respuestas.
- Entonces, Catchpool los leerá todos, uno por uno, de manera que quien los haya escrito pueda reclamar su autoría. En ese momento, los jugadores se premiarán con dos puntos cuando la respuesta sea acertada y ninguno cuando sea errónea.
- Por cada persona que adivine vuestro propósito, perdéis un punto (en consecuencia, puede suceder que algún jugador acabe con puntuación negativa).
- El ganador, sorprendentemente, no será la persona que tenga más puntos al final. O, mejor dicho, se puede considerar que esa persona ha triunfado si uno está decidido a sumarse a un estado mental tirando a vulgar, pero el verdadero ganador será la persona que, a juicio de Austin Lanyon, haya ideado el propósito más impactante. [Supuse, de manera errónea, que bromeaba].

Después de fijar las reglas siguieron unos veinte minutos de silencio, durante los cuales rasgamos las hojas de papel, escribimos en ellas, las doblamos y las depositamos en el cuenco de alambre.

No tardé en tener el cuenco en la mano y me dispuse a comenzar.

—De acuerdo —dije—. Número uno: «Dedicar un ensayo a la cuestión del principal fruto del espíritu, el perdón, a fin de comprenderlo en mayor detalle y de practicarlo con mayor efectividad».

—Oh, esa es difícil. —Thirza Davis torció la boca mientras intentaba adivinar—. Solo podrían ser dos personas, pero ¿de cuál

de las dos será?

—Dejad que añada rápidamente una nueva regla —dijo Austin—. En esta fase del juego no debe surgir ningún comentario ni debate, no sea que sin querer revelemos demasiado y...

—Yo no he dicho nada que pueda desvelar al autor —dijo Thirza con frialdad.

—Yo tampoco he dicho que fuera así. —Austin le sonrió—. Pero la próxima persona que abra el pico quizá no sea tan sensata. Y sobrestimas tu propia discreción. Quizá haya quien se esté preguntando qué dos nombres tienes en la cabeza, cuando antes no lo habían hecho, y estén llegando a alguna conclusión.

—Hay quien no está en condiciones de preguntarse tales cosas —dijo Charles Counsell—. Monsieur Poirot y el inspector Catchpool no nos conocen a ninguno. Su desventaja es injusta.

—Yo no estaría tan segura —dijo Thirza—. Cuando tus sentidos están bien afinados, es posible tomarle la medida a la mayoría de la gente en menos de una hora. —Aunque se dirigió a su marido no fue a este a quien miró, sino que sus ojos estaban fijos en Austin Lanyon, y la mirada que le dirigió hizo que se me quitaran las ganas de criticarla por cualquier razón, para siempre, si de mí dependía.

Austin se mantuvo impávido.

—De acuerdo —dijo—. ¿Todo el mundo ha anotado su conjetura sobre el autor del propósito número uno?

Cuando terminaron, leí el número dos:

—«Mi propósito es leer y escribir poesía a diario».

—¡Oh, esa es fácil! —gorjeó Pearl St. Germain—. Es evidente que se trata de Austin. Es el único poeta que hay aquí.

—Pearl, en serio... —Nash Athanasiou suspiró.

—No ha revelado nada, aunque sea una cabeza de chorlito —dijo Austin—. Recordad que es el juego de los PROPÓSITOS de Año

Nuevo: lo que deseamos incorporar a nuestra vida. Yo ya leo y escribo poesía. ¿Por qué decidiría hacer algo que ya es una costumbre establecida? Si lo pensáis con detenimiento, tiene más sentido que la persona que ha escrito el propósito número dos no sea yo, sino un admirador a quien mi ejemplo ha inspirado.

—Bueno, eso nos ha pasado a todos, como es natural —dijo Matthew Fair—. Eres un tipo inspirador de la cabeza a los pies, Austin.

—Pero no escribes ni lees poesía a diario, ¿verdad? —preguntó Nash—. Cada día...

—¿Qué ha sido de la regla sobre los comentarios y debates, Austin? —La voz de Thirza sonó plomiza—. Me la has aplicado con mucha alegría, pero es aceptable que Nash, Matthew y tú comentéis todo lo que queráis, ¿es así?

—Llamadme quisquillosa, pero tengo la sensación de que los juegos deberían ser divertidos y este, hasta el momento, no lo ha sido —dijo Belty Ricks con una risita.

—Belty tiene razón —dijo Olive Haslop—. Dejémoslo si solo vamos a estar discutiendo de principio a fin.

—Mejor aún, cambiemos la manera de abordarlo de cara a evitar que se vaya al traste. —Nash se puso en pie—. ¿Desde cuándo nos rendimos, siendo la elección de corregir las cosas igual de sencilla? El perdón, nuestro credo fundamental, no es solo una idea que debamos aplicarnos a nosotros y a otras personas. Es vital que perdonemos al momento, o a la actividad que estamos llevando a cabo, si no se desarrolla según nuestros deseos. —Al hablar se volvía a un lado y al otro, para asegurarse de mirarnos a todos—. En vez de abandonar esta empresa, debemos perdonarle que hasta ahora no haya sido tal y como esperábamos.

—Qué idea tan maravillosa. —A Rhoda le brillaban los ojos—. Muy acertada. Debería habérseme ocurrido a mí misma. —Entonces añadió dos palabras que no llegué a entender. Sonaron un poco a «por ti morí».

Rhoda debió de captar mi confusión, porque dijo:

—Es una expresión griega: *Próti Foní*. Significa «Primera Voz». Ese es el rol de Nash en esta, nuestra comunidad. —Recordé que Matthew ya me lo había explicado cuando fuimos a nadar. Rhoda repitió el título como si se tratara de una oración, y entonces le preguntó a Nash—: Si le perdonáramos al juego de los propósitos este... este inicio extemporáneo, ¿qué haríamos a continuación?

Nash frunció el ceño y no dijo nada.

Austin se volvió hacia Matthew y preguntó:

—¿Défteri Foní? Segunda Voz...

—Ay, diantres. —Matthew parecía un tanto sobrecogido. Parpadeó algunas veces—. Hum, caramba, ¿una ayudita?

Rhoda se puso en pie y se aclaró la garganta.

—Comenzaríamos de nuevo, después de aceptar unánimemente la regla de no hacer comentarios ni entrar en debates —dijo—. Entonces, el inspector Catchpool comenzaría de nuevo por el propósito número uno.

—¡Una idea excelente! —dijo Matthew Fair—. Serías una maravillosa Défteri Foní, Rhoda. De verdad, tendrías que ser tú, no yo.

—¿Qué más? —preguntó Nash—. Además de comenzar de nuevo habiéndonos puesto de acuerdo en eso. —Recorrió con la mirada un rostro tras otro.

—No guardar rencores ni albergar resentimiento alguno por lo que ha acontecido hasta ahora —sugirió Charles Counsell.

—Eso desde luego. Pero ¿qué más?

—¿Qué os parece partirnos de la risa? —sugirió Austin.

—¿Reírnos? —repitió Rhoda—. ¿De qué?

—Pues de nosotros mismos —contestó él—. Aquí estamos, un grupo de personas inteligentes, al menos en su mayor parte, y sin embargo no podemos participar en un juego sencillísimo sin ponernos quejicas y camorristas y estropear toda la diversión. Y no somos solo nosotros aquí, esta noche, sino que es la manera en la que avanza el maldito mundo entero, todo el maldito tiempo.

—Estoy segura de que nos lo pasaremos mejor cuando comencemos otra vez —dijo Olive bruscamente—. Por favor, Edward, continúe. Estoy cansada y tengo ganas de irme a la cama en cuanto hayamos recibido al Año Nuevo. Ni por asomo quiero seguir levantada, adivinando a quién pertenece qué propósito a las dos de la mañana. Y no hay necesidad de repetir los primeros dos, estoy segura de que todos los recordamos: escribir un ensayo espiritual, y leer y escribir poesía a diario.

—Sí, esta vez va a ser divertidísimo —murmuró Austin, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué no lees el resto y haces que suene como las actas de una reunión de comité?

—Edward está leyendo los propósitos —contestó Olive con firmeza —. Adelante, Edward. Si Nash está de acuerdo, claro.

La Primera Voz de la casa asintió con un leve movimiento de la cabeza.

Cogí otro trozo de papel doblado, suponiendo que las posibilidades de que lograra leer los números tres a once sin interrupciones ni peleas eran cercanas a cero. Respecto a lo que pasó... Bueno, habría dicho que había menos de cero posibilidades de que ocurriera, así que, por favor, no crea que me estoy atribuyendo un talento sin reservas a la hora de predecir el futuro.

Acabé dando al traste yo mismo con el desarrollo fluido del juego de los propósitos. Al desdoblar el trozo de papel que tenía en la mano, vi que no estaba escrito en mayúsculas, como se nos había indicado. En su lugar, se trataba de una letra cursiva con un exceso de florituras. Una neblina cubrió los siguientes segundos. Verá, yo no estaba preparado para leer esas palabras concretas. Una sirena de alarma se encendió en mi interior, anulando todo lo demás. Pensé: «Tiene que ser una broma», y entonces: «Sin duda estará relacionado con la razón por la que han invitado a venir a Poirot».

Lo que hice, aunque no recuerdo que decidiera hacerlo, fue ponerme en pie de golpe y tirar por los aires el cuenco de alambre y todos los trozos de papel.

—Ay, cielos —farfullé (Poirot me dijo mucho después que se había tratado de una combinación perfecta entre moderación verbal y reacción física exagerada).

A raíz de la posición que ocupaba —contra la pared más lejana, lo más cerca posible del mar—, algunos de los papeles habían caído revoloteando a la terraza de abajo cual minúsculas aves blancas en la noche, y corrí de aquí para allá, ignorando las preguntas ansiosas de Poirot —«¿Qué le sucede, Catchpool? ¿Qué ha leído para sobresaltarse de esa manera?»—, en busca de un tramo de escalones de piedra que condujera al nivel inferior.

No encontré nada parecido. Por increíble que resulte, ninguna de las zonas al aire libre de La Espita estaba conectada a las demás a través de una escalera externa, un sendero inclinado o algún otro medio. Era algo de lo más absurdo: había que entrar en la casa y encontrar la habitación pertinente, o la plataforma de piedra junto a una escalera, a fin de llegar a cualquier otra zona exterior. Y, aunque la bahía de Liakada se encontraba casi al alcance de la mano de los tres patios de piedra inferiores, no era posible alcanzarla desde

ninguno de ellos, a menos que uno quisiera saltar el muro. La terraza más alta, donde se encontraba la mesa para comer, era la única desde la que se podía salir del recinto de La Espita y acceder directamente al mar.

Por urgente que me pareciera recuperar esos trozos de papel que habían escapado volando de mi mano, cualquier salto desde el lugar en que me encontraba podría haberse revelado de lo más peligroso.

—¡Catchpool!

Poirot estaba de pie frente a mí. Tomó de mi mano el papel que seguía sujetando sin ser consciente de ello y leyó en voz alta las palabras que contenía para que todos los presentes las oyeran. Era una especie de poemilla, aunque yo no deseara dignificarlo con ese nombre, pues se trataba del cuarteto más amenazador en el que hubiera puesto la vista:

Nos hemos propuesto asesinar a Matthew Fair.
Tengo una ayudante: sólida y segura es;
está tan resuelta como yo. Que esta sea, pues,
la última y primera muerte del año que vayamos a ver.

Comprendí cada una de esas palabras; el significado de «última» o «primera» no podía esconder misterio alguno. Sin embargo, sobre todo porque había conocido a Matthew Fair, hombre amigable y a todas luces íntegro, ese poema no tenía para mí el menor sentido.

Capítulo 6

Error a medianoche

Poirot miró a los nueve residentes de La Espita uno tras otro, de manera bastante parecida a como lo había hecho Nash Athanasiou unos minutos antes.

—¿Quién ha escrito esto? Tienen que decírmelo ahora mismo. Se tratará de una broma, espero.

En ese momento yo ya era consciente de que no era el caso. Había sostenido el propósito en la mano y había notado entre los dedos el latido de sus malignas intenciones.

—No se ponga tan serio, monsieur Poirot —dijo Matthew Fair con una sonrisa—. Alguien me está provocando, eso es todo. Estoy a salvo. Aquí no hay ningún asesino.

—Y, aunque los hubiera, Matthew es un encanto, la última persona a la que nadie querría matar —añadió Belty Ricks, a quien le temblaba la boca en su esfuerzo aparente por no reírse. A la vez, buscaba con la mirada a Austin Lanyon.

Podría haber pensado que se trataba de una broma tramada por los dos estadounidenses (al fin y al cabo, el sentido del humor de ese país se encuentra bastante alejado de nuestra sensibilidad inglesa), pero Austin se había quedado paralizado; aquello no le hacía la menor gracia. Tenía la vista clavada en la mesa; sus manos, grandes y abiertas, se asemejaban a unas tenazas carnosas

dispuestas a arrancarle los ojos a alguien. A su lado, Nash Athanasiou estaba estupefacto.

—Venga, vosotros dos —les dijo Matthew Fair—. No os pongáis tan circunspectos. Es solo una broma. Si yo no me lo tomo en serio, vosotros tampoco deberíais hacerlo.

—¿Quién lo ha escrito? —Nash repitió la pregunta de Poirot—. Que esa persona hable ahora mismo, por favor. Si Matthew tiene razón y ha sido una broma, la broma se ha acabado. El autor de este... de este propósito tan inquietante debe darse a conocer sin la menor dilación.

Aguardamos en silencio unos diez segundos largos, pero nadie reclamó como propios los versos siniestros.

Yo escudriñé los rostros de los presentes y consolidé mi impresión inicial: había una marcada diferencia entre las respuestas del grupo. Matthew y Belty se lo habían tomado a la ligera, y parecían cada vez más perplejos al ver el semblante ansioso de los demás. La expresión de Olive Haslop era seria y concentrada. Rhoda, su hermana pequeña, parecía horrorizada, como si se hallara en posesión de un terrible conocimiento secreto que la estaba quemando por dentro. Pearl St. Germain tenía un aspecto furtivo y un poco culpable. La cara de Charles Counsell no se había alterado; es decir, que seguía pareciendo la de un alma en pena. En la de Thirza se mezclaban el recelo y la curiosidad. Fue mirando a los demás uno por uno, igual que yo, y, si hubiera tenido que adivinar sus pensamientos, habría apostado a que decían algo como: «¿Quién es el asesino? Porque yo no descartaría a ninguno de vosotros».

—Nadie desea reconocerlo como suyo —observó Poirot en voz baja—. No es, por tanto, una broma. Debemos considerarlo como

una amenaza seria. Monsieur Athanasiou, me pregunto si por casualidad...

—No —contestó Nash de manera categórica, y le dirigió una mirada implorante cuyo significado era evidente: «Por favor, no mencione lo que tiene en la cabeza. Ahora no. Que quede entre nosotros».

Poirot asintió con ligereza y apartó la mirada, dispuesto, de momento, a no revelar lo que fuera que debía mantener en privado con Nash Athanasiou.

—No, no debemos considerarlo como una amenaza seria —insistió Matthew Fair—. Estamos montando un jaleo por nada. Y mire, en cuanto víctima prevista y a ratos dispuesta, sé lo que me digo. Aunque aprecio su atención hacia mí, monsieur Poirot, de verdad que no hace falta ser tan agorero. Mañana seguiré holgazaneando por aquí, ya lo verá: nadando en el mar con Catchpool, como una rosa. Nadie va a asesinarme, tiene mi palabra. Ni antes de la medianoche ni justo después vendrá nadie a liberarme contra mi voluntad de los avatares de la vida. —La idea hizo que se riera para sí.

—¿Y si estás equivocado, Matthew? —preguntó Olive Haslop—. Seguro que no hará ningún daño que tomemos algunas precauciones.

—¿Qué ha querido decir con lo de víctima «a ratos dispuesta», monsieur Fair? —inquirió Poirot.

—¿Hummm? Yo he dicho eso, ¿verdad?

—Sí, así es —confirmé.

—Oh, bueno, ya sabe... No creo que haya querido decir nada, en realidad, más allá de... —Miró a su alrededor, como esperando que alguien le indicara lo que debía decir. Al ver que nadie lo hacía, añadió—: Mire, todos los presentes saben que valoro echarme unas

buenas risas. Soy la típica persona que diría «¡Ay, dejadme ser la víctima del asesinato!» en cualquier clase de... pantomima u obra dramática o... o interpretación de ese tipo.

—¿Y se lo comentó a alguien en relación con este juego? —preguntó Poirot—. ¿Antes de que la gente escribiera los propósitos y los depositara en el cuenco?

—Cielos, no. —Matthew resopló, divertido por la sugerencia. Entonces contestó a algo que nadie le había preguntado—: No soy poeta. Ignoro cómo se las arreglan otros para que les salgan los versos como si fuera la cosa más natural del mundo y acabaran de venirles a la lengua, o a la pluma, con la forma exacta y los sonidos adecuados al final de cada línea.

—¿Podemos oír el poema de nuevo, monsieur Poirot? —preguntó Austin Lanyon.

Poirot volvió a leer los versos con gesto brusco y voz monótona.

—¿Ha sido broma tuya, Austin? —preguntó Matthew con una sonrisa—. Al fin y al cabo, eres el único poeta que tenemos aquí.

—Eso es lo que el autor de esos versos quiere que penséis todos —contestó Austin—. No, no los he escrito yo. Tengo demasiado talento, para comenzar. La lengua no fluye. Cada verso es más engorroso y acartonado que el anterior. Monsieur Poirot, si desea una prueba de que yo no puedo haberlo escrito, entre y vaya a mirar el poema enmarcado que hay en la pared del salón. Lo escribí yo. Se titula *Pregúntame cómo lo sé*. Constatará de inmediato la diferencia entre el talento lírico y la falta de este.

Thirza Davis puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, a nadie le importa lo más mínimo tu pericia literaria, Austin. Nos preocupa bastante más que alguien pueda haber planeado estrangular al pobre Matthew en mitad de la noche.

—Es inconcebible que alguien pueda desear hacerle daño a Matthew —dijo Nash—. La resolución de la rima tiene que ser algún tipo de... de broma indignante, no una amenaza creíble de violencia.

Pearl se había puesto en pie y había rodeado la mesa para acercarse al punto en el que Poirot permanecía parado. Entonces miró por encima de su hombro el papel que este tenía en la mano.

—No se parece en nada a la letra de Austin. De hecho, es casi exactamente como la mía, aunque las eses están mal. Mis eses son diferentes.

—Déjame ver. —Thirza se levantó y no tardó en ponerse a su lado —. Vaya por Dios, sí. Sí que se parece a tu letra. Pero creo que la efe mayúscula del apellido de Matthew está mal. Tus efes mayúsculas se desvían hacia la izquierda por abajo, como los hilos de una cometa al viento.

—¡No es verdad! —protestó Pearl, indignada—. Se parecen muchísimo a esta.

—¿Escribió usted este cuarteto, mademoiselle? —le preguntó Poirot.

—No, no lo escribí yo. Se lo prometo con toda la sinceridad, no fui yo. Qué gracioso. —Soltó una risita nerviosa y se acercó veloz al centro de la terraza, donde me encontraba yo, para recostarse sobre mí como si fuera un árbol desocupado—. ¿No es gracioso, Edward? ¡Menudo imbécil tiene que ser el autor de este poema propósito!

—¿Por qué dice eso, mademoiselle?

Ella parpadeó algunas veces, transmitiendo la sensación de que estaba absorta en una tumultuosa actividad mental.

—No sé si podré explicarlo. Déjeme... Un momento, sí, lo tengo: si la intención era imitar a Austin con todas esas rimas, ¿por qué ha intentado emular mi letra? Podría haber escrito el poema en mayúsculas, como nos dijeron. ¿Por qué no lo ha hecho? Y, si quería

que la culpa de haberlo escrito cayera sobre mí, ¿por qué ha presentado la amenaza de muerte como un poema hecho con tanta... corrección? Es del todo posible decir que vas a matar a alguien usando palabras normales y cotidianas que no rimen.

—¡Por el amor de Dios, Pearl! —espetó Austin—. No puedes ser tan idiota. ¿No se te ha ocurrido que alguien podría haber intentado implicarnos a los dos? El poema deja claro que el asesino dispone de una ayudante, ¿recuerdas?

—Pearl tiene razón en algo, Austin —dijo Olive—. Si el autor buscaba imitar la letra de Pearl, pero a la vez quería arrojar sospechas sobre ti, ¿por qué no ha escrito «Tengo un ayudante: sólido y seguro es», en vez de usar el femenino?

—No lo sé. —Austin parecía preocupado—. Podría hacer una suposición.

—Quizá porque usted es el autor de *les poèmes*, monsieur —sugirió Poirot—. Si el poema fue creación suya y Pearl es su ayudante, usted hablaría de ella en femenino. Tiene sentido. Es posible que debamos suponer que concibió el poema y lo leyó en voz alta para que mademoiselle Pearl lo escribiera.

Austin asintió con la cabeza.

—Es lo que estaba pensando. Pero todos han visto lo que ha pasado al comenzar el juego. No le he dictado ningún verso amenazador a Pearl, ni a nadie más.

—Podría haberlo hecho mucho antes —dijo Poirot—. Y haber preparado el papel doblado esta mañana. Fue usted quien sugirió que jugáramos al juego de los propósitos, ¿no es así?

—Desde luego que sí —aceptó Austin—. ¡Y eso no significa ni demuestra nada! Voy a decirle lo que ha pasado, monsieur Poirot: una persona problemática, un desdichado de gran astucia disfrazado de amigo, redactó en silencio esas palabras con el objetivo de

sembrar la discordia en el seno de nuestra hasta ahora armoniosa comunidad.

—Me temo que así es. —Rhoda Haslop se había puesto a llorar.

—Venga, Austin —dijo Matthew Fair con énfasis—. Estás alterando a nuestra querida Rhoda, y no deberías. Monsieur Poirot, por favor, deje de tomarse este asunto con tanta seriedad. Tú también, Nash. Se trata de una broma de mal gusto, nada más. Tiene que serlo, porque todos los presentes son buena gente de la cabeza a los pies, y yo también. ¿Ve a qué me refiero, colega? —Dirigió una mirada esperanzada a Poirot—. Aquí existe una absoluta carestía de víctimas y asesinos creíbles. En estas condiciones, es imposible que tenga lugar un asesinato. Y no es ningún accidente, sino que está pensado así. ¿Le ha explicado Nash la belleza de este pequeño paraíso que ha creado?

—A mí no me la ha explicado nadie —dije en voz baja.

—Ahora no, Catchpool —me acalló Poirot.

—Queridos amigos, voy a haceros una promesa. —Matthew seguía intentando animarnos para que abandonásemos toda preocupación —. Si un canalla viene a mi encuentro a medianoche con una daga o una serpiente venenosa en las manos, lo tiraré al suelo y gritaré para pedir ayuda de inmediato. Ahora, por favor, sigamos con el juego.

—Yo ya no quiero jugar a nada —repuso Rhoda, desconsolada, en el momento exacto en que Belty decía:

—¡Esperad un instante! El juego... ¿No podríamos averiguar quién ha escrito el poema por un proceso de eliminación? Cuando conozcamos a los autores de los demás, veremos quién queda.

—Asume usted que nadie metió más de una opción en el cuenco, mademoiselle —dijo Poirot—. Podría haberse hecho con facilidad, creo que nadie habría reparado en ello. Pero tiene razón,

deberíamos seguir esa vía de investigación, *néanmoins*. Catchpool, recupere por favor todos los papeles que pueda, incluidos los que han caído al otro lado de la pared.

—Debemos quedarnos cerca de Matthew y protegerle —dijo Nash con solemnidad—. Mantenerle a salvo, cuando menos hasta la medianoche, y es probable que durante treinta minutos más, diría.

Poirot se volvió poco a poco hacia él con expresión perpleja.

—¡Esa medianoche! —repitió—. Es usted la segunda persona que lo dice, monsieur Athanasiou. Monsieur Fair la ha mencionado dos veces. Por favor, ¿puede alguien explicarme cuál es el significado de la medianoche?

Varias personas intercambiaron miradas de desconcierto con quienes estaban sentados cerca, preguntándose, sin duda, si a Poirot comenzaban a fallarle las famosas células grises.

—¿Acaso no es evidente? —preguntó Austin con cierto grado de beligerancia.

—La medianoche es cuando el año actual se acaba y comienza el nuevo —contribuyó Olive Haslop, más cooperativa.

—Y aparece escrito en el poema de la amenaza. —Rhoda señaló el papel que sostenía Poirot en la mano.

—No es así, mademoiselle —la corrigió él.

—¿Por qué intenta perder el tiempo, monsieur Poirot? —preguntó Thirza Davis con impaciencia—. Quizá no esté escrito de manera literal...

—Es solo una palabra, mademoiselle: «medianoche». Y yo no la veo. —Poirot levantó el papel de manera ostentosa para examinarlo a la luz de una vela—. No, aquí no está.

Rhoda dijo:

—Monsieur Poirot, todos sabemos lo que el autor del poema intentó comunicar, al margen de florituras poéticas: si el asesinato

de Matthew ha de ser «la última y primera muerte del año», sin duda habrá planeado que tenga lugar a medianoche.

—En cuanto den las doce..., eso es lo que yo he interpretado —dijo Thirza—. ¿Soy la única que lo ha pensado?

—No. Yo he pensado lo mismo que tú —contestó Olive—. La última muerte de 1932 y la primera de 1933; en otras palabras, esta medianoche. En punto. ¿Qué otra cosa podría significar? Aunque es peculiar, porque...

—*Mais non!* —anunció Poirot, haciendo un llamativo movimiento de barrido con el brazo.

Nash pareció sorprenderse, lo mismo que Rhoda Haslop. Belty Ricks cruzó los brazos y levantó las cejas. Era el único miembro del grupo cuya actitud era la de alguien que podría haber estado disfrutando de la velada en un teatro; nada de lo acontecido había logrado exasperarla y, cuanto más entretenido e inesperado fuera, mejor.

—¿Qué estaba usted a punto de decir, mademoiselle Haslop? —le preguntó Poirot a Olive—. Me disculpo por la interrupción.

—Solo que es bastante raro, y sin duda contraproducente, especificar la hora en que planeas asesinar a alguien —contestó Olive—. Todos estaremos vigilando a Matthew con nuestra completa atención en el momento en que den las doce.

Poirot asintió ligeramente con la cabeza.

—Tiene usted razón y, a la vez, está equivocada —le dijo—. El asesino no gana nada al contarnos cuándo planea actuar: ¡correcto! O la asesina, pues el propósito nos informa de que hay una mujer involucrada, o los asesinos, si se trata de las dos personas. *Eh bien*, nuestro criminal estaría encantado si todos cometiéramos lo que de ahora en adelante voy a denominar «el error de medianoche». *Vous comprenez?*

Nadie habló.

Al cabo de unos segundos, Poirot dijo:

—Se espera de nosotros que lleguemos a la conclusión equivocada de que la hora escogida es la medianoche. —Agitó el papel en el aire —. Por esa razón, «última» y «primera» aparecen dispuestas de esta manera tan extraña, de atrás hacia delante, ¿verdad? El orden que cabría esperar es «primera y última», pero no aquí, ya que el año en curso viene antes que el año próximo. *Eh bien*, la última muerte de 1932 debe llegar antes que la primera muerte de 1933.

—Bueno..., exacto. —Thirza Davis parecía confundida.

—No habrá ningún asesinato a medianoche —dijo Austin con poca energía—. Lo que habrá en cuanto el reloj dé las doce será un anuncio.

—¿Un anuncio? —me oí espetar.

—Sí. Tengo la sensación de que será el momento en que el travieso autor del propósito se descubrirá. Creo que deberíamos jugar a algo nuevo y dedicar el tiempo que falta a adivinar su identidad. Yo apuesto por ti, Belty.

—Bueno, en ese caso somos una pareja perfecta, querido Austin, porque yo apuesto por ti. El poema es la pista. Dices que no está bien escrito, pero un buen poeta puede escribir un poema horrible con mucha más facilidad que un mal poeta.

—Ahí le has dado, condenada —dijo Austin amigablemente.

—Espero que tengas razón, en cualquier caso —repuso Belty—, en que es solo un juego y en que descubriremos la respuesta justo a la medianoche. Sería muy emocionante.

—Se están engañando a sí mismos, *mes amis* —dijo Poirot con gesto grave—. Y no tardaré en explicarles por qué. Catchpool, por favor, ¿por qué no ha hecho lo que le he pedido?

—¿Qué me ha...? Ah, sí, los propósitos —dije, recordando que había sido yo quien los había tirado de manera negligente por encima del murete, y que era mi responsabilidad recuperarlos.

Mientras me encaminaba a iniciar la búsqueda en las terrazas inferiores, oí que Matthew decía algo con ánimo alegre acerca de una broma cuyo remate tendría lugar a medianoche, y que todo era muy ingenioso y emocionante, e intenté obligarme a creer que tenía razón.

Capítulo 7

SE TARDA MÁS EN MATAR QUE EN MORIR

Por suerte, el viento no había arrastrado hacia el mar ninguno de los papelitos doblados y pude encontrar hasta el último de ellos. Regresé a la terraza comedor, donde, después de recuperar el aliento, los junté y conté.

—Son doce en total, incluido el de la amenaza de muerte —dije—. Puesto que somos once, hay alguien que escribió dos. —Consideré la posibilidad de mencionar a Manos, el cocinero, solo porque era la duodécima persona y había estado en La Espita durante la primera parte de la velada, pero me di cuenta de que no podía ser el culpable: había aparecido por última vez al menos diez minutos antes de que yo subiera a la terraza con el cuenco vacío—. Por desgracia, están todos escritos con mina de lápiz de color gris, así que no hay pistas en ese sentido —dije.

—Léalos en voz alta, todos ellos —pidió Poirot—.*Mesdemoiselles et messieurs*, por favor, identifiquen el que escribió cada cual en cuanto lo oigan.

Esa parte se desarrolló de manera eficiente. Elegí mi propósito el primero de todos y, con tono enérgico, informé a los presentes de que pensaba salir a nadar al mar cada día de 1933..., y sí, me decepcionó que Poirot no frunciera el ceño de inmediato y dijera: «Pero, *mon ami*, trabaja usted en Londres, en Scotland Yard. No hay

ninguna costa marina cerca». Pensé que quizá me invitaría a explicarle esa discrepancia más tarde.

Fui leyendo el resto de los propósitos (mis lectores ya los han leído, así que no volveré a enumerarlos aquí) y sus autores los reconocieron sin demora. El de Pearl —convencer al hombre al que amaba de que le pidiera matrimonio, y a continuación aceptar— hizo reír a todo el mundo, y ella se quedó alicaída.

—Lamento ver que todos os tomáis el amor a risa —dijo con voz enardecida, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Solo el tuyo, Pearly, solo el tuyo —contestó Austin en broma—. Me imagino tus afectos como una especie de saltamontes..., sí, un saltamontes febril y frenético que va saltando de un pobre tipo al siguiente. Avisaría al próximo si conociera su identidad. Te has quedado sin opciones, ¿no es así? O quizá hayas encontrado un alijo de víctimas en potencia en las habitaciones de ese lugar. —Hizo un gesto hacia el hotel Bahía de Liakada.

—¡Mira quién habla! —le espetó Pearl—. Eres voluble como tú solo.

—Me pregunto... —Poirot había empezado a deambular por la terraza. Yo conocía bien esa manera de caminar para pensar despacio—. Monsieur Fair, su propósito de Año Nuevo es ser más puntual, ¿verdad?

—Sí —contestó Matthew—. ¿Qué relevancia tiene eso?

Pearl, que se me había acercado furtivamente para acabar embutiéndose en el hueco que me separaba de Thirza Davis, se volvió hacia mí y dijo:

—Yo también me lo había preguntado, eso que acaba de sugerir su amigo francés.

—Belga —la corregí—. Y no ha sugerido nada. Ha hecho una pregunta.

—Supongo —dijo ella—. Pero «última y primera», en el orden equivocado, es una especie de referencia a lo que llamamos «la hora de Matthew».

Thirza se inclinó por encima de Pearl y me dijo:

—Lo más gracioso, inspector Catchpool, es que Matthew suele irse a la cama al menos dos horas antes que el resto, ¿no es cierto, Matthew querido? Cuando se podría pensar que la persona que siempre llega tarde sería la última en acostarse, ¿no cree?

—¿Por qué habría de pensar nadie eso? —espetó Charles Counsell —. Una cosa no está relacionada con la otra. —Sin duda, su objeción tenía que ver con el hecho de que su prometida estuviera hablando con otro hombre en un tono tan coqueto.

—Es de tanto salir a nadar —dijo Matthew—. Me deja muy cansado.

—Catchpool...

Poirot me llamó con un gesto y yo me acerqué a él con cierto alivio. Esa última conversación me había dejado un sabor raro en la boca; había notado una tensión en el aire, y Charles y Thirza se encontraban en su origen. Ella había puesto demasiado énfasis en la temprana hora a la que se acostaba Matthew, como si tuviera alguna importancia oculta. Era casi como si hubiera querido transmitir un mensaje encubierto de algún tipo.

Al llegar junto a Poirot, él se dirigió no a mí, sino a todo el grupo:

—Damas y caballeros... —empezó a decir. Todos se callaron para mirarle—. Permítanme que les explique una cuestión de lo más evidente en la que nadie ha reparado. Un asesinato a medianoche, esta noche..., y no se equivoquen, me aseguraré personalmente de que no ocurra nada parecido, pero, bueno, imaginemos que pudiera ocurrir en circunstancias diferentes. *Eh bien*, ese asesinato, si fuera a acontecer a medianoche, tendría lugar al principio de 1933. Pues

es entonces cuando comienza el año nuevo. Un asesinato a medianoche, o en cualquier momento posterior a la medianoche, sería una muerte que pertenecería al año 1933. Mientras que un asesinato cincuenta y nueve minutos después de las once... Pues ese crimen habría tenido lugar justo al final de 1932.

—Tiene usted razón, por supuesto, a efectos técnicos —dije—. Pero el autor del poema podría ser fácilmente un poco menos pedante que usted y haber considerado que la medianoche es el umbral entre uno y otro, y que por tanto pertenece a ambos años.

—Estoy de acuerdo con el inspector Catchpool —dijo Charles Counsell.

—Yo también —dijo Olive—. Mucha gente podría considerar la medianoche como el punto de encuentro entre dos días, o entre dos años.

—Además, «la última y primera muerte del año» no puede significar nada más —dijo Belty.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó Austin con tono provocador.

—A ver, cuenta —dijo ella.

—Muy bien. —Austin se puso en pie—. Un asesinato podría tardar mucho más que un segundo en cometerse, si incluyes tanto la acción como su resultado. Imagina que le clavo un cuchillo a alguien, pongamos que a Matthew —los dos se sonrieron—, y que lo hago a las once cincuenta y cinco. Él podría morirse solo cinco minutos después de la medianoche. A ver, ¿por qué diantres esperaría nadie que se muriera con puntualidad cuando siempre llega con horas de retraso a todas las demás cosas?

Pearl, Matthew y Belty se rieron. Thirza logró esbozar una ligera sonrisa.

—Yo habría iniciado el proceso de asesinarle en un año, pero solo habría alcanzado ese fin en el siguiente —concluyó Austin.

Pensé que el argumento tenía su qué, pero pareció enfurecer a Poirot:

—El propósito habla de «la última muerte del año», monsieur, no del «último asesinato». Si observar que esas dos palabras no significan lo mismo es una pedantería, entonces me alegro de ser el pedante aquí.

—Oh, venga —resopló Belty.

—La vida se acaba en un instante, mademoiselle —dijo Poirot en voz baja—. A diferencia del asesinato, que comienza con la voluntad..., a menudo años antes de que se cometa el crimen. La muerte, en cambio... Uno está vivo y entonces, de repente, ya no lo está.

—Estamos dando vueltas a lo mismo sin sentido. —La voz de Nash vibraba por la ansiedad—. A mí me parece evidente que quien escribiera ese propósito estaba pensando en la medianoche, así que debemos asegurarnos de que Matthew esté a salvo a esa hora.

—No hay nada evidente —dijo Poirot—. Aunque estoy de acuerdo en que sería negligente no tomar esa precaución. Si nadie se opone, propongo que nos quedemos aquí hasta las doce en punto. No será una espera demasiado larga.

—Son cuarenta minutos —dijo Austin—. ¿Cómo sugiere que pasemos ese rato, monsieur Poirot, ahora que ha insistido en estropear el juego de mi invención?

—Monsieur Fair —dijo mi amigo, ignorando a Austin—, ¿se le ocurre alguna razón por la que alguien, cualquier persona, podría querer asesinarle? ¿O a otro de ustedes se le ocurre alguna idea? — Por encima de su cabeza, la luna parecía un foco que hubieran colocado aposta para arrojar luz sobre el único de los presentes con la capacidad para deshacer ese enredo.

La pregunta provocó cierta agitación. Pearl, Thirza y Belty dijeron a la vez: «No», «Nunca», y «¡Por supuesto que no!», o cosas por el estilo. Charles Counsell no dijo nada. Se quedó mirándose las manos. Pensé que los celos serían su motivo; ¿habría amenazado de muerte a Matthew para advertirle que se mantuviera lejos de Thirza? Pero, hasta donde yo podía ver, Matthew no sentía ningún interés de ese tipo por esa mujer, con independencia de lo que ella pudiera sentir por él. Rhoda Haslop era el centro de sus atenciones románticas.

Nash no dijo nada, pero siguió removiéndose en la silla; nadie podría desplazarse tanto sin dejar de estar sentado. Parecía afligido. La expresión de Austin tenía el aspecto sellado de una tienda que hubiera bajado las persianas con la esperanza de disuadir a los compradores. ¿Estaba ocultando algo? De haber sido aficionado al juego, habría apostado una gran cantidad de dinero a que sabía algo sobre todo ese asunto tan desagradable.

Tanto Rhoda como Olive Haslop parecían estar esforzándose mucho por no decir nada. Olive tenía los labios fruncidos y los puños cerrados. Rhoda mantenía la vista puesta en la mesa; los ojos muy abiertos, sin pestañear, y los hombros encorvados. Belty seguía dando la impresión de estar divirtiéndose de una manera imprecisa, como si a su alrededor se desarrollara una escena agradable pero un tanto confusa.

Ahora que lo pienso, también Pearl, Thirza y Charles parecían incómodos mientras la pregunta de Poirot resonaba en el aire. Quizá a todos ellos se les hubiera ocurrido una razón para matar a Matthew, propia o que implicara a otro miembro del grupo.

—Ya veo —murmuró Poirot al cabo de unos segundos—. Esto es de lo más fascinante. Todos y cada uno de ustedes podrían arrojar luz sobre este misterio, pero prefieren no hacerlo. Están en su

derecho, claro. Voy a avisar al asesino solo una vez más: abandone sus planes para cometer este acto maligno. Lo lamentará amargamente. Monsieur Fair, ¿desea decir algo?

—Yo..., no, monsieur Poirot. Cielos, todo este drama es un espanto, ¿o qué? Tengo muchas ganas de que llegue a su fin. ¡Que pase 1933! —Se rio, nervioso, y me di cuenta de que tenía un aspecto extraño, parecido a la expresión en el rostro de Austin Lanyon y..., sí, en ese momento también a la de Nash Athanasiou. De repente, los tres hombres se me antojaron...

«Culpables» fue la única palabra que se me ocurrió y que estuviera a la altura, lo cual tuvo aún menos sentido. Sin duda, Matthew Fair no habría planeado su propio asesinato...

¿O sí?

Capítulo 8

La primera muerte del año

Nada reseñable pasó a medianoche. A las 23.59, los once estábamos sentados en silencio en la terraza, observándonos y a la espera, envueltos en una atmósfera que distaba mucho de ser festiva. Esa situación nos condujo con fluidez por el cambio de año y las circunstancias que acabo de mencionar siguieron siendo válidas durante los primeros minutos de enero de 1933.

Me sorprendió descubrirme sorprendido por ello, y me di cuenta de que había esperado algo diferente. Como es natural, me alivió que Matthew Fair siguiera vivo y en buenas condiciones, pero, después de ese desarrollo tan agitado, creo que todos esperábamos un gran gesto o un aluvión de explicaciones por parte de alguno u otro. Yo me había preguntado si Nash Athanasiou no estaría detrás de todo y anunciaría con solemnidad que el episodio había formado parte de una lección espiritual que deseaba impartir, y que había requerido de todo ese subterfugio.

Poco después de la medianoche, Nash dijo:

—Todo el mundo está exhausto, monsieur Poirot. ¿Le parece si...?

—*Oui* —aceptó Poirot antes de que acabara de formular la pregunta—. Después de estar viajando todo el día, y del mareo, y del problema amenazante de esta noche, pocas veces me había sentido tan fatigado. Este estado de merma física tiene unos efectos

nocivos para la constitución de la persona que no siempre se pueden revertir.

—Pero, monsieur Poirot, usted ha dicho que no creía que el autor del propósito pensara asesinar a Matthew a medianoche —protestó Nash—. Debemos seguir...

—Cierto, cierto —convino Poirot—. Estoy empezando a pensar que el poeta de la amenaza buscaba solo nuestra angustia psicológica, no provocar una muerte, pero no debemos correr ningún riesgo. Monsieur Fair, ¿es posible cerrar con llave la puerta de su habitación?

—Ninguna de las puertas tiene pestillo —dijo Belty.

—Monsieur Poirot, si les hace felices a usted y a Nash, pondré algún mueble pesado delante de la puerta de mi habitación para que no se pueda abrir —dijo Matthew—. Pero, en serio, como he mantenido desde el principio, no va a pasar nada. El drama se ha acabado. Era una broma, eso es todo. Una broma quizá maliciosa... —Por primera vez frunció el ceño y pareció agitado por los sucesos de la velada—. Pero los verdaderos asesinos no anuncian sus crímenes por anticipado —concluyó, con una sonrisa un tanto forzada.

Belty Ricks soltó una sonora carcajada.

—Es que me cuesta creerlo... Con todo este pánico, hemos olvidado desearnos un feliz año nuevo. ¡Y ni nos hemos dado cuenta! Creo que nos hemos vuelto todos un poquito locos. —Levantó la mano derecha, que estaba vacía, haciendo como si sostuviera una copa, y dijo—: Feliz Año Nuevo a mis muy buenos amigos, los antiguos y los nuevos.

—A mí no me parece nada feliz —dijo Rhoda Haslop.

—Te sentirás mejor por la mañana, querida —le dijo Matthew Fair.

Thirza le dirigió una mirada y suspiró, y el rostro de Charles Counsell se transformó en una máscara rígida al constatar, sin duda,

que la aparente atracción que sentía su prometida por otro hombre no había desaparecido junto a los vestigios maltrechos de 1932. Olive, que estaba apoyada contra un árbol cercano, se bamboleó de manera repentina y violenta en dirección a Matthew.

¿«Violenta»? No, era una exageración; tan solo se movió con rapidez mientras le miraba. Quizá Belty Ricks tuviera razón y la locura se había apoderado de todos nosotros. La de Nochevieja es una noche en la que la mayoría de la gente tiene propensión a sentirse decaída; ninguna otra fecha del calendario es tan efectiva para hacer que tomemos consciencia tanto del carácter precioso de cada momento individual como, a la vez, de la insignificancia pantagruélica de esos mismos momentos en el arrollador océano del tiempo.

Olive abrió la boca y la cerró de inmediato. Fuera lo que fuese lo que planeaba decirle a Matthew Fair, había cambiado de idea.

—Sí, la perspectiva será muy diferente mañana, mucho más brillante —dijo Poirot, como si estuviera ofreciendo la previsión del tiempo. Mi amigo se levantó de la silla, estiró los brazos y dijo—: Por la mañana, cuando todos hayamos descansado y la emoción febril del..., ¿cómo se dice?, ah, sí, del gafe de esta velada quede a nuestra espalda, quizá la persona responsable de haber escrito ese desagradable propósito nos explicará su significado.

—No es esta velada —le corrigió Austin—. La «emoción febril» tuvo lugar anoche, aunque no hayan mediado unas horas de sueño. La verdad es que echo de menos ese pasado febril —dijo con cariño —. Me quedo mil veces con él antes que con el vacío perplejo de esta madrugada.

Nos deseamos feliz año nuevo sin convicción, nos dimos las buenas noches y nos dirigimos a nuestras habitaciones; es decir, que todo el mundo menos Poirot y yo entró en La Espita por su puerta

delantera, ya que sus dormitorios se encontraban en el primer y segundo rellanos. Los de Nash, Matthew, Austin y Charles estaban a lo largo del pasillo que coronaba el primero, y las mujeres estaban en el de arriba: Thirza, Belty, Pearl... y Olive y Rhoda, que compartían la habitación de mayor tamaño en el segundo piso.

Poirot y yo tuvimos que atravesar la cocina de Manos para llegar a las habitaciones que nos habían asignado. Pasamos junto a montículos caóticos de tenedores y cuchillos, y de platos aún húmedos que habían resbalado los unos sobre los otros. Había cacerolas por todas partes y sus asas apuntaban en direcciones diferentes: algunas hacia abajo, otras hacia arriba..., quizá por si se producía una gotera, reflexioné, aunque no parecía existir la menor amenaza de lluvia en la bahía de Liakada.

Me pregunté si Poirot estaría demasiado cansado para expresar su desaprobación o si había recordado que esta no era necesaria, pues ya me había agasajado con la totalidad de su rutina de quejas.

No hubo suerte.

—Me confunde que una comida tan deliciosa como la que hemos tomado esta noche pueda provenir de este... lugar de desastre y desbarajuste —dijo, reduciendo la marcha para examinarlo todo con mayor detenimiento—. No sé si podré dormir en la vecindad de un caos de tamaña magnitud.

Para distraerle, le pregunté:

—¿Cuál es la naturaleza exacta de este pequeño campamento, Poirot? Entiendo que se trata de una comunidad espiritual de algún tipo, con Nash como líder, pero no capto la melodía.

—¿Melodía? —Poirot negó con la cabeza—. No, no, no. No tiene nada de alegre. Monsieur Nash se muestra serio en extremo con este pequeño proyecto. De hecho, pretende que se vuelva mucho más importante.

—Pero ¿en qué consiste el proyecto con exactitud? —le pregunté —. Además, me encantaría saber para qué le invitó a venir desde un principio. ¿Temía por la seguridad de Matthew Fair antes incluso de que se produjera este drama que acabamos de testimoniar?

—Todo eso es una conversación para el día de mañana —contestó Poirot con la autoridad del padre que anuncia que hay que apagar las luces y que no admitirá ninguna réplica—. Tenemos que hablar de muchas cosas, pero ahora Poirot necesita dormir. Es algo que no se puede posponer por más tiempo. Como usted sabe, Catchpool, nunca cometo errores. Sin embargo, esta noche he cometido uno, y ha sido como resultado del agotamiento físico y mental. *Eh bien*, la revitalización de las pequeñas células grises no debe retrasarse por más tiempo.

—¿Qué error? —le pregunté.

Habíamos cruzado la puerta del otro extremo de la cocina para salir a la pequeña terraza con forma de trapecio que daba a las colinas de detrás de la casa. De todas las terrazas que había en La Espita, la nuestra era la única en la que no se veía la bahía. Poirot se habría reído si hubiera admitido ante él que eso me molestaba, de la misma manera que yo no lograba admitir que algunas cacerolas y tenedores distribuidos al azar en una estancia cercana pudieran quitarle a uno el sueño. Las mentes ajenas son siempre un misterio.

—Me he equivocado al pensar que el autor del propósito versificado tenía en la cabeza esa distracción tan inteligente —dijo mi amigo, en respuesta a mi pregunta—. Pues claro que no fabricó una pista de tamaña sofisticación para confundir a la mente más preclara.

Supe a qué mente se refería, por supuesto, pero él se apuntó a la frente para aclarar el asunto.

—Lo único que buscaba era estropearle la diversión de Año Nuevo a alguien, o quizá a todos. Sin embargo, durante un corto periodo de tiempo tuve la certeza de que esperaba que supusiéramos que se refería a la medianoche, y que no llegásemos a comprender lo que de verdad había querido decir con «la última y primera muerte del año». En fin... —Poirot suspiró—. A veces, Catchpool, uno se imagina, porque es lo que uno desea, que encontrará un adversario de veras merecedor de su completa atención, un instructor ideal para su sensibilidad investigadora.

—Sin duda, lo importante de verdad es que Matthew Fair está sano y salvo —dije.

—Es de agradecer, en efecto —dijo Poirot—. No obstante, no es lo único que importa. Hay otras cosas importantes.

Nos dimos las buenas noches y nos retiramos a nuestros aposentos. No sé cuánto tardé en quedarme dormido, pero tuve la sensación de que pasaba mucho rato. Me pregunté si Poirot estaría experimentando una agitación mental parecida a la mía, no a causa de alguna cuchara fuera de sitio, sino debida a las diversas declaraciones desconcertantes y a las miradas subrepticias y conspirativas que la velada anterior había amparado. Había muchas cosas sobre las que deseaba tomar nota para poder usarlas en el futuro.

Al final acabé por renunciar al sueño. Me levanté, cogí la libreta y un lápiz, e hice una lista de todos los aspectos que me parecía importante recordar, con la idea de llamar la atención de Poirot sobre ellos en cuanto tuviera la oportunidad.

Lista para Poirot, 1 de enero de 1933

1. *Matthew Fair se ha descrito a sí mismo como una víctima «a ratos dispuesta». ¿Qué puede significar eso, además de que a veces desea que lo asesinen o que al menos está dispuesto a arriesgarse a que lo maten? ¿Y por qué habría de desearlo? ¿Y por qué solo «a ratos»?*
2. *¿Por qué ha parecido Matthew Fair tan culpable cuando Poirot ha regañado a los presentes por guardar silencio sobre lo que sabían y negarse así a resolver el rompecabezas?*
3. *¿Por qué han parecido también sospechosos e incómodos Nash Athanasiou, Austin Lanyon, Rhoda Haslop, Olive Haslop, Pearl St. Germain, Thirza Davis y Charles Counsell? Incluso Belty Ricks, que no ha ofrecido señales de sentirse culpable, ha irradiado un regocijo cómplice, como si guardara un secreto delicioso. También es posible que Charles Counsell no estuviera ocultando ninguna información relevante, pues su expresión es de por sí de infelicidad y alarma ligera (quizá sea tímido en exceso). Pero, en lo que al resto se refiere (Nash, Austin, Rhoda, Olive, Pearl, Thirza y el mismo Matthew), estoy convencido de que cada uno de ellos se encuentra en posesión de una información pertinente que ha decidido no revelar.*
4. *El autor del misterioso propósito duodécimo, ¿pretendía incriminar a Pearl St. Germain y a Austin Lanyon al imitar la letra de ella y la inclinación de él a escribir poesía?*
5. *¿Ha existido un romance entre Austin y Pearl, que ha terminado entre amargura y recriminaciones? Si no, ¿a qué tanta antipatía y quejas hacia el otro?*
6. *«La última y primera muerte del año», ¿fue una referencia a la «medianoche» en la cabeza del autor del propósito? Si no, ¿qué*

quiso decir?

7. *¿Planea alguien hacerle daño a Matthew? En caso afirmativo, ¿por qué publicitaría ese hecho, arriesgándose a que interfieran en su objetivo y lo frustren?*
8. *¿Por qué ha invitado Nash Athanasiou a Poirot a venir a Lampero? ¿Está relacionada la respuesta a esto con su esfuerzo por silenciar antes a Poirot? (Poirot comenzó a hacer una pregunta. Miró a Nash y dijo: «Me pregunto si por casualidad...», a lo que Nash le interrumpió con un firme «No». Y pareció suplicarle con la mirada que no se refiriera en público a lo que fuera que ambos tenían en la cabeza en ese momento. ¿De qué se trata?).*
9. *¿Está Thirza Davis enamorada de Matthew Fair y no de Charles, su prometido? Parece encariñada con él de manera flagrante y no hace ningún esfuerzo por ocultarlo. ¿Es esa la razón por la que Charles luce la expresión de un hombre condenado?*
10. *¿Qué está pasando con exactitud entre Rhoda Haslop y Matthew Fair? Él la llama «querida» y se dirige a ella con atenciones y cariños. Pero ¿qué piensa Rhoda de todo el asunto y, en especial, de que la abandonara en favor de Pearl St. Germain?*
11. *¿Se opone Olive Haslop a la conducta de Matthew para con su hermana pequeña? Cuando pareció desplazarse con violencia hacia él, pero acabó por no decir nada, ¿estuvo a punto de reprenderle por ese trato constante de «querida»?*
12. *¿Cuáles son las creencias religiosas que comparten estos «muy buenos amigos»?*

13. *¿Cuál ha sido la verdadera razón por la que Pearl ha dejado la terraza comedor para entrar en la casa? No puede haber sido el cuenco de alambre, pues sabía que me habían mandado a mí a buscarlo.*

Bajé el lápiz y me quedé mirando el número doce de la lista. Había algo más, ¿verdad? Estaba seguro de ello. Un detalle importante, demasiado importante para olvidarlo..., y, sin embargo, diríase que era lo que acababa de hacer.

Un sonido procedente de fuera me llevó a proferir un grito ahogado a la vez que saltaba de la silla. Era el chillido más estridente que yo hubiera oído y se prolongó sin descanso, aunque perdiendo su tono agudo y aflautado por el camino, hasta acabar sonando más como el gruñido grave de un animal salvaje moribundo.

Había perdido cualquier sentido del tiempo mientras redactaba la lista, así que no tenía ni idea de la hora que era. De igual manera, no sabría decir cuánto rato pasé parado y boquiabierto como un bloque de piedra antes de abrir de golpe la puerta de la habitación y salir corriendo hacia la noche.

Poirot iba delante de mí, vestido con una bata de seda con un diseño de colores azul marino y violeta, y unas zapatillas a juego. Los dos atravesamos con rapidez la cocina de Manos, sin dudar sobre la dirección de la que había procedido el sonido: la terraza comedor. Por supuesto. Me dio la sensación de que era inevitable que la siguiente etapa de nuestro calvario (pues así había empezado a describir esta experiencia antes incluso de saber que se había cometido un asesinato) tuviera lugar en el mismo escenario de los problemas de la velada anterior.

Nash Athanasiou, Austin Lanyon y Rhoda Haslop ya estaban allí cuando llegamos. Se habían colocado en fila junto a lo que parecía, a oscuras, un bulto de gran tamaño en el suelo, alargado e informe.

Al otro lado de esa cosa, fuera lo que fuese, Pearl St. Germain balbuceaba angustiada, doblada por la mitad, aunque al ver que Poirot y yo nos acercábamos puso fin al escándalo.

—Oh, Edward... —gimió, y corrió hacia mí con gran fiereza en el momento exacto en que comenzaban a aparecer otras personas: Olive Haslop, Thirza Davis, Charles Counsell.

Quise seguir a Poirot hacia donde se encontraban, pero Pearl me empujó en el sentido opuesto, diciendo:

—¡No, no debes, no debes, es demasiado terrible!

Me di cuenta de que las velas de la terraza ardían. Estaba seguro de que sus llamas se habían extinguido antes de que nos fuéramos a dormir. Sí, Olive y Rhoda Haslop se habían encargado de eso, las había visto hacerlo. Era evidente que alguien las había encendido de nuevo.

Los rostros de los Muy Buenos Amigos eran visibles bajo la luz de la luna; todos ellos expresaban una profunda conmoción.

—¿Qué demonios ha pasado? —inquirió Thirza. Nadie más había abierto la boca, al menos desde el momento en que Poirot y yo llegamos al lugar.

—Que Dios me ha castigado —contestó Rhoda con voz temblorosa —. Y no hay manera de evitar el resto del castigo, pues ocupará lo que me queda de vida. No tendré ninguna oportunidad de ser feliz, ya no.

—Por el amor del cielo, mujer... —dijo Austin, pero había ternura en su voz—. Qué tontería.

—Algo de lo más terrible, Edward, eso es lo que ha pasado. — Pearl contestó a la pregunta como si la hubiera formulado yo en vez

de Thirza—. Es que no puedo ni mirarlo —sollozó—. Hay tanta sangre..., son litros. Mira, tengo los pies manchados. Ay, no puedo soportar ni un segundo más de este horror. ¿Cómo es posible? Un asesino ¿aquí? Austin tuvo razón en todo momento: el asesinato es algo terrible, siempre. No se puede justificar, jamás. Ojalá hubiera levantado la voz, pero pensé que todo el mundo me diría que soy una tontita...

En ese momento, Poirot ya estaba al lado del bulto, que, a juzgar por la efusión de Pearl, debía de ser un cadáver.

Belty Ricks. Matthew Fair. Eran las dos únicas personas que no estaban presentes y visiblemente vivas. Supuse que junto con Manos, el cocinero, y Rasmus, el barquero.

Pearl se había abalanzado encima de mí y me rodeaba con los brazos. Emití unos sonidos con la esperanza de que fueran reconfortantes mientras intentaba despegarme de ella.

—¿Poirot? —pregunté.

Se oyeron unos pasos que corrían con pesadez y los acompañaron unos jadeos con un manifiesto tono masculino. Entonces, un hombre apareció en el extremo más alejado de la terraza. Debía de haber venido por el sendero que seguía la curva de la orilla de la bahía. Reconocí al visitante de inmediato: era Yannis Grafas, el dueño del hotel Bahía de Liakada, a quien Matthew y yo habíamos visto con su esposa cuando salimos a nadar el día anterior. El hombre dijo algo en griego con tono urgente e interrogativo. Supuse que había preguntado a qué se debía todo ese alboroto; me pareció probable que el grito de Pearl se hubiera escuchado desde tan lejos en una noche por otro lado tranquila. No se oía el romper de las olas; el mar parecía calmo del todo por primera vez desde nuestra llegada a la Casa de la Eterna Bienvenida.

«La casa donde uno puede caer asesinado», me dije a mí mismo mientras Belty Ricks salía a la terraza parpadeando repetidas veces y cubriéndose los ojos con la mano como en respuesta a una luz deslumbrante que no existía.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó.

Thirza Davis se volvió a la vez que se echaba el pelo a un lado con gesto altivo, y me acordé de algo: sí, correcto. Había pasado lo mismo antes de la cena de Nochevieja: al llegar a la terraza, había hecho el mismo gesto al ver a Belty.

La llegada de Yannis Grafas había puesto fin al último estallido de Pearl, a menos que se hubiera tratado de una coincidencia y su voz se hubiera quedado sin fuerza al mismo tiempo. Dijo:

—Oh. —Y, a continuación, en un tono carente de emoción—: Es Yannis, del hotel. —Y se colocó detrás de mí, como si esperara no solo que la protegiese de él, sino que comprendiera también el porqué de esa necesidad.

Nadie respondió a la pregunta de Belty. Rhoda Haslop sollozaba entre los brazos de su hermana.

Siguiendo las instrucciones de Poirot, Yannis no tardó en subirse a la bicicleta para ir en busca de la policía de Lampero. Me quité a Pearl de encima una vez más, me acerqué a Poirot y, a su lado, bajé la vista hacia los ojos abiertos pero ciegos de la víctima mientras intentaba no respirar con demasiada profundidad, pues siempre me ha costado tolerar el olor a sangre y nunca me había parecido tan penetrante como en ese lugar y ese momento. Me sentí mucho peor al pensar que quizá ese torrente sanguíneo en concreto había estado tan lleno de vigor, de un entusiasmo tan puro y desenfrenado por la vida, que de alguna manera era dueño de un aroma más intenso.

Cualquier vitalidad que hubiera presentado en su día se había transformado en una ausencia abrumadora. El rostro sin vida y el

cuerpo inútil que quedaban no tardarían en estar «fríos en la tierra», usando las palabras de la poeta Emily Brontë, y nunca más se regocijaría con las dichas que el mundo podía ofrecerle. La tragedia que implicaba tal cosa superaba cualquier comprensión. De haberse tratado de otra persona, de un tipo que hubiera disfrutado de la vida un poco menos, quizá... Me vino a la cabeza Charles Counsell, y me sentí culpable al instante. No le deseaba al señor Counsell ningún mal, por supuesto.

Pero no era su vida la que se había interrumpido con crueldad, así que apenas dediqué tiempo a preocuparme por él. Mi cabeza parecía capaz de producir solo tres palabras, que estuvieron resonando en un bucle interminable durante varias horas: «Te lo advirtieron».

En efecto, así había sido; nos habían advertido a todos, aunque de una manera tan imprecisa que protegerle con garantías habría resultado improbable, si no imposible. Y el horror que tenía ante los pies era resultado de ello; por debajo de la amplia y gruesa manta que le cubría hasta la barbilla, dejando solo su rostro visible, estaba la víctima del asesinato: Matthew Fair.

Capítulo 9

LAS SOSPECHAS DEL INSPECTOR

Tengo borroso lo que pasó a continuación. Rhoda se desmayó al menos dos veces y Belty fue a buscarle agua a la cocina de Manos. Todos repitieron sin cesar que eso era imposible, que no podía ser verdad, que no debería haber ocurrido.

Pero había ocurrido, sí.

—Monsieur Fair ha sido apuñalado... muchas veces. Hay numerosas heridas —me dijo Poirot, acercándose al cuerpo postrado —. No veo por aquí ningún arma.

—¡Alejaos de él! —chilló Rhoda—. Todos, alejaos de él. ¡Oh, Matthew! ¡Mi querido Matthew!

—Mademoiselle Rhoda tiene razón —dijo Poirot—. Nadie debe tocarlo. No debemos hacer nada más que esperar con paciencia a que llegue la policía.

Nuestras miradas se encontraron y asentí con la cabeza para manifestar que le había entendido: disponíamos de una oportunidad inestimable para observar a todo el mundo durante ese periodo crucial. Son numerosas las maneras en que un asesino puede delatarse mientras está parado sin hacer nada.

Por ejemplo: fue interesante que Olive no tuviera una respuesta propia, ocupada como estaba en reconfortar y refrenar a su angustiada hermana. Supuse que la pena de Rhoda la preocupaba

más que la muerte de Matthew, aunque quizá fuera injusto; al fin y al cabo, cuando uno es atento y servicial, siempre hace mejor cuidando de los vivos que de los muertos.

Austin Lanyon estaba un par de metros más allá, la vista fija en el cuerpo de Matthew, un brazo cruzándole el pecho mientras se tapaba la boca con la otra mano. Nash iba de aquí para allá sin dejar de repetir la misma palabra una y otra vez:

—No. No. No.

Las lágrimas brillaban en sus ojos bajo la luz que proyectaba la luna. Miré a Pearl, vi que ella me estaba mirando a mí y giré la cabeza con rapidez. Ya no parecía llorosa ni demasiado conmocionada. Era imposible que se hubiera recuperado con tanta rapidez. Y, sin embargo, se la veía serena, parecía más una observadora distante que alguien que, apenas unos minutos antes, había estado a punto de tirar la casa abajo con sus gritos.

Charles Counsell y Thirza Davis estaban el uno al lado de la otra. Las lágrimas serpenteaban por el rostro y el largo cuello de ella. «Un cisne triste», pensé. Su figura, alta y delgada, se sacudió. Los rasgos de Charles rozaban la desfiguración de tan estirados como estaban por la atrocidad que yacía ante nosotros. Al mirarle pensé: «Eso está mejor», y mi indignación por la indiferencia de Pearl creció.

En cuanto a Belty Ricks, tardé un rato en interpretar su expresión. Parecía más arrepentida que triste, pero también resignada, casi como si estuviera pensando: «Podría haberles dicho que iba a pasar esto».

—Mientras esperamos a que llegue la policía, díganme... —Poirot fue mirándolos a la cara—. ¿Dónde ha estado todo el mundo, y haciendo qué, entre el momento en que nos hemos dado las buenas noches y ahora?

—¿Dónde cree que hemos estado? —contestó Austin—. En la cama. Dormidos. Es lo que suelo hacer en mitad de la noche.

—Disculpe la imposición, monsieur. —Poirot le dirigió una sonrisa cortés—. Al menos una persona no estaba dormida, *évidemment*.

—Bueno, pues yo sí —dijo Austin.

—Yo también, tonto imprudente que soy —dijo Nash—. ¿Cómo puedo haber estado tan pagado de mí mismo para quedarme dormido cuando habían amenazado a Matthew apenas unas horas antes? No me lo per... —Se detuvo.

—¿Has estado a punto de decir que no te lo perdonarás nunca? —preguntó Thirza Davis de manera enfática—. ¿Eso no sería una herejía, según tus reglas?

—Nuestras reglas —la corrigió Charles, su prometido—. Todos creemos por igual en la misión que tenemos aquí, ¿verdad?

Thirza no dijo nada. A juzgar por la forma en que se había contraído su boca, supuse que sería una creyente menos fervorosa que su futuro esposo.

—Yo también dormía, monsieur Poirot —dijo Charles.

—Yo igual —dijo Thirza.

—Y yo —dijo Belty.

—Usted no estaba dormida, mademoiselle —le dijo Poirot a Pearl.

—No, no lo estaba —contestó ella—. Y Rhoda tampoco. ¿Verdad, Rhoda? Estabas en la ventana de tu habitación, mirando hacia fuera. Te vi cuando me acercaba a la casa. Habías encendido una lámpara, creo, porque de otro modo no te habría visto.

Rhoda, que seguía llorando, asintió con la cabeza.

—Al... principio... estaba tumbada... en la cama... intentando dormir, y creo que me adormilé unos minutos, pero... debí de oír algo, porque me desperté sobresaltada y... entonces fue cuando me

dirigí a la ventana a mirar, pero no vi ni oí nada... hasta que Pearl llegó caminando por la calle de la bahía.

—¿Dónde estuvo usted? —le preguntó Poirot a Pearl.

—En la playa, escuchando las olas —dijo ella—. Mirando el mar. Se ve hermoso a la luz de la luna. No podía dormir. Me dolía el corazón por culpa de un amor no correspondido, ¿sabe?

—¿El de monsieur Matthew? —preguntó mi amigo.

—¿Matthew? —Pearl se rio, nerviosa, como si se tratara de una broma—. Santo cielo, no. Dejé de amar a Matthew hace siglos.

Rhoda se estremeció al oír eso. Olive miró a Pearl perpleja, sacudió un poco la cabeza y estrechó a su hermana entre los brazos con más fuerza.

Decidí que Pearl St. Germain era una mujer aborrecible, y una Muy Buena Amiga de nadie. Se había quedado conmocionada al ver sangre y encontrarse con un cadáver; esa era la única razón para sus gritos, porque ella, la única persona que le importaba, había tenido una experiencia desagradable. Le tenía sin cuidado el pobre Matthew.

—Entonces, usted estaba en la calle de la bahía, volviendo de la playa... —dijo Poirot.

Pearl asintió con la cabeza.

—Es la única manera de volver.

—El ruido que despertó a Rhoda... —comenzó a decir Olive Haslop —. Yo también lo oí, pero no me despertó porque ya estaba despierta, ansiosa por la bajeza mental que había llevado a alguien a escribir ese horrible propósito rimado. Mientras yacía, dándole vueltas, oí un sonido de voces amortiguadas procedente del piso de abajo, donde duermen los hombres. Quizá fuera...

—Podría haber sido Matthew, que hablaba con su asesino —dijo Belty.

—Eso es lo que he pensado —le dijo Olive—. No oí nada más después de que Rhoda se levantara y fuera a abrir la ventana. Desde luego, no pensaba que fuera a pasar algo así. Estaba convencida de que nadie iba a hacerle daño a Matthew, porque de otro modo habría salido corriendo nada más oír... —Se detuvo y cerró los ojos —. Los pasos. Sí, antes de oír las voces oí pasos. De dos personas, que primero bajaron las escaleras y luego se dirigieron a la puerta principal.

—¿Cuál es su habitación? —le preguntó Poirot—. Debe de ser una de estas, en la parte delantera de la casa, ¿sí?

Olive apuntó hacia arriba y a la derecha.

—La del extremo.

Examiné su ubicación y la consideré en relación con la de Matthew. Habría sido imposible que viera la posición del cuerpo al mirar por la ventana.

—Mademoiselle —dijo Poirot en voz baja, acercándose poco a poco a Rhoda—. Entonces, ¿fue usted testigo del momento en que Pearl se topó con el cuerpo de monsieur Fair?

Rhoda asintió con la cabeza, secándose los ojos.

—Vi cuando le encontró, aunque él estaba fuera de mi campo de visión. Pearl no le mató, monsieur Poirot.

—¡Pues claro que no! —Pearl se rio de esa idea—. ¡Madre del amor hermoso! No soy una de esas chicas que salen a pasear y aprovechan para matar a la gente.

—No sé quién habrá sido, pero ella desde luego que no —dijo Rhoda—. La he visto llegar a paso ligero, con aspecto... alegre, como es ella. Diría que estaba animada. Entonces ha encontrado..., tiene que haber visto..., y ha abierto mucho la boca, y ese aullido terrible ha salido de ella. Por eso sé que no ha sido Pearl.

—Ninguno de nosotros somos de asesinar a nadie. —Nash no dejaba de pasearse—. ¡Ninguno! Por favor, Dios santo, que sea la verdad. Aunque nos haya impregnado el asesinato, y haya sido así desde...

—Cállate, hombre —le espetó Austin—. Solo vas a conseguir que todo el mundo se sienta mucho peor.

—La culpa es mía. Debería...

—No podrías haber anticipado esto, y yo tampoco —dijo Austin con tono enfático—. Yo no he matado a Matthew. Por tanto, no me culpo a mí mismo y nunca lo haré.

Poirot abrió algo más los ojos. En algún momento cercano sin duda iba a preguntar a Austin y a Nash muchas cosas sobre lo que acababan de decirse, pero debía de haber decidido que ese no era el momento.

No se produjeron muchos más comentarios sustanciales antes de que llegara la policía, treinta minutos después, pero Poirot prestó atención entretanto a todas las palabras y expresiones faciales de los presentes, igual que yo.

Esperaba que vinieran varios agentes de la policía de Lampero, pero solo se presentó uno: el inspector Konstantinos Kombothekra, un hombre bajito en torno a la sesentena, que llevaba una camisa blanca de cuello abierto y unos pantalones negros.

—Mi amigo, lamento mucho la tragedia que ha tenido lugar aquí —le dijo a Poirot, antes de repetirle las mismas palabras a Nash Athanasiou, y luego a mí.

Yannis Grafas, que estaba al lado del inspector, también ofreció sus condolencias, lo mismo que otro de los recién llegados. El policía y el dueño del hotel se habían traído compañía: Manos, el cocinero, y Rasmus, el barquero silencioso, que tenía junto a él al mismo

caballo diminuto de color gris que había estado presente en la cena, o a otro de aspecto idéntico.

—Voy a preparar una comida —dijo Manos—. No tardará mucho. Una hora es lo máximo.

—Nadie tiene hambre, Manos —le dijo Nash—. Estamos en mitad de la noche. Además, deben de haber quedado un montón de sobras de...

—¡No pienso oír una palabra más! —Manos levantó ambos brazos en señal de protesta—. La muerte ha venido a Spíti Athanasiou, ¿sí? ¿Una muerte violenta? Pues allí donde la muerte visita, también ha de visitar la buena comida. Una comida como es debido. Las *soutzoukakia*, el *stifado*. ¡Un poco de *melitzanosalata*! Las sobras no son bastante buenas, en absoluto. —Yannis Grafas asintió para mostrarse de acuerdo y Manos se metió en la cocina.

Quizá habían traído a Manos para que se encargara del servicio de comidas, pero me pregunté a quién se le había ocurrido recoger a Rasmus de camino. ¿Y por qué? Quizá fuera necesario un viaje en barco hasta el continente. De hecho, pensé en ese momento que era poco probable que existiera algún equivalente de Scotland Yard en la misma isla de Lampero.

El inspector Kombothekra me dijo:

—Que Dios bendiga a Manos. Es uno de los mejores compañeros de la vida. ¡El más famoso, más increíble, más estimado! Es un honor conocerle, monsieur Poirot. —Se inclinó hacia delante para que solo Poirot y yo pudiéramos oírle, y dijo—: Tenemos que hablar lejos de los demás. Debo contarle mis sospechas.

—Pero..., pero aún no ha mirado el cuerpo de monsieur Fair —dijo Poirot, perplejo—. No ha registrado la casa, ni ha interrogado...

—Todo eso lo haré —repuso Kombothekra—. Primero tengo que hablar con usted a solas.

—Muy bien —dijo Poirot—. Vamos a sentarnos allí. Y mi amigo, el inspector Catchpool, nos acompañará. Trabaja para Scotland Yard.

En cuanto nos hubimos sentado a una distancia suficiente de los demás, el inspector griego dijo:

—Conozco bien a todos estos amigos de Spíti Athanasiou, monsieur Poirot. Ninguno de ellos es un asesino. Son personas demasiado buenas. El señor Nash se esfuerza muy duro para hacer el mejor trabajo aquí... Sin embargo, su padre, no, no. —El rostro de Kombothekra se ensombreció—. Su padre no está tan orgulloso como debe. Quería que el hijo fuera abogado o médico. Si Nash fuera mi hijo, yo estaría orgulloso.

Poirot y yo le escuchamos en un silencio estupefacto mientras nos entretenía con historias sobre todos los residentes de La Espita, uno tras otro. Charles y Thirza, pobrecitos, llegaron a Lampero dejando una situación muy compleja y trágica en Inglaterra: las familias de ambos se pusieron en contra de ellos después de que el padre y la hermana de Charles fallecieran con pocas semanas de diferencia. Estaba claro que Kombothekra pensaba que Poirot y yo lo sabíamos todo al respecto, así que no añadió nada más y continuó con su narración para centrarse primero en Belty Ricks:

—La señorita del gran secreto. Nash hizo lo correcto y lo sabio, creo, al dejar que se quedara.

Y, a continuación, en Austin y en Pearl:

—El norteamericano gracioso y encantador hacía sonreír a todo el mundo, pero entonces la señorita Pearl llegó a la casa y estallaron las pasiones. Es muy cariñosa y generosa, esa joven. Pero el señor Matthew cayó en la tentación, se alejó de la señorita Rhoda, que se puso muy triste. Claro que la pobre señorita Pearl no quería hacerle daño a nadie.

—¿Qué hay de Matthew Fair? —preguntó Poirot.

—Ah, Matthew... —Unas lágrimas se acumularon en los ojos del inspector—. Era el mejor de todos los que viven aquí. Con la personalidad leal más pura y bondadosa. Entre los hombres —aclaró —. Debo decirles, caballeros, que no hay nadie mejor que la señorita Olive Haslop. Rhoda, su hermana, también tiene un alma noble, pero la señorita Olive..., ella es... ella es perfecta. —Kombothekra asintió con la cabeza, satisfecho de haber dado con la palabra adecuada—. Mi corazón... —Se llevó la mano al pecho—. Le pertenece a la señorita Olive. No estoy casado, no me he casado nunca, y solo hace poco llegué a comprender por qué: porque mi creador sabía que tenía que esperar.

—¿A... Olive Haslop? —supuse en voz alta.

—Sí. Aguarde a conocerla, sí. ¡Pero! —Se pegó un dedo a los labios—. No le digan nada de todo esto a ella, por favor. Se lo diré yo mismo. Pronto. Ahora, dejen que examine el cuerpo del pobre señor Matthew. Entonces, suponiendo que nada de lo que oiga o descubra contradiga los susurros de mi... —se dio unas palmaditas en el vientre—, les diré quién creo que ha cometido el crimen.

Kombothekra se dirigió con rapidez al lugar donde yacía Matthew.

—*Mon Dieu* —murmuró Poirot—. ¿No se siente mejor, Catchpool, al contar con esa perspectiva del todo imparcial, de parte de alguien tan capaz de mostrarse objetivo y que no tiene la menor relación personal con el caso?

Sacudí la cabeza, incapaz de articular palabra por unos instantes, mientras seguíamos al inspector de vuelta junto al grupo, donde él procedió a hacer todas las preguntas que habría hecho yo de haberme encontrado oficialmente a cargo del procedimiento. Poirot contribuyó con algunas más.

Suponiendo que los amigos estuvieran diciendo la verdad (y en el caso de al menos uno de ellos no era así, eso estaba claro),

descubrimos lo siguiente: todo el mundo recordaba haber visto a Matthew en la terraza comedor justo después de que acordáramos retirarnos a nuestros aposentos, pero nadie supo decir si le habían visto entrar en la casa o dirigirse a su habitación. Cuando el inspector Kombothekra se fue a registrar La Espita de arriba abajo, exigiendo que nos quedáramos todos juntos afuera mientras lo hacía, pareció aflorar que Matthew debía de haber sido asesinado sobre las dos de la mañana. Olive Haslop dijo que oyó las voces y los dos pares de pasos poco antes de las dos; y no, no fue capaz de indicar si ambos eran masculinos, o ambos femeninos, o uno de cada; el suelo de piedra que había de por medio era demasiado grueso para que la identificación resultara precisa.

Pearl había encontrado el cuerpo de Matthew a su regreso de la playa, de donde debió de marcharse justo después de las dos, ya que Rhoda la vio en un primer momento desde la ventana cuando pasaban diez minutos de esa hora. Rhoda estaba segura de ello porque había comprobado el reloj de su habitación inmediatamente después de levantarse de la cama y antes de abrir la ventana para mirar afuera.

Yo no estaba en condiciones de ofrecer mi opinión, pues me alarmaron tanto los gritos de Pearl que no llegué a consultar mi reloj de bolsillo.

—Es culpa mía —repetía Nash sin parar—. Lo he hecho todo mal, he cometido todos los errores posibles...

—Monsieur Nash —le interrumpió Poirot—, por favor, acompáñeme a la terraza contigua a mi habitación, al otro lado de la cocina. Catchpool y yo queremos hablar con usted a solas.

—Pero Konny ha dicho que debíamos permanecer todos juntos aquí —protestó Austin.

¿«Konny»? Se refería al inspector Konstantinos Kombothekra, por supuesto.

—Sí, el resto quédense aquí juntos, por favor —ordenó Poirot—. Venga, monsieur Nash. Tiene usted que decirle a Catchpool todo lo que me contó cuando me invitó a venir a este lugar.

Entramos en la cocina de Manos, donde el maestro culinario mismo no tardó en retener a Nash con una consulta urgente sobre el tema de los horarios de las comidas. Como resultado, Poirot y yo llegamos a nuestra terracita unos minutos antes que el anfitrión.

—¡Condenación! ¡Acerté en mis primeras conclusiones, Catchpool! —dijo—. Mientras todo el mundo estaba ocupado diciendo: «El asesino podría haberse mostrado impreciso, pero se refería a la medianoche», yo, Hércules Poirot, experimenté un gran desasosiego interno... y fui sensato al hacerlo.

—Usted siempre es sensato —le dije.

—Ojalá eso fuera cierto. Como un idiota no confié en mis propios instintos. ¿Por qué no, si siempre son los mejores? —arremetió contra sí mismo—. La verdad es que el criminal posee en efecto una mente precisa, y es tan consciente como usted y como yo de que la medianoche solo dura un segundo, el primer segundo del nuevo día, nada más. El asesino o asesina de monsieur Fair esperaba confundirnos, *mon ami*. Debíamos asumir que atacaría a medianoche. Pretendía que la secuencia se desarrollara con precisión tal y como sucedió... Todos protegimos la vida de Matthew Fair hasta la seguridad de más allá de las doce. A continuación nos fuimos a la cama y solo entonces, cuando creyó que todos los habitantes de la casa se habían quedado dormidos, él o ella actuó.

—Eso es lo que ha pasado —acepté—. Supongo que no debería sorprendernos que alguien capaz de cometer un asesinato sea también un mentiroso.

—¿Qué mentira dijo? —preguntó Poirot.

Me contuve para no decir: «¿Acaso no es evidente?».

—La mentira de que iba a matar a Matthew Fair a medianoche.

Poirot emitió un siseo.

—Pero ¿aún no lo ve?

—¿No veo qué?

—El criminal no mintió, Catchpool. Intentó hacerse el listo, o la lista.

—¿Cómo?

—Si el poema hubiera anunciado que monsieur Fair iba a ser asesinado a medianoche, habría mentido porque no fue así. Pero «la última y primera muerte del año» no se puede referir a la medianoche, como ya he intentado explicar varias...

—Oh, entiendo —le interrumpí, evitándole el calvario de tener que explicarse aún más—. Me está diciendo que el asesino quiso decir algo diferente con «la última y primera muerte del año», así que no mintió con relación a la medianoche.

—¡Al fin! —Mi amigo levantó las manos de golpe, simulando agradecimiento—. Sí, quiso decir algo diferente; y confió en que no fuéramos lo bastante listos para averiguar su verdadero significado. Ahora, Matthew ha sido asesinado y conocemos los hechos con mayor detalle, cosa que puede ayudarnos a solucionar el enigma. No obstante, ¿cómo es posible que las dos de la mañana cuenten como la última muerte del año? ¿Quiso decir el asesino que no iba a matar a nadie más en 1933, después de monsieur Fair? Pero, entonces, «la primera y última» tendría más sentido, ¿no? Este asesinato sería la primera y última muerte de este año.

—En efecto —coincidí.

—No puedo quitarme de encima la convicción de que, con este misterio de «la última y primera», el asesino ha dispuesto un

rompecabezas ante nosotros para el que existe una solución lógica, si logramos dar con ella —dijo Poirot—. Ah, aquí está monsieur Nash. Dejaré que le cuente por qué me invitó a venir. La idea era evitar un asesinato, no resolverlo. Y la víctima prevista, cuya vida temía que se hallara en peligro..., ¡no era Matthew Fair, sino alguien del todo distinto!

Capítulo 10

Cuando el perdón va demasiado lejos

—Alguien intentó matar a Pearl. Fue hace unas semanas. Por eso invité a monsieur Poirot a venir a la bahía de Liakada —dijo Nash.

—¿Qué ha querido decir antes con eso de que les había impregnado el asesinato? —le pregunté.

—¿No se lo acabo de explicar? Alguien intentó matar a Pearl. —Mi primera impresión fue que mentía, o que, cuando menos, ocultaba algo. Su respuesta sonó nerviosa. Aunque era cierto que, desde que le conocía, aquel hombre parecía vivir en un estado de ansiedad permanente.

—¿Cómo intentaron asesinar a Pearl? —pregunté.

—Hay una terraza justo frente a su dormitorio —contestó Nash—. Fuera quien fuese, intentó empujarla desde allí. Nadie vio nada. Todo el mundo aseguró haber estado ocupado en otro sitio en ese momento. Fue imposible establecer quién era el culpable, y lo más frustrante de todo fue que la propia Pearl se afanó por negarlo: aseguró, fíjese usted, que la culpable había sido una cabra que se había metido en la terraza para atacarla.

—Ah, sí, me lo comentó —dije.

—Cuando le pregunté si había visto a la cabra contestó que no, que estaba mirando hacia el otro lado. Sin embargo, aseguró que la había oído alejarse al galope. —Nash exhaló poco a poco—. Tal y

como le dije a monsieur Poirot, hay muchas cabras en esta zona, pero ninguna ha puesto el pie jamás en La Espita..., cosa que tendría que haber hecho, por no mencionar el ascenso por los dos tramos de escalera. ¡No tiene sentido! Y Pearl St. Germain... Bueno, me temo que es la persona menos realista que haya conocido. Le gusta distraerse construyendo castillos en el aire. Como es natural, fue reticente a reconocer el hecho de que alguien podría haber deseado hacerle daño. Invité a venir a monsieur Poirot para que me ayudara a identificar el origen del peligro antes de que se produjera un desastre que... —Nash se interrumpió con un suspiro—. Y, como sabemos, ya es demasiado tarde. El desastre ha tenido lugar.

—Pearl no ha sufrido ningún daño —manifesté lo evidente.

—No. Matthew... —Nash levantó la vista hacia mí—. En este momento, no creo que pueda continuar sin él. Y tampoco deseo hacerlo.

—Lamento mucho que haya perdido a su querido amigo, monsieur —dijo Poirot.

—Lo he perdido todo, monsieur Poirot. No solo a Matthew. También mis creencias, mi modo de vida. La verdad es que, si algún día encuentro a la persona que ha cometido este crimen infame, no puedo prometer que no vaya a estrangularla con mis propias manos desnudas. ¿En qué tipo de líder religioso, en qué tipo de cristiano me convierte eso? Se supone que tengo la misión de hacer del mundo un lugar donde reine el perdón y...

—Ahora no tenemos tiempo para búsquedas espirituales —le interrumpió Poirot, aunque con dulzura—. Por favor, describa de la manera más sucinta posible su... filosofía religiosa particular, para que Catchpool se haga una idea.

Nash hizo lo que le había pedido y yo le presté atención, en un primer momento porque era mi deber, pero a continuación, en

cuanto ganó velocidad, con interés creciente. A causa de la gran aflicción que padecía, su explicación sobre las creencias religiosas y las de la comunidad de La Espita resultó un tanto embrollada, así que yo mismo me hice un resumen que es más fácil de digerir:

Después de educarse en un anglicanismo convencional, parecido al mío, Nash decidió que el cristianismo tradicional no era tan compasivo como debía. Requería de sus adeptos que primero admitieran haber pecado; y a continuación que dejaran de pecar lo antes posible y que se esforzaran al máximo por ser buenos a partir de entonces, a fin de ganarse la salvación.

Según Nash, nadie debería verse obligado a ganarse ese perdón, que, por el contrario, debía concederse siempre, sin reservas, a todo el mundo..., porque, en el momento en que permitimos lo opuesto al perdón o cualquier forma de severidad (incluso hacia los peores monstruos) y lo justificamos bajo cualquier razón, estamos ahuyentando la luz y la esperanza. Eso, según la visión de Nash, no nos permitirá nunca crear un mundo puro y bondadoso en el que los seres humanos puedan evolucionar y alcanzar su versión más elevada y tolerante.

Pensaba que el perdón debía llegar primero, y tenía que ser constante e incondicional. «Perdonar a los pecadores» era una idea brillante —la mejor parte del cristianismo, a su juicio—, pero nunca se había llevado lo bastante lejos. Según su visión, no importaba lo mal que se hubiera comportado alguien; era obligación del resto perdonarle antes de que hiciera acto de contrición e incluso aunque ese acto no llegara a materializarse nunca. Era nuestro deber brindarle nuestro amor incondicional a esa persona y darle la bienvenida.

Nash insistió (llegado ese momento estaba hablando con gran pasión) en que esa era la única manera de inspirar a los extraviados

y a los desesperados para que se salvaran a sí mismos.

—¿Lo entiende, Catchpool? —Se acercó a mí, como si estuviera ansioso por recibir mi respuesta lo antes posible—. Si me preocupo por usted y le recibo de la misma manera exacta tanto si es un santo como el peor de los pecadores, constatará usted que sus acciones dañinas obtienen el mismo resultado que un comportamiento más virtuoso. Entonces, y solo entonces, se dará cuenta de que bajo ningún concepto se merece la riqueza que se le ha concedido, y que sin embargo, y esta es la parte más vital, no tiene por qué temer que vayan a arrebatársela. Pase lo que pase, se le tratará como a una persona digna y amada. Y, con el tiempo, aprenderá que no puede hacer nada por desmerecer ese amor, esa compasión, ese perdón. ¿Lo ve, Catchpool?

—Bueno... —repliqué—. Si se trata de una broma muy trabajada, resulta usted convincente en extremo. —Entonces me preocupó la posibilidad de haberme mostrado grosero, cuando no había sido mi intención. Simplemente, me parecía increíble. Un mundo basado en los principios que había sugerido no tardaría en convertirse en un infierno terrenal.

—No, la única locura es la manera en que hacemos las cosas en este momento —dijo Nash—. Mis enseñanzas, cuando se ponen en práctica, obran un efecto transformador en el espíritu. Cuando una persona comprende que nunca será castigada, exiliada, desfavorecida, sin importar lo que haga..., bueno, entonces será cuando se esfuerce por merecer lo mejor. No se dirá a sí mismo, como muchos podrían suponer: «Ya que estamos voy a convertirme en un pecador terrible». No, se da cuenta de que ya que está podría volverse buena. ¡Piénselo, hombre! Cuando no se pierde nada al intentar convertirse uno en la mejor versión de sí mismo, por mucho que fracase una y otra vez, se quedará sin razones para dejar de

intentarlo. ¿Por qué no volverse virtuoso cuando todos le reciben como si lo fuera ya? Aquí, en La Espita, pensamos que el peor pecado de todos es la falta de perdón.

A esas alturas, estaba ya bastante claro que Nash hablaba completamente en serio. Sin embargo, ¿no había afirmado apenas unos minutos antes que estrangularía al asesino de Matthew en caso de tener la oportunidad? Respecto a ese «Aquí, en La Espita, pensamos...», había notado que mi labio se curvaba ante su pomposidad. ¿Acaso estaba La Espita al mismo nivel que el Vaticano? ¿O era lo que a mí me constaba: un edificio pétreo de diseño dudoso en uno de los extremos de una hermosa bahía griega con solo nueve residentes permanentes? Y yo mismo me habría cuidado muchísimo de recibir lecciones espirituales de al menos tres de ellos (Thirza Davis, Austin Lanyon y Pearl St. Germain).

—Pregúntele a cualquiera por aquí si nuestra manera de ver el mundo le ha liberado —prosiguió Nash—. Matthew le rompió el corazón a Rhoda cuando escogió a Pearl, pero ella los perdonó a los dos al instante. Quizá no estuviera aún preparada para convertirse en la esposa de Matthew, pero no habría tardado en estarlo con un pequeño estímulo por mi parte. Y mire a Belty, una persona buena y honorable pese a que hizo algo espantoso en el pasado. Ignoro qué, antes de que me lo pregunte, y tampoco necesito ni deseo saberlo. Debemos ocuparnos solo de lo que la persona es en la actualidad y de aquello en lo que quizá se convierta en el futuro, no de lo que fuera en el pasado. ¡Mire a Charles y a Thirza! ¿Sabía que fueron sospechosos de haber cometido dos asesinatos? Eso pasó en Londres, antes de que vinieran aquí. Como es natural, eran inocentes. De otra manera, me lo habrían contado: ¿por qué no iban a hacerlo, sabiendo que no creo en los castigos ni en la repulsa moral?

Esa postura tenía implicaciones preocupantes. Miré a Poirot, pero mi amigo permaneció impertérrito.

—Lo que más les dolió a los pobres Thirza y Charles fue que la acusación procediera de sus propias familias —dijo Nash—. De ambas: la de él y la de ella. Charles me ha dicho que nadie se ha disculpado aún, y dudo que lo hagan, ya que perdonarse a uno mismo es lo más difícil que hay. Es mucho más sencillo hacer como que uno tuvo razón en todo momento. Charles y Thirza se enfrentaron a una elección imposible: o perdonaban lo que con anterioridad habían definido como «imperdonable», o permitían que la amargura hiciera trizas sus corazones. Por fortuna decidieron venir y, como resultado, están floreciendo..., lo cual no implica, antes de que formule usted una objeción, estar a la altura de todos los ideales en todo momento. —Nash endureció la expresión apretando los labios—. Los seres humanos somos criaturas imperfectas. Thirza, por ejemplo, aún no ha sido capaz de perdonar por completo a sus parientes y a los de Charles. Al margen de Marie Doxford, pero... ese es un caso bastante diferente.

Era evidente que se arrepentía de haber mencionado ese nombre, al que había seguido un esfuerzo por enterrar el tema de manera veloz y tajante, y eso me llevó a preguntarle quién era Marie Doxford y por qué su caso era diferente.

En vez de contestar, Nash replicó con una pregunta propia:

—Díganme, monsieur Poirot, inspector Catchpool, ¿alguna vez han conseguido experimentar un deseo de venganza contra alguien que hubiera sufrido dolores mucho peores que los que esa persona les hubiera causado?

—Yo también tengo una pregunta —dijo una voz aguda a mi espalda. Me volví y vi a Pearl St. Germain, que mostraba una

expresión desesperada y respiraba con pesadez—. ¿Puedo llevarme a Edward? Es una especie de urgencia.

—Por supuesto —contestó Nash—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo, Pearl?

—Nada. Es que... Oh, Edward, ¡tienes que venir de inmediato! —dijo, se dio media vuelta y salió corriendo antes de que cualquiera de los tres pudiéramos decir algo más.

Capítulo 11

OTRO POEMA EMPEORA LA SITUACIÓN

Después de buscarla durante algunos minutos, encontré a Pearl en el comedor de La Espita, con sus paneles de madera oscura, paseándose junto a la ventana con gesto agitado. Ella comprobó que no me hubiera acompañado nadie, se metió la mano en la manga y sacó un papelito doblado. Como es natural, me asaltó el desagradable recuerdo del juego de los propósitos de Año Nuevo y de cierto propósito en concreto.

Ella me tendió el papel con brazo tembloroso y yo lo cogí, pensando que, si la expresión de su rostro era indicativa de algo, su contenido sería terrible.

Mis dedos se trabaron al abrirlo y, cuando vi los cuatro versos redactados con pulcritud, me temí lo peor: una nueva amenaza de asesinato, esta vez con una segunda víctima en potencia. Por fortuna, mi sospecha se reveló incorrecta. Se trataba de un poema de mal agüero, en una letra que parecía idéntica a la del propósito asesino, pero no representaba una amenaza de ningún tipo.

Hay ahora un monstruo en nuestra proximidad
que no nos permitirá entrever la verdad.
Ella tiene la cabeza y el corazón llenos de mentiras.
Diciembre muere. Enero asesina.

—¿Dónde ha encontrado esto? —le pregunté a Pearl.

—No lo he encontrado —contestó—. Lo he escrito yo.

—¿Lo ha escrito usted?

Ella asintió con la cabeza.

—Verás, Edward, no soy la guapa bobalicona por la que me tomas. No había escrito un solo poema en toda mi vida, pero mira lo que he sido capaz de hacer cuando me lo he propuesto. Tú dirás: «Bueno, cualquiera puede hacer versos con la extensión correcta y añadirles una rima al final», pero ¿es eso cierto?

—Señorita St. Germain, ¿está intentando decirme que, al contrario de lo que dijo en Nochevieja, fue usted quien escribió el poema sobre el asesinato de Matthew?

Ella se echó hacia atrás.

—¡Cielos, no! ¿Es que no has oído lo que te he dicho? Este es el primer poema que he escrito nunca.

—Quizá Austin Lanyon compuso el poema del propósito de Año Nuevo, pero ¿lo pasó usted por escrito?

—¡Yo no hice eso! —Fue un gemido angustiado—. Y no tengo idea de quién fue, ni de quién lo compuso. No sé nada sobre ese tema.

—Pero este poema de aquí... —volví a echarle un vistazo— lo escribió la misma mano.

—¡Eso no es cierto, Edward!

—De acuerdo, de acuerdo, cálmese. Me disculpo. No pretendía decir que... Quizá la caligrafía no sea idéntica, pero sí muy parecida.

—¡Pero ya te lo dije! Cuando vi el propósito de matar a Matthew, comenté que se parecía a mi letra. ¿No me oíste decirlo?

—Muy bien: usted no escribió la amenaza contra Matthew —dije —. Háble me de este poema. ¿Qué significa? ¿Y por qué ha llegado tan agitada para mostrármelo?

—Lo he escrito para demostrar que podía escribirlo —contestó Pearl con voz cargada de emoción—. Las fanfarronadas constantes de Austin me exasperan. Y estoy harta de que todo el mundo piense que no tengo más que algodón de azúcar entre los oídos. No me había importado hasta ahora, pero... tu llegada ha hecho que eso cambie, Edward. Supongo que..., bueno, quería demostrarte que no soy estúpida. Y si te he parecido temerosa y había una sensación de urgencia en mí... —Levantó el mentón en un gesto altivo—. Sí, seguro que así ha sido. Eres perspicaz al darte cuenta, pero no me sorprende. Existe entre nosotros una comprensión más profunda de lo que suele ser habitual cuando conoces a alguien desde hace tan poco tiempo...

—Señorita St. Germain...

—¿Tengo que pedirte de nuevo que me llames Pearl? —Sonrió—. ¿Es que no podemos dejarnos al fin de formalidades?

¿«Al fin»? Hacía menos de un día que nos conocíamos.

—¿Quién es «ella» en este poema suyo? —le pregunté.

—¡Oh, no lo sé! —contestó Pearl con impaciencia, como si el asunto no tuviera la menor importancia.

—Pero... ¿en quién pensó al escribirlo?

—En ti, Edward. No pienso casi en otra cosa.

—¿En mí? Pero no soy «ella». El poema parece describir a una mujer.

—En serio, Edward, me desesperas. El poema es para ti, pero no es sobre ti.

—Señorita St. Germain, parece haber escrito usted acerca de una mujer que miente. Un monstruo. Debió de tener a alguien en la cabeza. Si sabe que alguien en La Espita ha mentido, tiene usted que contármelo de inmediato.

De repente, Pearl pareció enojarse.

—Quizá pensé en todas ellas —dijo—. La mayoría de las personas tenemos ideas clandestinas que nunca admitimos, ¿no es así? Aunque no abandonaré tu compañía, Edward, sin antes haberte confiado todos mis pensamientos secretos..., te lo prometo.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de una amenaza aterradora, pero fui lo bastante caballeroso para no decírselo.

Los ojos de Pearl mostraron un brillo malicioso cuando añadió:

—El secreto de Rhoda es que finge haber perdonado a Matthew al instante cuando él la abandonó a mi llegada, pero no me lo creo ni por asomo. Y Olive seguro que tiene un secreto: la manera en que deambula en silencio por ahí, observando a la gente con detenimiento, como si nos estuviera espiando en nombre del Gobierno o algo similar... Quizá sea así, ahora que lo pienso. No sería impensable que el Gobierno mandara a un... agente, ¿no?, para echarle un ojo a una comunidad de cristianos alternativos por miedo a que se vuelva demasiado influyente.

No pude evitar que se me escapara una risita.

—¿De verdad piensa que una de las prioridades de James Ramsay MacDonald consiste en mantener vigilados a Nash Athanasiou y a sus ocho compinches en la isla de Lampero?

—No hay necesidad de que seas desagradable conmigo de manera tan gratuita, Edward.

Me apresuré a pedirle perdón y entonces le pregunté:

—¿Quién más cree que está ocultando algo por aquí?

—Bueno, todos sabemos que es el caso de Belty Ricks. Llegó con un secreto y le han permitido no revelarlo. Hubo un escándalo inmenso, al que siguió una votación, y ganó ella. ¡Desde entonces ha estado sentada por ahí, con una sonrisa lánguida en la cara y tan campante!

—¿Una... una votación? —repetí.

—Luego está Thirza Davis —prosiguió Pearl—. No creo que esté demasiado enamorada de Charles, su prometido. Es gracioso, ¿sabes?, no lo supe hasta ayer, pero estar loca de amor es como tener poderes mágicos. Confiere un... brillo maravilloso a los objetos cotidianos que te rodean, con una excepción: las personas que parecen posicionarse contra el amor. Son los únicos que no brillan. En realidad, hacen lo opuesto: de alguna manera parecen manchados y oscuros. Y así es Thirza, sin duda, Edward. Lo mismo que Olive, que tampoco brilla. Bien, Charles, el prometido de Thirza, creo que es infeliz hasta la desesperación. Es consciente de que perdió el amor de Thirza hace mucho tiempo, pero aun así mantiene el brillo del que te hablo porque sigue amándola sin remedio. Rhoda es igual: tiene el corazón roto, pero brilla de una manera oscura, porque amó a Matthew apasionadamente hasta el amargo final.

Pearl sacudió la cabeza con expresión impaciente.

—La verdad es que tendría que haberle dicho que sí cuando Matthew le suplicó que se casaran la segunda vez, después de que yo me cansara de él. Ay, Edward, he sido horrenda con todos los hombres que he conocido en esta isla hasta el día de hoy. De ayer, quiero decir. Da la sensación de que sea el mismo día que anoche, ¿no crees?

—¿Con quién has sido horrenda? —le pregunté.

—¡Yo no quería! Pero es que no lo entendía, ¿sabes? No comprendí cuál era mi problema hasta ayer, cuando llegaste y... y te vi, y de repente mi vida cobró sentido. Una mirada a tu cara...

—En esta historia hay cosas más importantes que mi cara —dije, intentando conducirla en otra dirección, temeroso de saber ya lo que se acercaba. Y en efecto...

—Te amo, Edward. El mundo no había visto nunca un enamoramiento tan desenfrenado. ¡Es que mareadita me tiene! En

cuanto te puse la vista encima... De verdad que pasó en una fracción de segundo, y no me vengas con que esas cosas no ocurren en la vida real de la misma manera que en los cuentos de hadas, porque ahora sé que no es cierto. Tú, Edward, eres el hombre sobre el que escribí mi propósito: el hombre con quien me voy a casar antes de que se acabe el año.

—Señorita St. Germain, no puedo permitirle que...

—¡Pearl! —gimió ella.

—Muy bien, si insistes..., Pearl —le espeté—. No puedo permitir que sigas en esa línea. Me temo que yo...

—Calla, Edward, por favor. —Corrió hacia mí y estampó la pequeña palma de su mano contra mi boca—. No soy tonta. Soy consciente de que no sientes por mí lo que yo siento por ti, pero lo harás. Verás que, a su debido tiempo, un nuevo sentimiento brotará en tu interior. Las semillas que no tardarán en germinar ya están plantadas. Me doy cuenta de todo, Edward: la incomodidad que sientes en mi presencia, tus esfuerzos por evitarme. Es abrumador pensar en ello, ¿verdad? Es tan intenso que anoche, cuando fuiste en busca del cuenco para el juego, me sentí obligada a entrar en la casa e ir a por ti. Llevabas mucho rato dentro, y no soporté que pasáramos tanto tiempo separados.

—Pearl, te has equivocado por completo en todos y cada...

—Me doy cuenta de todo, Edward. No estoy equivocada, pues no me cabe la menor duda. No se me han concedido todas estas emociones solo para que me pase el resto de la vida sollozando, que es lo que va a suceder si no me pides nunca que sea tu esposa. Que el sufrimiento me conduzca a una tumba temprana por tener el corazón roto no puede ser mi destino. ¡Me niego a tolerar la idea de que pueda ser así! —Se retorció apartándose de mí, emitiendo un sonido indicativo de dolor físico—. Y lamento en lo más profundo la

angustia que he provocado a otras personas. Acabo de darme cuenta del trato desalmado que he prestado a tantos otros hombres. Primero pensé que estaba enamorada de Nash, luego de Matthew, luego de Austin..., pero no era así. Les rompí el corazón a todos... Bueno, a decir verdad, a Austin no le rompí nada, pero solo porque carece de corazón. Y Nash no sintió ningún interés romántico hacia mí, así que eso se acabó con mucha rapidez. Creo que está en un nivel superior, pero ahí no hay sitio para las relaciones amorosas. —Pearl asintió para sí—. Supongo que debe de ser igual con muchos líderes espirituales.

Me pregunté si sería cierto que Nash era así, recordando la pasión con la que había hablado del pobre y fallecido Matthew: «En este momento, no creo que pueda continuar sin él. Y tampoco deseo hacerlo». Entonces recordé su aseveración de que Rhoda Haslop habría acabado aceptando casarse con Matthew en caso de que no le hubieran asesinado, y tomé nota para reflexionar adecuadamente sobre todo ello más tarde.

—Sin embargo, sí que le rompí el corazón al pobre Matthew —dijo Pearl con gesto grave—. Y a Rhoda también, aunque no se lo mereciera. Ella le amaba con firmeza, y es una persona buenísima, y la admiro mucho por ello, aunque no me gustaría que nos pareciéramos en ningún otro sentido. Es de lo más seria y gris, y fea hasta decir basta. —Pearl hizo una mueca—. Pero habría amado a Matthew para siempre, mientras que yo solo le amé durante seis días. Bueno, cinco y tres cuartos.

—Cinco y tres cuartos —repetí con voz monótona.

—Sí. ¡Dios mío! Tengo que disculparme con todos y explicarles también que no es culpa mía —dijo Pearl con gran determinación—. ¿Sabes?, siempre he tenido la convicción de que el Destino me tenía reservado un papel en la mayor historia de amor de todos los

tiempos. Desde pequeña supe que ese era mi llamado. Como es natural, he estado buscando al hombre perfecto que el Destino debía haberme enviado y..., bueno, supongo que no deseaba admitir que no dejaba de errar en su búsqueda. A nadie le gusta sentir que ha fracasado, así que me fui convenciendo a mí misma una y otra vez. Mis pobres padres se gastaron tanto dinero en las dos bodas de las que salí huyendo en el último momento... Y entonces, al llegar a este lugar, pensé: «Pues claro, aquí es donde debe encontrarse mi destino; no en los círculos de ricos malcriados de mi antigua vida, donde todo el mundo era vacuo y se preocupaba solo por el dinero y la fama, sino aquí, en esta bella y sencilla isla». Y tenía razón, porque tú acabaste llegando a ella, Edward, mi atractivo príncipe. Ahora puedo cumplir con el más auténtico de mis destinos. Los dos podemos.

—No soy la persona que buscas, Pearl. —Intenté no sonar muy severo, pese a la repulsa que me provocaban sus desvaríos—. Sé sensata, chica. Esto es un sinsentido, una fantasía tonta.

La expresión que apareció en su rostro fue de una desolación tal que decidí que más me valía moderar el tono si deseaba evitar un desastre. Le di una palmadita en el brazo con la esperanza de que contribuyera a animarla y le dije:

—Estoy seguro de que hay muchos hombres ahí fuera que se enamorarán de ti al instante, y a los que tú también amarás. Yo, por mi parte, no deseo casarme con nadie. Nunca lo he deseado y nunca lo desearé. Planeo mantener mi soltería. De hecho, le di esta misma noticia a mi madre durante las navidades y ella... expresó una decepción considerable.

—Yo haría lo mismo, si te creyera. —Le temblaba la voz—. Por suerte, no te creo y nunca lo haré. ¡Sería como aceptar la

aniquilación de todo mi ser, así que me niego a hacerlo! Sé que estamos destinados a casarnos. Ya lo verás. Confía en mí y...

—No, tienes que verlo... —insistí—. Si albergas falsas esperanzas, no harás más que empeorar tu situación a largo plazo.

—Oh, no hay nada falso en ellas. —Pearl me dirigió una sonrisa taimada—. Tú y yo estamos a punto de cerrar un trato. Si aceptas abrir la mente a la posibilidad de que un día cercano acabes enamorándote de mí, a cambio te ayudaré a resolver el asesinato de Matthew. —La sonrisa se volvió más amplia—. Hay muchas cosas que podría contarte. Me refiero a cosas que quizá no llegues a descubrir nunca de otra manera.

—¿Como qué? —dije.

—Sé lo que quiso decir el propósito: esa «última y primera muerte del año» que ni siquiera monsieur Poirot ha logrado comprender. —De pronto Pearl parecía muy satisfecha consigo misma—. Significa que Matthew habrá sido asesinado poco antes de las dos de la mañana, quizá solo por un minuto, pero antes sin duda. Sin embargo, monsieur Poirot y tú nunca entenderéis lo que significa a menos que yo os lo explique. —Sonrió, cruzó los brazos y se quedó a la espera de mi respuesta, confiada de tenerme por completo bajo su control.

Capítulo 12

Lo que Pearl sabía

—¡Se lo contará a Hércules Poirot ahora mismo! —ordenó mi amigo belga en su tono de voz más imponente. Era ya, en todos los sentidos, el primer día de enero de 1933, Año Nuevo, y habían pasado varias horas desde que Pearl consolidara la escasa estima que me merecía amenazándome con mantenerme sumido en la ignorancia si no cedía a su chantaje. Ella, Poirot y yo habíamos salido de los terrenos de La Espita a las ocho en punto y nos habíamos trasladado a la cafetería al aire libre que sobresalía de la planta inferior del hotel Bahía de Liakada. Parecía que el día iba a ser frío y soleado, y las olas se pavoneaban: cada dos por tres nos rociaban la cara con su baile vivaz. Por esa razón, Poirot se había puesto de espaldas al agua, lo que en mi mente equivalía a una forma de blasfemia.

No había repetido casi nada de lo que Pearl me había dicho (no había necesidad, pues confiaba en que su supuesto «amor» por mí no tardaría en desvanecerse; a todas luces, la joven era tan voluble como el mar Egeo). Me había limitado a mostrarle a Poirot su poema y contarle que ella aseguraba conocer el significado de «la última y primera muerte del año».

—Es inadmisible que se haya guardado ese conocimiento para sí durante tanto tiempo, mademoiselle —le dijo.

—Intenté contárselo a Edward anoche, en cuanto él acabó de leer el poema en voz alta —dijo Pearl—. Pero alguien que se creía más importante que yo levantó la voz, como pasa tan a menudo..., ¡ni siquiera recuerdo quién fue! Lo único que sé es que aquí todo el mundo piensa que soy incapaz de decir algo que valga la pena escuchar. Y, al cabo de un tiempo, acabas rindiéndote.

Poirot negaba con la cabeza.

—Esto no es aceptable. ¿Se da cuenta de lo que acaba de admitir? —Se puso en pie sin aviso, saltó de la silla por la indignación que crecía en su interior—. Sabía que el asesino iba a atacar no a la medianoche, sino precisamente a las dos de la mañana. Es cierto, ¿sí? De haber compartido ese saber, se podría haber evitado la muerte de monsieur Fair.

—Está tratándome usted de manera muy injusta, monsieur Poirot —se lamentó Pearl—. Pensaba que el propósito rimado solo pretendía suscitar curiosidad. De haber sabido que era sincero y que alguien planeaba cometer un crimen tan horrible y sangriento... —Se estremeció.

—La mera intriga, ¿eh? ¿El acertijo? —Poirot sonó un poco menos enojado.

—Sí, y no quería estropeárselo a nadie. Sabía que los demás serían capaces de adivinarlo también, y no quería fastidiarles la diversión. Al fin y al cabo, se suponía que estábamos pasándolo bien. La Nochevieja pasada, la anterior a esta última, compartimos un montón de adivinanzas y permanecimos despiertos hasta la salida del sol. —Pearl frunció los labios—. Pero intenté decírtelo en privado, Edward, lo de «la hora de Matthew», porque era consciente de que era imposible que lo supieras y no serías capaz de adivinarlo, así que nadie puede acusarme de intentar mantenerlo en secreto.

—Thirza Davis estaba a tu lado cuando lo mencionaste —dije.

Había sido Thirza, en efecto, quien se puso a hablar justo después: dijo que a Matthew Fair le gustaba irse pronto a la cama, y que eso había hecho la Nochevieja anterior. Y Matthew contestó que se cansaba antes que el resto a causa de lo mucho que nadaba en el mar.

—Por favor, mademoiselle, explíquese —pidió Poirot—. ¿Qué es «la hora de Matthew»?

—Cuando Nash y él vinieron a organizar las cosas, Matthew echaba mucho de menos su casa —contestó Pearl—. Había pasado toda su vida en Inglaterra hasta ese momento y estaba desesperado por volver. Nash le dijo que lo superaría con el tiempo, y que acabaría amando Lampero, y así fue. Y por supuesto que adoraba la bahía de Liakada e, igual que los demás, creía de todo corazón en la labor que Nash intenta hacer aquí..., pero nunca acabó de dejar atrás esa melancolía por su casa. Creo que es bastante entrañable, ¿no? —Pearl me dirigió la pregunta a mí—. Yo sentía un poco de envidia, porque mi casa me pareció sofocante desde que nací..., pero, bueno, fue por culpa de mis padres, no de Inglaterra. —Frunció el rostro, resentida por un instante—. Bueno, el caso es que no lograron encarcelarme en su mundo pequeño y estéril. A diferencia de ellos, soy una persona que no ve el momento de vivir nuevas aventuras, de explorar nuevos y coloridos...

—Solo deseo saber de monsieur Fair y su relación con el paso del tiempo —le dijo Poirot.

—Matthew hizo un esfuerzo por no reconocer la hora griega —dijo Pearl—. Era más que nada una broma, pero había una voluntad seria detrás. Su reloj de bolsillo marcaba siempre la hora que fuera en Inglaterra. No es que se hiciera el tonto: sabía que, cuando alguien decía que la cena sería a las siete, ese alguien se refería a las siete en punto de Grecia. Y lo cierto es que siempre llegaba tarde a

todo..., pero estaba empeñado en que su reloj marcara la hora inglesa. Una vez me dijo: «Guardo el reloj cerca del pecho, Pearl, para que mi corazón sepa siempre la hora correcta, y esa es la hora que sea en casa, en Appleby-in-Westmorland. No importa dónde viva, ese siempre será mi hogar». Ay.

Se secó una lágrima.

—Recuerdo que se dio unos golpecitos en el pecho al decirlo. Oh, es demasiado terrible. ¡Pobre Matthew! No puedo creer que ya no esté aquí, entre nosotros, que no vaya a oír nunca más su voz. Me había desenamorado de él, Edward, no tienes que preocuparte por eso, pero seguía queriéndole como a un amigo. Me pone muy triste recordar el cariño con el que hablaba de su... pueblecito o lo que sea. Yo no había oído hablar nunca de ese lugar, me dijo que estaba en alguna parte del norte, así que supongo que no tendrá mucho atractivo, pero él parecía encontrarse bajo su hechizo.

—Entonces —dijo Poirot—, aquí estamos dos horas por delante de Inglaterra. Eso significa que eran solo las diez de la noche según la hora del corazón de monsieur Fair cuando, para el resto de los residentes en la bahía de Liakada, eran las doce.

Pearl asintió con la cabeza.

—Estoy segura de que eso es lo que significa «la última y primera muerte del año». El asesinato de Matthew, si sucedió antes de su medianoche, en otras palabras, poco antes de las dos en punto para nosotros..., bueno, esa habría sido la última muerte de su 1932, si entiende a lo que me refiero. Mientras que, para el resto, murió a las dos horas de que comenzara 1933. Por eso pienso que debieron de matarle muy poco antes de que dieran las dos en punto; a menos, claro, que a su asesino le importara un pimiento la precisión, que supongo que siempre es posible.

—*Merci*, mademoiselle. Encontró usted el cuerpo de monsieur Fair en la terraza comedor a las dos y diez, ¿sí? ¿Dónde había estado justo antes?

—En la playa —contestó Pearl—. Ya se lo dije.

—Entonces, ¿subió desde la playa y tomó la calle que va del hotel Bahía de Liakada a La Espita?

—Sí, y entonces, en cuanto llegué a la terraza, le... le vi. —Pearl se abrazó el cuerpo, temblorosa.

—Y se puso a gritar —dijo Poirot—.*Eh bien*, ¿reparó en que mademoiselle Rhoda estaba ante la ventana de su habitación?

—En un primer momento, no —dijo Pearl—. Solo la vi al fijarme en algo que se movía. Creo que debí de oír el golpeteo de su ventana contra la pared. Entonces levanté la vista para ver de dónde procedía el sonido. Creo que intentaba preguntarme qué pasaba, pero yo no lograba oírla por encima de mis propios gritos, que en apariencia no lograba detener.

—Ya veo. —Poirot inclinó la cabeza—. Gracias. Eso será todo de momento, señorita St. Germain.

Pearl tenía aspecto de estar considerando la posibilidad de presentar batalla y negarse a partir.

—Catchpool y yo tenemos que hablar a solas —le dijo Poirot.

—Dígame, monsieur Poirot, ¿he sido de ayuda? —preguntó ella con alegría—. Déjeme que le diga que pienso ser más útil incluso durante los próximos días. —Dicho lo cual, se escabulló con rapidez.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Poirot.

Le oí como si estuviera lejos mientras pensaba que el comentario de Thirza la noche anterior, después de que Pearl mencionara «la hora de Matthew», había estado bastante fuera de lugar. ¿Qué tenía que ver la tendencia de Matthew a acostarse pronto con el hecho de que tuviera el reloj con la hora inglesa? Nada de nada. Sin embargo,

Thirza había metido baza, como si las dos cosas estuvieran relacionadas, como si una le hubiera hecho pensar en la otra.

—No se me despiste, Catchpool, por favor —dijo Poirot—. Podría ser que la señorita St. Germain tenga más cosas que contarnos. Debe usted hacer el mejor uso posible de su... posición singular entre sus afectos. Sonsáquele cualquier cosa que pueda revelarse valiosa. Hasta entonces... —me miró con recelo—, absténgase por favor de decirle que sus sentimientos hacia ella no tienen la misma intensidad que los de ella hacia usted.

—Oh, mis sentimientos son muy intensos, vaya que sí —dije—. Pero me atrevería a decir que ella no desearía conocerlos.

—He hablado con mademoiselle Rhoda hace un rato —me dijo Poirot—. Ha dejado muy claro que me estaba buscando para contarme una cosa. Insiste en que vio a mademoiselle Pearl acercarse a la terraza no desde la bahía, sino como si viniera del hotel. En su opinión, es imposible que mademoiselle Pearl hubiera estado en la playa justo antes de volver a La Espita y encontrar el cuerpo de monsieur Fair.

—Interesante —dije—. Una de ellas miente.

—*Oui.* Tenemos que averiguar quién. —Poirot miró por encima de mi hombro durante unos segundos, y entonces añadió—: Dígame, Catchpool: ¿por qué iba a incluir nuestro poético asesino una pista tan evidente en su amenaza de muerte? Cualquiera menos nosotros dos podría haber dicho «Ah, sé a qué se refiere» y hablarnos de «la hora de Matthew». De haber sido así, monsieur Fair habría recibido protección hasta más allá de las dos de la mañana.

—Quizá pensó que «la última y primera muerte del año» era un mensaje lo bastante críptico para que nadie adivinara su verdadero significado. Pero, dejando aparte la hora, ¿para qué avisarnos en general? Si el asesino hablaba en serio, y sabemos que fue así, ¿por

qué habría de alertarnos sobre sus intenciones? Supongo que existe la posibilidad de que ese poeta críptico y el asesino fueran dos personas diferentes.

Poirot asintió con suavidad.

—Es posible. Y, de ser cierto, eso genera más preguntas. ¿Habría matado el asesino a monsieur Fair incluso sin el poema? Quizá la hora la decidió la sugerencia de «la última y primera muerte del año», pero el crimen habría tenido lugar de todas maneras. O... —Me miró y se quedó a la espera.

—Oír el verso inspiró a alguien para llevar a cabo lo que de otro modo no habría hecho... —dije.

—*Précisément.* ¡Ah!

Poirot se puso en pie y levantó la mano. El inspector Kombothekra estaba de pie junto al borde más cercano de la terraza comedor de La Espita, agitando los brazos. Supuse que el pobre hombre se habría pasado toda la noche registrando la casa y sus terrenos. Poirot había comenzado a dirigirse hacia el sendero que nos llevaría de vuelta a la casa, pero apenas dio unos pocos pasos antes de que los gestos del policía nos dejaran claro que debíamos quedarnos donde estábamos, y al instante el hombre ya venía por el sendero hacia nosotros como si tuviera algo importante que contarnos.

Capítulo 13

La cabeza en la arena

Kombothekra se sentó en la silla contigua a la mía, dura, con una pata rota y sin cojines, y lanzó un suspiro de agradecimiento, como si se tratara de un colchón de plumas. No obstante, su satisfacción se desvaneció en cuanto comenzó a hablar:

—Tengo una mala noticia para usted —le dijo a Poirot—. Creo que sé quién ha matado al señor Fair. Es la persona a la que me referí antes, ¿lo recuerda? Preferiría que fuera otra, alguien que siguiera estando en la bahía, pero... —Se encogió de hombros—. Me temo lo peor. Con mis muy buenos amigos hemos registrado la casa y no hemos encontrado nada. Hemos explorado cada habitación centímetro a centímetro, incluida la suya, y la de usted, inspector Catchpool. Además de las salas comunes, las terrazas, los jardines, las rocas de abajo, del frente... Todo lo que hay en el exterior. ¡Nada! Ni el cuchillo del acuchillamiento, ninguna prueba de ningún tipo por la que guiarnos. Este asesino se ha revelado como un experto en evitar que lo descubran...

—¿Sus muy buenos amigos? —repitió Poirot—. ¿A quiénes se refiere, inspector?

—Al señor Nash, al señor Austin...

Estupefacto, le escuché nombrar a los nueve residentes de La Espita.

—Manos y Rasmus también han ayudado con el registro, lo mismo que Yannis Grafas, del hotel —dijo el inspector, acabando de enumerar a sus ayudantes—. La búsqueda no podría haber sido más completa.

«Y no podría haber involucrado a más sospechosos del asesinato», pensé con ironía. La expresión de Poirot me indicó que pensaba lo mismo.

—¿Y quién es ese asesino del que sospecha? —le preguntó a Kombothekra—. ¿Cómo sabe que se ha ido de la bahía de Liakada? ¿No podría estar en algún lugar elevado, escondido entre los árboles? ¿No hay un bosque frondoso por allí?

—En Lampero lo llamamos «Kefáli Stin Ámmo». Eso significa... No sé cómo decirlo en inglés. No es su verdadero nombre. No sé cuál es. Ojalá lo supiera.

—Si no conoce su nombre... —comenzó a decir Poirot, más bien malhumorado.

—Usted no habla griego, ¿verdad? —dijo Kombothekra—.*Kefáli Stin Ámmo* significa «la cabeza metida en»..., no en el mar. —Señaló con el dedo.

—¿Los guijarros? —sugerí.

—No, el otro tipo de playa.

—¿La arena? —preguntó Poirot.

—Sí, sí, la arena —contestó Kombothekra—. Puesto que no podemos encontrarlo, decimos de ese asesino que debe de haber enterrado la cabeza en la arena. ¿Me permite que le cuente la historia de Kefáli Stin Ámmo?

Poirot asintió con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Ya había matado antes —dijo el inspector—. Aquí, en Lampero. No en Liakada, en el otro lado de la isla. Una familia fue asesinada hace cuatro años: la madre, el padre, las dos hijas. Una tragedia

terrible. No quedó ningún rastro o pista. Y siempre queda algún rastro o pista, siempre hay algo, como usted sin duda sabe, señor Poirot. Nadie que conociera a esa familia tenía razones para la antipatía o para hacerles daño. Aquí, en Lampero, somos gente buena, bondadosa. Solo un extranjero depravado y sin conciencia podría haber cometido ese acto de salvajismo. Yo trabajé y trabajé, busqué y busqué..., y no le encontré. Nunca le he encontrado. Entonces inventé ese nombre para él, Kefáli Stin Ámmo. Lo hice como una broma: debía de tener la cabeza enterrada en la arena porque, de otro modo, ¿cómo es posible que no le conociera? —En una especie de susurro, Kombothekra añadió apenado—: ¿Cómo encontrar a un hombre cuyo rostro no has visto nunca?

Me aclaré la garganta.

—Me gustaría constatar que le he entendido bien, inspector, si me lo permite: ¿nos está diciendo que fue incapaz de encontrar al asesino de esa familia y que por ello se inventó a un personaje del todo imaginario?

—No, no... —Meneó el dedo apuntando hacia mí.

«Gracias al cielo», me dije.

—No fue obra de mi imaginación. Esa familia a la que asesinaron... murió de verdad. El hombre que acortó su existencia también es real. Ahora pienso que ha actuado de nuevo.

—Pero ¿por qué demonios piensa que se trata del mismo asesino? —pregunté, exasperado.

El inspector Kombothekra me dirigió una mirada de extrañeza.

—Porque no he encontrado ninguna pista, como les he dicho. Ningún rastro.

—¿Por qué está tan seguro de que ninguna de las personas que viven en Spíti Athanasiou podría haber asesinado a monsieur Fair? —le preguntó Poirot.

—Porque, señor Poirot, nunca hay un asesinato sin... ¿Cómo se dice? La fuerza que te obliga... En el cerebro.

—¿Un motivo? —preguntó mi amigo.

—Sí, un motivo. Exacto. Y aquí nadie deseaba la muerte del señor Matthew. Todos me han dicho que están tristes, y les creo. Conozco a estas personas, señor Poirot. Las conozco bien. Spíti Athanasiou es una casa llena de amor, compasión y perdón. Todos ellos me caen muy bien. Con el trabajo que hago, son las personas como las que hay aquí, en la bahía de Liakada, las que me dan esperanzas. —Kombothekra asintió de manera enfática—. La mayoría de la gente es buena. Es algo en lo que me alegra creer. La mayoría de la gente me gusta, y yo le gusto a la mayoría de la gente.

—No lo dudo —murmuré, pensando que le caería bien sobre todo a un asesino que se fingiera inocente y carente de motivos. Le eché un vistazo a Poirot, que parecía aturdido, y me volví de nuevo hacia Kombothekra—. A ver, inspector... —¿Tenía sentido que intentara razonar con él? Probablemente no, pero es difícil abandonar toda esperanza, como darían fe muchos otros que se encontraron antes frente a unas condiciones más difíciles que las que me atribulaban en ese momento—. Dice creer que su Kefáli Stin Ámmo no se encuentra ya en la bahía de Liakada. En tal caso, ¿cuándo y cómo se marchó? Sin duda, alguien habría reparado en la presencia de una bicicleta o una barca.

—No le vio nadie —contestó el inspector con fiereza—. No le oyó nadie. Así son las cosas con Kefáli Stin Ámmo. ¿Cuántas veces debo decírselo?

—Por el amor de Dios, hombre, tiene usted que darse cuenta de que... —comencé a decir, incrédulo.

—No puede, Catchpool —dijo Poirot en voz baja—. Inspector, háblenos por favor de Manos, el cocinero de la casa. ¿También es

amigo suyo?

La pregunta fue recibida con gran regocijo.

—¡Sí! Manos es el más querido de los amigos. No hay un corazón más bondadoso en Lampero que el de Manos Bourgos. Hemos sido amigos desde niños.

Cuando Poirot le preguntó por Rasmus, el barquero, el informe de Kombothekra fue igual de entusiasta y, ante la mención de Yannis Grafas, el hombre casi explotó de la dicha:

—Yannis tiene el carácter del sol que da fama a esta isla —nos contó—. Mi madre asistió a su nacimiento. Me dijo que nunca había visto un bebé más hermoso.

Tuvimos que soportar algunos minutos más de ese tipo de comentarios antes de que Kombothekra anunciara que le necesitaban de vuelta en la comisaría del pueblo de Lampero, para «redactar el informe».

En cuanto se hubo alejado lo suficiente, Poirot dijo con amargura:

—¡Ojalá pudiéramos permitirnos malgastar todo el tiempo que acabamos de perder ahora mismo! Catchpool, entre al hotel a buscar a Yannis Grafas. Pregúntele si vio u oyó algo anoche. Si Pearl St. Germain en efecto estuvo en la playa antes de las dos, quizá la haya visto. Me gustaría saber quién dice la verdad, si ella o Rhoda Haslop. Quizá él o su esposa hayan oído voces que el viento transportó entre la terraza comedor y el hotel. Hable también con ella. Yo volveré a la casa, donde tengo pensado interrogar a todo el mundo: a todos los sospechosos, pues eso es lo que son. A partir de este momento nos encontramos a cargo de la investigación, Catchpool. Yo, Poirot, estoy a cargo —se apresuró a corregirse.

Hice lo que me había pedido y no tardé en encontrar a Yannis Grafas en el salón oscuro y estrecho del hotel, al que le sobraban sillas, todas ellas cubiertas con su manta de lana de cuadros multicolores. Grafas no dio señal de poseer «el carácter del sol»; más bien lo contrario. Tenía un porte taciturno y no sonrió ni una sola vez. Soy consciente de que hablar con la policía puede hacer que aflore la vena recelosa de una persona, pero me costó imaginar a ese tipo tan hosco mostrándose jubiloso incluso en las circunstancias más favorables.

—No vi nada —dijo—. No oí nada. No puedo ayudarle con nada. —Sin duda de manera involuntaria, Grafas transmitía toda la impresión de ser una persona culpable que guardaba celosamente la verdad, decidida a no permitir que se le escapara nada.

Le pregunté si había visto a Pearl St. Germain en la bahía durante la noche anterior. En un primer momento dijo que no, pero entonces cambió su relato cuando añadí que era posible que Matthew Fair hubiera sido asesinado poco antes de las dos.

—Sí, vi a Pearl —dijo, con tono cortante—. En la playa, a las dos en punto. Y antes también. Estuvo allí entre la una y media y las dos en punto, así que no pudo asesinar a nadie.

La mayoría de la gente habría considerado que Pearl St. Germain era una joven muy atractiva, y me pregunté si acaso el hotelero estaría encaprichado en secreto de ella. En ese caso, ¿podría quizá transferirle a él la obsesión que la muchacha sentía por mí? Era un hombre muy atractivo. Y ya estaba casado, claro, lo cual representaba un obstáculo...

Llegó un momento en que fue evidente que Grafas había utilizado el cupo total de palabras que estaba dispuesto a destinar a sus respuestas, y volví a nuestro lado de la bahía. Al acercarme a la casa vi que alguien aguardaba mi regreso: Thirza Davis, que estaba de

pie en la terraza comedor, observando mi avance con una expresión tensa en la cara.

Capítulo 14

CHARLES SE QUITA UN PESO DE ENCIMA

Mientras su prometida me esperaba, un Charles Counsell nervioso y demacrado se sentaba frente a Poirot a la mesa pequeña y cuadrada de la sala de música, entre el arpa y el piano. Al enterarse de que todos los residentes de La Espita iban a ser interrogados, Charles se había ofrecido voluntario para ser el primero y fue directo al grano en cuanto se quedó a solas con Poirot:

—Prefiero que lo sepa por mí antes que por cualquier otra persona, monsieur Poirot. Aunque me duela admitirlo, hay que enfrentarse a la verdad. Uno no puede pasarse toda la vida evitándola.

—Estoy de acuerdo, monsieur. ¿Qué es lo que le duele admitir?

—Confío en que puedo apelar a su discreción...

—Puede confiar en que Poirot tomará siempre la medida más apropiada.

—Muy bien —dijo Counsell—. Creo... creo que Thirza estaba enamorada de Matthew, y quizá siga estándolo. Lo cual supongo que me deja en una posición de riesgo. Un hombre en mi situación bien podría decidirse a eliminar de la competición a su rival romántico. —Suspiró—. Aunque tampoco es que hubiera competición alguna. Ya había perdido a Thirza, la he perdido, aunque ella prolongue la agonía al negarse a decírmelo. Oh, es posible que aún lleve mi

anillo, pero soy consciente de que cualquier afecto que sintiera por mí desapareció hace mucho. —Levantó las cejas, como si le hubiera sorprendido una nueva idea—. Quizá siga decidida a casarse conmigo, supongo. Sin duda parece ser así, aunque no se me ocurre por qué. Sé que no me ama. Piensa que no sirvo para nada. Aunque todo eso no tiene importancia, claro, ahora que se ha derramado más sangre. A duras penas puedo creerlo.

—¿Más sangre? —inquirió Poirot.

Counsell frunció el ceño ligeramente, como si la pregunta fuera una distracción. Dijo:

—Oh, no es..., no es nada que deba preocuparnos. En mi pasado hubo un crimen y una tragedia. Solo quería decir eso.

—¿En serio? —Poirot le observó con detenimiento.

—Sí, pero preferiría no desempolvar todo ese asunto. Mire, tan solo me he sentido obligado a sacarme del pecho todos los hechos relevantes sobre..., bueno, sobre Thirza y Matthew. Y quería decirle, además, que él no hizo nada de nada para animarla. Era un tipo con honor, ese Matthew, de esos en los que se puede confiar por completo. El último hombre del mundo que se fugaría con la prometida de otro. Pero, aunque le hubiera tirado la caña a Thirza, ni en sueños se me habría ocurrido tomarme la venganza por mi mano usando la violencia. No lo hice, monsieur Poirot, por muy probable que parezca mi candidatura. Tiene que creerme. Yo... Bueno, como le digo, no hay necesidad de recuperar historias truculentas del pasado, pero... si me muestro sensible en exceso, se debe a que no se trata de la primera vez que me acusan de cometer un asesinato. Y entonces fui tan inocente como ahora.

—Yo no le he acusado de nada —le dijo Poirot—. No creo que usted matara a monsieur Fair.

—¡Me alegro muchísimo de oírlo! —El alivio recorrió los rasgos de Counsell.

Una lagartija de color marrón anaranjado y unos cinco centímetros de largo atravesó el suelo a toda velocidad.

—Esto es normal, supongo —dijo Poirot—. Que haya vida animal dentro de la casa.

—Oh, sí, esas granujillas siempre están corriendo arriba y abajo. Me gustan bastante.

—¿En serio? A mí no —dijo Poirot—. Esta mañana me encontré una al lado de la cama. Tenía la cabeza de un vivo color turquesa, y el cuerpo verde: una visión de lo más inquietante.

—Sí, bueno, está usted en el piso inferior. Supongo que recibirá más visitas de animales salvajes que el resto.

—Monsieur Counsell, mademoiselle Thirza y usted llegaron aquí hace poco, ¿no es así? Solo mademoiselle Pearl vino a vivir a La Espita después de ustedes...

—Sí, Thirza y yo nos unimos a la comunidad unos tres meses después que Belty —contestó Counsell—. Y Pearl llegó a las dos o tres semanas, creo.

—¿Y todo iba bien entre su prometida y usted antes de llegar?

—¿A qué se refiere?

—El amor que según dice ella ha dejado de sentir hacia usted, ¿lo sentía entonces, cuando llegaron a Lampero? ¿Antes de conocer a monsieur Fair?

—Eso pensaba yo, sí. —Counsell pareció dudar. A continuación se contradijo por completo al decir—: No. En realidad, no. Ya entonces había empezado a percibir un cambio en su manera de tratarme. Los dos abordamos los... problemas que tuvimos en nuestra vida londinense de manera muy distinta. Thirza y yo no somos demasiado parecidos en ese sentido. Como sabe, lo que Nash está

llevando a cabo con tanta excelencia aquí..., bueno, tiene que ver con el perdón. Esa es la virtud que guía todos nuestros actos. Es la razón por la que estoy aquí. En cuanto Thirza me habló de este pequeño refugio y de la misión de Nash, no vacilé, no hizo falta que me convenciera de nada. Supe que era exactamente lo que necesitaba. Esperaba, y sigo haciéndolo, que representara mi salvación. Estaba decidido a intentarlo, al menos.

—¿A ser feliz aquí? —preguntó Poirot.

—A perdonar a nuestros deudores —contestó Counsell—. A quienes nos agraviaron a Thirza y a mí. Y... me sorprendió y decepcionó que ella no pareciera querer hacer ese esfuerzo, sobre todo porque la idea de venir fue suya. Yo ni siquiera habría sabido de la existencia de La Espita o de Nash Athanasiou si ella no me lo hubiera contado. Sin embargo, desde el primer día pareció mostrarse por completo en contra.

—En contra... ¿de cultivar un espíritu de perdón? —Poirot interrumpió a regañadientes el monólogo de Counsell, pero quería asegurarse de que ambos estuvieran hablando de lo mismo.

—Sí, y de perdonar a nuestras familias —le aclaró Counsell—. La de Thirza y la mía. O «nuestros enemigos», como los sigue llamando ella aposta, para provocarme. Sabe que Nash no permitiría ese tipo de palabras aquí y se asegura de no usarlas en su presencia. Ha sido meticulosa, siempre que Nash o Austin podían oírla, o Matthew o Rhoda, ha fingido que estaba del todo de acuerdo con los valores del lugar. Con todos menos conmigo, en realidad. Las cosas más sombrías y angustiosas se las reserva para mí. Y la cuestión es que no puedo dejar de pensar que esas diatribas furiosas contra el perdón incondicional están dirigidas a mí; que, de alguna manera, es a mí a quien no puede perdonar, y..., bueno, que me lo está diciendo

en una especie de código. De una manera que nunca podré demostrar.

—¿Cree que ella preferiría abandonar la comunidad de La Espita? —preguntó Poirot.

—Eso es lo último que desearía —contestó Counsell—. A menos que... —Se mordió el interior del labio, pensativo—. Ahora que Matthew ha muerto y no le queda ningún objetivo amoroso, es posible que... —Dejó la frase sin concluir.

—Me ha dicho antes que quizá aún quiera casarse con usted..., como si usted aún deseara que eso pase —dijo Poirot—. ¿Lo desea?

Counsell asintió con la cabeza.

—Amo a Thirza. No volvería a fallarle. No es que pretendiera hacerlo antes, pero..., verá, fue con mi familia donde comenzaron los problemas. Y entonces se contagiaron a la de ella. Y ella no pidió que le pasara nada de eso, así que, sí, si me acepta, haré todo lo posible por ser un marido responsable.

—Háble me de esos problemas familiares —pidió Poirot.

—Mi padre murió. Y la manera en que mi hermana Marie reaccionó a su muerte fue... —Counsell se detuvo, cerró los ojos un segundo y los abrió de nuevo—. Incluso ahora siento la tentación de usar la palabra «imperdonable». Gracias a Nash sé que no debemos pensar ni en el peor de los pecados de esa manera, así que en su lugar diré que Marie hizo algo cruel y estúpido, aunque desde luego no pudo evitarlo. Nash nos enseña que incluso las peores personas intentamos hacer las cosas lo mejor posible en cada situación.

Poirot decidió que no era el momento para discrepar de los pilares más ambiguos de la filosofía vital de Nash Athanasiou, pero sí pensó que ese joven ingenuo quizá cambiaría de parecer en caso de cruzarse con algunos de los villanos que había conocido a lo largo de los años, muchos de los cuales se habían dedicado a hacer las cosas

de una manera que no se podía describir con acierto como «lo mejor posible».

—Dice que le acusaron de asesinato... —le incitó.

—Sí. Más de una vez, aunque le parezca increíble. —El aire resignado de Counsell sugería que había tenido una mala suerte común y corriente, nada excepcional—. Cuando papá murió, mi hermana Marie le dijo a todo el mundo que Thirza y yo le habíamos asesinado. Que le habíamos matado de miedo: esa fue la acusación concreta, pues falleció de un ataque al corazón, que según Marie le provocamos nosotros sacándole de quicio con nuestros sustos intencionados. Según ella íbamos detrás de su fortuna, que era considerable. Marie estaba ansiosa por ponerle las manos encima al dinero; de hecho, Thirza sostiene que en realidad nunca sospechó de nosotros, sino que pretendía que nos colgaran para quitarnos de en medio y llevárselo todo. Ya se le habían acabado los fondos que le dejó su marido. Al haber enviudado joven, sentía que el destino le había repartido una mano cruel y que el mundo, y más concretamente el testamento de papá, le debía todo lo que deseara a modo de compensación.

—¿Su marido murió? —preguntó Poirot.

—Sí, en un accidente de automóvil apenas tres semanas después de la boda. Fue de lo más desafortunado. A juicio de Thirza, el día que Francis Doxford murió, la mitad de la bondad que había en el corazón de su esposa se fue con él. Entonces, cuando mi padre falleció y Marie descubrió que no le había dejado nada, eso arrasó con toda la bondad que le quedaba y dejó solo..., bueno, algo bastante monstruoso, me temo. Quizá le suene exagerado...

—A mí no —le aseguró Poirot—. He visto lo que puede suceder cuando se deja que domine el impulso malvado. Es una tragedia que ocurra algo así, para la persona afectada y para quienes la conocen.

—Eso es. ¡Una tragedia! —Por primera vez, Counsell sonó casi alegre—. El problema es que, cuando una mujer tan bonita como mi hermana sonríe y habla con voz dulce..., en fin, como es natural todo el mundo da por supuesto que no puede estar podrida por dentro. Sus acusaciones fueron extremas, y por supuesto, en un primer momento todos se afanaron a negar que las hubieran creído, pero estaba claro que en secreto pensaban: «Sin duda, la pequeña y dulce Marie Doxford no diría algo así a menos que fuera cierto». Cuando Thirza se lo contó a sus padres y a sus hermanos, ellos aparentaron indignarse en nuestro nombre... y a la vez empezaron a sospechar en esa misma línea: «¿Por qué habría de hacer Marie Doxford, una viuda respetable que al fin y al cabo ha llevado una vida intachable, una afirmación como esa a menos que tuviera alguna prueba?». Pero la pura realidad era que no tenía ninguna prueba, porque mentía —dijo Counsell, enojado—. Y, en serio, al oír en detalle lo que se suponía que Thirza y yo habíamos hecho para hacer que el corazón de papá se parara del susto, la historia era tan macabra que solo una imaginación retorcida podría haberla elaborado. Hasta el día de hoy, Thirza sigue insistiendo en que la misma Marie debió de hacer esas cosas, que fue ella la que asustó y atormentó a papá hasta que se le paró el corazón con la esperanza de ponerle la mano encima a lo que suponía sería su parte: la mitad de una vasta fortuna.

—Pero no lo consiguió —dijo Poirot.

Counsell negó con la cabeza.

—Marie no recibió ni un centavo; Thirza y yo tampoco. Papá se lo dejó todo a varias fundaciones de beneficencia. Yo me había enterado bastante antes de que esa era su intención. Di por sentado que se lo habría dicho también a Marie, pero al parecer no fue así. La lectura del testamento le provocó una conmoción enorme. Y, por

supuesto, se puso furiosa conmigo porque yo lo sabía y no se lo había dicho. Alteró de inmediato el contenido de su acusación contra nosotros y pasó a afirmar que Thirza y yo habíamos aterrado a papá hasta la muerte por una razón muy diferente: no para echar mano de su fortuna, sino como venganza por habernos desheredado. Ya le había contado a toda la familia, y también a la policía, que nos había visto y oído cometer ese crimen terrible, así que estaba obligada a encontrar una nueva razón por la que podríamos haberlo llevado a cabo.

—¿Cómo respondió la policía a su acusación? —preguntó Poirot.

—Se dieron cuenta de que eran mentiras, gracias al cielo, y decidieron que Thirza y yo mismo éramos la parte en la que se podía confiar. Ingenuamente, pensamos que el tormento había llegado a su fin. —Counsell se rio con amargura—. ¡Qué equivocados estábamos! Nuestras familias comenzaron a distanciarse de nosotros. Yo habría dejado que se las arreglaran ellas solas, con la esperanza de que acabasen por recuperar la cabeza, pero Thirza insistió en intentar resolver el asunto y..., monsieur Poirot, ¡las cosas que llegaron a decirnos! Sí, entendimos su confusión, pero esbozaron una sonrisa afectada: ¿y por qué habría Marie de inventarse una mentira así? Y yo le pregunto, Poirot: ¿es que esos idiotas no han oído hablar nunca de la mentira?

—Esos mismos parientes, ¿se distanciaron también de su hermana?

—La familia de Thirza nunca había tenido trato con Marie, pero la mía empezó a evitarnos a los tres a partir de entonces. «Hay algo malsano relacionado con esos tres», debieron de pensar, como también creerían, sin duda, que los tres éramos igual de malos. No se equivoque, monsieur Poirot: allí donde hay alguien vil y corrupto, y también alguien libre de toda culpa, encontrará a un montón de

observadores dispuestos a desplegar alguna paparrucha del tipo «los dos son igual de malos», pensando que eso les hace parecer justos y sabios. Entonces, cuando asesinaron a Marie, de repente pasé a ser la única persona que trató de comportarse con un ápice de decencia y ecuanimidad. Ninguno de nuestros familiares asistió al funeral, yo fui el único miembro de la familia que estuvo presente. Thirza intentó convencerme de que no fuera, y como es natural se negó a acompañarme, pero yo era el hermano de Marie y nos habíamos querido durante la mayor parte de nuestras vidas. Sentí que era mi obligación asistir a su sepelio y presentarle mis respetos, sin importar lo que ella me hubiera hecho.

—Comentó antes que le habían acusado de asesinato dos veces —dijo Poirot—. ¿Fue sospechoso también del asesinato de su hermana?

Counsell apretó la mandíbula.

—Lo fui, sí.

—¿Según la policía?

—¿Qué? No, no. La policía supo a la perfección que yo no había sido. Pude demostrar que estaba en otro lugar cuando Marie fue... Cuando pasó.

—Entonces, ¿le acusaron sus parientes o los de mademoiselle Thirza?

—No, tampoco. No hemos mantenido contacto con ninguno de ellos desde la muerte de Marie.

—No le entiendo, monsieur. —Poirot le miró de manera inquisitiva —. Me ha dicho que le acusaron...

—¿Del asesinato de Marie? Sí, así fue. Hubo alguien que hizo todo lo que estuvo en su mano por arrancarme la confesión de que había asesinado a mi propia hermana, alguien para quien, en apariencia,

mi coartada no representó prueba suficiente de que no soy un asesino despiadado.

Counsell se tapó la cara con las manos, como para protegerse de lo que estaba a punto de decir.

—La persona que me acusó fue Thirza, mi propia prometida.

Capítulo 15

THIRZA, LA IMPLACABLE

—Pues claro que Charles no asesinó a su hermana —espetó Thirza, con voz cargada de desdén.

Estábamos sentados juntos sobre el tosco muro de piedra de la terraza comedor, que no era menos cómodo que cualquiera de las sillas a nuestra disposición. Mirábamos en direcciones opuestas: yo estaba de cara a una vista espectacular del mar (que no era de color «vino oscuro», como lo describía Homero, sino que centelleaba bajo la brillante luz del sol como si su superficie estuviera compuesta de diamantes minúsculos) y Thirza le daba la espalda a la playa.

Deduje que su burla debía de ir dirigida contra sí misma, ya que, en la rocambolesca historia que me acababa de relatar, ella era la persona que había acusado a Charles Counsell de asesinar a su propia hermana.

—Creo que, en lo más profundo de mi ser, era consciente de que él no podía haberlo hecho —me dijo—. Varios colegas dieron fe de su paradero en ese momento. Pero yo no quise creerles. Verá, deseaba de todo corazón que Charles hubiera asesinado a la repugnante Marie. Lo habría considerado un acto de heroísmo, esa es la verdad. Si fuera un hombre sensato en lo más mínimo, habría dejado que lo creyera y que le admirara por ello, pero Charles es demasiado santurrón. Igual que usted, estoy segura. —Se volvió

hacia mí con una sonrisa peculiar—. No se moleste en negarlo. Lo veo en su cara. Puede mirarme mal si así lo desea, inspector Catchpool. Será un entrenamiento excelente para usted.

La pregunta que iba a hacerle era evidente, y ella debió de leerla en mi rostro, porque añadió:

—En breve tendrá que mirarme con peores ojos, ya que estoy a punto de contarle todas las cosas de las que probablemente debería sentirme culpable, aunque no sea así. De modo que bien puede comenzar ahora, con este pequeño aperitivo. No se preocupe, la opinión que pueda tener de mí no me importa en absoluto, así que no me ofenderé. Solo quiero que lo sepa todo para que pueda atrapar al asesino de Matthew. Y para que a esa persona la ahorquen hasta morir —dijo con inquina—. ¿No es eso lo que dicen los jueces? Quizá en Grecia no. ¿Aquí cuelgan a la gente? Supongo que será aquí, en Lampero, donde ejecutarán al asesino de Matthew.

Yo no conocía la respuesta a ninguna de esas preguntas.

—Piensa que hablo desde una amargura asquerosa, ¿verdad? —preguntó Thirza—. Bueno, es lo que siento..., y, es más, no hay nada malo en sentirse de esa manera. Usted también se sentiría así si le hubieran calumniado como a mí. ¿Le digo la verdad sobre la manera en que Charles y yo tratamos a su padre, inspector Catchpool? Cuidamos de él, le tuvimos entretenido, le atendimos durante meses y meses. Lo hicimos porque le queríamos pese a sus defectos, que eran legión, déjeme que se lo diga. Y no pusimos la menor objeción cuando le dijo a Charles que no iba a heredar nada. Teníamos nuestras propias ideas al respecto, claro, pero las disposiciones testamentarias eran cosa suya. No soporto a la gente que se mete en los asuntos privados de los demás. Ni se nos habría ocurrido provocar un escándalo, y Charles era dueño de una empresa

rentable, que había creado desde cero, y que nos habría permitido no tener que preocuparnos de nada durante el resto de nuestras vidas. No necesitábamos el dinero de su padre. Ni lo deseábamos, si él no quería dárnoslo. Pero no puedo hacer como que no me enojé con él. ¡Careció de toda lógica!

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—Albert creía que dejar la riqueza a los hijos corrompía su carácter —contestó Thirza con voz tensa—. Sin embargo, él accedió a su dinero de esa manera, y nunca lo donó en vida..., así que no debió de preocuparle demasiado su propio carácter. Cuando le informaron de su enfermedad, Charles ya tenía treinta y cinco años, y trabajaba más duro que ninguna otra persona que yo haya conocido. Ya había contribuido más al mundo, y había ganado más dinero usando su propio ingenio, que Albert en toda su vida. Charles es la persona menos proclive al ocio o a vivir a costa de nadie que exista. Se desloma en el trabajo que tenga entre manos, sea cual sea. Siempre ha sido así. Incluso Marie, pese a sus defectos, hizo todo lo posible por mejorar su situación material después de la muerte de su marido. Cualquier memo se habría dado cuenta de que a ninguno de los beneficiarios en potencia del legado de Albert le habría ayudado verse privado de la riqueza familiar, y tampoco habría mejorado como persona. Mi teoría es que Albert sentía envidia y vergüenza cada vez que se comparaba con Charles, quien había construido por sí mismo su propio éxito y prosperidad. A Charles, esa posibilidad le parecía perturbadora en extremo. Solo podía soportarla en caso de mediar un tema de principios, y no algo tan rastrero como la vieja envidia de siempre, así que acabé por cerrar la boca.

Thirza resopló con desdén.

—No me cabe duda de que la vida seguirá siendo así cuando nos casemos, ya para siempre: tendré que cerrar el pico para no destrozar sus ilusiones. Charles detesta que diga lo que pienso: sobre su padre, sobre este lugar, sobre Nash... —Su risa sonó afilada —. Pero a veces no puedo evitarlo. ¡Próti Foní! Y yo le pregunto: ¿había oído alguna vez una bazofia tan ególatra? Me hubiera gustado ver si Nash conservaba sus aires de superioridad y sus ideas sobre el perdón de haber vuelto Marie Doxford su malvada atención hacia él. Claro que no puede, gracias a Dios, porque está muerta.

Si Thirza esperaba que me mostrara sorprendido, iba a llevarse una decepción. Con el paso de los años he desarrollado una habilidad muy útil: la de aparentar que no pienso en nada en absoluto y que no me estoy formando ningún juicio.

—¿Por qué aceptó venir aquí si tiene una opinión... tan baja de la labor de Nash? —le pregunté.

—Fue un error —contestó ella de inmediato—. Me enteré de la existencia de la comunidad a través de una amiga y fui lo bastante tonta para comentárselo a Charles, que a partir de entonces no dejó de hablar del tema. Y la perspectiva de poner miles de kilómetros entre mi persona y toda la gente a la que detestaba en Inglaterra resultó tentadora. Además, me encantan el clima y los paisajes de Grecia, y su gente es la más cariñosa y amigable que haya conocido. Aun así —dijo en voz baja, y noté la pena en su voz—, fue un error.

—¿Y por qué no se va?

—Charles no quiere. Y yo he aceptado casarme con él —contestó, inexpresiva—. Me atrevería a decir que una persona como yo necesita un marido como él.

—¿En qué sentido?

—Da igual —dijo ella, de manera cortante—. Espero acabar disfrutando de la aversión a mi vida de casada. Desde que llegué

aquí, mi pasatiempo favorito ha consistido en sentirme insatisfecha y despreciarlo todo. Todas las chorradas sobre el perdón que la gente de aquí suelta a todas horas. No tardé en meter mi corazón en un nido acogedor para proteger mis rencores. Desde que llegué a La Espita, he estado sumando resentimientos más o menos a razón de uno al día. La única persona a la... —Se interrumpió—. Da igual.

—La única persona a la que... ¿qué? —le pregunté con ligereza y naturalidad, esperando engañarla para que pensara que apenas tenía importancia que me lo contara.

Transcurrieron algunos segundos. Entonces, Thirza dijo:

—Matthew estuvo alguna vez cerca de convencerme de que..., bueno, de que quizá perdonar a tus enemigos proporciona ciertos beneficios. Decía lo mismo que Nash y Charles no dejan de repetir, pero... ¿Sabe una cosa, inspector Catchpool?, acabo de reparar en la diferencia.

«¿Que estaba enamorada de Matthew?», pensé, pero no lo dije.

—Matthew vivía según lo que predicaba —dijo Thirza—. Supongo que habrá oído eso de que la gente de Lampero lleva el sol dentro... Bueno, pues Matthew era de Westmorland, pero también tenía un sol en su interior. Más grande que el de cualquier otra persona que haya conocido. Se sacudía los disgustos como si no los reconociera. Estos se marchitaban al enfrentarse a su poderoso optimismo. Charles y Nash, en cambio, van encorvados, como si cargaran con montañas de pesadumbre sobre los hombros.

—¿Quiere eso decir que no han sabido perdonar? —le pregunté—. ¿O que se equivocan de manera inevitable con el tema del perdón?

—Lo primero —contestó Thirza—. La gente preocupada, la gente desdichada, ¿no es aquella que no puede perdonar a la vida por no haberle concedido las certezas y los beneficios que creía merecer? ¿Por qué no recibir cada nuevo día como si fuera tu favorito, tal y

como hacía Matthew, sin importar lo que te depare? —Frunció el ceño y bajó el tono de voz mientras contestaba a sus propias preguntas—. Le diré por qué no: porque no podemos alterar lo que sentimos. Si alguien hubiera podido convertirme en una santa indulgente, esa persona era Matthew. Al final, incluso él fracasó: no en persuadirme de que librarse del resentimiento tiene sus beneficios (yo sabía que tenía razón en eso después de haber perdonado a la malvada Marie Doxford), sino en convencerme de que podía cambiar mi naturaleza esencial. Soy como una serpiente, inspector Catchpool.

Como para demostrarlo, me mostró los dientes y siseó en voz alta, y a continuación se rio.

—Forma parte de mi naturaleza, me temo, odiar para siempre a quienes me agravian. No tener misericordia.

—Y, sin embargo, dice que perdonó a Marie... A quien aún llama «malvada». —Eso carecía de sentido para mí.

—Me gusta describir las cosas con corrección, y Marie era malvada —dijo Thirza—. Pero sí, la he perdonado, y solo a ella, porque la asesinaron de la manera más brutal y, aunque su asesinato no tuvo nada que ver con la forma en que nos había tratado a Charles y a mí, me dio toda la sensación de que el Señor le había asignado el peor destino posible. Intenté no perdonarla, me dije sin cesar: «No seas idiota, Thirza. Juraste que la odiarías para siempre, ¿recuerdas?». Pero es imposible cuando el sufrimiento de esa persona supera con amplitud el daño que una vez te infligió. Parece innegable que, en un sentido cósmico, se ha hecho justicia. Le expliqué todo eso a Matthew y se emocionó muchísimo. Me dijo: «¿Y cómo te sientes después de librarte de ese paquetito de odio?».

Thirza sonrió y parpadeó para alejar las lágrimas.

—Lo llamó así: «Paquetito de odio». Que Dios lo bendiga. Le contesté que me sentía de maravilla. Pensar en Marie Doxford y no experimentar nada, solo una ausencia de emoción y la sensación de que «se ha hecho justicia y el asunto está cerrado»..., pues claro que fue liberador, pero tampoco es que pueda ir organizando el asesinato de toda la gente a la que detesto, ¿verdad? Y, mientras aquellos que me han calumniado y traicionado se pasean felices por ahí, tomándose el té de la tarde, jugando al golf, haciendo lo que les venga en gana... —Se le curvó la comisura del labio—. Tal y como le dije a Matthew, nadie quiere llevar encima paquetes de odio, pero una tampoco puede cambiar su manera de sentir.

—Hum... —dije, pues Thirza me había dado muchas cosas en las que pensar.

Y aún no había terminado:

—Se estará preguntando por qué yo, que tanto me enorgullecía de haber endurecido el corazón, estaba dispuesta a admitir, pero solo ante Matthew, que, sin enterarme ni darme permiso, había perdonado a la peor de las personas que habían pecado contra mí.

Me quedé a la espera.

—Estaba enamorada de Matthew —acabó por decir Thirza—. Esa es la razón por la que se lo confié a él en vez de a mi prometido.

—Entiendo —contesté con gesto sobrio.

—Le agradecería que no lo mencionase delante de Charles, inspector Catchpool. No haría más que afligirle. Bien, me va a decir que no parezco tan afectada como sería de esperar, puesto que el hombre al que adoraba acaba de ser asesinado. Me esfuerzo por aparentar serenidad; en este momento tan doloroso, cuando me siento más destrozada que nunca, me beneficia poder verme desde una gran altura y darme cuenta de que sigo con las rutinas de mi

vida, mantengo conversaciones sin perder la calma, hago todas las cosas habituales. Quizá no lo comprenda.

—Creo que sí —le dije.

—Tiene usted que atrapar a quien lo haya hecho, inspector Catchpool.

—Haré todo lo posible.

—Bien, porque, sea quien sea, tienen que colgarlo. Me dicen que monsieur Poirot es un genio, y estoy segura de ello. Pero es francés. En La Espita todos somos ingleses o norteamericanos. Sin duda habrá matices en el lenguaje y la expresión, cosas que no podrá comprender.

—Es belga —le dije.

—Sí, y el idioma que habla es el francés —replicó ella con impaciencia—. Quiero que usted, inspector Catchpool, deje de depender tanto de la capacidad de su amigo y use su propio cerebro para resolver esto. ¿Qué haría si estuviera aquí solo y Poirot se encontrara en su casa, en... Bruselas?

—No vive en Bruselas. Vive en Londres.

Thirza emitió un sonido de impaciencia.

—¡No me importa dónde resida! Por mí como si vive en la casa contigua a mi apartamento de la calle Strand, que estaré encantada de comentar con él mis impresiones sobre lo que estén construyendo o demoliendo ese día. Y por favor, no señale que ya no vivo en Londres porque en este momento estoy viviendo aquí. Soy consciente de ese hecho. A ver, ¿entiende lo que le estoy pidiendo o no?

Le contesté que sí, que lo entendía.

—Bien. —Me dirigió una sonrisa rígida, poco natural—. Entonces estoy preparada para contarle lo que pasó anoche. Voy a volverme

loca si no me confieso ante alguien, y puesto que Matthew ya no está aquí...

—¿Quiere confesar algo? —pregunté.

—Sí, inspector Catchpool —contestó Thirza—. Fue culpa mía que asesinaran a mi querido Matthew.

Capítulo 16

La votación de Belty Ricks

En el tiempo que me tomó sonsacarle a Thirza Davis todo lo que pudiera contar de utilidad, Poirot se las arregló para entrevistar no a una, no a dos, no a tres, sino al impresionante número de cuatro personas, y más tarde se vanaglorió de ello.

—Ah, Catchpool —exhaló satisfecho—, he manejado mis preguntas con el rigor del bisturí del mejor de los cirujanos.

Después de Charles Counsell, la primera persona que atravesó el umbral de la sala de música (que se había convertido *de facto* en el cuartel general de Poirot para investigar el asesinato de Matthew Fair) fue Belty Ricks. Ese día llevaba otro vestido bellísimo, de color verde mar entretejido con hilo dorado, y Poirot se preguntó, no por primera vez, por qué una mujer con tanto gusto y estilo, que había tenido la suerte de que la bautizaran como «Betlinde», un nombre de lo más elegante, había decidido hacerse llamar con ese «Belty» tan poco digno («¿Acaso yo invito a la gente que conozco a que se dirijan a mí como "Herky", Catchpool? ¡Desde luego que no!»).

Poirot había solicitado que Belty fuera la primera en ir a visitarle y no perdió el tiempo antes de pedirle que le suministrara más detalles en relación con lo que yo le había contado acerca de la votación aparentemente poco ortodoxa de la que ella había sido protagonista. No tenía la seguridad de que ella fuera a saber a qué se refería

(quizá la votación se había producido en su ausencia, conjeturó), pero la mirada de Belty se afiló en cuanto hizo referencia al tema.

—Ah, eso... —dijo—. Así que se ha enterado. Dígame, monsieur Poirot: ¿usted qué habría votado?

Él contestó que desconocía los detalles: solo que se había producido un desacuerdo y que se había solucionado de manera democrática.

—¿Democrática? —Ella se rio—. ¿Según la invención de los griegos de la Antigüedad, quiere decir, y por tanto adecuada para la isla de Lampero? Deje que le diga, señor Poirot, que la Casa de la Eterna Bienvenida no es una democracia. Y nunca ha pretendido serlo.

Lo dijo como si no le importara que lo fuera o no, tal y como le había preguntado a Poirot en qué sentido habría votado desde una absoluta indiferencia. O, mejor dicho (Poirot se corrigió a sí mismo cuando me lo refirió más tarde), había buscado su opinión solo para poder juzgarle e introducirle en la caja apropiada dentro del sistema clasificatorio de su mente.

—Nash toma todas las decisiones aquí —dijo—. Considera que un movimiento espiritual necesita un líder claro. Sé lo que va a decir: ¿para qué molestarse en votar, pues? Yo no participé en esa reunión (al ser el tema principal de controversia, me excluyeron), pero sé cómo funciona este lugar. A Nash le gusta oír que se debaten las cosas a fin de saber lo que él mismo piensa. Permitiría la votación a fin de comprobar su propia respuesta al resultado.

—¿Cuál fue la controversia que requirió de una votación? —preguntó Poirot.

—Ah, que no sabe en qué consistió toda la alharaca... —Belty pareció sorprendida—. Bueno, pues... —Respiró hondo—. Lo que me atrajo del nuevo movimiento espiritual de Nash fue una y solo una

cosa: la perspectiva de un perdón incondicional. Comenzar desde cero, la capacidad de dejar atrás no solo lo que tuve que soportar, sino el cascarón marchito en que me convertí como resultado de ello. Me infligieron una infelicidad intolerable, monsieur Poirot, y yo también infligí lo mío. —Soltó una risita—. Quería hacer borrón y cuenta nueva.

«Y eso es la imagen que transmite, mademoiselle —pensó Poirot —. La de alguien que ha hecho borrón y cuenta nueva, a quien no le queda ninguna reserva profunda de emociones».

—Nash me ha explicado muchas cosas que a mí jamás se me habrían ocurrido por mi cuenta —dijo Belty—. Como por ejemplo que el perdón significa mucho más de lo que la mayoría de la gente cree. Pensamos que significa solo que ya no estamos enojados con los demás, pero, cuando perdonas a todas las personas de tu pasado hasta donde te resulta posible, y cuando te perdonas a ti misma de manera similar..., bueno, entonces todo se anula. Recordar el pasado se vuelve del todo innecesario. Puede desaparecer por completo si así lo deseamos. ¡Qué idea tan maravillosa!

Belty se rio por lo bajo, como si el objeto de su elogio no fuera más que un entretenido truco de salón.

—Cuando llegué aquí fui muy sincera con mis nuevos amigos, ya que no quería presentarme de manera deshonesta —prosiguió—. Era importante para mí llevar una vida buena e intachable a partir de ese momento, y eso implicaba no mentir, no distorsionar la verdad. Charles, Thirza y Pearl aún no se habían unido a nuestro grupito, pero les conté a Austin, Matthew, Rhoda y Olive lo que ya le había dicho a Nash: que antes de venir a la bahía de Liakada yo no era una buena persona. Austin pareció regocijarse. —Belty sonrió al recordarlo—. No vio el momento de contarme todas sus viejas

fechorías..., ¡y oiga, el tipo sabe convertir cada pecadillo en una historia encantadora e hilarante!

Belty no perdió la sonrisa, que se curvaba con ligereza hacia abajo, mientras decía:

—Acabó perdiendo bastante la cabeza, como el crío que se pone a girar sobre sí mismo durante un berrinche, cuando le dejé claro que no pensaba responder de la misma manera y contarle mis propios pecados del pasado. Le dije a Nash que, si aquí el perdón era incondicional, ¿por qué debía proporcionarles una lista detallada de mis ofensas? ¿Qué pasaba si no quería? ¿Rechazarían esas personas recibirme y convertirse en mis «muy buenos amigos» si me negaba? En tal caso, sin duda no se podría hablar ni de bienvenida ni de perdón.

Belty se inclinó hacia delante sobre la silla.

—Mi pasado se había esfumado, señor Poirot. Era como si nunca hubiera existido. No quería que mi viejo y podrido yo fuera detrás del nuevo. Y la verdad es que, al margen de Austin, a nadie le importaba lo que hubiera hecho yo antes de venir. Él era el único que exigía saberlo..., hasta que convenció a Matthew y a Olive para que adoptaran su punto de vista, diciéndoles que mis reticencias a compartir con ellos mi autoflagelación moral evidenciaban que no confiaba en ellos, o que me consideraba superior. ¡Qué ridículo! Habría dicho cualquier cosa con tal de sonsacarme la historia.

»Y yo sabía por qué insistía en que le diera los detalles lascivos —dijo Belty con gesto cómplice—. Por mera excitación. Todas las historias que él contaba acerca de su propia inmoralidad acababan con él en brazos del tipo equivocado de mujer. —Levantó una ceja—. Me echó un vistazo, sin duda me encontró atractiva y decidió que tenía que oírme entrar en detalles sobre esa vida disoluta a la que debía de haberme entregado antes de venir a Lampero. Rhoda, que

es una chica muy dulce, se puso de mi parte, y Nash se puso de parte de ella. Por consiguiente, dejaron que me quedara.

—Pero Matthew Fair... ¿se puso del lado de Olive Haslop y Austin Lanyon? —preguntó Poirot.

—¿Me está preguntando si le asesiné por eso? —Belty soltó una carcajada apática—. No. Habría sido una reacción un tanto exagerada, ¿no le parece?

Poirot no dijo nada; no tendía a bromear cuando había un asesinato de por medio.

—No tenía nada en contra del tipo y, además, me había hecho una promesa a mí misma —dijo Belty—. Si dejaban que me quedara en La Espita, no volvería a hacer nada malo nunca más. Mi comportamiento sería ejemplar. Y así ha sido. He seguido las indicaciones de Nash al pie de la letra con respecto a quienes quisieron exiliarme: Austin y Olive. Los perdoné a los dos sin el menor recelo. Entendí más o menos su punto de vista, aunque como es evidente no estuve de acuerdo con él. Olive es una mujer inteligente, nos hemos hecho bastante amigas. En cuanto a Matthew, también le habría perdonado, pero cambió de parecer en el momento en que vio que tanto Rhoda como Nash se apuntaban a la pandilla del «Dejad que Belty se quede». Más que creer en nada, Matthew siempre deseó hacer felices a sus personas favoritas.

—Mademoiselle, ¿lamenta usted el asesinato de Matthew Fair? —le preguntó Poirot.

—Pues por supuesto que sí —contestó ella sin dudarlo un instante —. Era el tipo más bondadoso y divertido que una pudiera esperar conocer. Pero ¿sabe lo que me consuela? Que creo en el cielo, señor Poirot. Y sé que Matthew se encuentra allí en este momento, y que lo estará aprovechando al máximo. Se le daba mejor que a nadie tomar todo lo que se le ofreciera y pasárselo de fábula.

Poirot se encogió un poco al oír esa descripción, como si el cielo fuera una especie de tómbola de parque de atracciones.

—En su opinión, ¿quién mató a monsieur Fair? —le preguntó.

—Oh, debería decir que con toda probabilidad fue Austin —contestó ella como si nada—. Tiene usted que preguntarse: «¿Quién hay en este lugar que sea capaz de actuar de manera malvada?». Diría que esa persona es Austin, si se dan las circunstancias adecuadas. No es que me caiga mal, en absoluto. Es un buen tipo. Ingenioso y entretenido. Y se podría decir que somos amigos, pero... supongo que todo se reduce a una cuestión de capacidad. —Belty asintió para sí—. Y, en lo referente a un asesinato, diría que Austin está del todo capacitado para cometerlo.

Quince minutos después, Poirot pudo comparar y contrastar la perspectiva de Austin Lanyon acerca de la famosa votación sobre Belty Ricks.

—Nash no suele quedar como un burro, pero, caramba, vaya si se equivocó en ese caso —dijo él, sentado de lado en la silla que Belty había dejado libre, con las piernas colgando por encima del brazo de madera. La expresión de su cara sugería que se sentía cómodo físicamente, pero a juicio de Poirot eso era imposible—. Que Belty insistiera en que no tenía que ofrecernos ningún maldito detalle sobre quién era o lo que había hecho antes de venir aquí... Esa mujer me cae bastante bien, sobre todo cuando la miro, pero ese secretismo tan obstinado me generó unas dudas que nunca han llegado a desaparecer. Y ahora voy a contarle algo que le sorprenderá, Poirot, y espero que preste atención...

—Cree usted que fue mademoiselle Belty quien asesinó a Matthew Fair —dijo mi amigo.

—¡Pero si es usted tan listo como dicen! —Austin parecía encantado—. Pero no se emocione demasiado. No puedo demostrarlo. Tal y como yo lo veo, las pistas están bien, pero conocer el carácter de la persona es más importante.

—¿Sugiere usted que mademoiselle Belty presenta un caso de mal carácter?

—Así es —contestó Austin—. Nash no comprendió lo que estaba en juego cuando hicimos esa votación. El perdón no puede implicar que no se tomen las medidas de protección adecuadas. Y pecamos de negligencia cuando dejamos de proteger nuestra comunidad aceptando a Belty en ella. —La frustración hizo que torciera el gesto —. Podíamos y deberíamos haber perdonado a Belty por todas esas transgresiones de las que se negó a hablarnos, para a continuación mandarla de vuelta. Sin la capacidad para reconocer el peligro y la corrupción, ¿cómo puede prosperar nuestro movimiento, por no hablar de que reemplace al resto de las formas religiosas del mundo? Ese es el objetivo de Nash, y el mío también.

—Ah, una ambición minúscula, *bien sûr* —comentó Poirot con una sonrisa.

—Una vasta vasta ambición —dijo Austin con total seriedad, abriendo los brazos tanto como le fue posible—. No pienso disculparme por ello. Ojalá Nash fuera tan elocuente y audaz como yo, pero carece de confianza. Cuando no está leyéndonos las normas, parece lleno de dudas y miedo. Le voy a contar un secreto, monsieur Poirot. —Austin bajó la voz—: Yo debería ser el líder de este lugar. Mi fe nunca flaquea y tampoco me olvido de la dicha. Escuchando a Nash, o a Rhoda, o a Charles, uno puede imaginarse con facilidad que el perdón es una tarea espiritual: vital pero difícil. Pesada, que no implica ninguna diversión. Déjeme que le diga,

Poirot, que perdonar los actos más infames... Bueno, no se puede conocer una dicha mayor.

—Si usted lo dice... —murmuró Poirot.

—Es la verdad —insistió Austin—. Cuando uno al fin descubre que ni nada ni nadie puede impedirle que experimente la felicidad, y que por tanto no hay nada que pueda tener en contra de otro ser vivo... —Se detuvo. Con una voz más dura, añadió—: La mayoría de la gente se encuentra muy lejos de aprender esa lección, y esa es la razón por la que nuestro trabajo en este lugar no puede ponerse en peligro. Pero Nash no se da cuenta, así que primero dejaron que se quedase Belty, y luego también Pearl. —Espetó el segundo nombre con desagrado—. Si dependiera de mí, las mandaba a las dos a freír espárragos. Y a Thirza también, en realidad.

—Mujeres, las tres —observó Poirot.

Austin se rio.

—Las mujeres me gustan lo suficiente. Olive y Rhoda son de las buenas. Y Belty es mi favorita en todo sentido, como ella bien sabe. —Lanzó un gruñido de satisfacción, tal y como haría alguien a quien, después de una copiosa y deliciosa comida, no le entrara ya nada más—. Aun así, si pudiera, la echaría de La Espita. Y ella lo sabe. Con total sinceridad, Poirot, y estoy seguro de que se mostrará usted de acuerdo, que ellas te gusten es una cosa, pero a menudo me pregunto si las mujeres son capaces de dejar de lado sus propias e insignificantes preocupaciones personales para concentrarse por completo en un proyecto que cambie el mundo, tal y como hacemos los hombres. A ver, fíjese en Rhoda, que solía vivir por la labor que intentamos realizar aquí. Incluso diría... Sí, me alegra reconocer que era la más devota del grupo. Quizá aún lo sea. Perdonó a Matthew por escoger a Pearl y romperle el corazón, y sin embargo rechazó sus incontables proposiciones matrimoniales cuando él vio la luz (lo

hizo por el bien de Matthew, dijo, y creo que lo sentía así). Pensó que, si se casaban, él no tardaría en sentirse infeliz, porque no la amaba lo suficiente. La cuestión, Poirot, es que, devota o no devota, las nueve décimas partes del pensamiento de Rhoda han estado y siguen centradas en Matthew, cuando esta misión nuestra requiere de todos nosotros que nos mostremos tan obsesionados con la causa como ella está con su trágico romance. Estaba —se corrigió Austin a sí mismo.

—¿También la exiliaría a ella? —le preguntó Poirot.

Austin pareció irritado.

—Ni por asomo. ¿No se lo he dicho? Tanto ella como su hermana, Olive, son un valor en general. Sobre todo, Olive. —Había admiración en su voz—. Si alguna vez ha existido una mujer que pensara como un hombre... Olive es tan reflexiva como cualquier hombre que yo haya conocido. Y además se le dan bien las palabras. Debería intentar escribir poesía, aunque es más aficionada a los experimentos científicos. Aun así, antes de que votáramos lo de Belty, ella resumió el asunto mejor que yo. Dijo, y nunca lo olvidaré: «El "perdón incondicional" no implica que no se deba aplicar la condición de "conocer lo sucedido"». ¡Claro que sí, maldita sea! «Incondicional» quiere decir solo que perdonamos todos los pecados, pero a ver, tenemos que saber lo que estamos perdonando. ¿No está usted de acuerdo, Poirot?

Al no obtener respuesta, Austin prosiguió:

—Olive sí que lo está, y eso me basta. Ojo, que no es que ella y yo estemos de acuerdo en todo. Esa mujer aprovecha la más mínima oportunidad para convertir el progreso espiritual de nuestra especie en su propio proyecto para la clase de ciencias.

—¿Qué quiere decir con eso, monsieur?

Austin se puso en pie y empezó a pasearse por la circunferencia de la sala.

—No logra comprender que el primer requisito, antes que cualquier otra cosa, es la convicción: una fe del tipo más salvaje y delirante. Ella siempre está buscando la manera de poner a prueba cada nuevo reparo y afirmación que se nos ocurra a Nash y a mí, comprueba que no haya ningún argumento capaz de socavarlos. Y solo cuando deja de encontrarlo comienza a creer. Pero la cosa funciona mucho mejor en el sentido opuesto. Primero, la fe delirante y salvaje, entonces la dicha intensa, entonces la convicción inalterable..., y solo cuando hemos llegado tan lejos comienzan a inundarnos las pruebas. ¡Dejémonos guiar por el espíritu!

Poirot tenía otras ideas sobre la relación entre pruebas y convicción, pero se las guardó para sí.

—Ha dicho usted «a Nash y a mí». Los principios que sigue esta comunidad, ¿no los diseña monsieur Nash por sí solo, pues?

—Digamos que de vez en cuando yo hago alguna contribución estupenda —contestó Austin con una sonrisa—. Y mi manera de hablar encandila más a la gente que la de Nash, lo cual no es demasiado difícil. Quizá no sea Défteri Foní, pero... —Se detuvo—. ¡Vaya, no tengo palabras! Quizá sea Segunda Voz, ahora que Matthew ha... No estoy diciendo que... Es evidente que preferiría que Matthew siguiera entre nosotros.

Al ver que Poirot le observaba con detenimiento, Austin dejó de deambular por la habitación y dijo:

—Usted desea hacerlo, señor Poirot. Desea hacerlo, oh, se muere de ganas. Pero la verdad es que no lo hará. Porque, como ya he dicho, usted es inteligente. —Se dio unos golpecitos en la sien.

—En su opinión, ¿qué es lo que deseo hacer? —le preguntó Poirot.

—Pues sospechar de mí en relación con el asesinato de Matthew, claro —contestó Austin.

Capítulo 17

Lo que Thirza sabía

—Si sabe quién mató a Matthew, tiene que contármelo. —Hice lo posible por presentárselo como un hecho indiscutible cuando ella llevaba tanto rato callada que empezaba a ser preocupante. Temí que estuviera arrepintiéndose de su audacia al revelarme todas esas cosas.

—Yo no le asesiné —dijo, después de otro largo silencio—. No estoy a punto de confesar un asesinato, aunque quizá llegue el día en que tenga que hacerlo. En cuanto descubra quién ha matado a Matthew, voy a... voy a...

—No cometerá ningún crimen, porque sabe usted que estaría mal —le dije.

—¿Mal? —Me miró con desdén—. Si le echara la mano encima a esa persona antes de que llegara al patíbulo, ¿tendría importancia? El resultado final sería el mismo. Oh, escuche lo que estoy diciendo... Soy patética: me permito fantasías en las que ajusticio al asesino de Matthew porque es más sencillo que enfrentarme a mi propia culpa. La cuestión es que podría haberle salvado la vida, y no lo hice. Peor aún: evité que él salvara su propia vida. Nunca me lo perdonaré. Y tampoco deseo que me hagan sentir menos desgraciada.

Me dirigió una mirada admonitoria, sospechando sin duda que yo pertenecía al tipo de personas que le tenderían una emboscada de consuelo no solicitado.

—Es probable que no lo recuerde, inspector Catchpool, pero anoche, en la terraza, después de que usted leyera ese horrible poema asesino, Pearl dijo algo sobre «la hora de Matthew». Y yo, que Dios me mande al infierno, la interrumpí de inmediato, porque no deseaba que le contara lo que había querido decir con eso.

Escuché con paciencia mientras Thirza me entretenía con la misma historia que había oído de boca de Pearl sobre la decisión de Matthew de llevar siempre el reloj con la hora de Inglaterra.

—En cuanto oí que lo describía de esa manera, «la hora de Matthew», supe lo que estaba a punto de decir, y se me ocurrió una idea que consideré inspirada. Igual que Pearl, me pregunté si el autor del poema no habría querido sugerir, de la manera más críptica, que el asesino iba a atacar a la medianoche de Matthew, que sería a las dos de la mañana para nosotros, y no quise que Pearl dijera nada más porque... —Thirza se interrumpió, con un sonido estrangulado—. Cuando se lo cuente pensará que soy una persona lamentable —dijo en un susurro—. No le culparé. Difícilmente podría odiarme más a mí misma.

—Eso no va a ayudar a nadie —repuse, y ella aceptó la verdad que contenían mis palabras con un pequeño asentimiento de cabeza.

—No tenía la menor duda de que Charles había escrito el poema —dijo—. No pensé que fuera a hacer daño a Matthew cuando llegase el momento, pero creí que planeaba hacerlo en su ridícula imaginación, que deseaba verse a sí mismo como alguien que haría lo que fuera necesario para quitarse de encima a un rival romántico..., lo cual es absurdo, porque Matthew no sentía ningún interés de ese tipo por mí. Él intentó convencerse de que amaba a

Rhoda cuando Nash le dijo que había cometido un error terrible cambiándola por Pearl. Y era a Pearl a quien amaba de verdad, aunque no estoy segura de que fuera consciente de que seguía siendo así.

Thirza se interrumpió con aspecto un tanto confuso, pues se había desviado del argumento original.

—¿Ha admitido Charles ante usted que escribiera el poema de la amenaza? —le pregunté.

—Cielos, no. Y nunca lo hará. Se tomó una gran molestia al imitar la caligrafía de Pearl, y para nada. Estoy segura de que fue él. Nadie más tenía razones para matar a Matthew. Bueno, quizá Rhoda, pero ella es de una pureza y bondad perfectas, así que eso la elimina. ¿Olive, en beneficio de Rhoda? —Thirza inclinó la cabeza—. No. Rhoda se volverá aún más ñoña y funesta ahora que Matthew ha muerto..., y es probable que ya para siempre. Olive es demasiado lista para endosarse a sí misma algo así. —Comenzó a descontar a los Muy Buenos Amigos con los dedos de la mano—. Austin es un granuja de corazón, pero dudo que el del asesinato sea uno de los pecados que encuentre tentadores. ¿Nash? Imposible: adoraba a su discípulo perfecto. ¿Pearl? El seso no le llega para escribir un cuarteto rimado, así que ni hablemos de un plan para asesinar a alguien.

Pensé en el poema que Pearl me había traído y me pregunté si lo habría plagiado de alguna parte.

—No ha mencionado a Charles —dije—. Si escribió el poema, sin duda podría haber cometido el crimen.

—Podría, sí, si no fuera porque no lo hizo. Eso está fuera de toda duda.

Esperé a que dijera algo más.

Thirza prosiguió:

—Interrumpí a Pearl cuando habló de «la hora de Matthew» porque no quería que nadie más descubriera que el poema podía referirse a las dos de la mañana. De haber sido así, y de haber anunciado los demás su intención de permanecer despiertos hasta entonces, Charles habría tenido demasiado miedo para actuar en ese momento. Yo no habría podido atraparle cuando se escabullera de su habitación y protestar por su ridícula tendencia al melodrama. Charles es, en esencia, un buen hombre. No le sentaría nada bien convertirse en un asesino, y no pensé que fuera a llegar tan lejos en caso de que se dieran las circunstancias adecuadas.

—Pero planeó usted atraparlo con las manos en la masa antes de que pudiera hacerlo...

Thirza asintió con la cabeza.

—Estuve en lo alto de la escalera a partir de la una y media. Observando. Desde donde me encontraba podía ver la puerta del dormitorio de Charles. Mi plan era, en caso de que comenzara a abrirse, apartarme para que Charles no me viera, y a continuación bajar las escaleras detrás de él. Entonces, cuando se acercara a la puerta de Matthew, me imaginé que con un objeto contundente en la mano, me plantaría de un salto frente a él antes de que hiciera alguna tontería. Como es natural, pensaba echarle una bronca de cuidado por su osadía.

—¿Y vio algo mientras vigilaba y esperaba? —le pregunté.

—Bueno, no vi a Charles —contestó Thirza—. La puerta de su dormitorio permaneció cerrada. Pero... sí, vi a alguien. —Se volvió hacia mí—. A los dos o tres minutos de tomar posición, vi a Matthew, que salió de su habitación, bajó las escaleras hasta la puerta de entrada y salió al exterior. De repente, el pánico se adueñó de mí y pensé: «¡Qué cabeza de chorlito eres, Thirza!». Había dado por sentado que Charles estaría en su habitación

cuando, hasta donde yo sabía, podía haberse quedado fuera mientras el resto entrábamos en la casa. ¿Cómo no se me había ocurrido? ¿Y si le había pedido a Matthew que se reuniera con él en alguna parte a las dos en punto? ¿En una de las terrazas o en la playa? Corrí a la habitación de Charles, sintiendo que se me salía el corazón por la boca porque, si Matthew y él estaban abajo, en la bahía, temí no llegar a tiempo hasta ellos en caso de que pasara algo espantoso, pero gracias al cielo encontré a Charles metido en la cama, durmiendo profundamente.

—¿Qué hizo entonces? —le pregunté.

El rostro de Thirza se frunció y dijo, con gran infelicidad:

—Volví a mi habitación. Teniendo en cuenta lo que le pasó a Matthew, fue una mala decisión, pero... ya no me sentía preocupada por él, convencida como estaba de que el poema amenazador lo había escrito Charles. Ni se me ocurrió que Matthew pudiera correr peligro a manos de otra persona.

—¿Aunque el poema dijera que el asesino tenía una ayudante? —pregunté.

—Sí, a pesar de eso —contestó Thirza, con un profundo suspiro—. Adjudiqué esa parte al deseo de Charles de crear más subterfugios. Y sin duda usted pasará a sospechar que lo hizo Charles y que yo fui su ayudante. Pensará que, como es natural, su prometida querría protegerle.

—No, no pienso eso —le dije—. Con sinceridad, no sé qué pensar ni de quién sospechar.

—De Charles no —repuso ella con firmeza—. Es un hombre bueno e inocente.

—¿Y de usted tampoco? —dije para asegurarme.

Ella se encogió de hombros.

—Puede sospechar de mí si así lo desea. No me importa. Le he dicho que no fui yo, pero no tiene que creerme si no quiere.

Capítulo 18

El experimento de Olive y el dilema de Rhoda

Poirot se secó el sudor de la frente con el pañuelo con monograma mientras seguía a Olive Haslop a través de un claro que se abría entre dos densos grupos de árboles. Desde su llegada a Lampero mi amigo no había conocido una altitud mayor, y no deseaba seguir ascendiendo más.

—Ya debemos de estar llegando casi a nuestra destinación —dijo en voz alta.

Olive, que iba delante, le contestó:

—¿Qué, monsieur Poirot? ¿Ha dicho algo de desesperación?

—Aún no, pero si no llegamos pronto... —murmuró él para sí. Olive había insistido en que la acompañara por el pequeño sendero que nacía a espaldas del hotel Bahía de Liakada, prometiéndole que «no tardarían nada» en dar ese paseo.

—No puedo arriesgarme a decir lo que tengo que decirle cerca de La Espita —le había explicado, y fue suficiente para que Poirot se pusiera en movimiento.

En ese momento, al bajar la cabeza para mirar más allá de las ramas de los olivos, vio las diversas partes del tejado de la Casa de la Eterna Bienvenida y pudo notar una vez más, lo mismo desde esa perspectiva elevada que desde cualquier otra, lo extraño de su forma.

Al fin, Olive dijo:

—Ya hemos llegado. Le dije que no tardaríamos mucho.

Poirot dejó atrás los árboles y tuvo que admitir que la vista que había en todas direcciones desde esa meseta pedregosa era impresionante: se trataba de una gloriosa «visión desde lo alto», con un mar interminable a izquierda y derecha, y, al frente, al otro lado del Egeo, la costa de lo que debía de ser otra isla: una playa de arena con forma alargada de hueso de perro, estrecha en el centro y más ancha y curva en sus dos extremos. Más allá de la arena había una pendiente verde, interrumpida por afloramientos rocosos de color gris, en la que descansaban unos minúsculos puntos blancos que debían de ser casas.

La vista inmediata que Poirot tenía ante sus ojos era más sorprendente. Había dos tumbonas a rayas blanquirrojas y una pequeña mesa de madera embutidas en la única zona plana de la plataforma rocosa.

—Le prometí que habría donde sentarse y aquí lo tiene —dijo Olive con una sonrisa.

—¿Las subió hasta aquí usted misma? —preguntó Poirot.

La mujer tenía los brazos fuertes y fibrosos, así que no le pareció imposible. Además, había subido hasta allí casi a la carrera y sin perder el aliento. Poirot supuso que, al vivir en una isla sin calles como es debido, se podía acabar desarrollando una forma física superior a la de quien viviera en Londres, con esas calles tan sencillas de transitar a dos piernas o sobre ruedas.

—Rhoda me ayudó a amueblarlo —dijo Olive como si el claro fuera una casa—. Pero lo hicimos hace siglos, no hoy. Fue hace más de un año, justo después de que llegaran Charles y Thirza, cuando La Espita se volvió más ruidosa y se llenó de gente, y de repente tuvimos necesidad de encontrar nuestro propio lugar secreto, para

las dos hermanas. Puede ser extraño eso de formar un grupo pequeño dentro de otro grupo más grande. ¡Es lo que deben de sentir el inspector Catchpool y usted! —Pareció satisfecha con la comparación—. Rhoda y yo somos muy buenas amigas, además de familia, y aquí es donde venimos a mantener nuestras reuniones del Consejo de Administración.

—¿Consejo de...? —comenzó a decir Poirot.

—Es una bromita que tenemos. —Olive sonrió—. Cuando alguna de las dos necesita tomar una decisión importante, venimos aquí a discutirla. Las dos expresamos nuestros puntos de vista y examinamos la cuestión desde todos los ángulos posibles; entonces votamos, y solo actuamos si la decisión es unánime, ya que no hay una tercera hermana que emita un voto definitivo. Cuando no nos ponemos de acuerdo, seguimos discutiéndolo hasta pensar lo mismo. Es un sistema excelente, si me permite decirlo —concluyó.

—¿Se requerirá de mí que vote algo al final de nuestra conversación? —preguntó Poirot con una pequeña sonrisa.

—No. —Olive pareció entristecerse y apretó los labios, quizá para no llorar—. El problema espinoso que durante tanto tiempo se nos ha antojado una trampa terrible y para la que no había escapatoria ha acabado por resolverse de manera trágica. No hay elección posible ahora que Matthew ha sido asesinado. Si hubiera vivido para... —Se interrumpió—. Pero no, no es esa la razón por la que le he traído hasta aquí. Dios sabe que ya he pasado bastantes horas de mi vida discutiendo sobre Matthew Fair: primero cuando mi hermana lo amaba desde lejos, luego como querido futuro cuñado, luego como rompecorazones que no quería hacer daño a nadie pero sí lo hizo, y mucho...

Olive volvió a detenerse.

—¿Ve con qué naturalidad me sale esto de convertir a Matthew en el centro de mi atención? Es algo que debe acabarse, ahora que está muerto. —Sonaba angustiada—. Aunque, por mucho que lo diga, me temo que será al revés. Me temo que ahora Rhoda no logrará liberarse nunca de... de la influencia que tuvo sobre ella. Oh, no fue por su culpa. Matthew era Matthew, no había artimañas en él. Iba armando barullo por ahí, como un perrito ansioso, pero aquí no había gran cosa. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Y ahora está muerto y sin duda se le recordará como una persona perfecta, que es como suelen ser los muertos. Estoy segura de que conocerá el poema de Thomas Hardy: «Mi muy añorada mujer, la manera en que me llamas, me llamas...».

—Es una pieza muy emotiva —dijo Poirot.

—Dudo que la segunda esposa del señor Hardy, ahora su viuda, sienta lo mismo —observó Olive con aspereza—. Pero no debo distraerme. No le he hecho subir hasta aquí para debatir sobre los asuntos del corazón.

«Ah —pensó Poirot—, así que ahora reconoce el ascenso y ya no habla de mero paseíto».

—Tengo una información y sería deshonesto que me la guardara —dijo Olive—. Y sé que es una impertinencia que busque imponerle condiciones, pero debo ponerme a merced de su compasión y pedirle que no se la cuente a nadie. Ni siquiera a Rhoda. —Se corrigió a sí misma—: Sobre todo no se la cuente a Rhoda, porque la horrorizaría. De hecho, el amor y la confianza que siente hacia mí podrían no sobrevivir a ese descubrimiento. Y sin duda me echarían de La Espita de inmediato...

—Seré discreto —la interrumpió Poirot para que dejara de enumerar catástrofes—. Aunque le pediré su permiso para

comentarlo con el inspector Catchpool, si creo que puede ser importante...

—¿Importante? —Olive pareció confundida—. Oh... No, no tiene nada que ver con el asesinato de Matthew. Y me temo que no le ayudará a atrapar a su asesino. Lo que estoy a punto de contarle se refiere en exclusiva a mis creencias íntimas. Sin embargo, en un momento en que el inspector Catchpool y usted entran pisando fuerte y le dicen a todo el mundo que no deben guardarse nada..., bueno, ese tipo de atmósfera lleva a que una sienta el corazón afligido e incómodo al albergar cualquier secreto.

—Hércules Poirot nunca pisa fuerte, mademoiselle.

—Oh, ya sabe a qué me refiero... —Olive sonrió—. Quizá sea mi secreto lo que está pisando fuerte por encima de mi conciencia. Verá, hace mucho tiempo conté una mentira. Y entonces, antes de poder darme cuenta, me encontré con que tenía que pasar a fingir algo..., bueno, ya para siempre.

—¿Qué mentira?

—No me convencen ninguno de los principios espirituales de Nash, monsieur Poirot. Hago como que sí, mi interpretación es intachable, pero... en lo más profundo creo que esta nueva religión que Nash intenta crear para adueñarse del mundo y que este obedezca sus órdenes no es más que una bobada. Él tiene las mejores intenciones, no lo dudo, pero... Bueno, de verdad que es de una temeridad extraordinaria. Me horroriza que tanta gente en apariencia inteligente haya picado..., incluida mi propia hermana, que, como sabe, es la más apasionada defensora del Próti Foní y su nuevo cristianismo mejorado. Por mi parte, siempre me ha parecido absurdo. Sigo creyendo con firmeza en lo que aprendí en la iglesia de nuestro pueblo, Salway Ash. Está en Dorset, donde Rhoda y yo

nos criamos y vivimos hasta que nos marchamos a Oxford —se apresuró a explicar.

—Tienen unos nombres magníficos, sus pueblos ingleses —dijo Poirot.

—Así es —coincidió Olive—. Echo tanto de menos mi casa... —Se quedó mirando el mar, como si tuviera la esperanza de entrever Salway Ash a lo lejos—. Volvería mañana mismo a Dorset u Oxford, a cualquiera de los dos lugares, si Rhoda estuviera de acuerdo. Pero me temo que las esperanzas de que eso pase son escasas, ahora que Matthew ha muerto. Rhoda estuvo decidida a venir aquí desde el momento en que Nash la invitó. Aún tengo una imagen vívida del brillo en su cara cuando me contó que, después de Matthew y de Austin, era la primera persona a la que había invitado. A mis ojos, eso demostró lo crédula que es. Si alguien me dijera que soy la primera después de otras dos personas, le señalaría que la palabra adecuada es «tercera».

Olive se puso en pie y se acercó al borde del precipicio.

—Comprenderá usted, espero, la razón por la que no pude permitir que mi hermana viniera a esta isla sin mí, escoltada solo por tres jóvenes ilusos que debían asegurarse de que no le pasara nada. Yo no tenía nada más interesante que hacer, nadie que reclamara mi tiempo ni mis atenciones, así que decidí que venir sería... una especie de experimento interesante. Suelo disfrutar de ese tipo de cosas —dijo con entusiasmo—. Me convencí a mí misma de que, por mucho que aún no fuera discípula de Nash Athanasiou, quizá él me acabaría convenciendo de que me convirtiese con el paso del tiempo. Tenía muchas ganas de poner a prueba sus numerosas teorías, así como mis propias convicciones, según la más estricta aplicación práctica. El enfoque científico adecuado implica que nunca se debe asumir que uno tiene razón solo porque desee que así sea.

—*D'accord*, mademoiselle. —Poirot comenzaba a coincidir con Olive Haslop.

—Sentía curiosidad por saber cómo iban a desarrollarse las cosas aquí, y estaba dispuesta a demostrar amplitud de miras —prosiguió ella—. Incluso esperaba volverme un poco más diestra a la hora de amar a mis enemigos, pero me temo que tardé apenas una semana en convencerme de que Nash no tiene la solución para todos los problemas del mundo, ya sean materiales o espirituales. Esta comunidad es peligrosa. ¡Oh, sé lo que está pensando! —Giró sobre sí misma para encarar a Poirot—. Es fácil para mí decir eso ahora que Matthew ha muerto, ¿verdad? Le prometo, monsieur Poirot, que percibí el peligro mucho antes de Nochevieja. He tenido la sensación de que algo iba muy mal desde la llegada de Belty Ricks, que tiene un pasado secreto sobre el que se niega a hablar. Dígame, el de Betlinde Ricks, ¿no le parece un nombre inventado? Y, entonces, Thirza y Charles llegaron a la casa, y luego esa criatura amoral que es Pearl.

—¿Está en contra de todos ellos? —preguntó Poirot.

—No es eso con exactitud, no —contestó Olive—. Es más bien que..., bueno, con cada nueva llegada se ha ido intensificando mi sensación de que algo peligroso en extremo acechaba. Respecto a la voluntad original que me llevó a venir aquí, la de proteger a Rhoda de cualquier mal... —Olive soltó una carcajada—. He fracasado de manera terrible. Incluso conmigo a su lado para aconsejarle y protegerla, han estado a punto de destruirla. —Le tembló la voz al proseguir—: Aunque no quisiera hacerlo, Matthew le rompió el corazón. La rompió a ella entera, y ahora su asesinato la ha aniquilado aún más. Rhoda dedicará el resto de su vida a revisar los breves momentos de felicidad de su pasado, cuando pensaba que él la amaba y que siempre sería así. Si él no hubiera muerto, quizá, de

alguna manera, ella se habría liberado algún día de su influencia. ¿Qué? —inquirió Olive de repente—. ¿Por qué me mira de esa manera?

—Lo cierto es que usted siente desprecio hacia mademoiselle Pearl, ¿sí?

—A paladas —contestó Olive—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por favor, no se ofenda si le pregunto lo siguiente: ¿intentó usted, el 12 de diciembre del pasado año, asesinar a Pearl St. Germain empujándola desde la terraza que da a su habitación?

—No, no lo hice. Sé que Nash piensa que alguien lo intentó, alguien que no forma parte de nuestras amigas caprinas con cuernos: *speiroeidís*. El nombre proviene de la palabra «espiral» en griego. —A Olive se le llenaron los ojos de lágrimas y estas comenzaron a derramarse—. Pero Austin me dice siempre que debo tener fe y creer incluso cuando no hay razones para ello, así que admitiré que cada día le pido a Dios con todo mi ser que en efecto fuera una cabra la que intentó empujar a Pearl para que se matara.

—¿Y por qué...? Ah... —Poirot asintió con la cabeza—. Ya veo. Teme que pudiera tratarse de su hermana, mademoiselle Rhoda.

—No es que lo tema —dijo Olive con énfasis mientras se secaba los ojos—. Mi hermana es muy contraria al asesinato y a cualquier otra forma de pecado. Me lo ha dicho muchas veces, mientras que temo no poder afirmar lo mismo sobre las cabras de Lampero. Hasta ahora no han sabido informarme de los fundamentos morales por los que se rige su comportamiento. No sé usted, monsieur Poirot, pero a mí eso me parece bastante sospechoso.

Una hora después, de vuelta en La Espita, Poirot le hizo la misma pregunta a Rhoda Haslop: ¿fue ella quien, el 12 de diciembre,

intentó asesinar a Pearl St. Germain? Rhoda contestó con un simple «No» en voz baja. A diferencia de su hermana mayor, no se le ocurrió culpar a ninguna cabra con los cuernos en forma de espiral del infortunio casi fatídico de Pearl, y Poirot pensó que eso se debía a que carecía de energía o espacio mental que dedicar a la invención, la especulación, la teorización o, en efecto, a cualquier cosa que no fuera la desesperación abrumadora que parecía irradiar de su enjuta figura. Solo había encontrado esa carga de infelicidad una o dos veces antes, y era algo que dificultaba que se pudiera mantener una conversación normal, pues la persona estaba allí de manera tangible y, a la vez, era inalcanzable.

—No —repitió Rhoda, estremeciéndose—. Me daría demasiado miedo matar a una persona por mucho que hubiera alguien a quien quisiera matar, que no es el caso. Ni siquiera a Pearl. Quizá no lo comprenda, Olive no lo comprende, pero amaba a Matthew, ¿sabe? Y me quedó claro que él amaba a Pearl tal y como yo lo amaba a él, de esa manera infinita que perdura sin importar lo que haga la persona. De haberle hecho daño a Pearl, incluso si le hubiera hablado con aspereza, habría sabido que estaba agrediendo a la amada de mi amado. Nunca podría haber hecho eso.

Se estremeció de nuevo, y Poirot dijo:

—¿Y si continuamos con la conversación dentro, mademoiselle? Parece estar usted sufriendo por el frío.

—No hace frío —contestó ella de inmediato—. Aquí es donde sufro menos, sentada en este escalón, solo con una pared de piedra frente a mí. No puedo ver el mar ni los árboles, y ni siquiera los rayos del sol llegan hasta tan abajo... en ningún momento del día, ni en invierno ni en verano. Por eso me ha encontrado aquí.

Los dos estaban situados de manera un tanto incómoda al pie de la pequeña escalera de piedra que iba de la terraza del salón a la

minúscula zona triangular de guijarros y hierba seca y amarillenta que había debajo. Ese pequeño terreno difícilmente podía describirse como parte de La Espita; se trataba de un trozo de nada entre el muro exterior de la casa y la pared que separaba la propiedad de la familia de Nash del resto de la bahía de Liakada.

—Entonces, ¿piensa usted que el amor de monsieur Fair por mademoiselle Pearl sobrevivió al hecho de que ella lo dejara tirado? —le preguntó Poirot.

—Creo que él quiso dejar de amarla, en cuanto fue... fue capaz de ver la verdad de todo —contestó Rhoda—. También le gustaba obedecer a Nash, así que se esforzó al máximo para persuadirse a sí mismo de que era a mí a quien amaba, al fin y al cabo. Nash le dijo que Pearl no podría hacerle feliz nunca, pero yo sí; que mi amor por él no se agotaría nunca, tal y como había pasado con el de Pearl. Hay que reconocerle a Matthew que de verdad se entregó a la interpretación de amarme de nuevo. No hacía más que aparecer a mi lado y llamarme «querida Rhoda», y debió de proponerme matrimonio al menos quinientas veces, mientras que antes, cuando de verdad éramos felices juntos, solo me lo pidió una vez y con mucha menos fanfarria.

Se echó a llorar. Poirot le habría dado su pañuelo, pero ella ya sostenía dos propios entre las manos.

—Y su fingimiento era sincero..., por eso era tan doloroso para mí —dijo, sollozando—. La mayoría de la gente es consciente de sus mentiras, pero Matthew se creía su propia ilusión. Lo único que deseaba era que me lo creyera yo también, que creyera que podíamos ser felices juntos. Y yo quería hacerlo, de verdad que sí, pero...

—No lo logró —dijo Poirot.

Rhoda negó con la cabeza. Al cabo de unos segundos añadió:

—Mi hermana Olive y yo... tenemos un lugar al que vamos cuando queremos hablar sin que nos oiga nadie. Está allí arriba. —Lo señaló —. Al otro lado de los árboles, pasado el hotel. Tenemos unas sillas, y nos sentamos a mirar el mar. O solíamos hacerlo —apostilló—. No me imagino haciéndolo nunca más. Incluso tomar el aliento que necesito para continuar viva se me antoja... una labor de lo más pesada, al servicio de un resultado que no estoy segura de desear. Monsieur Poirot, ¿cómo se sigue viviendo cuando lo único que una desea es que la vida se detenga y dejar de existir?

—Hay que limitarse a seguir adelante —dijo él—. Hay que añadirlo a la lista de quehaceres diarios, aunque no se tenga muchas ganas. Entonces, con suerte y el paso del tiempo..., las ganas vuelven.

Rhoda pareció considerar la sugerencia con la debida seriedad.

—Olive y yo solíamos escaparnos a nuestro lugar secreto a la menor oportunidad —dijo—. Las llamábamos «las reuniones del Consejo». Todas trataban sobre Matthew y lo que yo debía hacer..., por lo menos en tiempos recientes, desde que Pearl le dejó tirado como a un juguete roto y Nash le ordenó que reavivara la relación conmigo. No podía decirle que sí sin consultarlo antes con Olive. Ella es muy sabia, y siempre nos ponemos de acuerdo cuando yo me comporto con sensatez. Desde el momento en que nos enteramos de sus brillantes ideas revolucionarias, las dos supimos que Nash era para nosotras el camino hacia la plenitud y la salvación.

Poirot hizo todo lo posible por mantener una expresión neutra.

—Después de la debacle de Pearl, cuando Matthew volvió a proponerme matrimonio por primera vez, le pregunté a Olive qué debía hacer —dijo Rhoda—. Quería saber si ella pensaba que él me amaba como decía. ¿Era posible, después de todo lo que había pasado entre nosotros? Olive dijo que no dudaba del amor de Matthew hacia mí. «El problema es que es demasiado cariñoso», me

dijo. «¿Y qué pasará cuando aparezca la próxima jovencita taimada y atractiva y le dedique una caída de ojos?». Ella temía que se repitiera lo que había pasado con Pearl, y yo también. Y si por entonces Matthew y yo estuviéramos ya casados, y quizá tuviésemos también hijos... —Rhoda gimió—. ¡Mis pobres niños, abandonados por su padre! —dijo, como si esos seres ficticios existieran—. No, decidí que no podía hacerles eso. Olive me recomendó que le dijera a Matthew que no de una vez por todas. Dijo que sería doloroso, pero que cuando el dolor menguara yo sería libre. Muy bien, acepté, y me dispuse a hacer precisamente eso. Pero, cuando vi la cara de Matthew y le oí decir de nuevo que era a mí a quien amaba y a nadie más, y que había sido un tonto..., y cuando dijo a continuación que no pensaba rendirse nunca, que no se casaría con nadie más...

Poirot oyó un ruido de tela desgarrada. Rhoda había roto uno de sus pañuelos; sus infelices dedos lo habían agujereado.

—Al cabo de unas semanas me vi obligada a admitir mi fracaso ante Olive —dijo—. No había sido capaz de rechazar la oportunidad de convertirme en la señora de Matthew Fair. —Un sollozo brotó de su boca—. Oh, no debo volver a decir ese nombre, pertenece a alguien que nunca podrá ser mío.

—¿Cómo reaccionó su hermana a esa noticia? —preguntó Poirot.

—De manera espléndida —respondió Rhoda, a través de las lágrimas—. Olive siempre sabe lo que hay que contestar. Me llevó a nuestro lugar secreto para una reunión urgente del Consejo. Me dijo: «Bueno, presta atención, Rhoda. Ya sabes que nada me gusta más que hacer experimentos. La manera de ver esto es que ya hemos experimentado con la decisión de decirle que no a Matthew, y no ha funcionado. Ha sido un fracaso sustancial, ¿verdad?, el de decirle que no...». Oh, no es que quisiera hacerme sentir mal, monsieur Poirot. Por el contrario, sirvió para despertarme, y me hizo

reír. Dijo: «¿Qué podemos aprender, pues, de este fracaso? Yo diría que la lección es que no quieres decirle que no. ¡Tú quieres decirle que sí! En tal caso, probemos esa opción y veamos cómo te las arreglas».

—¿Y esa sugerencia la satisfizo? —preguntó Poirot.

—¡No! —Rhoda emitió un gemido mudo—. ¿Cómo podía decirle que sí a Matthew cuando pensaba que existía el riesgo de que volviera a desenamorarse de mí? Estaba segura de que seguía anhelando a Pearl, más allá de lo que dijera... Veía la manera en que la miraba a veces. Sentía un deseo mayor por ella que por mí, eso era evidente, y no le culpo. Son cosas que no se pueden evitar y... Bueno, míreme. Y mire a Pearl.

—Se sintió usted incapaz de aceptar la propuesta de monsieur Fair y fue incapaz también de rechazarla —resumió Poirot.

Rhoda asintió.

—Olive me explicó que el experimento que tenía en la cabeza no implicaba que tuviera que casarme con Matthew en un futuro cercano. «Dile que sí con una condición —me recomendó—. Que el compromiso dure al menos dos años. Si te ama, aceptará los términos sin vacilar, y considero que dos años es un periodo de prueba suficiente».

—¿Se mostró usted de acuerdo?

—Da igual que estuviera de acuerdo o no —contestó Rhoda—. No pude hacerle eso a Matthew: ligarlo a mí siendo consciente de que no era lo que su corazón deseaba de verdad. Él se habría esforzado al máximo, ¿sabe? Siempre era así, y tenía todas las posibilidades de triunfar, sobre todo porque Nash le animaría en su esfuerzo. Con toda probabilidad habría sido primero un prometido solícito y más tarde un marido diligente y devoto. Oh, no lo soporto... —Dejó caer los pañuelos al suelo y hundió la cara entre las manos—. No puede

ser verdad que no volveré a verle. ¡No podré sobrevivir a eso! Ya no me importa si me caso con él, ni si me ama, siempre y cuando no tenga que vivir sin él.

—Mademoiselle, le prometo que llevaré al asesino de monsieur Fair ante la justicia —dijo Poirot.

Rhoda levantó la vista, horrorizada.

—No. ¡Oh, no, no debe hacer eso! Solo logrará empeorar las cosas. La única justicia verdadera es el perdón, monsieur Poirot. Tenemos que perdonar al asesino de Matthew. No importa quién lo hiciera. No deseo saberlo.

—Mademoiselle, si me permite que...

—¡Le digo que no! —chilló ella—. Debe dejar de actuar de inmediato. Abandone sus planes de atrapar y castigar al asesino. ¿Cómo es posible que un nuevo asesinato resuelva el hecho de que se produjese el asesinato primero? Sería una falta de perdón, un pecado contra Dios, y el hecho de que se llevara a cabo en nombre de Matthew solo contribuiría a destruirme más. Él tampoco lo habría deseado. Por favor, se lo ruego: vuelva a Inglaterra y llévese con usted a su amigo, el inspector de Scotland Yard. No puede ayudarme. Si le importa mi supervivencia, por favor, haga lo que le pido.

Capítulo 19

Una confesión impactante

Al día siguiente, me desperté cuando aún estaba oscuro y, puesto que era poco probable que fuera a dormirme de nuevo, decidí que intentaría llegar a la playa a tiempo de ver la salida del sol, y que aprovecharía para nadar un poco. No hay nada mejor que desayunar con esa vibración de la sangre en las venas que sigue a la zambullida en el agua fría, sintiéndose uno como algo parecido a la tortilla noruega: helado por dentro, pero con una capa exterior más cálida a medida que la superficie de la piel va ganando temperatura.

Con la mayor rapidez posible, hice un bulto con una toalla y algunas prendas de abrigo para ponérmelas después y me dirigí hacia la orilla, donde el agua chapoteaba con suavidad. Experimenté una punzada de tristeza, igual que el día anterior, pues era imposible estar allí fuera, dispuesto a nadar, sin recordar que había tomado ese mismo camino solo cuarenta y ocho horas antes, el día de Nochevieja, escoltado por Matthew Fair y su felicidad.

El amanecer fue más hermoso incluso que el del día anterior: de un sensual color anaranjado que me hizo pensar en un cóctel muy caro en uno de los mejores hoteles del mundo. Quizá su público se limitara a una persona, pero mi entusiasmo y mi gratitud valieron por los de diez personas. En cuanto el sol estuvo bien encaminado, me zambullí. El mar resultó estar más frío de lo que esperaba, así

que me entregué a unas vigorosas brazadas de crol y al enigma del asesinato de Matthew Fair. Un problema radicaba en que las versiones de Olive Haslop y de Thirza Davis se contradecían. Olive insistía en que, mientras yacía despierta cerca de las dos de la mañana del día de Año Nuevo, oyó dos pares de pisadas y dos voces que hablaban. Thirza, mientras tanto, decía no haber oído ninguna conversación y los pasos de una sola persona, Matthew. Según ella, le vio salir solo de la casa mientras le observaba desde el piso más alto de La Espita.

La noche anterior, durante la cena, le había planteado a Olive que quizá el segundo par de pisadas que oyó perteneciera a Thirza cuando corrió a comprobar que Charles estuviese en su dormitorio después de que Matthew saliese al exterior.

—No —dijo ella—. Estoy segura de que oí los dos pares de pisadas a la vez. Oí a dos personas que hablaban y que se dirigían juntas a algún sitio.

¿Quién mentía: ella o Thirza? ¿O era posible, de alguna manera, que ambas creyeran estar diciendo la verdad?

La persona sobre la que con más fuerza recaían mis sospechas —de falta de honestidad, de asesinato, de ser de lejos la peor del grupo en casi todos los sentidos— era Pearl. Sin embargo, ella contaba con lo que parecía ser una coartada convincente, pues Rhoda la había visto regresar y se había quedado conmocionada al encontrar el cuerpo de Matthew tirado en la terraza. Sin duda, Rhoda no mentiría para proteger a Pearl, la mujer a causa de la cual la había abandonado su amor.

Una de las incógnitas principales era el paradero del arma del crimen y de la ropa que vestía el asesino en el momento de cometerlo, que debió de quedar cubierta de sangre. Pero ni la ropa ni el cuchillo ensangrentados habían aparecido durante el completo

registro que el inspector Kombothekra había realizado de La Espita. El hombre dijo que le habían ayudado los Muy Buenos Amigos... ¿Habría aprovechado la oportunidad alguno de ellos para tirar al mar el fardo incriminatorio mientras el policía estaba de espaldas? ¿O era posible que tal cosa sucediera entre el asesinato y el momento en que Pearl encontró muerto a Matthew y se puso a gritar? ¿Habría contado el asesino con el tiempo suficiente? ¿Y regresó entonces desnudo o desnuda a su habitación, o llevaba otra ropa debajo porque lo había planeado todo por anticipado?

Por supuesto, Pearl podía estar equivocada, o haber mentido, sobre el hecho de que Matthew hubiera sido asesinado justo antes de las dos de la mañana... Thirza le vio salir de la casa dos o tres minutos después de la una y media, y quizá le asesinaran justo entonces. Lo cual le habría proporcionado al asesino suficiente tiempo para hacer todo lo necesario antes de que Pearl regresara a La Espita a las dos y diez.

Me di cuenta de que ya no me notaba las yemas de los dedos. Tenía que salir del agua y entrar en calor. Al volverme, me sobresaltó ver una alarmante aparición en la arena, y digo «alarmante» porque era real.

Se trataba de Pearl. Y sostenía algo en alto: una de las toallas que había llevado conmigo. Y, horror de los horrores, pretendía pasármela por la espalda si yo se lo permitía. De lo contrario, mi actitud parecería muy poco caballerosa. Decidí que lo mejor era acabar con eso lo antes posible.

—¡Edward! —dijo ella con urgencia, atrapándome con la toalla—. ¿Has hablado ya con Yannis? ¿Te ha contado ya que me vio aquí, junto al mar, la noche que asesinaron a Matthew?

—Me lo ha contado, sí. Pero no desde un primer momento. Al principio dijo que no te había visto en absoluto. Debo decir que no

me pareció del todo convincente.

—Oh, olvídate de él. Edward..., ¡oh, porras! Me prometí que sería digna y me abstendría de preguntártelo, pero es que necesito saberlo: ¿me amas ya?

—¿Qué?

—¿Sientes que te morirías si no correspondiera a tu amor? —probó ella de nuevo.

—Nunca me sentiré de esa manera —le dije—. Creo que te estás comportando como una tonta.

Me preparé para recibir una respuesta histérica, pero ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Tenía la sensación de que me dirías eso. Me están poniendo a prueba. El Destino o la Suerte o como quieras llamarlo me exige que haga mejor las cosas, a fin de ganarme la recompensa. Muy bien. Tengo que contarte algo, Edward; es algo que juré que me llevaría a la tumba, pero... si no soy del todo sincera contigo tú no me amarás nunca. Ese es el mensaje que el Destino ha transmitido hoy a mi corazón, y al fin lo comprendo.

—No voy a enamorarme de ti... nunca —insistí—. Dicho lo cual, le doy las gracias al tal señor Destino por haber venido hasta Lampero, desafiando las innumerables travesías en barco y las incómodas conexiones del viaje, para instarte a que no obstruyas el curso de la justicia por un solo instante más. —Lo que había comenzado como una broma acabó pareciendo un estallido malhumorado. No logré convencerme para que me importara demasiado; Pearl era una boba exasperante a la que no habían pegado la cantidad suficiente de rapapolvos a lo largo de su vida.

—Entiendo que estés enojado conmigo —dijo en voz baja—. Estoy preparada para contarte toda la verdad.

—Que es...

—Austin —contestó ella a media voz, apenas audible por encima del rugido de las olas—. Fue él. Tengo pruebas, o, mejor dicho, tuve pruebas. Austin no ocultó nunca su deseo de ver a Matthew muerto. Me... me pidió que le ayudara a conseguir ese objetivo.

—Entiendo... —dije, escéptico, pensando que «tuve pruebas» no se alejaba demasiado de «no tengo la más mínima prueba». Estaba convencido de que lo había dicho para obtener mi atención, pero le seguí el juego—. Petición que tú rechazaste, por supuesto.

—Ojalá lo hubiera hecho. Lo desearía de todo corazón —dijo Pearl con un sollozo—. Que Dios me ayude, le dije que sí.

Capítulo 20

POIROT SE CURA DE LA FOBIA

—No puedo contarle de manera precisa cuándo pasó todo eso. Creo que el... «pacto», llamémoslo así, que hice con Austin se inició a las pocas semanas de mi llegada y acabó algunos meses después. Pero me temo que no puedo darle las fechas exactas. —Pearl pareció estremecerse bajo la mirada severa de Poirot.

Como es natural, la había conducido ante mi amigo belga para que le transmitiera de inmediato y de primera mano esa información nueva y vital. Le habíamos encontrado, aparentemente perdido en sus pensamientos, en el banco medio derrumbado que había bajo el árbol de tronco grueso.

—El tiempo corre de manera diferente en la bahía de Liakada —prosiguió—. Es casi como si no existiera. Apenas tiene importancia el día o la hora en los que se dice o hace esto o aquello.

—¿Espera que me crea que monsieur Lanyon, Austin Lanyon, le confió que pretendía matar a Matthew Fair? —le preguntó Poirot.

—Hizo algo más que confiármelo —dijo Pearl—. Dijo que necesitaba mi ayuda, o que de otro modo no podría salirse con la suya. Contesté que lo haría, pero fue solo porque en ese momento estaba enamorada de él.

—Lo dice como si fuera una razón de peso. *Mon Dieu!*

—Dile a Poirot lo que me contaste sobre las cartas —le pedí. A continuación, al darme cuenta de que oír su voz en esa coyuntura iba a hacer que me entraran náuseas, comencé a relatarlo yo mismo —: Tiene pruebas de esa conspiración para cometer un asesinato, o, mejor dicho, las tuvo hasta hace poco, en forma de una correspondencia escrita entre Austin Lanyon y ella.

—Pero me han robado las cartas —dijo Pearl—. Las tenía a buen recaudo, escondidas en la habitación, y un día desaparecieron, como si nunca hubieran estado allí..., ¡pero estaban! Hasta que... dejaron de estar. —Pareció cariacontecida—. Monsieur Poirot, tiene que prometerme que no pensará mal de mí. Dudo que yo pudiese cometer un asesinato de verdad. No, estoy segura de que no —dijo con mayor decisión, satisfecha de cómo había resuelto el asunto.

—¿Cuál era el contenido de esas cartas? —le preguntó Poirot.

Ella frunció el ceño.

—Oh, Austin llenó resmas y más resmas, sobre todo acerca de la manera en que debíamos hacerlo. Meter a Matthew en el mar después de dejarlo inconsciente de un golpe y esperar a que se ahogara, o envenenarlo, o quizá debíamos...

—*Sacré tonnerre!*

—Oh, fue espantoso, Edward. —Pearl se volvió hacia mí—. Me pareció de muy mal gusto tener que escribir sobre esas cosas, y Austin no paraba, enumerando todas las posibles ventajas y desventajas de cada método de asesinato. Yo no dejaba de decirle, siempre por carta, ya que según él no podíamos arriesgarnos a comentarlo de viva voz por si alguien nos oía, le decía que no entendía qué importancia podía tener el método. Si quieres matar a alguien, hazlo de la manera que sea y quítatelo de encima, esa era mi actitud, pero Austin dejó claro que no le importaba lo que yo pensara. No sé cómo fui capaz de llegar a amar a alguien tan...

cabezota. Bueno, no le amé, no le amé de verdad, pero solo me di cuenta de ello al conocerte, Edward.

Volví la cabeza a fin de perderme la expresión nauseabunda que me hubiera dirigido.

—Un día, de manera inesperada, Austin me dijo que había cambiado de idea sobre lo de matar a Matthew —continuó Pearl—. Me contó que ya no necesitaba mi ayuda, que el plan al completo se había cancelado. ¡Me sentí tan aliviada! Ahora me doy cuenta de que nunca debería haber aceptado —dijo con tono esperanzado, como si pensara que no tardaría en volver a caernos en gracia a Poirot y a mí.

—¿Le dijo monsieur Lanyon por qué quería muerto a monsieur Fair? —preguntó Poirot.

—No hizo falta —contestó Pearl—. Di por sentado que quería el puesto de Défteri Foní..., que ahora será suyo, como es natural. En cualquier caso, Austin siempre ha tenido más poder que Matthew aquí, con independencia de los títulos que tuvieran o dejaran de tener.

—Ya veo. Eso será todo. Gracias, mademoiselle St. Germain.

—Oh, por favor, llámeme Pearl.

—He dicho que eso será todo. Déjenos solos, por favor.

En cuanto ella se marchó, Poirot se puso en movimiento y, por una vez, tuve que apurarme para mantener su paso.

—Vamos a buscar al hombre con quien, según ella, conspiró para cometer un asesinato —dijo—. Le exigiremos que nos diga si hay algo de verdad en la historia que acabamos de escuchar. Yo no lo creo. Me temo que mademoiselle Pearl es la peor de las mentirosas.

No supe si se refería a que sus mentiras eran poco convincentes o solo muchas, pero coincidí con ambas opciones. Nos fuimos en busca de Austin Lanyon tomando, porque Poirot insistió en ello, la

ruta larga, enrevesada y de varios niveles que rodeaba la fachada de mar de la casa.

Puesto que ese camino nos obligó a trepar un poco —práctica por la que me constaba que Poirot no sentía mucho aprecio—, no pude resistirme y le pregunté por qué lo había elegido cuando no hubiéramos tardado más de diez segundos con la opción más rápida. «No puede ser que...», pensé.

Pero era. Poirot me confesó que había desarrollado una aversión física por la cocina de Manos.

—Si he de atravesar *ce paysage d'enfer* una vez más, me temo que no podré volver a probar ningún otro plato que haya cocinado ese hombre, por muy *délicieux* que sea su sabor. *Non, non.* Es mejor que Poirot evite esa sala.

—Es una lástima, ya que usted y yo somos las únicas personas, además de Manos, a las que se les permite entrar en ella —le provoqué—. ¿Acaso no dicen de los genios que tienden a ser desordenados?

—Si eso es cierto, deje de prestar atención a quien lo diga, sea quien sea —me indicó Poirot—. Escuche, en cambio, a quienes le hablen de genios ordenados y metódicos..., ¡como Hércules Poirot! Le aseguro que es muy raro que la grandeza se desarrolle en el caos.

No tardamos —bueno, un poco sí— en llegar ante la puerta de la habitación de Austin Lanyon. Poirot llamó a ella con fuerza, tres veces.

No hubo respuesta.

—¿Dónde está, Catchpool? Miremos primero en las habitaciones del piso de abajo.

No le encontramos en la planta baja, así que subimos de nuevo y llamamos a la puerta del resto de las habitaciones. Los demás

habitantes de la casa no parecían saber dónde estaba, aunque algunos de sus Muy Buenos Amigos le habían visto apenas unos momentos antes, según nos dijeron.

—Pensaba que estaba con usted, monsieur Poirot —dijo Thirza Davis—. Estaba rondando la sala de música hace cuarenta minutos. Ahora que lo pienso, tenía toda la pinta de estar esperándole.

Si Austin nos estaba buscando, quizá se encontraría en la terraza frente a nuestras habitaciones, le sugerí a Poirot. Él asintió con la cabeza.

—Vamos a buscarle. Venga. No.

—¿No? —repetí. Ya habíamos salido de La Espita y nos habíamos detenido a pocos metros de la puerta de entrada.

—Shhh —siseó Poirot—. Escuche. Oigo voces. Voces muy débiles.

Yo también las oí, y no tuve ninguna duda acerca de su procedencia: la cocina de Manos. Miré el tramo de escalones de piedra a mi izquierda y vi que la pesada puerta de madera estaba entreabierta; esa era la única razón por la que pudimos captar fragmentos sueltos de lo que parecía una conversación vehemente. Manos no estaría contento, pues nos había insistido sin parar en que ambas puertas, a uno y otro extremo, debían permanecer siempre cerradas.

Tardé unos segundos en identificar el acento norteamericano de Austin.

Me acerqué de puntillas, y luego un poco más. Poirot me siguió. Ya frente a la puerta abierta, la voz femenina ganó volumen y me di cuenta de que pertenecía a Pearl.

—Vete de aquí ahora mismo, Austin, y déjame tranquila. Lo que quiero decir es que me dejes tranquila para siempre. ¡No es seguro que tú y yo hablemos!

—Encantado, tontita mía —contestó Austin, enojado—. Tu compañía es tan agradable como los temblores matutinos que me cogían en los tiempos en que aún no había dejado el alcohol.

—No puedo quedarme aquí contigo..., podrían encontrarnos. Debo irme.

—Lo único que quiero de ti es...

—¡Déjame ir, Austin! Te digo que no es seguro.

—Escúchame, cabeza de chorlito... ¡No te atrevas a salir corriendo, bruja inútil!

Una puerta se cerró de golpe. Puesto que la que yo tenía ante mis ojos seguía entreabierta, deduje que Pearl debía de haber salido de la cocina por la otra, lo cual implicaba que de inmediato se habría encontrado en la terracita contigua a nuestras habitaciones. Intuí que en ese momento estaría golpeando y arañando mi ventana.

—¡Arpía horrible! —gritó Austin, a lo que siguió una ristra de obscenidades.

Poirot pasó a mi lado y, antes de que pudiera pedirle que me informara de la estrategia que debíamos seguir, se encaminó con presteza hacia la parte que menos le gustaba de La Espita.

—Monsieur Lanyon —dijo mientras abría la puerta del todo—. El inspector Catchpool y yo hemos estado buscándole.

No llegué a ver la expresión de Austin, ya que una inestable torre de cajas de cartón la ocultaba a mi vista.

—¿Debo entender que la conversación que ha mantenido con mademoiselle Pearl le ha generado frustración, monsieur? —le preguntó Poirot.

—Cualquier encuentro con ella es frustrante —contestó Austin—. Le pediría a Dios que nunca la hubiera traído aquí. —El veneno que había en su voz le condujo a lo más alto de mi lista de sospechosos

del intento de asesinato de Pearl, arrebatándole el puesto a la cabra anónima en la que nadie parecía creer.

Esperaba que Poirot le preguntara si había invitado a Pearl a ayudarle a matar a Matthew para después cambiar de idea. En su lugar, mi amigo dijo:

—No debería usted estar aquí, monsieur Lanyon. Ni debería dejar la puerta abierta. ¿Qué diría Manos, *le chef*, si se enterara?

—Me daría una reprimenda, que dicen ustedes los ingleses, como si yo fuera un alumno, y él, el director de la escuela.

—Soy belga, monsieur.

—Pero es de Londres, ¿no?

—*Non.* Vivo en Londres, pero soy de Bélgica.

—No quería decir inglés —contestó Austin con impaciencia—. Supongo que me refería a que no son norteamericanos.

—En cualquier caso, tiene usted que abandonar esta habitación —dijo Poirot con autoridad—. Yo mismo debo hacer uso de ella, y necesito estar solo. Catchpool desea que supere el miedo que me inspira, ¿sabe?, para que no tengamos que seguir el camino más largo alrededor de la casa para llegar a la puerta de entrada o a la terraza comedor. Solo hay una manera de vencer una fobia de este tipo: hay que sumergirse en aquello que te atemoriza hasta que la aversión pierde su poder. Sí, sí, salga, por favor.

Vi perplejo que Poirot hacía pequeños gestos de barrido con las manos, como si intentara conducir a Austin hacia la puerta.

—Catchpool tiene unas preguntas importantes que hacerle mientras yo me entretengo con esto.

¿Las tenía? Sí, en realidad sí. Fue una suerte.

—Adiós, monsieur Lanyon. —Poirot agitó ligeramente la mano—. Usted y yo hablaremos más tarde.

Y, con eso, cerró la puerta.

Capítulo 21

OTRA CONFESIÓN IMPACTANTE

No tardé en descubrir que Austin Lanyon era de lo más dinámico. Cuando quería que pasara algo y dedicaba todo su empeño a ello, ese algo no tardaba en suceder. Su respuesta a mis preguntas consistió en asentir de manera enfática, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en algo, y decir «Muy bien. Muy bien». Entonces me pidió que le esperara, que no tardaría en volver, y salió corriendo.

—No se vayan a ninguna parte, ni usted ni Poirot. Los dos querrán subirse a este carro.

Pensé que no podía hacer más que quedarme en el lugar donde me había dejado, preguntándome cuál sería ese «carro», con la esperanza de que volviera..., y en eso concretamente consistía la genialidad de Austin Lanyon, porque por supuesto que podría haberle seguido, negándome a perderlo de vista por si planeaba correr hasta la bahía y huir de Lampero en una barca que hubiera mantenido oculta. Su actitud desprendía tal autoridad, no obstante (era estricta y tranquilizadora a la vez: ¿cómo se podía dudar de la reaparición de una persona que había declarado sus intenciones con tanta claridad y entusiasmo?), que no caí en la cuenta de que quizá me había engañado hasta que pasó un rato bastante largo.

Por suerte, Austin no tardó en regresar acompañado de Nash, quien me dijo:

—Tenemos que ir al pueblo de Lampero. Rasmus ya está preparando la barca. Hay algo que Poirot y usted tienen que saber. Debería habérselo dicho mucho antes, pero...

—El pasado no se puede deshacer —dijo Austin—. Pero no debemos retrasarlo más.

En ese momento, Poirot salió de la cocina de Manos y los cuatro nos pusimos en marcha.

Desembarcamos en el puerto del pueblo de Lampero, que estaba tan concurrido como el día que llegamos de Inglaterra. Desde allí recorrimos la playa, pasamos entre dos grupos frondosos de árboles y llegamos al final de un sendero estrecho y polvoriento. Lo seguimos mientras se transformaba, poco a poco, en una calle adoquinada. Dejamos atrás, a lado y lado, algunas pequeñas tiendas intercaladas entre casas blancas achaparradas hasta llegar a la plaza del pueblo, a la que Nash se había referido como la Plateía. Esta estaba también adoquinada, y ocuparía algo menos de una hectárea. Para mi desconcierto estaba vacía, transmitía la sensación de ser una plaza de armas que hubiera quedado en desuso, pero en una de sus esquinas había una mujer con tres niños que servía refrescos a un grupo de personas sentadas en sillas de aspecto agradable, con cojines bordados. Esos clientes o huéspedes eran, en su mayoría, ancianos que jugaban al dominó.

«¿Sería posible que...?». Si existía la opción de que me sentara en una silla cómoda, con algún tipo de amortiguación que separara sus huesos de los míos... Un vistazo rápido me indicó que Poirot deseaba lo mismo.

La mujer a cargo del café pudo instalarnos y no tardamos en experimentar una comodidad suntuosa en comparación con La

Espita, mientras nos ponían unas tazas de café delante.

—¿Qué es tan importante para que nos hayan hecho venir hasta aquí antes de contárnoslo? —preguntó Poirot.

Austin dijo:

—No tengo problema en decírselo si tú no tienes estómago para ello, Nash. —Por una vez, el tono circense había desaparecido. Fuera lo que fuese, Austin no tenía ganas de convertirlo en una broma.

—No. —Nash estaba pálido y sombrío. ¿Habría comido algo desde la muerte de Matthew? No recordaba haber visto que consumiera alimento alguno en los dos días anteriores—. Gracias, pero... es mi deber, como Próti Foní, explicar la locura y el engaño que se han tolerado en la casa. Es culpa mía por haberlo permitido. Tengo la culpa de que Matthew haya muerto, Poirot.

—No, la culpa es del asesino —le corrigió Austin—. Todos tenemos que recordarlo. Aunque me siento igual de responsable por todo lo que ha salido mal. Igual que Nash, me inclino a pensar que es probable que le diera al asesino la idea de matar a Matthew.

—Debería haber prohibido el complot en su totalidad nada más saber de él, pero no lo hice. —Nash dejó la taza de café sobre la mesa y se sujetó la cabeza con ambas manos.

—Por favor, que uno de los dos se explique —pidió Poirot—. ¿Qué debería haber prohibido, monsieur Nash?

La Primera Voz de La Espita parecía incapaz de hablar.

—Se lo contaré yo. —Austin tomó la palabra—. Cuando llegamos a la bahía de Liakada para comenzar nuestro trabajo aquí, solo éramos tres personas: Nash, Matthew y yo. Olive y Rhoda se nos unieron unas semanas más tarde. Durante casi un año, nosotros cinco fuimos la comunidad. No había nadie más..., bueno, aparte de Manos, que nos mantenía alimentados, de Rasmus y de las mujeres que venían a limpiar, pero estos no formaban parte de la misión. Las

esperanzas que teníamos para el mundo, nuestra manera de vivir y de pensar y de creer..., estábamos solos los cinco, unidos como hermanos. —Austin agitó el puño cerrado—. En esos viejos buenos tiempos éramos imparables: irradiábamos nuestra resolución, nos preparábamos para llevar la salvación a la gente que sufría en todas partes del mundo. Nada podía desafiarnos ni derrotarnos. Entonces llegó Belty. ¿Ya saben que estaba decidida a guardarse para sí todos los detalles de su pasado? Muy bien. Entonces saben que yo no la quería aquí. Pensé que provocaría problemas. Nash no estuvo de acuerdo y él es el jefe..., aunque eso ya lo saben, no hace falta repetirlo otra vez. Pero pensé que Nash era un tonto por permitir que se quedara cuando no sabíamos nada sobre ella. No me inspiraba confianza. Sé muchas cosas sobre el pecado, caballeros..., en casi todas sus formas. —Sonó solemne y fanfarrón a la vez—. Me olí que era una mala persona, que no era trigo limpio en la variante femenina de la expresión. Deje que le diga una cosa, Poirot: es un aroma que conozco muy bien. Mientras tanto, Nash, aquí presente, cuenta con una trayectoria implacable de obras de caridad y con el recuento de pecados del bebé que va directo al cielo antes de haber abierto los ojos. Sí, me equivoqué con Belty, lo admito. El resultado de su prueba fue ejemplar. —Se volvió hacia Nash—. ¿No acudí ante ti para decirte que quizá, al fin y al cabo, me había equivocado? Y la verdad es que se trata de una buena persona. ¡Me cae bien! ¡Y vaya si he logrado que se sintiera bienvenida desde que llegó! Pero acerté con Pearl, que no pasó la prueba y no ha dejado de fracasar, y ahora estoy convencido de que mató a Matthew. Y Nash también, aunque no lo admita. Pero tenemos que llevar a Pearl ante Konny y...

—¿Que la justicia siga su curso? —preguntó Nash.

Recordé que Konny era uno de los Muy Buenos Amigos: el inspector Konstantinos Kombothekra.

—¿Una justicia implacable, que en realidad no tiene nada de justa? —prosiguió Nash—. ¿Un aparato de justicia que asesina a quienes cometen crímenes mientras se las da de virtuoso? ¿Es eso lo que piensas de verdad, Austin? No me puedo creer que me estés pidiendo que...

—Pues más te vale creerlo. —Austin golpeó la mesa con el puño —. Como diría el gran Robert Frost: nuestros pasos han aplastado las hojas, ya ennegrecidas, de la confianza ingenua y la aceptación. Debemos tomar el camino todavía desconocido: simbolizamos y promovemos el perdón, sí, pero nunca a expensas de la supervivencia de nuestra comunidad. Nash, hay un asesino entre nosotros, en nuestra casa. Y tú y yo sabemos que esa persona es Pearl St. Germain.

—Entonces, si ella es la asesina, ¿quién intentó tirarla desde la terraza de su habitación? —preguntó Nash.

—Nadie —replicó Austin—. Toda esa maldita historia es mentira. No hubo ninguna cabra, ya lo sabemos, es una locura prestar credibilidad a esa idea... ¿Y si no hubo nada? ¿Y si eso nunca tuvo lugar y Pearl se limitó a... inventárselo? Aunque quién sabe por qué haría eso... Bueno, ¿y si había planeado acabar con Matthew y quiso organizar las cosas para que pensáramos que había otro asesino en La Espita y que no podía tratarse de ella?

—Ejem... —Poirot se aclaró la garganta para recordarles a Nash y Austin nuestra presencia—. Messieurs, ¿cuál es ese examen que Belty Ricks aprobó y que Pearl St. Germain suspendió?

—Deje que retome mi historia —pidió Austin—. Cuando llegue al final, lo entenderá todo.

—Por favor... —Poirot le hizo un gesto para que prosiguiera.

—Nash le dijo a Belty que podía quedarse, y supongo que yo fui mal perdedor. Sin pedirle permiso, decidí organizar una pequeña

prueba para la recién llegada. Me di cuenta de que me lanzaba miraditas, así que me esforcé al máximo para impresionarla un poco más. Cuando tuve la certeza de haber recogido suficiente sedal..., bueno, le dije que tenía planeado asesinar a Matthew y... le pedí que me ayudara a hacerlo.

—*Sacré tonnerre!* —dijo Poirot entre dientes. A mí también me costaba creer lo que acababa de oír—. Monsieur, esto también forma parte de una prueba, *n'est-ce pas?* De la credulidad de Poirot y Catchpool.

—Me temo que no. —Nash lucía una palidez mortal—. Por inconcebible que parezca, es la verdad.

Austin siguió explicando su historia:

—Me inventé un cuento largo y absurdo sobre que Matthew me había robado una gran suma de dinero, lo que de manera indirecta desembocó en la muerte de mi tía Dorothy. No tengo ninguna tía Dorothy, nunca la he tenido, pero Belty no debía enterarse. Y hay que reconocer que me puso en mi lugar como Dios manda: «Desde luego que no. El asesinato es un crimen terrible —me dijo, como si yo desconociera ese hecho—. No debes hacerlo —insistió—. Tienes que perdonar a Matthew y olvidar el tema por completo». Entonces me llamó «ridículo».

Austin sonrió al recordarlo.

—Me dijo que, estando en La Espita, teniendo la suerte de hallarme bajo el ala de Nash, disponía de la oportunidad de hacer solo el bien y ningún mal. Fue una respuesta ejemplar. Le prometí que enmendaría mis errores y abandonaría cualquier idea de matar a nadie. A su vez, Belty prometió perdonarme y, lo que es más importante, confiar en mí. Pero con una condición: los dos teníamos que acudir ante Nash y confesarnos.

—¿Aceptó usted esa condición? —le pregunté. A mi lado, Poirot estaba casi paralizado por la reprobación.

—La aceptó —contestó Nash—. En cuanto comenzó a hablar supe que pasaba algo muy peculiar, pero Belty estaba a su lado y el mensaje en los ojos de Austin decía: «Puedo explicártelo todo, pero no delante de ella». Así que esperé y, poco después..., él me contó que había organizado... esa prueba para ella. Como es natural, me quedé horrorizado.

—Pero me mantuve firme. —Austin volvió a retomar la narración —. Me sentí muy satisfecho con las cualidades de la personalidad de Belty, y por fin estuve convencido de que La Espita era el lugar apropiado para ella. Les conté a Nash y a Matthew que planeaba repetir la prueba cada vez que apareciera por La Espita un recién llegado que no me acabase de gustar, alguien sobre quien no estuviera del todo seguro.

—Le supliqué que no lo hiciera —repuso Nash sin entusiasmo—. Matthew dijo que no le importaba ejercer de teórica víctima de asesinato en el futuro si eso ayudaba a la causa, pero le dejé claro que yo pensaba que se trataba de una idea insensata.

—A lo que repliqué que algún día vería la sabiduría de mi pequeño truco y que me lo agradecería. —Austin levantó las manos—. Me equivoqué. Lo siento. Nash, sabes que quería a Matthew como a un hermano. —Y nos dijo a Poirot y a mí—: La vida de Matthew fue el precio que pagamos a fin de descubrir cuán equivocado estaba yo. Mi pequeña tentativa de asesinato funcionó de fábula con Charles y con Thirza; llegaron juntos, pero los puse a prueba por separado. Los dos se exoneraron bien: se negaron de inmediato, igual que Belty, aunque ninguno me condujo ante Nash para que confesara el crimen que me proponía cometer. Eso sí, Charles se pasó casi una hora soltándome un sermón sobre la maldad intrínseca del

asesinato. Tenía toda la razón y a la vez fue de lo más tedioso. Y Thirza me jugó un feo truco mental, pensado para que me sintiera como el villano más corrupto, perverso e inmoral que el mundo hubiera conocido.

Austin soltó una risita.

—No me importa contárselo... La señorita Thirza Davis ¡vaya si sabe usar las palabras para hacerle daño a uno! Y con sutileza. Es algo que va creciendo dentro de ti. Sí, señor. A lo largo de mi vida creo que solo me he sentido avergonzado hasta la médula dos veces. —Se aprestó a enumerar esas dos veces con los dedos—. La última, al descubrir que Matthew había muerto y que, de no ser por mí, lo más probable hubiera sido que siguiese vivo, ya que también puse a prueba a Pearl, lo que evidentemente le dio la idea de asesinarlo.

Austin inclinó la cabeza como para reflexionar sobre algo importante. Entonces añadió en un tono más alegre:

—Pero he tenido suerte. El Señor me bendijo con una extraordinaria capacidad para perdonarme a mí mismo. Nash predica que debemos mostrarnos implacables al concedernos también el beneficio de la salvación que nos ofrece el perdón incondicional. Este no es solo para los demás, sino para nosotros mismos.

—¿Qué le dijo Thirza Davis para que se sintiera tan avergonzado por la prueba a la que la sometió? —le pregunté—. Suponiendo que pueda recordar algo tan lejano.

—Oh, nunca olvidaré la disección verbal a la que me sometió —contestó Austin—. Pero fue aún peor la manera en que me miró mientras lo decía, como si hubiera hurgado en las profundidades de mi ser y no hubiera encontrado más que una maldad espumeante. —Austin se estremeció—. «Me estás pidiendo que cometa un crimen contigo, Austin —me dijo—, pese a que podrías llevarlo a cabo con

gran facilidad tú solo y no necesitas de mi ayuda. Sin embargo, intentas que sea tu cómplice, para que comparta tu culpa». No me lo preguntó para comprobar si lo había entendido bien, Poirot. Me lo dijo con la voz de un ángel furioso y ofendido, convencido del todo de su pureza y de mi putrefacción. «Deja que sea lo más clara posible —añadió—. Quieres hacer eso, quieres involucrarme, pese a que acabamos de conocernos. Aunque no es posible que desees hacerme daño, prefieres involucrarme en tu crimen en vez de cometerlo por tu cuenta, alterar mi vida y mi personalidad para siempre al hacer que forme parte de la conspiración de un asesinato. Y, aunque ahora lo cometas tú solo, sin mi ayuda, yo sabré que has sido tú, lo cual me convertiría en una cómplice culpable..., tan culpable como tú, si no se lo cuento a nadie y no hago nada para evitarlo. Y creo que ya habías pensado en todo esto. Sí, lo dedujiste mucho antes de hacerme esta propuesta».

Austin se encogió al devolver ese recuerdo a la vida. Yo mismo estuve a punto de estremecerme. Era un intérprete excelente, y no tuve problemas para imaginar que, después de ese pequeño discurso, debió de desear alejarse todo lo posible de Thirza. Sin duda sintió algo parecido a lo que yo había experimentado después de oír la perorata de Pearl acerca de su amor creciente hacia mí. La intensa emocionalidad de las mujeres es algo inquietante.

Poirot dijo:

—Dice que realizó la prueba con Charles Counsell y Thirza Davis por separado..., pero están comprometidos para casarse. ¿Acaso no comentaron entre sí esa sugerencia tan poco razonable que les había hecho un norteamericano a quien ellos acababan de conocer?

—Charles no se lo contó a Thirza —contestó Austin—. Le hice prometer que me guardaría el secreto, y le convencí de que ese silencio formaba parte del paquete completo de perdón que deseaba

ofrecerme. A Belty le había dicho lo mismo: «No hace falta que se entere nadie». Y también estuvo de acuerdo. Respecto a Thirza..., ¿quién sabe si se lo contó o dejó de contar a alguien? Quizá le dijo algo a Charles después de hacerme trizas, pero no lo creo. De ser así, él me habría perseguido para someterme a otro de sus discursos de superación personal.

Poirot soltó una especie de resoplido.

—Nadie, ni una sola persona, nos ha dicho nada sobre que les hubieran invitado a ayudar de esa manera con un asesinato. No me extraña que todos tuvieran un aspecto tan sospechoso en la terraza durante Nochevieja, cuando pregunté quién había escrito el propósito amenazador. No todos ellos habían escrito esas palabras para dejarlas en el cuenco, pero casi todos sabían que el asesinato de monsieur Fair se había... formulado como plan, existía como posibilidad. ¿Cómo pudo usted, monsieur Lanyon...? Y usted, monsieur Nash, permitió que ese comportamiento se prolongara, esa prueba insensata, que de manera tan evidente representaba un gran peligro...

—Debe de pensar que somos unos lunáticos depravados... —dijo Nash, afligido—. Unos fanáticos y unos idiotas.

Yo pensaba en ese momento que la afirmación de que la comunidad de La Espita estaba «impregnada por el asesinato» había pasado a tener todo el sentido. Igual que el comentario al paso de Matthew Fair sobre que era una «víctima a ratos dispuesta».

—Si le sirve de algo, creo que Thirza escribió lo que usted llama «el propósito amenazador» —le dijo Austin a Poirot—. Intentó hacerlo con la letra de Pearl.

—No lo creo —metí baza—. Thirza coincidió con Pearl en que no era su letra, y señaló que las efes en mayúscula estaban mal hechas. Al parecer, las de Pearl se desvían hacia la izquierda en su parte

inferior, como los hilos de una cometa al viento. Esa imagen tan poética se me quedó grabada en la memoria. ¿Por qué habría Thirza de imitar la letra de Pearl para luego llamar nuestra atención sobre su propia falsificación?

Austin frunció el ceño durante unos segundos, concentrado.

—Supongo que tiene razón, Catchpool. No, no se me ocurre por qué habría de hacer eso. No pretendo contar con todas las respuestas. Lo único que sé es que, después de someter a Pearl a la prueba y que ella la suspendiera al aceptar ayudarme en mi conspiración letal... Bueno, ella pasó a pegarse a mí por completo. También se inventó la idea de que se había enamorado de mí, así que, por supuesto, rebosaba de ganas de hacer apartes conmigo siempre que fuera posible, para que nos pusiéramos a planear en secreto el asesinato en algún rincón oscuro. No pude hacer gran cosa por quitármela de encima.

Yo conocía esa sensación.

—Thirza se dio cuenta de todo —dijo Austin—. ¡Vaya si se dio cuenta! Me había estado observando como un halcón desde que la puse a prueba, y sé que pensó que había convertido a Pearl en mi nueva cómplice, que le había mentido al decir que renunciaba a mi plan para acabar con Matthew. Cuando leyó usted ese horrible propósito, Catchpool, mi primera idea fue: «¡Así que Thirza intenta meternos a Pearl y a mí en problemas!».

—¿Quiere decir que intentó desenmascararles como autores de un complot para matar a Matthew? —le pregunté.

—Piénselo: una amenaza de muerte escrita en verso, y con una letra pensada para parecerse a la de Pearl... —A Austin le brillaban los ojos de furia—. Esa fue Thirza, porque quería que todos supieran que Pearl y yo planeábamos hacer lo que anunciaba el propósito. No hay duda de que quiso que nos avergonzáramos hasta sentir que no

teníamos otra opción que la de confesar. No sé por qué no acudió directamente a Nash para contárselo todo después de que yo la pusiera a prueba, pero el caso es que no lo hizo. No me denunció ante nuestro Maestro, pero tampoco aceptó perdonarme cuando le prometí que abandonaría cualquier idea de matar a Matthew.

Austin se estremeció al recordarlo.

—Se negó a ofrecerme consuelo alguno. Se quedó mirándome, cuando lo único que yo deseaba era huir de sus ojos abrasadores, que parecían perforar mi alma de pacotilla. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Juré que enmendaría mi conducta y que no albergaría más ideas malignas sobre el pobre y querido Matthew. Ella siguió mirándome con esos... ojos devoradores, y supe que iba a complicarme la vida. Y ese propósito-poema... Al margen de lo que usted diga, Catchpool, estoy bastante seguro de que fue el primer paso de su campaña para «complicarle la vida a Austin», cosa que, hasta donde ella sabía, podría haber conseguido poniendo a Nash al corriente de mis planes, pero era imposible que lo hiciera. Estaba demasiado ocupada regodeándose en su propio poder. Sobre mí —aclaró—. Nash no se lo cree, pero lo vi en sus ojos: «Ahora yo estoy al mando. Te controlo». Deseaba averiguar lo que podía obligarme a hacer. Ese propósito infame fue el primer intento.

—Pero no cree usted que ella matara a monsieur Fair... —dijo Poirot.

—No. Ya se lo he dicho: fue Pearl —contestó Austin—. Thirza no tenía ningún motivo para hacerlo, es a mí a quien desprecia con un fervor obsesivo. Lo cual, a mi juicio, implica que deberíamos haberla desterrado de nuestro seno, pero qué sabré yo. Al fin y al cabo, no soy Próti Foní. —Le echó un vistazo al hombre que sí lo era—. Y ahora él va a defenderla, igual que siempre... —Con un elaborado

gesto del brazo, Austin señaló hacia Nash como quien presenta a un invitado sorpresa.

—Thirza obró con corrección al negarse a participar en ningún complot asesino. —Nash mantuvo la mirada fija en Poirot mientras hablaba—. Y no dirigió ninguna amenaza directa contra Austin ni ninguna otra persona. No dijo, de manera clara y demostrable, que se negara a perdonarle por... por lo que él le había sugerido que hiciera. Hubiera sido injustificable expulsarla por la forma en que miraba a Austin.

—Nuestro líder tampoco proscribió a Pearl después de que suspendiera la prueba —me dijo Austin—. Y ella hizo mucho más que usar sus ojos como un arma de hostigamiento: se apuntó con todo el entusiasmo del mundo para ayudarme a asesinar a un hombre intachable. Y, ahora, Matthew está muerto. —Se volvió hacia Nash y le dijo en voz baja—: No sirve de nada que lo diga en este momento, pero... si hubiéramos echado a Thirza y Pearl de La Espita a su debido tiempo, Matthew seguiría vivo. No puedo demostrarlo, pero es lo que creo. El propósito provocador de Thirza metió la idea en la cabeza de Pearl para que cometiera el crimen pese a que yo le había dejado claro que había cambiado de idea.

—¡Ah! ¿Se lo dijo? —preguntó Poirot—. ¿Hizo usted *le grand volte-face*?

—Sí, cuando no logré desanimarla de ninguna otra manera —contestó Austin—. Intenté otras cosas antes. Nash me dijo que generara oportunidades para que se diera cuenta de que lo que estábamos tramando era una abominación. Así que hice lo que me había pedido: comencé a escribirle cartas contándole con toda precisión la manera en que lo haríamos. Le describí cómo íbamos a ahogarle y envenenarle y golpearle en la cabeza con una piedra de la bahía.

—¿Y qué hay de clavarle uno de los cuchillos de cocina de Manos? —sugirió Poirot.

—Cree que soy un canalla, ¿verdad? —Austin sonrió—. Lo entiendo. Quizá lo sea. Pero resulta que soy un canalla que intenta salvar el mundo, tal y como intenté salvar a Pearl. Cuando no logré repelerla con las cartas, al ver que ella siempre las contestaba con alegría, lo cancelé todo, tal y como le he dicho: le dejé claro que había visto la luz, prediqué con todo el amor y la compasión de mi corazón. «Vale, Austin —dijo ella, sacudiéndose el tema como si no hubiera significado nada—. No me importa si lo hacemos o no. Tú decides. Fue idea tuya desde el principio». Creo que, para entonces, había comenzado a aburrirse de la supuesta aventura romántica que nos unía.

—Y, sin embargo, usted piensa que oír a Catchpool leyendo en voz alta la amenaza rimada sobre el asesinato de Matthew Fair en Nochevieja la llevó a cometerlo —dijo Poirot—. ¿Por qué habría de conducirse de esa manera? ¿Tenía alguna razón para hacerlo? ¿Algún motivo propio para querer a monsieur Fair muerto?

—Bueno..., es una idiota sugestionable —contestó Austin—. Su cabeza ya se había hecho a la idea antes, y se había declarado dispuesta a matar a Matthew. No me diga que no podría haber pasado una segunda vez. Quizá sea más vanidosa y egoísta de lo que yo pensaba, y no le gustó ver que Matthew volvía a adular a Rhoda. Quizá pensó que él debía seguir solo y desconsolado a causa de ella.

Poirot parecía tan poco convencido de esa teoría como yo.

—¿Qué fue de las cartas que se escribieron Pearl y usted? —le pregunté a Austin—. Ella dice que han desaparecido.

—Es posible —dijo él—. O quizá esté mintiendo. Con Pearl nunca se sabe. Si entraron a robárselas en la habitación, como dice ella, la

ladrona fue Thirza, que quizá tenga pensado chantajearla.

Poirot dijo:

—Monsieur Lanyon, antes, cuando Catchpool y yo le encontramos en la cocina de Manos, ¿esperaba usted persuadir a mademoiselle Pearl para que confesara haber asesinado a monsieur Fair?

—Y descubrir el porqué, sí —dijo Austin—. Quizá lo hiciera por usted, Catchpool.

—¿Qué demonios ha querido decir con eso? —pregunté, atónito.

—Es usted un sofisticado detective de homicidios de Londres, ¿no es así? —De repente, su voz desprendía hostilidad—. Pearl lo supo, todos lo supimos antes incluso de su llegada. Sabíamos que Hércules Poirot vendría acompañado de su amigo, el inspector Catchpool de Scotland Yard.

—Sigo sin comprender qué... —comencé a decir.

—Pearl se lo está contando a todo el que quiera escucharla: en cuanto le puso los ojos encima, se enamoró como loca de usted. Según ella misma, como la idiota que es, haría lo que fuera por usted. —Austin se inclinó hacia mí—. ¿Y si decidió que un detective de homicidios estaría encantado de tener un asesinato que resolver, por mucho que estuviera de vacaciones? ¿Y si vio la oportunidad de ayudarle a resolverlo, o de fingir que lo hacía? Quizá pensara que eso le proporcionaría la oportunidad perfecta para acercarlos a ambos.

Dije con frialdad:

—Lo que me transmiten sus palabras, señor Lanyon, es que no se le ocurre ninguna razón que deje de ser por completo ridícula para que Pearl haya querido asesinar a Matthew.

—Oh, claro que es un motivo absurdo para cometer un asesinato —coincidió Austin—. ¡Es ridículo! Pero Pearly es así: la persona

menos seria que yo haya conocido, y la menos merecedora del respeto ajeno. No me crea si no quiere...

—No lo hago y no lo haré —dije.

—... pero, a mi parecer, no hay nada más creíble que el hecho de que una persona actúe de manera consecuente con su personalidad —concluyó Austin.

Capítulo 22

TRUCOS DE COCINA Y PREGUNTAS CANDENTES

La playa del pueblo de Lampero era muy diferente a la de la bahía de Liakada. Tenía una extensión más pequeña, pero era más ancha, con arena en lugar de guijarros, y, con la marea baja, en ese momento quedaba una amplia porción de arena útil a la vista. También había en ella mucha más gente: hombres de rostro velludo con sombreros negros y mujeres de pelo canoso con mantones y abrigos pesados, llegados sin duda de las casas blancas que salpicaban la parte más habitada de la isla, que se paseaban de aquí para allá como si aquello fuera una extensión de la Plateía que la Madre Naturaleza hubiera tenido la bondad de concederles.

Nadie nadaba. Por desgracia, ese «nadie» me incluía a mí. Poirot, valeroso, se empleaba a fondo para convencerme de que no lo hiciera.

—Mire a los nativos de Lampero, *mon ami*. ¿Acaso se despojan de su vestimenta y de su dignidad para lanzarse al agua como un pez aquejado de fiebre? No, no han olvidado que estamos en enero y que el mar se encuentra lo bastante frío para helarles las venas. Además, no lleva usted ni toalla ni bañador.

—Dígame una cosa... —le pedí. Nash había querido departir con Austin en privado, así que Poirot y yo podíamos hablar con libertad —. Ha mencionado que el asesino podría haber cogido un cuchillo de

la cocina de Manos. ¿Es lo que cree que pasó? Porque se me ha ocurrido que... —Como siempre que estaba a punto de expresar una idea, la imaginé ridiculizada, convertida en objeto de burla; era una costumbre que tenía desde la infancia, y lo único que me estimulaba a decirla era la gratitud de Poirot hacia mis esporádicas contribuciones útiles.

—Adelante, Catchpool —me urgió él.

—Bueno. Estaba pensando que, si el cuchillo salió de allí, quizá volvieran a esconderlo en la cocina después. Si yo quisiera esconder algo en La Espita, esa habitación sería la primera que me vendría a la cabeza. El desorden es tal que resulta casi imposible ver lo que, más que oculto, se encuentra ante las narices de uno, porque bajo esa nariz hay otras diez mil cosas. Lo siento, no me estoy explicando con demasiada claridad.

—Y sin embargo acierta usted —dijo Poirot con una sonrisa de orgullo—. Bien, sobre ese tema, no me ha preguntado qué tal me fue antes en la cocina de Manos.

—Oh, sí, en efecto. ¿Le ha funcionado la cura contra la fobia? ¿Se paseará usted por la cocina a partir de ahora sin preocupación alguna?

—Ay, Catchpool... —Mi amigo pareció decepcionado: entre sus expresiones, era la que menos me gustaba—. Esperaba que precisamente usted no se dejara engañar por mi truquito. Pues claro que no fue esa la razón por la que fui a la cocina. Y seguiré atravesando toda la casa a fin de evitarla. A menos que sea estrictamente necesario, a uno le amarga el alma ver tamaño desorden. Y hoy ha sido necesario. Verá, sabía que iba a encontrar allí el arma del crimen, y sospechaba que encontraría también la ropa que llevaba el asesino. Y se ha demostrado que estaba en lo correcto en ambos casos.

Al reparar en mi admiración silenciosa, añadió con una modestia impropia de él:

—Pensar en la cocina en esas circunstancias no representa una deducción brillante. Es evidente: cabe esperar que allí haya una buena cantidad de agua, almacenada en contenedores para usarla para cocinar. Y cabe esperar que haya cuencos, que son muy útiles para lavar la sangre. A continuación, no hay más que abrir la ventana para tirar el agua manchada de sangre al suelo de tierra de fuera... ¿y quién se enteraría de ello? Es más, ¿no se trata de una habitación a la que todos los residentes de La Espita se refieren como «la cocina de Manos»? Hemos visto con nuestros propios ojos que *le chef* echa de allí a cualquiera que se acerque. Usted y yo disponemos de una exención especial, pero nadie más tiene permiso para entrar en ella, *n'est-ce pas?* Ahora, vuelva a pensar en el día de Año Nuevo y en lo que dijo con exactitud el inspector Kombothekra. Me causó buena impresión porque parecía que había sido todo lo concienzudo que podía desearse. Nos dijo que el registro había sido íntegro: todas las habitaciones y las zonas comunes, dentro y fuera. Sin embargo, ¿registraría él la cocina de Manos? No se trata de un dormitorio, pero... ¿la consideraría una zona común? ¿Pensaría en ella como una habitación que el posible asesino hubiera podido usar o visitar?

—No. No lo haría —contesté—. Kombothekra y Manos son buenos amigos, y sabemos que el inspector se niega a aceptar la posibilidad de que alguien a quien conozca y que sea de su agrado pueda ser un asesino. ¡Vaya por Dios, Poirot! —Expulsé algo de aire de los pulmones, sintiéndome como si estuviéramos a punto de lograr un avance—. Y, por supuesto, Manos habría detestado la idea de que incluso su amigo Konny rebuscara en la cocina..., y ambos habrían coincidido en que no existía la menor necesidad de hacerlo.

—*Précisément.* «Solo Poirot y Catchpool han pasado por aquí —debieron de decirse—, y es evidente que ninguno de los dos ha matado a nadie».

—Cuéntemelo de una vez, Poirot: ¿qué ha encontrado?

—Dos cosas de interés —contestó él—. Número uno: fragmentos en la rejilla de la estufa. Sin duda, allí se quemó algo de ropa. Quedaban solo unos restos diminutos, así que me ha sido imposible descubrir si las prendas pertenecieron a un hombre o a una mujer. Número dos: todos los cuchillos menos uno estaban en los cajones o desperdigados por la habitación. Solo uno de ellos, el de mayor tamaño y el más afilado, se encontraba dentro de un contenedor tapado. Dicho contenedor estaba al fondo de una alta pila, entre otros muchos contenedores. Fui abriéndolos uno por uno, en un proceso largo y tedioso. Pero, al final, mi esfuerzo se vio recompensado.

—Oh, buen trabajo, amigo.

—Creo que el asesino limpió el cuchillo con detenimiento, y que a continuación lo escondió en un lugar donde solo la persona más resuelta podría encontrarlo, de manera que ningún inspector de la policía griega fuera a tropezarse con él, en caso de registrar la estancia, y decidiera comprobar su tamaño con las heridas de Matthew Fair.

—Poirot, he estado pensando... —dije.

—Es una noticia excelente, *mon ami*.

—Pearl nos ha animado a creer que Matthew fue asesinado apenas unos minutos antes de las dos de la mañana del día de Año Nuevo. Pero no hay pruebas de que eso sea cierto. Podrían haberle acuchillado, pongamos, a las dos menos veintitrés. Puesto que Pearl encontró el cuerpo y se puso a gritar solo a las dos y diez... Bueno, eso habría dado al asesino o asesina suficiente tiempo para hacer

todo lo que necesitara en la cocina de Manos: quemar la ropa ensangrentada, limpiar y esconder el cuchillo, volver a su habitación y ponerse ropa limpia..., y entonces bajar corriendo a la terraza en pijama, como si durante todo ese tiempo hubiera estado durmiendo en la casa.

—Sí, en efecto —dijo Poirot—. Sin embargo, según las dos personas de quienes sabemos con certeza que estaban despiertas... —Emitió un sonido de insatisfacción—. Olive Haslop dice que no oyó nada más después de los dos pares de pasos del primer momento. Y Thirza Davis tampoco oyó ningún movimiento después de que Matthew Fair saliera de la casa poco después de la una y media.

—Bueno, la explicación es sencilla —dije—. Los primeros pasos que se oyeron fueron solo los de Matthew o los de Matthew y su asesino. Es de suponer que esa persona no quería que Matthew supiese que estaba a punto de matarlo a cuchilladas, así que no se habría arriesgado a levantar sus sospechas caminando de puntillas.

Poirot asintió con la cabeza.

—Podría tener usted razón, Catchpool. Mientras que, después de cometer el crimen..., sí, entonces el asesino se habría esforzado al máximo para moverse en silencio por la casa. —Emitió otro sonido de insatisfacción—. Si tan solo pudiéramos saber a ciencia cierta...

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Pero sí que podemos, Catchpool. ¡Podemos! No todo, pero sí algunas cosas. Cuando uno busca la respuesta segura, no sirve de nada obsesionarse con lo que desconoce, así que, por favor, repítame una vez más todo lo que ha oído y todo lo que le han dicho, y yo haré lo mismo. Las cosas de las que podemos estar seguros: lo que nos han dicho y quién nos lo ha dicho. Si son mentiras, *cela n'a aucune importance*, pues es un hecho que nos las han contado.

Después de haber trabajado tantos años de manera tan estrecha con Poirot, ya estaba acostumbrado a que me asaltara de golpe con ese tipo de exámenes de memoria, y mi capacidad para recordar había crecido mucho para entonces. Le ofrecí un recuento de todo lo que me habían dicho, y él hizo lo mismo. A los cinco minutos de silencio, mientras íbamos y veníamos por la playa, captando fragmentos de las conversaciones en griego que mantenía la gente a nuestro alrededor, Poirot se detuvo.

—Catchpool, me ha contado, si no me equivoco, que Yannis Grafas le dijo que Pearl St. Germain estuvo en la playa entre la una y media y las dos de la noche en que monsieur Fair fue asesinado...

—Correcto.

—Eso concuerda con lo que mademoiselle Pearl me contó cuando la interrogué —dijo Poirot—. Mientras tanto, Thirza Davis vio a Matthew con vida, saliendo de la casa a la una y media, que es también cuando Olive Haslop dijo haber oído dos pares de pisadas...

—Parece casi seguro que Matthew fue asesinado entre la una y media y las dos —metí baza.

—Cuando mademoiselle Pearl estaba en la playa, ¿sí? —preguntó Poirot—. Dígame, Catchpool, de ser así, ¿cómo es posible que no viera ni oyera nada, tal y como sostiene ella? Y, es más, ¿cómo es posible que el asesino no la viera? Usted ha estado en la terraza comedor de La Espita, yo he estado allí... Desde esa posición ventajosa se ve toda la playa, igual que desde el hotel de Yannis Grafas. ¿Se le ocurriría matar a una persona a cuchilladas mientras hubiera alguien en la bahía?

—No —contesté de manera enfática—. ¡No, no se me ocurriría! Supongo que, si Pearl hubiera estado mirando en otra dirección, y si el viento y las olas hubieran montado un buen barullo, quizá no habría oído nada, pero...

—Pero el asesino la habría visto y eso le habría disuadido de entrar en acción. Habría sido consciente de que mademoiselle Pearl podía darse la vuelta y verle, o regresar a la terraza comedor en cualquier momento. A menos que... —Poirot me dejó que acabara la frase.

—A menos que Pearl no estuviera en la playa entre la una y media y las dos, sino en la terraza —dije—. A menos que Yannis Grafas mintiera para protegerla, y que Austin tenga razón, y que Pearl St. Germain sea la asesina.

Capítulo 23

PEARL HACE UN TRATO

Habían pasado menos de veinticinco minutos desde que regresé a La Espita cuando la repulsiva criatura salió de detrás de un árbol y se plantó ante mí de un salto, y no me cupo la menor duda de que lo habría hecho antes si yo no hubiera pasado la mayor parte de ese rato escondido en el Egeo.

—¡Oh, Edward! —susurró—. ¡Estás en casa! ¡Qué alivio! Austin me ha contado que ha hablado con vosotros y os lo ha explicado todo...

—Todo, lo que se dice todo... —dije.

Ella se asustó de manera inequívoca.

—No importa, tú me ayudarás a rellenar los huecos —le dije—. Cuéntame: si ya habíais abandonado el proyecto de asesinar a Matthew, ¿por qué te oí hablar antes llevada por el pánico en la cocina de Manos, diciendo que no era seguro que mantuvierais esa conversación?

El miedo abandonó el rostro de Pearl con la misma rapidez con que había aparecido; en efecto, creo que fui testigo del momento en que decidió que mi pregunta tenía una respuesta sencilla.

—Desde la muerte de Matthew, Austin ha estado tendiéndome emboscadas por toda la casa, obligándome a mantener reuniones secretas contra mi voluntad —dijo—. Si alguien nos hubiera oído, habría pensado que escondíamos algo, cuando no es mi caso. Como

es natural, no quería que nadie llegara a esa conclusión, sobre todo porque sé que nuestras cartas podrían salir algún día a la luz, así que intenté persuadir a Austin para que me dejara tranquila..., pero no me hizo caso. ¡Me alegra muchísimo que al final os haya contado la historia al completo! Es mucho mejor ser sincero.

—Entonces, ¿por qué has sido todo lo contrario?

—¡Oh, Edward, no me hables como un desalmado! Sé que tienes un corazón ahí dentro, en alguna parte. No puedes esconderlo. —Hizo parpadear sus húmedas pestañas en mi dirección—. Tengo muchas cosas que contarte. He decidido que, aunque mi amor por ti sigue siendo tan fuerte como siempre, me abstendré de volver a mencionarlo.

—Maravilloso —respondí, y lo dije en serio.

Pearl levantó el mentón y dijo:

—A cambio solo te pido una cosa: que escuches lo que tengo que decirte, sin interrupciones, hasta el final.

—De acuerdo, pero... tu discurso ininterrumpido ¿podría durar menos de... digamos que diez minutos? Esperaba poder darme un baño caliente y descansar un poco antes de la cena.

—No maté a Matthew —dijo—. ¿Me crees?

—Sí, por desgracia te creo.

Mantuvo ese aspecto infeliz.

—Antes, cuando te fuiste al pueblo de Lampero, me sentí más vacía que nunca. Me habías dicho que no me amabas, y todo se volvió inhóspito..., y entonces la vergüenza y la tristeza me oprimieron como un tornillo de banco, y cuando al fin logré liberarme de todo ello ya no era la misma, Edward. No era la misma en absoluto. Comprendí cosas que hasta entonces se me habían escapado. Me di cuenta de que..., bueno, de que no puedo obligarte a amarme. O me amas o no lo harás.

—No lo haré —dije.

—Es posible —concedió Pearl—. No puedo obligarte. Lo que sí puedo hacer, sin embargo, es cambiar mi comportamiento. La verdad es que, hasta este momento, no he merecido tu amor. Tú nunca podrías amar a una mentirosa empedernida, y eso es lo que he sido durante toda mi vida. Desde que tengo memoria he sido artera y taimada y del todo deshonesta cada vez que me convenía. Y antes, cuando me asaltó el impulso de contarte la verdad acerca del plan de Austin y las cartas que intercambiamos..., ¡me sentó de maravilla, Edward! Ay, de verdad que sí. Me supo a salvación. Pensé para mí misma: «¿Y si, a partir de ahora, decido ser completa y absolutamente sincera con Edward, y le cuento todo lo que sé, todo lo que he hecho?». Supe en mis entrañas que, por mucho que me cueste, es lo que debo hacer. Así que aquí estoy, dispuesta a contarte toda la verdad acerca de... de lo que hice la noche en que murió Matthew. Si debo esperar que algún día me ames, y sigo esperándolo, Edward, no puedo evitarlo, antes debo convertirme en una persona que sea merecedora de tu amor. Debo ascender a tu nivel.

Pearl suspiró.

—Contrariamente a lo que piensas, no soy estúpida. Sé a la perfección que nunca he sido una persona con un carácter excelso. Es lo que debo conseguir, y lo conseguiré. Yo voy a contártelo todo, y a cambio debes prometerme que de ahora en adelante confiarás en mí..., por completo y sin dudarlo, de la misma manera que confías en Poirot.

Me esforcé al máximo por no reír. Al no contar con la menor habilidad interpretativa, debí de parecer un payaso mientras me abría paso a través de una serie de contorsiones faciales. Por fin me las arreglé para decir:

—Confiaré en ti cuando comiences a contarme la verdad. Así que procede, por favor.

—Mentí una playa..., quiero decir que mentí al decir que estaba en la playa —dijo Pearl, tropezando con las palabras por culpa de los nervios—. Cuando todos se fueron a dormir, yo me dirigí al hotel. Para ver a Yannis.

—¿Por qué? Oh... —La respuesta era evidente en su expresión.

—¿Qué esperabas que hiciera, Edward? Tú te habías retirado a tu habitación, ajeno al torbellino que me había subyugado desde que te vi. Me dejaste y tuve que lidiar con un tornado de emociones. No me gusta estar sola y, en el pasado, cuando uno de esos estados de ánimo se cernía sobre mí, siempre me... Bueno, la cuestión es que a Yannis se le da de fábula hacer que una chica se sienta apreciada. A menudo le digo: «Si concedieran una medalla olímpica de oro a la capacidad para consolar...». Y la cuestión es que Irida, la esposa de Yannis... ¿Conoces a Irida?

—La he visto —contesté.

—Irida es una cosita diminuta, pero duerme muy profundamente y ronca como un caballo, según Yannis. No hay nada que la despierte. En fin, que ya lo sabes: estuve allí —dijo Pearl—. Salí del hotel algunos minutos antes de las dos y volví corriendo a La Espita.

Pensé que eso explicaba por qué no había visto ni oído al asesino de Matthew, y la razón por la que este o esta no la había visto ni oído a ella en la playa.

—Me crees, ¿verdad? —preguntó Pearl.

—Nunca me había costado tan poco creer algo —contesté.

—Bien, si al menos confías en mí eso me servirá de momento —dijo ella—. No me importa si hablas con crueldad sobre la persona que fui. Ya no soy esa mentirosa. Ya no oirás más falsedades de mi

boca. ¡A partir de ahora, la sinceridad será absoluta! Me he convertido en una mujer merecedora de tu amor, Edward.

«Aunque así sea, no lo vas a conseguir», pensé, sin llegar a decirlo. Tampoco señalé que creer a alguien sobre una cuestión concreta distaba bastante de confiar en esa persona. No se me ocurría nadie en el mundo en quien confiara menos que Pearl St. Germain.

—Pero ella no mató a Matthew —murmuré para mí mismo mientras me alejaba con la mayor rapidez posible.

Capítulo 24

Razones heterogéneas

Fui en busca de Poirot, ya que tenía algo nuevo que contarle, pero no logré dar con él. Tanto Belty Ricks como Charles Counsell, a quienes me encontré durante la búsqueda, me dijeron que debía de andar cerca de allí, ya que acababan de verle. Al parecer, le había hecho a cada uno de ellos la misma extraña pregunta: ¿habían dejado ellos algo encima de la cama de Poirot mientras él estaba en el pueblo de Lampero? Los dos habían contestado que no, y ninguno de ellos pudo aclararme qué tipo de objeto tenía mi amigo belga en la cabeza.

Puesto que no logré encontrarle, el siguiente punto de la lista era el hotel Bahía de Liakada y Yannis Grafas. Al llegar, Irida, su esposa, estaba despierta y a cargo del establecimiento, aunque, hasta donde pude percibir, tampoco es que hubiera ningún huésped del que cuidar.

—Yannis descansar —dijo la señora Grafas—. Descansar mucho. Usted no despertar.

Mis esfuerzos por transmitirle mi propia sensación de urgencia fracasaron estrepitosamente, y acabé sentándome en una silla rota e incómoda para esperar cuarenta minutos hasta que Yannis apareció al fin, descalzo, con el pelo mojado y vestido con un salto de cama largo y abotonado. En ese momento, su esposa le soltó:

—¡Ahora yo descansar!

Y salió de la estancia con gesto altanero. Al parecer, llevar un negocio sin clientes era una actividad de lo más agotadora para los dos.

No perdí el tiempo, o, mejor dicho, no perdí más el tiempo, y confronté a Yannis con la sugerencia de que quizá me había ofrecido una declaración del todo falsa la última vez que hablé con él. Yannis no demostró el menor rastro de arrepentimiento y se limitó a encogerse de hombros y de cara, como diciendo: «Sí, es posible que ese sea el caso».

—¿Y si esta vez me cuenta la verdad? —le pedí en un tono que esperé que sonara desenfadado. «¡Nunca se sabe, quizá lo encuentre divertido!» era el humor que pretendía expresar.

—Usted ya la conoce —contestó Yannis—. O no estaría aquí.

Repetí la historia que había escuchado de boca de Pearl y él me dirigió una sonrisa perezosa.

—Ella se lo ha contado, ¿eh?

Asentí con la cabeza.

—Primero le cuenta la otra historia, ¿y ahora le cuenta esta?

—Sí.

—Cambia de idea sin avisar, siempre. A menudo. —Soltó una risa grave—. Cada día, una nueva decisión, una nueva historia. Es excitante.

—Si le gustan ese tipo de cosas... —dije—. Señor Grafas, ¿cuál es la verdad? ¿Estuvo Pearl aquí, con usted, entre la una y media y las dos de la mañana de la Nochevieja? Me refiero ya al día de Año Nuevo, o a la madrugada..., como quiera usted llamarlo.

—Estuvo aquí, sí. Normalmente no se queda mucho rato. Me gusta que se marche pronto, para no despertar a mi esposa. No hay necesidad de molestar a mi Irida —añadió con tono severo, como si

fuera yo quien estuviera a punto de hacerlo—. ¡Pero esa noche, la señorita Pearl habló, habló, habló! Se quedó mucho rato hablando de usted. Dijo...

—No deseo saber lo que dijo de mí —le dije—. Cuénteme, en cambio, cómo iba vestida.

El hotelero frunció el ceño, esforzándose por recordar.

—Un vestido, luego nada, luego un vestido —contestó al fin—. El mismo vestido.

—¿Era de color violeta claro, con un volante aquí en forma de uve que le bajaba por ambos lados, como el tejado de una casa?

—Sí —dijo Yannis, con firmeza—. Ese era el vestido..., lo veo ahora.

Cuando encontré a Pearl en la terraza, a las dos y diez, llevaba ese mismo vestido de color violeta. Y no había sangre en él.

Intenté dudar que hubieran estado juntos, cuando tanto ella como Yannis Grafas decían que había sido así, y fracasé por mucho que los dos fueran poco de fiar y tuvieran una personalidad turbia. Me recordé a mí mismo que también estaba Rhoda Haslop, quien vio a Pearl regresar a los terrenos de La Espita y encontrar el cuerpo de Matthew.

Salí del hotel y me dirigí de vuelta a La Espita, pero ya no tenía ganas de descansar y seguí avanzando. Dejé atrás la casa en la única dirección diferente que era posible tomar. Si no recordaba mal del día que llegamos en barco por primera vez, al este, no muy lejos, había una pequeña playa de guijarros, quizá la mitad de larga que la de la bahía de Liakada. Decidí que iría caminando hasta allí y volvería para gastar la energía nerviosa que se estaba acumulando en mi interior. No se me ocurría ninguna razón para ello, pero desde que desperté esa mañana había experimentado una creciente sensación de inquietud.

Por el camino me crucé con dos cabras, pero con ninguna persona, mientras avanzaba preocupado por la posibilidad de que nunca llegáramos a saber quién había asesinado a Matthew a las dos menos veinte o, quizá, a las dos menos cuarto, para a continuación entrar en la cocina de Manos a limpiarse y esconder las pruebas. En mi opinión, todo el mundo menos Pearl estaba bajo sospecha. Al margen de ella —y de Rhoda y Olive, que compartían habitación—, todos aseguraban haber estado solos, sin nadie que los observara, en el momento en que debió de ocurrir el asesinato. Y, con sinceridad, si quien lo había cometido era Olive o Rhoda, ¿no se hubieran protegido mutuamente, diciendo que estaban juntas en la habitación cuando sucedió? Que una persona respondiera por su hermano no era merecedor de confianza. Y las hermanas Haslop tenían un motivo: vengarse por el hecho de que Matthew le hubiera roto el corazón a Rhoda.

Austin Lanyon también tenía un motivo: intuía que le hubiera gustado mucho ser la Segunda Voz, o acaso ocupar la primera posición. Por absurdo que fuera que alguien codiciara un rol inventado como el de Défteri Foní en La Espita, Austin se me antojaba un hombre ansioso de poder, de todo el poder al que pudiera poner las manos encima. Si era el culpable, la vida de Nash también podía estar en peligro. ¿Cuánto tiempo aceptaría pasar Austin como segundo violín? (Me pregunté cómo se diría en griego «segundo violín»).

Me parecía poco probable que el propio Nash fuera el asesino. Daba la impresión de que había adorado a Matthew, y habría tenido que ser de una estupidez alucinante para invitar a Hércules Poirot a unirse a su pequeña comuna insular si a continuación esperaba cometer un asesinato y salirse con la suya.

Hasta donde yo sabía, Belty Ricks no había albergado ningún rencor hacia Matthew. Además, era una persona de movimientos lentos y lánguidos, y parecía de lejos la habitante de la casa con la menor energía física. Si Belty tenía que cometer un asesinato, estaba seguro de que lo haría de una manera que no la obligara a actuar con prisas, sin tener que subir y bajar tramos de escalones de piedra en mitad de la noche.

Pasé a pensar en Charles Counsell y Thirza Davis. No se me ocurrió ningún motivo en absoluto para Thirza, quien declaraba estar enamorada de Matthew, y según su relato había encontrado a Charles durmiendo profundamente cuando fue a verle. Dudaba que ella le hubiera ofrecido una coartada en caso de que él hubiera acabado con su amado.

Eso parecía descartarlos a ambos, pues: Thirza y Charles. El problema era que no quedaba nadie de quien sospechar. Si me hubieran obligado a emitir una suposición en ese momento, me habría quedado con Rhoda Haslop (que podría haber subido corriendo a su habitación después de matar a Matthew a tiempo de que Pearl la viera en la ventana cuando regresó), pero no habría podido decir por qué, más allá de que me parecía demasiado virtuosa, en cierto sentido, para que no se tratara de una simulación.

Una nueva cabra sin dueño pasó por el sendero rocoso y levantó la vista hacia mí. En ese momento pensé: «¿Y qué hay del incidente con la cabra?».

¿Quién podría haber querido ver muerta a Pearl?

No tuve tiempo para reflexionar sobre esa cuestión, pues oí que alguien gritaba mi nombre. Era una voz de mujer. Miré a mi alrededor y no tardé en ver una figura en la playa, algunos metros por detrás de mí. Sí, ese era el destino deseado, había llegado a él. Estaba tan absorto que casi me lo había pasado de largo.

La figura resultó ser la de Olive Haslop, que me saludaba con movimientos vigorosos de la mano. ¿Qué demonios hacía allí?

Experimenté una premonición terrible, como si solo pudiera existir una explicación para su presencia: algo espantoso había ocurrido en La Espita y Poirot la había enviado a buscarme.

Capítulo 25

Un manojo de cartas

No lo sabía cuando emprendí el paseo hacia esa playa llamada Agios Dionysios (descubrí más tarde que ese era su nombre: San Dionisio), pero Poirot se había ido al mismo lugar secreto en el que Olive y Rhoda Haslop celebraban sus «reuniones del Consejo»; por eso no había logrado dar con él. Después de que todos los residentes en La Espita le dijeran que no habían dejado nada encima de su cama, se había desplazado a una ubicación más íntima a fin de leer lo que había encontrado en ella: un manojo de cartas.

Era innegable que alguien se lo había dejado allí, y que esa persona debía de haber entrado en su habitación mientras estábamos en el pueblo de Lampero con Nash y Austin. Ese regalo inesperado parecía consistir en la correspondencia completa entre Austin y Pearl, donde ambos comentaban el complot para asesinar a Matthew Fair.

Imagínese el susto de Poirot cuando, en aquel punto por encima de los árboles, mientras su lectura mediaba la sexta carta de la serie, oyó a una mujer que tosía con educación a su espalda. Se volvió. Era Pearl.

—¿Qué está...? —Comenzó a avanzar hacia él, pero, al ver lo que tenía en las manos, dio de repente un paso hacia atrás—. Ah. Eso.

—Sí, esto. Una carta tras otra en las que habla usted de acabar con la vida de un hombre como si se tratara de algo tan trascendental como pulir la plata.

—No lo habría hecho nunca —dijo Pearl—. La verdad es que no.

—Debería sentirse avergonzada. Sin embargo, no parece que sea así.

—Eso se debe solo a que me he transformado en una persona nueva y mejorada. —Su tono sugería que se sentía feliz por haber dejado atrás todas esas situaciones desagradables—. Pregúnteselo a Edward, que ya confía en mí. Creo que hasta me confiaría su vida. Hace justo un momento estábamos... —Se detuvo en respuesta a la carcajada irreprimible que soltó Poirot.

—Catchpool no le confiaría ni un sello postal, mademoiselle, y desde luego que no le confiaría su vida —dijo—. Si le ha dicho eso y usted le ha creído, entonces él tiene más talento para la mentira que usted misma.

—¿Cómo se atreve a hablarme como si yo fuera...? —Pearl se contuvo—. No, no debo permitir que me provoque. Me doy cuenta de la razón que ha originado ese... malentendido. Antes mentía mucho, tiene usted razón.

—¿Qué me dice de la cabra que, según usted, intentó matarla tirándola desde lo alto? —le preguntó Poirot—. ¿Qué historia piensa contarme hoy sobre lo que sucedió ese día?

—No hubo ninguna cabra —dijo ella en voz baja—. Alguien me empujó. Debió de ser alguien de La Espita, aunque no sé quién. Cuando logré enderezarme y recuperar el equilibrio ya se había ido.

—¿Y por qué no lo contó así en ese momento? —preguntó Poirot.

—Tenía miedo. —Su voz sonó hueca. Pudo deberse a un miedo genuino o tratarse de un acto deliberado, pensó él—. Quise que quien me hubiera atacado supiese que le había protegido, para que

no intentara asesinarme de nuevo. —Se inclinó hacia un lado y miró más allá de Poirot—. ¿Qué es esa cosa azul de ahí?

—El mar Egeo —contestó mi amigo belga.

—No, quiero decir ahí abajo. En el suelo. —Lo señaló.

—Ahí no hay nada. Un momento..., ya lo veo. —Poirot se puso en cuclillas y miró con más detenimiento—. Es una cinta de mujer, ¿no?, para el pelo... La que envolvía las cartas entre usted y monsieur Lanyon cuando las encontré en mi habitación. Ha debido de caerse al suelo en el momento en que la quité. ¿Es suya?

Pearl pareció sorprendida.

—No puede pensar lo bastante rápido, *n'est-ce pas?* Siente el fuerte impulso de negarlo..., pero recuerde, he leído las palabras que le escribió a Austin Lanyon. Eso es lo que la incrimina, no el adorno para el pelo con el que ató las cartas.

—Sí, es mía —dijo Pearl—. Y estas también. —Se abalanzó sobre Poirot y le arrebató las cartas. Mi amigo intentó detenerla, pero ella ya estaba demasiado lejos para que pudiera alcanzarla. Mientras Pearl bajaba dando saltitos por el sendero, le dijo por encima del hombro—: No tenía usted derecho a leerlas, monsieur Poirot. Me las robaron y ahora yo se las he robado a usted..., lo cual ni siquiera es robar, ya que eran mías.

Capítulo 26

Las opiniones de Olive

—Ha encontrado mi playa favorita —dijo Olive, sonriendo.

—¿Está todo bien? —le pregunté—. Poirot... ¿la ha mandado en mi busca?

—No. —Pareció sorprendida—. Este es mi paseo favorito por la isla... Subo hasta aquí y regreso a Liakada. Lo hago al menos tres veces por semana. La Espita puede volverse un tanto... abrumadora. Caminar por la playa, ver las olas rompiendo... Representa un gran placer.

—El mejor de todos —dije.

—Y el problema de la playa al lado de la casa es que una se siente vigilada en todo momento: Irida, la esposa de Yannis, nos observa a menudo desde la ventana de su habitación en el hotel, o hay alguien que te mira desde la terraza comedor. Una se siente asaltada por la curiosidad ajena a un lado y al otro.

—Sé a qué se refiere —le dije.

—¿Damos un paseo juntos? —sugirió ella—. Me gusta subir hasta ahí arriba antes de dar la vuelta. Hay marea alta, así que no podremos llegar hasta la roca grande, pero acerquémonos todo lo posible.

—Sí, claro —contesté.

—¿Está seguro? —preguntó Olive—. Por favor, dígame si preferiría estar solo. No quiero entrometerme en sus momentos de soledad.

—Es usted muy considerada, pero me alegra contar con su compañía.

Ella sonrió. Había algo maternal en esa mujer y no pude dejar de pensar que, en caso de que ella hubiera sido mi madre, y no Cynthia Catchpool, casi sin duda habría disfrutado de una infancia feliz. Pero Rhoda era cualquier cosa menos feliz, de modo que quizá estuviera equivocado.

—Dígame, inspector Catchpool —dijo Olive—, ¿qué opina usted sobre las enseñanzas de Nash? ¿Está de acuerdo con los valores de la comunidad, una bienvenida incondicional para todo el mundo, incluidos los malhechores menos contritos y de la peor calaña? ¿El perdón incondicional siempre?

—Oh, bueno... —Me apresuré a debatir conmigo mismo cuán franco deseaba mostrarme. Tuve la sensación de que no era peligroso contarle a Olive la verdad, así que contesté—: No, me temo que no. Intento ser un buen cristiano y creo en el perdón, por supuesto, pero no incondicional. Aunque no soy teólogo —me apresuré a añadir—. No me sorprendería en lo más mínimo descubrir que Nash sabe más que yo de estas cosas.

—El problema de la teoría de Nash radica en su aplicación práctica y en las consecuencias de ello —dijo Olive—. Supongo que Poirot le habrá contado que solo estoy aquí porque me pareció inconcebible dejar que Rhoda viniera a Grecia sin supervisión... Admito que también me sentí muy intrigada por el experimento de Nash sobre el perdón, que es el nombre que le di para mí misma. Quiero pensar que le ofrecí una oportunidad; de hecho, sigo haciendo lo imposible para ofrecérsela. No obstante...

Su voz cobró una nota de severidad.

—Ahora ha habido un asesinato, y Nash cree que alguien intentó matar a Pearl hace unas semanas. Así que, pensándolo mejor, ir perdonando a todo el mundo a tontas y a locas e invitar a individuos violentos en potencia a tu comunidad y a tu hogar quizá no sea el mejor enfoque.

—Coincido con todo lo que acaba de decir —le dije.

—Y sin embargo..., sin embargo... —Olive suspiró—. Nash sin duda ha dado con algo. Cuando se tiene esa capacidad, perdonar a un enemigo es de lo más estimulante. El problema de su teoría, no obstante, y se trata de un obstáculo infranqueable, es que se basa en la suposición errónea de que todo el mundo cuenta con una reserva de bondad en su interior que puede salir a la luz en las condiciones adecuadas. Si fuera así, su propuesta podría funcionar..., y qué mundo tan alentador tendríamos.

—Pero... —comencé a decir. Habíamos llegado al punto más alejado de la playa y no podíamos seguir avanzando, así que dimos media vuelta y emprendimos el camino de regreso.

—Pero —dijo Olive— la gente malvada existe. Y, entre los buenos, algunos son igual de malos. La buena gente, lamento decirlo, provoca cuando menos la mitad del daño, y eso complica las cosas de manera considerable.

—¿Quién cree usted que mató a Matthew? —le pregunté.

—Belty o Pearl —contestó ella sin vacilar—. Y no lo digo solo por la conversación que he escuchado justo antes de salir de la casa, hace un rato. Le juro que no. He tenido mis dudas sobre Belty y Pearl desde hace mucho. Creo que ninguna de las dos posee lo que mi madre habría definido como una «fuerte integridad moral». Y eso hace que destaquen en un lugar como La Espita, donde se supone que la integridad moral viene *de rigueur*.

—Si me permite preguntárselo, ¿cree que, aparte de Pearl y de Belty, todos los demás tienen esa integridad moral?

—Bueno, ninguno es perfecto —contestó Olive, pensativa—. A ver, Austin puede ser lo que él llamaría «un burro de campeonato». Nash a veces es de lo más pretencioso, y también reservado. Y Thirza tiende a ser moralista e irritable, pero el asesinato no es lo suyo, y lo sé a ciencia cierta.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunté.

—Supongo que a estas alturas ya habrá oído lo de la hermana de Charles, la que fue asesinada... Una historia muy desagradable.

—Sí, horrible —coincidí.

—Cuando me contó que el asesino nunca había sido detenido, dijo: «Ojalá hubiera podido matar a Marie yo misma, pero no pertenezco a ese tipo de personas». Bien, sé lo que está pensando: que es justo lo que diría una asesina. Pero le creí.

—¿Por qué?

—Porque lo elaboró de una manera que me convenció. Me dijo: «La verdad es, Olive, que el peor daño que me imagino infligiendo a alguien a quien odie, el daño que me gustaría infligirle a cualquier enemigo, tendría que involucrar palabras. La idea de matar a alguien me parece tediosa. La violencia física me aburre. No hay ningún arte en ella. Además, me gustaría que el objeto de mi desprecio viviera para siempre, recordando la manera en que lo destripé de palabra y lo doloroso que fue». ¡Caramba, escuche lo que estoy diciendo!

Olive se rio y pareció avergonzarse un poco.

—Cualquiera diría que estoy sobre el escenario del Teatro Dorrills' de George Street.

—¿Puedo preguntarle algo más?

—Sí, por favor.

—¿Cree que Thirza está enamorada de Matthew? O debería decir «estaba». Porque Charles, su prometido, cree firmemente en ello. ¡Madre mía! —exclamé—. No tendría que haberle contado eso.

—No se preocupe, que no diré una palabra —dijo Olive—. Thirza, ¿enamorada de Matthew? No, no lo habría dicho. En absoluto. Le caía muy bien, pero... En realidad, en Nochevieja me di cuenta de que le prestaba muchísima atención a Matthew.

—Yo también. Y Charles.

—Ay, no lo sé —dijo Olive—. Soy la última persona a quien debería preguntárselo. Al no ser dada a los romances yo misma, quizá no reconozca el anhelo romántico en otras personas. Por suerte, soy ajena a él, llevo muchos años así... y ya me va bien, ya que no soy el tipo de mujer que pueda inspirar un anhelo amoroso en otra persona. —Se rio para sí ante la absurdidad de la idea.

No debería haber dicho lo que solté a continuación. Fue una travesura reprobable por mi parte.

—El inspector Kombothekra no estaría de acuerdo —le dije—. Está bastante prendado de usted. Me lo dijo él mismo.

—¿Konny? Oh, qué descabellado por parte de él. —Olive sacudió la cabeza en señal de desaprobación—. No estoy hecha para nada de ese estilo. —Para mi sorpresa, en ese momento agitó la mano izquierda frente a mi cara y añadió—: Mire estas manos. Resistentes y fiables, ideales para frotar los agujereados escalones de piedra de La Espita, pero que no cumplirían con el ideal de hermosura de nadie.

—Yo solo puedo decirle que, en mi opinión, es poco probable que el inspector Kombothekra lo viera de esa manera —dije.

—Bueno, no sé lo que esperaba conseguir con esa bromita —dijo Olive abruptamente—. Puedo asegurarle, Edward..., y no lo digo desde la autocompasión, puesto que me alivia no verme perturbada

por la vorágine emocional que aflige a tantos... Puedo asegurarle que ningún hombre se ha enamorado nunca de mí. Sencillamente, no pertenezco al tipo de persona del que la gente se enamora. Y es gracioso, porque eso es lo que he oído comentar a Pearl y Belty en la escalera, justo antes de salir a pasear. Son tan egocéntricas que no han pensado en la manera en que el más pequeño sonido resuena a través de todo el edificio cuando alguien se detiene en el punto preciso. Oh, no las veía, pero sabía con exactitud dónde estaban. Solo podía tratarse de un lugar: cerca del primer rellano.

—Espero que no estuvieran haciendo comentarios desdeñosos hacia usted... —dije.

—Ha comenzado siendo una conversación sobre el vestido de Pearl —me explicó Olive—. Belty ha observado que a la mayoría de la gente no le quedaría bien, pero que Pearl tiene una figura bonita y curvilínea, y que es muy afortunada..., y entonces me ha mencionado como un ejemplo de mala suerte en el ámbito de la figura, pues no tengo ninguna curva, pero tampoco soy esbelta. Pearl me ha descrito en términos de «bulto amorfo» y Belty se ha mostrado de acuerdo.

—Es inexcusable —dije.

—Sobre todo, me ha ofendido la inexactitud —dijo Olive con una sonrisa—. Quizá sea un bulto, pero no soy amorfa. Los bultos tienen forma. Tienen forma de bulto, ¿o no? Oh... —Olive se interrumpió con una carcajada, y a continuación se tapó la boca con la mano—. Lo siento mucho, Edward. Veo que se ha molestado en mi nombre. Por favor, no se preocupe. Me siento muy feliz siendo un bulto con un cerebro brillante..., pues eso es lo que soy, si se me permite decirlo. El profesor lo afirmaba siempre, y era el mejor elogio que me podría haber dedicado. Mi contribución a sus experimentos fue incalculable, según él, y es verdad... De hecho, se aseguró de

concederme ese crédito siempre que le fue posible. ¿Sabe, inspector Catchpool...?

—¿Sí?

—En mis fantasías y en mis sueños no conozco a príncipes atractivos —dijo Olive—. En su lugar, y debe prometerme que no le contará esto a monsieur Poirot... En su lugar les ayudo a él y a usted a solucionar el enigma de quién mató a Matthew. Y, en la mejor de esas fantasías, lo descubro antes que monsieur Poirot y a él lo devora la envidia. Lo gracioso es que a usted no le importa. Usted siempre se muestra admirado y me felicita por la consecución.

—¿En sus sueños? —intenté aclarar.

—Sí. —Soltó una risita.

—Bueno, me sentiría exactamente de esa manera —le dije—. Si pudiera contarme quién es el asesino en La Espita, estaría feliz y no dejaría de reconocérselo.

La casa ya se veía a lo lejos.

—Pero me temo que no puedo —dijo Olive—. Aún no, al menos. Aunque sí puedo decirle... —Se detuvo y miró el movimiento de sus pies mientras aumentábamos el ritmo—. Da igual —dijo—. Estoy segura de que un detective de homicidios de Scotland Yard que además es la mano derecha de Hércules Poirot no necesitará ningún consejo de mi parte.

—Siempre he necesitado, y además deseado, que la mayor cantidad posible de gente me ofreciera sus consejos —le dije—. Adelante, por favor.

—Bueno... —dijo Olive, indecisa—. Gracias a mi trabajo con el profesor, siempre he creído con firmeza en la experimentación. Lo cierto es que se trata de la única manera de alcanzar una verdad fidedigna que no se agriete ante el primer desafío. El conjunto de la ciencia se basa en ese principio.

—No acabo de ver cómo se relaciona eso con...

—Yo se lo explico. —Había un aire creciente de autoridad en su voz, señal de lo mucho que le entusiasmaba el tema—. Me parece a mí que tanto monsieur Poirot como usted intentan saber las cosas. Los dos creen que necesitan un mayor conocimiento de esas cosas, y que al final dispondrán de la cantidad suficiente de información para identificar con certeza al asesino de Matthew. Si no le molesta que se lo diga, es un enfoque equivocado. Es imposible saber con seguridad algo mientras no prueben cosas, mientras no experimenten..., y eso es algo que no harán si se quedan sentados esperando a que el saber venga hasta ustedes.

—Vaya... —Me reí por lo bajo—. Está siendo usted un poco injusta. Poirot y yo no nos limitamos a quedarnos «sentados esperando». Sobre todo porque no hay un solo lugar donde sentarse con comodidad en toda La Espita. Sin duda habrá visto que hemos realizado tantos interrogatorios como...

—Hacer preguntas no es lo mismo que realizar un experimento del tipo que yo les recomendaría. —Me interrumpió con tanto entusiasmo que no pude molestarme—. Tienen que actuar como si ya lo supieran. Ese es el experimento. Llévelo a cabo y no tardará en averiguar si tienen razón.

—¿Me está recomendando que mande a una pobre persona a que la cuelguen por asesinato cuando...?

—No, no. En absoluto —dijo Olive—. Me refiero a sus ideas, a su corazón, a la historia que se cuente a sí mismo. Pruebe conmigo, no me importa. Experimente con la convicción de que yo maté a Matthew. Imagínelo: está en un nuevo mundo, una nueva realidad. Se encuentra en el mundo donde Olive mató a Matthew. ¿Qué es lo primero que piensa?

—Que es imposible —contesté—. Ese mundo no puede existir.

—¿Por qué no?

—Porque parece usted... demasiado civilizada para cometer un asesinato.

—Nadie es civilizado, al menos en lo más profundo de su ser —dijo ella—. ¿No se le ocurre una razón mejor para declarar que ese mundo es imposible?

—Bueno..., sí, se me ocurre. Rhoda adoraba a Matthew y ahora sufre una infelicidad terrible. Usted no le habría provocado todo ese dolor.

—¿Y si creyera que lo superaría con el tiempo y que entonces encontraría a un hombre que la amara como es debido, en vez de malgastar su vida con otro que ya había demostrado que no la amaba así?

—No —dije con decisión—. No apostaría usted con la posibilidad de que no lo superase. Ella me parece... Espero que no le importe que se lo diga, pero su hermana me parece muy sensible. Usted habría sabido que, al matar a Matthew, suponiendo incluso que deseara hacerlo, se arriesgaría a destruir a Rhoda..., y nunca haría eso. Por tanto, declaro que ese mundo inventado es imposible.

—Muy bien —dijo Olive—. ¿Lo ve? Ahora sabe, en su corazón y en sus entrañas, que yo no fui. Ha intentado habitar la realidad en la que yo era culpable, y ha descubierto que es imposible: es lo opuesto a una realidad. Antes, cuando lo único que había hecho era considerar esa posibilidad y hacerme preguntas, aún no lo sabía.

—Está claro que debo repetir el experimento en relación con todos los demás residentes de La Espita —dije.

—Es lo que yo le aconsejaría, sí.

—¿Lo ha hecho usted? —le pregunté.

—Aún no. He estado demasiado pendiente de cuidar de mi hermana, y además... —Pareció sopesar sus palabras. Al final dijo—:

Aún estoy muy ocupada con el experimento del perdón que llevo tiempo realizando aquí, porque al parecer no deja de ramificarse y de exigirme más en todo momento. Ver a Rhoda tan destrozada por esta tragedia... me temo que ha dejado cierta cantidad de rabia en mi corazón. Nash, Austin... ¿Cómo es posible que no vean el peligro que están alimentando? Meter juntos a todos estos desconocidos que estaban tan afligidos y desesperados que tuvieron que abandonar sus vidas, decirles que son los elegidos para salvar al mundo entero y, a la vez, que pueden cometer cualquier pecado de su elección y que se saldrán con la suya, sin consecuencias... ¡Es una locura!

—Así es —dije.

—Y sin embargo... —murmuró Olive—. Cuando tengo la sensación de que comienzo a asfixiarme en mi propia rabia y asco, recuerdo los discursos elocuentes y persuasivos que Nash ha pronunciado a lo largo de los años sobre que el perdón es libertad y el regalo último que podemos hacernos a nosotros mismos..., y entonces me doy cuenta de que aún no puedo declarar que mi experimento con el perdón haya llegado a su fin. Recuerdo, por ejemplo, una enseñanza de Nash según la cual a veces, a menudo, primero debemos alcanzar un extremo intolerable de odio o furia o tristeza antes de poder hacer el cambio al perdón incondicional para todo el mundo. Siento que me acerco a ese extremo y..., bueno, ¿y si la admisión a ese estado de dicha eterna se encuentra a la vuelta de la esquina para mí? Podría ser, no conozco el futuro. El método científico requiere de mí que continúe, pues, con este agotador experimento, ¿acierta Nash o se equivoca?, que he estado conduciendo desde que llegué a Lampero.

Al ver mi expresión ansiosa, Olive sonrió y añadió:

—Oh, no se preocupe por mí. Estoy bien. Mi cabeza necesita mantenerse ocupada con algo mientras intento que Rhoda no se muera de la angustia.

Nos acercábamos a La Espita y vi que la terraza comedor estaba bastante concurrida. ¿Por qué había tanta gente allí fuera?

—¡Oh! —Sin duda, Olive había reparado en lo mismo.

—¿Se supone que hay algún tipo de reunión? —le pregunté.

—No, hasta donde yo... Ay, cielos.

—¿Qué?

—Desearía que no me hubiera contado usted que... Mire, allí está.

Se refería al inspector Kombothekra. ¿Qué hacía en La Espita?

—Quizá tenga noticias sobre Matthew —dijo Olive.

—En ese caso, no serán buenas —dije, pues ya estaba lo bastante cerca para ver la expresión de Poirot y esta no me dejó duda alguna: algo iba muy mal.

—¿De qué se trata? —le pregunté sin aliento en cuanto llegué a su lado.

—¿No lo ha visto? En las rocas, cuando ha pasado en compañía de mademoiselle Olive... —Las señaló—. Creo, *peut-être*, que su *tête-à-tête* ha sido demasiado fascinante y no ha mirado usted muy lejos.

—No he visto nada —contesté—. ¿Qué hay en las rocas? ¿Ha pasado algo?

—Me temo que ha habido una nueva tragedia —sonó la voz de Kombothekra a mi espalda.

Los Muy Buenos Amigos formaban un círculo a poca distancia, cerca de la puerta principal de la casa. Todos parecían conmocionados, sin saber muy bien qué hacer.

Salvo que... no estaban todos los que deberían estar. Irida y Yannis Grafas se encontraban allí, además de Manos, que parecía haberse dedicado a prestar su apoyo a Rhoda en ausencia de Olive.

Pero faltaba alguien, un miembro de La Espita que tendría que haber estado allí con el resto.

Me di cuenta de quién faltaba en el mismo momento en que Poirot decía:

—Me temo, *mon ami*, que algo terrible ha ocurrido en la Casa de la Eterna Bienvenida. O, tal y como deberíamos llamarla ahora, La Casa del Segundo Asesinato.

Capítulo 27

ASESINATO AL SEGUNDO INTENTO

—Es mademoiselle Pearl. Me temo que ha muerto. Catchpool..., por favor, siéntese un momento. Veo que está usted afectado.

—No, no. Estoy bien. —¿Pearl? Me pareció imposible. «Es demasiado odiosa y exasperante para estar muerta», pensé, por mucho que fuera una idea irracional—. Y... ¿la han asesinado?

—Esa es mi firme sospecha, sí —contestó Poirot—. Me parece que ha sucedido exactamente igual que cuando trataron de matarla la primera vez. La han empujado desde la terraza junto a su habitación y ha caído sobre las rocas.

—Pero podría haber sido un accidente, ¿no? —preguntó Nash, que se había acercado a nosotros—. Quiero decir que..., sí, coincido en que es poco probable, pero no podemos descartarlo.

Poirot pareció impaciente.

—Monsieur, fue usted quien me convocó a Lampero porque pensaba que...

—Sí, lo sé. Lo sé. —Nash levantó las manos en un gesto de autoprotección, como si Poirot le estuviera lanzando piedras dentadas y no palabras.

—Inspector Catchpool, debo decirle algo. —Kombothekra me cogió del brazo y me alejó de los demás tirando de mí en dirección a un árbol frente al cual habían colocado una caja de gran tamaño. Yo no

la había visto antes y me pregunté qué haría allí, pero no me pareció el momento más adecuado para inquirirlo—. Tengo que decirle lo que ya le he contado al señor Poirot —dijo el inspector griego—. He cometido un error. Kefáli Stin Ámmo no puede ser el asesino. Ni el del señor Matthew, ni el de la señorita Pearl. Aunque me duela muchísimo decirlo, alguien aquí, en La Espita, tiene que ser culpable de estos crímenes terribles.

—Entiendo. Entiendo. Qué inquietante —dije, como si Poirot y yo no lo hubiéramos sabido en todo momento.

—Lo que he encontrado dentro de la casa durante mi más reciente registro ha hecho que cambiara de idea —comenzó a explicar el inspector, pero se detuvo al oír que Poirot hacía un anuncio público:

—Damas y caballeros... —Dio una palmada—. Permítanme que les informe de algo que, en este momento, solo conocen Hércules Poirot y el inspector Kombothekra. Por supuesto, todos son conscientes de que mademoiselle Pearl se ha precipitado hacia la muerte hace escaso rato.

La mayor parte del grupo dejó escapar sonidos de angustia.

—Creo que la empujaron... y, por suerte, sabemos el momento exacto en que pasó eso.

—¿Lo sabemos? —exclamé—. Perdón, le he interrumpido. Siga.

—*Oui, mon ami.* ¿Cómo podemos saber la hora a la que se ha cometido el crimen? Pues porque, gracias a una afortunada coincidencia, madame Grafas estaba aquí, junto al mar, en la bahía. Oyó una fuerte exclamación de horror, me imagino que por parte de mademoiselle Pearl, cuando la empujaron, y entonces vio caer su cuerpo contra las rocas.

—Oh, Irida, pobrecita mía —dijo Rhoda—. Ha tenido que ser espantoso. Qué experiencia tan horrible. Yo no sería capaz de sacarme nunca algo así de la cabeza, jamás.

—Sí, muy mal —coincidió Irida con tono prosaico—. Pero estoy bien, por lo demás. —Dirigió una mirada de reojo a su marido.

—¿Podrían todos ustedes, por favor, uno por uno, contarme lo que han hecho hoy y a qué horas? —pidió Poirot—. Madame Grafas estaba en la bahía, y su marido en el hotel. También fue él quien estaba en una habitación que contenía un reloj. Nos dice que a las tres menos cuarto vio el cambio en la expresión de su esposa mientras la observaba por la ventana. Miró el reloj en cuanto ella echó a correr como si le fuera la vida en ello camino del hotel. Las tres menos cuarto. —Poirot fue mirándolos a la cara uno tras otro.

—Comienzo yo —dije. Aunque sabía que no era sospechoso, no estaría de más demostrar buena voluntad y predicar con el ejemplo —. Creo que ya había iniciado mi paseo. Me parece que salí sobre las dos y media, más o menos.

—Fue antes —dijo Olive—, porque yo salí a recorrer la misma ruta a las dos y media en punto, y usted iba por delante.

—¿Dónde estaba usted cuando pasó, Poirot? —le pregunté.

—Durmiendo —contestó él—. Me despertó monsieur Grafas cuando su esposa y él vinieron a informarnos de la tragedia.

—Yo me he pasado todo el día en la habitación, monsieur Poirot — se prestó Charles Counsell—. Solo he salido sobre el mediodía a comer un poco. Esta mañana me perdí el desayuno. Estoy leyendo un libro de lo más emocionante, y no quería dejarlo.

—Yo estaba en la cocina —dijo Manos.

—Así es —confirmó Austin—. Nash y yo le hemos oído montando estrépito y cantando. Nosotros estábamos sentados en el banco, a la vuelta de la esquina. —Señaló hacia el extremo más alejado de la terraza, desde donde no se veía la bahía—. Nos hemos ido hasta allí para que no nos vieran ni nos oyeran discutir cómo funcionarán las

cosas a partir de ahora..., quiero decir, ahora que Matthew ya no puede desempeñar el papel de Défteri Foní.

—Seguíamos allí, debatiendo, cuando Rhoda ha venido a contarnos lo sucedido —dijo Nash.

—¿Y dónde estaba usted a las tres menos cuarto, mademoiselle? —le preguntó Poirot a Rhoda.

—Yo... —Miró a su hermana mayor—. Lo siento, Olive, pero debo contárselo. No puedo mentir. Olive y yo tenemos un lugar de encuentro secreto al que vamos a veces para hablar. Está allí. —Señaló con la cabeza en dirección al hotel y la colina que se elevaba detrás—. Subí sobre las once de la mañana y pasé allí varias horas.

—¿Haciendo qué? —preguntó Poirot.

—Pensando. Sí, solo pensando, durante horas y horas. Y, es más, aún me quedan muchas horas de pensar —añadió, con un punto desafiante—. No he llegado hasta el fondo de ninguna de las cosas que debo dilucidar. Abandoné mi escondite al oír el jaleo que provenía de abajo. No estaba lo bastante cerca para entender lo que pasaba, pero oí voces y sonaban asustadas. Bajé a toda prisa y vi que Irida y Yannis corrían por la bahía en dirección a La Espita. En ese momento supe que pasaba algo terrible.

—Llegó detrás de nosotros, sí —confirmó Yannis Grafas—. No pudo ser ella la que cometió este asesinato.

—Thirza y yo estábamos en el salón —le dijo Belty a Poirot con una sonrisa—. Jugando al gin rummy. Comenzamos a las dos, después de comer, creo.

—Un poco antes —dijo Thirza—. Quizá a las dos menos diez. Ninguna de las dos salimos de la habitación hasta que oímos a Irida y a Yannis, que decían en el vestíbulo: «Está muerta, está muerta».

—¿Es eso cierto, señorita Ricks? —le pregunté a Belty—. ¿No salieron del salón de La Espita entre las dos menos diez y... cuando

fuera que llegasen los señores Grafas? Que habrá sido a... ¿qué, las tres en punto, las tres menos cinco?

Yannis asintió con la cabeza.

—Correcto —contestó Belty—. Yo no salí de la sala y Thirza tampoco. Las cartas que hemos usado siguen desplegadas sobre la mesa. Vaya a mirar si no me cree.

Me pregunté si Olive estaba pensando lo mismo que yo. La miré y la encontré intentando llamar mi atención. Me dirigió un asentimiento ligero con la cabeza como para decir: «Sí, tiene razón. Ha hecho bien al recordarlo».

«Justo antes de salir a pasear»: eso me había dicho, lo cual implicaba que sería poco antes de las dos y media. Y el hecho era que, si había oído a Pearl y Belty en la escalera justo antes de esa hora, criticando su forma de bulto o su abultamiento amorfo o cualquier otra tontería, Belty y Thirza acababan de mentirle a Poirot.

Estaba preguntándome cómo podía quedarme a solas con él a fin de contárselo cuando Olive me ahorró la molestia al anunciar públicamente:

—Creo que recuerdas mal, Belty. Pearl y tú estabais en la escalera cuando yo he salido. Hablabais sobre el vestido de Pearl, decíais que era bonito y que le sentaba muy bien a su figura.

—No, no lo creo. —Belty esbozó una sonrisa encantadora—. Habrá sido otro día.

—No, ha sido hoy. —Charles Counsell no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desagrado—. Pearl y tú habéis mantenido ese diálogo concreto junto a la puerta de mi dormitorio. He oído hasta la última palabra.

Siguió un silencio breve. A continuación, tan relajada como siempre, Belty dijo:

—Ah, sí, es cierto. Salí del salón una vez, es verdad. Me encontré a Pearl en la escalera. Ella iba camino de su habitación.

—Entonces es probable que fueras la última persona en verla con vida —dijo Olive.

—Oh, sí, ahora lo recuerdo —repuso Thirza—. Diría que Belty ha estado fuera no más de cinco minutos.

Poirot prestó atención a todo el diálogo, pero no dijo nada.

Mi mente zumbaba fruto de una actividad furiosa. Al parecer, las dos mujeres, Thirza y Belty, estaban dispuestas a mentir a las primeras de cambio. Pero ¿por qué? ¿Había hecho Thirza que Pearl muriera despeñada y Belty había aceptado proporcionarle una coartada? ¿O era al revés, con Belty como la asesina y Thirza en el papel de ayudante mentirosa?

El problema principal de ambas teorías era que me parecía muy improbable que las dos hubieran conspirado juntas. No las había visto decirse más de un par de palabras desde que Poirot y yo llegamos al lugar. Y, en Nochevieja, dos veces había visto a Thirza pasar junto a Belty como si esta fuera un mueble que no requería de ninguna atención o consideración.

Olive me había dicho que Thirza no cometería nunca un asesinato, que los actos de violencia le parecían tediosos, o algo similar. Sin embargo, si Thirza estaba enamorada de Matthew Fair...

Me pregunté si quizá había estado enamorada de manera vehemente, lo suficiente para que deseara asesinarlos tanto a él como a Pearl. A Matthew por el pecado de no haberla amado, y a Pearl por haberle inspirado a enamorarse hasta las trancas de una manera que Thirza jamás podría replicar.

—Ahora voy a dejar paso al inspector Kombothekra para que hable él —anunció Poirot—. Los dos hemos registrado la casa en

profundidad. Y hemos encontrado muchas cosas interesantes, ¿verdad, inspector?

Kombothekra asintió con la cabeza y se agachó para abrir la caja de gran tamaño que había delante del árbol, la misma sobre la que yo había especulado un rato antes.

—Primero hemos encontrado una bufanda de punto y de color amarillo que, según nos dicen, perteneció a la señorita Pearl —dijo —. Al menos fue amarilla en su día. Ahora es sobre todo roja. Roja de sangre.

La mayoría retrocedimos un poco al verla, pero no, según reparé, Belty ni Thirza. Sus rostros no se movieron en respuesta a ese nuevo estímulo. Austin tampoco pareció afectado; su expresión fue más bien de ávida curiosidad. Charles frunció los labios en gesto de desaprobación. Olive traslucía ansiedad. Y tanto Nash como Rhoda parecieron del todo devastados por lo que se desarrollaba ante ellos. No me habría sorprendido que alguno de los dos hubiese caído al suelo desmayado.

—¿Dónde ha encontrado la bufanda? —le pregunté a Poirot—. ¿Es sin duda de Pearl?

Siguió un murmullo general de asentimiento.

—La encontré en el dormitorio de Matthew —contestó Kombothekra—. Y he encontrado otra posesión de la señorita Pearl, también cubierta de sangre: un pendiente de perla.

—Que también ha sido identificado como perteneciente a mademoiselle Pearl —me dijo Poirot—. El inspector Kombothekra me ha asegurado que esos objetos no se encontraban allí, en la habitación de monsieur Fair, cuando registró la casa después del primer asesinato.

—De acuerdo, esto ya comienza a cobrar sentido —dijo Austin—. Pearl mató a Matthew, se manchó de sangre la bufanda y el

pendiente al hacerlo, y entonces escondió ambas cosas en la casa o en los alrededores. Alguien los encontró, se dio cuenta de que Pearl era la asesina y le dio su merecido empujándola desde la terraza. A continuación, esa persona dejó las dos pistas en la habitación de Matthew para que las encontráramos y supiésemos que Pearl era la culpable. ¿Qué tal voy, Poirot?

—Bastante mal, señor.

—Creo que está celoso —dijo Austin—. Me gusta mi teoría. ¿Tiene una mejor?

—La mía es infinitamente superior, sí —dijo Poirot en voz baja—. He llegado a ella después de leer las numerosas cartas que alguien me dejó sobre la cama.

El inspector Kombothekra sacó de la caja un grueso fajo de papeles.

—¡Las cartas, sí! —dijo—. Estas son todas de la señorita Pearl para usted, señor Austin, y de usted para ella.

—Me preguntaba cuándo iban a aparecer. —Austin no parecía preocupado en lo más mínimo—. Mi pequeño proyecto de escritura creativa... Espero que hayas admirado el estilo de mi prosa, Konny.

—No he admirado los sentimientos que expresa —dijo el inspector —. Y también voy a decir esto: si hay un asesino entre nosotros en este momento, y he llegado a la conclusión de que tiene que haberlo, creo... Me temo que mi opinión es...

—Escúpelo, Konny. —Austin le sonrió, sonrió a Poirot, me sonrió a mí—. Crees que fui yo. Es muy probable que lo crean todos. Me parece bien. Me siento mejor incluso de lo que esperaba.

—¿Al ser acusado de dos asesinatos? —le pregunté.

—No, amigo mío. Al ser objeto de sospecha, de condena incluso, siendo por completo inocente. Igual que nuestro Señor Jesucristo, que cumplió exactamente casi todo. Usted no lo comprenderá

nunca, Catchpool, pero, cuando uno ha conocido, se ha criado, se ha enredado como yo en el tipo de pecados que te corroen el alma, y después ha tenido la suerte de escapar a ellos... Bueno, a partir de entonces solo temes una cosa. ¿Se le ocurre cuál puede ser?

No tenía interés en participar en otro de sus juegos, así que guardé silencio.

—Temes que la culpa y la vergüenza y el pecado, los elementos que te son connaturales, vuelvan a por ti; que te persigan y que te conviertan de nuevo en su juguete. En comparación con ese destino aterrador... —Austin hizo una mueca— ¿ser inocente y que te acusen? Eso es lo que mi alma feliz consideraría un camino de rosas.

Capítulo 28

Complicaciones con la bufanda amarilla

—Esto es lo que no entiendo —le dije a Poirot en cuanto nos quedamos a solas. Estábamos en su habitación, sentados en sendas sillas de respaldo duro frente a la ventana, mirando hacia nuestra terraza y la pendiente forestal que se elevaba a lo lejos—. ¿Por qué iba Pearl a matar a Matthew Fair? No tenía ningún motivo.

—Que nosotros sepamos. —Las palabras de mi sabio amigo fluyeron sin interrupción a partir de mi afirmación, como si el final de esa frase fuera el lugar legítimo que les correspondía.

Sin embargo, no le faltaba razón. Pearl bien podría haber tenido un motivo del que nada sabíamos. Pero estaba con Yannis Grafas en el hotel cuando Matthew fue asesinado. Y, aunque no hubiera estado allí, la cuestión de la bufanda amarilla manchada de sangre era otra pieza del puzle que no lograba colocar de ninguna manera lógica. Si llevaba la bufanda cuando acuchilló a Matthew, ¿por qué no la quemó en los fogones de la cocina de Manos, junto con el resto de su ropa ensangrentada? Hubiera sido una locura que se quedara con ella y la escondiera en algún lugar donde pudieran encontrarla.

Bien, si alguien hubiera tenido la inclinación de conservar un objeto de gran valor sentimental de esa manera, Pearl me parecía una candidata probable, pero la bufanda le pertenecía a ella, no a Matthew; era una prenda propia común y corriente. ¿No habría

tenido más sentido que guardara una posesión de él, del hombre al que una vez amó?

Estaba a punto de decirle todo eso a Poirot cuando llamaron a la puerta y me puse en pie para ir a abrirla.

Charles Counsell estaba de pie en la terraza, respirando con mucho empeño, como si creyera que corría el riesgo de olvidarse de hacerlo en caso de no realizar un esfuerzo consciente.

—¿Es cierto lo de la bufanda? —preguntó antes de que tuviera la oportunidad de invitarle a entrar—. ¿Que han encontrado una bufanda amarilla que era de Pearl y está cubierta de sangre?

Me pregunté si habría perdido la memoria.

—La ha visto usted mismo —contestó Poirot—. El inspector Kombothekra nos la ha enseñado a todos.

—Me he esforzado por apartar la mirada. Apenas he oído una sola palabra de lo que se ha dicho —murmuró Charles—. Toda esta espantosa pesadilla me parece irreal. Dígame: la bufanda, ¿era una de esas de punto? ¿Con agujeros? ¿Gruesa en torno al cuello, con dos como... protuberancias en forma de hoja que sobresalían en cada extremo, como si fueran parte de un trébol de cuatro hojas?

—Una descripción de lo más precisa —le dijo Poirot—. Conoce usted esa bufanda, pues.

Counsell asintió con la cabeza.

—Vi a Pearl con ella muchas veces. El color amarillo era su favorito, según me contó. Dijo que no había más que mirarlo para sentirse feliz, y yo le contesté que los colores vivos suelen producirme dolor de cabeza. Es una de las razones por las que me cuesta vivir aquí.

No tuve problema en imaginar que, después de conversar con ese comerciante de sombras, Pearl habría necesitado aumentar sustancialmente su consumo de color amarillo.

—¿Cuánta sangre había en la bufanda cuando la encontraron? —preguntó Counsell—. Lo que quiero decir es si, en caso de mirarla desde lejos, sería fácil no reparar en el rojo o si...

—No —contesté—. Estaba empapada en sangre, más roja que amarilla. Habría sido imposible no darse cuenta a cualquier distancia.

—Entiendo. En ese caso... —Counsell pareció aliviado, y supuse que a continuación diría que no tenía nada más que comentar. En cambio, nos condujo en la dirección opuesta, y no tardé en deducir que el alivio se debía a que había descubierto que, al fin y al cabo, no estaba haciendo una montaña de un grano de arena—. Monsieur Poirot, vi a Pearl con esa bufanda puesta esta mañana —dijo—. Entonces no había sangre en ella. Era amarilla por completo. Por tanto, puesto que esta mañana no quedaba nada de la sangre de Matthew en este lugar, ¿cómo ha pasado la bufanda del amarillo al rojo? ¿En qué sangre la han sumergido?

—Ese es, en efecto, el misterio —dijo Poirot.

—Ojalá pudiera decirle que tengo la seguridad de que Thirza no ha... planeado algo —dijo Counsell en voz baja.

—¿A qué se refiere, monsieur?

—¿No es evidente? ¿Y si alguien ha mojado la bufanda en sangre salida de otro sitio? La cocina parece el lugar más probable. He pasado por allí una o dos veces y he visto a Manos cortando en pedacitos animales de gran tamaño.

—¿Está sugiriendo usted que, en caso de que haya pasado eso, su prometida sería la responsable?

—No necesariamente. —Counsell sonó poco convencido—. Aunque no puedo dejar de temer...

—Que fuera ella quien asesinó a monsieur Fair —Poirot acabó la frase por él. No siguió ninguna corrección.

—Ella le amaba —dijo Counsell—. De eso estoy seguro. Desde el momento en que llegamos aquí, Thirza se volvió... diferente. Cambió. Fue inconfundible, esa energía nueva y súbita en su interior. Estaba llena de pasión y..., bueno, yo sabía que no era quien la había inspirado. Pero no pudo tener a Matthew porque en un primer momento él iba a casarse con Rhoda, y luego se enamoró de Pearl. Entonces, cuando Pearl se cansó de él, volvió a centrarse en Rhoda. Thirza dijo varias veces: «Pues claro que Rhoda aceptará casarse con él. Ella asegura que se mantendrá firme, pero es imposible. Él es todo su mundo. Nunca había visto una obsesión tan absorbente. Recuerda mis palabras: Manos estará preparando su banquete de bodas dentro de nada».

—Ya veo —dijo Poirot—. ¿Cree que la perspectiva de que monsieur Fair y mademoiselle Rhoda se casaran fue demasiado para ella y le mató para evitarlo?

—No lo sé. —Counsell parecía afligido—. Desearía no tener ninguna de estas sospechas en la cabeza, pero la cuestión es que hace un tiempo oí una conversación entre Thirza y Olive Haslop, y por supuesto quizá la haya malinterpretado, pero... me temo que una pequeña parte de mí se ha preguntado siempre si Thirza...

Tuve la sensación de que iba a convencerse para decirlo.

—Si quizá Thirza asesinó a mi hermana. A Marie.

—Háblenme de esa conversación que oyó —le pidió Poirot de repente—. ¿Cuándo tuvo lugar? ¿Qué se dijeron su prometida y Olive Haslop?

—Fue... ¿quizá hace tres semanas? —contestó Counsell—. Me temo que no lo recuerdo. Olive acusó a Thirza de haber hecho algo imperdonable, pero no sonó como si lo dijera en serio o estuviese enojada. Sonó bastante jovial. Olive dijo (o al menos pensé que la oí decir): «No puede ser cierto, y en serio, tienes que dejar de fingir

que lo es, Thirza. Sería muy malvado confundir a la gente con algo..., bueno, que pondría en peligro la vida de todos los involucrados. Y, puesto que no creo que seas mala...». Thirza la interrumpió y dijo: «No te miento. Te lo juro, Olive, por mi honor. Es del todo cierto».

Hizo una pequeña pausa y siguió hablando:

—«Más te vale no estar mintiendo con algo tan atroz como el asesinato», contestó Olive, sonando un poco más seria. Yo no tenía por qué haber escuchado todo eso, y mi plan inicial consistía en comportarme como si hubiera sido así, pero me temo que me pudo la curiosidad. Y, puesto que no las había espiado aposta...

—Le pidió a mademoiselle Thirza que se explicara... —dijo Poirot.

—Eso hice, sí —contestó Counsell—. Algunos días después. Y ella fingió que no recordaba haber mantenido tal conversación. Yo supuse que se trataba de un malentendido y me olvidé por completo del tema. Como es natural, los acontecimientos terribles de los últimos días han desempolvado mi memoria y me he decidido a preguntarle a Olive al respecto, cosa que acabo de hacer.

—¿Y? —dije.

—Ella también ha negado que esa conversación hubiera tenido lugar.

—Lo cual ha hecho crecer sus sospechas —dijo Poirot—. Sí, sí. Ya veo.

—Lo más extraño de todo, y recuerdo que lo pensé en su momento, fue que Olive no sugirió que el asesinato fuera el principal peligro. Ella quiso advertirle sobre el peligro de la convicción. Tal y como lo dijo... —Charles parecía perplejo—. Tuve la marcada impresión de que la amenaza mortal consistía en que alguien creyera alguna cosa.

Capítulo 29

OLIVE VUELVE A OPINAR

Olive Haslop, a quien Poirot había convocado en la sala de música, llegó con un plato entre las manos que contenía algo largo y rectangular, así como con un pequeño tenedor.

—Aún no ha probado el maravilloso *galaktoboureko* de Manos, monsieur Poirot. Y ya va siendo hora de que lo haga. Por favor, dígame que no siente aversión hacia los hojaldres con natillas.

—Gracias, pero debo resolver dos asesinatos antes de pensar en entretener a mi estómago. —Poirot sonrió a regañadientes—. Se ha asegurado usted, cuando menos, de que no vaya a olvidarla nunca, mademoiselle. El nombre de Olive Haslop permanecerá alojado para siempre en la mente de Hércules Poirot. Hasta ahora, nadie me había traído un postre delicioso a un interrogatorio.

—¿Interrogatorio? —La mayor de las Haslop pareció preocuparse —. Cielos, eso suena poco halagüeño.

—Y a propósito —Poirot había retomado la severidad original—, Catchpool y yo acabamos de hablar con Thirza Davis sobre una conversación que ustedes dos mantuvieron o no y que el prometido de esta, Charles Counsell, escuchó sin querer o no.

—Eso suena complicado, si no imposible —contestó Olive.

—Según mademoiselle Thirza, ese diálogo entre las dos no tuvo lugar nunca.

No era la única que tenía problemas de memoria, pensé con frialdad; yo también debía de padecerlos, pues no recordaba esa supuesta entrevista que Poirot y yo habíamos mantenido con Thirza Davis. Era pura invención por parte de mi amigo. Nada más marcharse Charles Counsell, Poirot me había enviado a buscar a Olive, a quien encontré enseguida, en apenas unos minutos. Ninguno de los dos había hablado con Thirza en el ínterin.

Tengo por costumbre intentar aprender de Poirot siempre que es posible, así que, como era de esperar, sentí curiosidad por la estrategia que había decidido emplear. En mi opinión, habría tenido más sentido que dijera algo como «Thirza Davis nos lo ha contado todo», pero, por supuesto, tenía más confianza en el juicio de mi brillante amigo belga que en el mío propio.

—He usado la palabra «interrogatorio» para recordarle, mademoiselle, la gravedad de nuestra situación. Hay dos asesinatos que aún no se han resuelto. Es imperativo que se me cuente solo la verdad. *Eh bien*, ha observado usted que Hércules Poirot disfruta de *les délicieuses gourmandises*, y se las trae para endulzar las cosas en su favor, *n'est-ce pas?* Cree que podrá contarme mentiras y no repararé en ellas si mis papilas gustativas se ponen a bailar de alegría...

—Le diré lo que pienso —se limitó a decir Olive—. Encuentro que es la verdad la que en general necesita que la endulcen, ¿no cree? Las mentiras son el azúcar que espolvoreamos sobre la realidad para mejorarla. —Al cabo de una breve pausa, prosiguió—. Creo que sé a qué conversación se refiere: Thirza me contó que Charles le había preguntado por ella.

—¿Tuvo lugar, pues? —preguntó Poirot.

—Sí, pero antes de que Matthew fuera asesinado —contestó Olive —. Semanas antes. Y nuestro diálogo no trató de eso.

—¿De qué trató entonces, mademoiselle?

—Thirza me habló del asesinato sin resolver de Marie Doxford, su cuñada. Por alguna razón, y no sé bien cuál, Charles y Thirza sospecharon el uno de la otra como asesinos de Marie, al menos durante un tiempo. Él comenzó a recelar cuando ella le habló de la comunidad que teníamos aquí, en Liakada. De repente, justo después de la muerte de Marie, ella se entusiasmó con este lugar donde todos los pecados y todos los pecadores se perdonan al instante y son bienvenidos. Y ella sospechó de él porque, a sus ojos, Charles era de manera muy evidente la víctima principal de las mentiras y traiciones de Marie.

Olive asintió con la cabeza.

—Charles oyó la descripción que Thirza me ofreció de sus sospechas. Por suerte, no oyó que se mencionara su nombre, ni pareció darse cuenta de que hablábamos de él. Y yo le dije: «Charles es un hombre bueno y decente, la última persona que mataría a alguien a sangre fría». Lo que quise decir, cuando Charles me oyó hablar de convicciones que podían poner una vida en peligro, fue que Thirza tenía que ser más cuidadosa. Allí estaba ella, esparciendo insinuaciones por doquier sobre que sospechaba que Charles había cometido un asesinato..., un asesinato sin resolver, por el que, en teoría, aún podrían ahorcarle. Bueno, le dije que era una irresponsabilidad. Que, al fin y al cabo, alguien podría creer lo que decía.

—Pero Scotland Yard se había convencido ya de que monsieur Counsell no podía haber cometido ese crimen —dijo Poirot.

Olive le dirigió una mirada de pesar.

—Es evidente que confía usted en que la justicia haga las cosas bien. A veces se cometen errores, y se cuelga a las personas

equivocadas. ¿Y si la policía cambiaba de idea al descubrir que la propia prometida de Charles sospechaba de él?

Poirot asintió con la cabeza.

—Gracias por su cooperación, mademoiselle. Y por su sinceridad.

—Espero que no vaya a culpar a Thirza por haber fingido que esa conversación no tuvo lugar... —Olive frunció el ceño—. Es posible que lo hiciera siguiendo mis consejos. Ya sabe: por no querer expresar sus sospechas hacia Charles frente al inspector Catchpool o usted, no fuera eso a conducir al mismo desastre sobre el que yo la había advertido.

—Ya veo —murmuró Poirot—. Gracias, eso será todo de momento.

—Tengo la sensación de que ya ha interrogado bastante y se ha ganado usted su postre, monsieur Poirot —dijo Olive—. Le dejo tranquilo. Ah, hay otra cosa que deseaba comentarles... —Me miró —. Me ha preguntado si Thirza estaba enamorada de Matthew. Eso me ha llevado a pensar en la coquetería que desplegó ante él en Nochevieja. Fue extraño..., casi como si estuviera..., bueno, intentando imitar a Pearl. Sé que suena raro, y no se me ocurre por qué podría haber hecho tal cosa, pero nunca la había visto tratar a Matthew de esa manera, con esos ronroneos y esas sonrisas afectadas. Ese era el comportamiento típico de Pearl, no de Thirza. Thirza es una mujer seria e inteligente que, aunque estuviera locamente enamorada, procedería con más dignidad.

—¿Y si estuviera loca de odio? —pregunté, sin saber muy bien a qué me refería. Era algo relacionado con la posibilidad de que, por razones estratégicas, Thirza se condujera en el odio imitando la manera en que Pearl se conducía en el amor. La idea era demasiado vaga y confusa, así que la abandoné.

—¿Y si nunca encuentran la respuesta? —preguntó Olive como si se compadeciera de Poirot y de mí—. Es algo que me ha preocupado

desde el principio.

—Poirot siempre llega a la solución correcta —le dije.

—Estoy segura de que será así en circunstancias normales —dijo ella—. Sin embargo, La Espita es una anormalidad. La mayor parte de nuestro grupo, incluida Rhoda, y quizá ella más que nadie, está decidida a evitar que descubran ustedes la verdad, buenos discípulos que somos todos. Nash predica que un sistema que castiga y asesina se encuentra en las antípodas de la justicia. ¿Es que no lo ven?

—¿Quiere decir usted que, en la Casa de la Eterna Bienvenida, a todo el mundo le han lavado el cerebro para que crea que proteger a un asesino es un proceder más virtuoso que ayudarnos a atraparlo? —pregunté.

—Precisamente —contestó Olive con tono de resignación y cansancio.

Capítulo 30

El enigma de la «F» mayúscula

Después de que Olive nos dejara a solas y Poirot acabara de extasiarse con la divina creación dulce que ella le había traído, sugerí que los dos abandonáramos los terrenos de La Espita y nos fuéramos durante un par de horas a algún lugar alejado, o, al menos, lo más alejado posible dentro de esa islita.

—¿Podríamos persuadir a Rasmus para que nos llevara a la Plateía del pueblo de Lampero? —pregunté, sintiendo la necesidad de estar en algún sitio más concurrido, lleno de gente que tuviera la mente ocupada con cosas como la pesca y la colada y el tiempo y los males de sus familias, y que no estuviera intentando crear una nueva religión con el objetivo de imponérsela al resto de la humanidad—. O quizá podríamos ir a echarle un vistazo a la tumba del pobre James Gresham-Graham. Sería una lástima no verla estando aquí.

—Me alegrará escoltarles al pueblo en barco —dijo una voz profunda. Poirot y yo nos volvimos para descubrir que el inspector Kombothekra nos sonreía a través de la ventana abierta de la habitación—. He hecho un descubrimiento del que debo informarles ya mismo —dijo—. ¿Puedo entrar, caballeros?

—Salimos nosotros a su encuentro —contesté.

—Sí, vayamos al pueblo —dijo Poirot—. Creo que quizá haya un telegrama que me han enviado desde el continente. Ese telegrama,

Catchpool —continuó Poirot mientras salíamos a la terraza—, nos confirmará de manera muy útil lo que ya sé, que es todo lo que hay que saber. Todas las respuestas. Usted también debe de estar cerca de deducirlas, ¿eh?

—Tan cerca como la bahía de Liakada se encuentra de... de mi casa en Londres —contesté.

—Ah, Londres —dijo él, adoptando de repente un tono mordaz y pomposo—. Una ciudad de lo más importante. La más importante entre todas las ciudades del mundo.

—No esperaba de usted que dijera eso. ¿Qué hay de Bruselas?

—*Non, non, non* —contestó.

—Entiendo. —Se trataba, sin duda, de un giro inesperado. Le había oído decir numerosas veces que Bruselas era más avanzada e impresionante en muchos sentidos. Aun así, no quiso explayarse, así que añadí—: Lo que quiero decir es que no tengo ni idea de quién asesinó a Matthew Fair y a Pearl St. Germain.

—Ah —dijo él, a la evasiva—. Y lo que yo quiero decir es que no piensa usted lo suficiente en la ciudad de Londres. Piense un poco más en ella y no tardará en descubrirse camino de desenmarañar lo que parece un enredo complicado, pero que en realidad es muy sencillo.

—No, no lo haré —me alegré de admitir—. Los dos sabemos a estas alturas, Poirot, que la suerte que me ha correspondido en esta vida consiste en estar a oscuras hasta que usted decida iluminarme.

Mi amigo se rio resoplando sobre su famoso bigote mientras el inspector Kombothekra se acercaba a nosotros con los brazos abiertos.

—Nos vamos —dijo—. Rasmus preparará la barca. Al llegar al pueblo les muestro esto, pero no antes. —Tenía un papel, que reconocí de inmediato.

—Es una de las cartas, ¿verdad? —pregunté—. De la correspondencia entre Pearl y Austin, en la que planearon el asesinato de Matthew. Reconozco la letra de ella.

—Ah —dijo Poirot—. Y es una letra muy reconocible, en efecto.

¿Qué demonios quería insinuar?

—Aquí no. —Kombothekra alejó el papel del alcance de Poirot mientras fruncía el ceño—. No sería seguro.

Al cabo de unos minutos nos encaramamos a la barquita de Rasmus y el inspector emprendió con el silencioso remero una conversación monologada sobre el tema de las condiciones meteorológicas.

Poirot se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Dígame algo, Catchpool..., ¿cuándo vio por primera vez la letra de mademoiselle Pearl?

—Se refiere usted al poema asesino del propósito de Año Nuevo, ¿verdad? —contesté—. ¿Cree que fue Pearl quien lo escribió?

—Tengo un acertijo para usted: en Nochevieja, después de que usted leyera el poema amenazador, mademoiselle Thirza dijo algo sobre la letra de mademoiselle Pearl, ¿verdad?

—Sí. Dijo que la parte inferior de las efes mayúsculas de Pearl eran como los hilos de una cometa que el viento desviara hacia un lado, o algo parecido. ¡Espere, ya veo lo que quiere decir! —Me atravesó una oleada de emoción—. En las cartas que Pearl escribió a Austin no hay efes mayúsculas que se inclinen de lado.

—Correcto —dijo Poirot—. Las líneas que bajan en sus efes son rectas por completo. ¿Por qué cree usted que Thirza Davis mentiría sobre la letra de Pearl St. Germain?

Me observó expectante durante unos segundos. Al ver que yo no decía nada, suspiró.

—No lo ha entendido. Da igual. Poirot, *il comprend tout!* Bueno, quizá no todo —se apresuró a corregirse—. Por ejemplo, no sé por qué el inspector Kombothekra ha escogido una carta de la colección por considerarla más significativa que el resto. ¿Tiene usted alguna teoría al respecto, Catchpool?

—Ni una sola —contesté—. Pero ya estamos casi en el pueblo de Lampero, así que, con un poco de suerte, no tardaremos mucho en averiguarlo.

Capítulo 31

UNA TRILOGÍA DE ASESINATOS

El inspector Kombothekra fue fiel a su palabra y, en efecto, Poirot y yo descubrimos, sin mayor dilación, por qué pensaba que esa carta en concreto era tan importante. Sin embargo, nos habíamos equivocado en una de nuestras suposiciones. La letra era de Pearl, pero el destinatario no era Austin Lanyon. Las tres primeras palabras de la misiva eran: «Queridísimo y amado Edward...».

Es decir, que Pearl me había escrito esas desdichadas palabras a mí, y la fecha y la hora en la esquina superior derecha de la página revelaban que lo había hecho entre veinte minutos y una hora antes de precipitarse hacia la muerte, justo después de que hablara con Poirot y este le dijera que yo nunca iba a confiar en ella.

Después de escribirla... Bueno, en la carta Pearl explicaba por qué no iba a hacerla pasar por debajo de la puerta de mi habitación, sino que la mezclaría adrede entre la correspondencia que había mantenido con Austin, con la esperanza de que yo no la encontrara en un futuro cercano. Su explicación me llenó de rabia, igual que el hecho de que la hubiera puesto por escrito; era el mensaje más irritante que yo hubiera recibido y, aunque se acerca el momento en que tendré que ponerle al corriente de todo, créame cuando le digo que habría preferido fingir que no había existido nunca..., y eso es lo que hice durante los tres días siguientes. Pues ese es el tiempo que

transcurrió antes de que en La Espita pasara algo que se alejase de la rutina normal y cotidiana, o al menos de la rutina más normal posible, dado que se habían producido dos asesinatos.

Durante ese periodo de tiempo, Poirot abandonó dos veces la bahía de Liakada por barco, y estuvo ausente durante la mayor parte del día. Se negó a dejar que le acompañara. Entonces, hacia el final del tercer día, me pidió al fin que fuera en busca de todos los residentes de La Espita y los persuadiera para que se reuniesen en la terraza comedor.

Al poco estaban todos afuera, sentados alrededor de la larga mesa. En los cuencos de piedra ardían hogueras para mantener a raya el frío del aire de la bahía, y Manos había sacado la misma pila de mantas de colores de Nochevieja para que nos envolviéramos en ellas.

—Monsieur Poirot me ha prohibido que prepare un festín adecuado para la velada —me dijo, afligido, mientras dejaba una amplia bandeja con pasteles sobre la mesa—. Solo ha permitido este pequeño aperitivo. Afirma que la seriedad de lo que tiene que contar le quitará el apetito a todo el mundo, ¡pero Manos no se lo cree! Usted probará mi *spanakopita* y mi *kotopita*, ¿sí? ¿Aunque nadie más lo haga?

Le aseguré que sí, pero el hombre no perdió su aspecto alicaído. De repente me sentí famélico, pero no me vi cogiendo uno de sus pasteles si nadie más lo hacía, y todos los demás parecían concentrados por completo en Poirot, que se paseaba de aquí para allá con paso firme y airado, preparándose para hablar.

Charles y Thirza estaban sentados cada uno en un extremo de la mesa. Austin y Nash ocupaban asientos contiguos delante de Thirza, ambos con aspecto de hombres condenados a la espera de recibir otra mala noticia. Por una vez, Austin parecía no tener interés en

reafirmar su autoridad ni en montar ningún tipo de espectáculo. A su izquierda estaba Belty Ricks, que no dejaba de mirarle con el rabillo del ojo, circunstancia de la que él no daba impresión de percatarse.

Olive y Rhoda se encontraban frente a Charles Counsell con los brazos entrelazados. Rhoda estaba pálida, había arrugas de ansiedad en su rostro. Cada pocos segundos, Olive le susurraba algo al oído y le daba unos golpecitos en la mano, como para calmarla, aunque Rhoda pareciera, si acaso, demasiado serena, casi como si ya hubiera renunciado por completo a la vida. Charles no dejaba de sacudir la cabeza, como si intentara deducir algo sin llegar a conseguirlo.

Nos acompañaban también el inspector Kombothekra, que parecía emocionado como un hombre que acabara de llegar al teatro anticipando un espectáculo inolvidable, e Irida y Yannis Grafas, algo aburrida ella y receloso él.

—Gracias a todos por haber contestado a mi invitación —dijo Poirot—, y por haber venido a escuchar lo que tengo que contarles.

—Pensaba que había sido una orden, no una invitación —dijo Thirza.

—Esto acabará muy pronto, mademoiselle. En beneficio de todos, me conduciré de manera eficiente. Déjenme comenzar diciendo que nos encontramos ante una situación de lo más extraordinaria. Dos asesinatos ha habido en La Espita y no hay un único asesino, ni siquiera dos. *Messieurs et mesdames*, en esta terraza se sientan ahora mismo tres asesinos.

—¿Tres? —repitió Nash, y olvidó cerrar la boca a continuación.

—¿Eso es todo? ¿Solo tres? —preguntó Belty, arrastrando las palabras, y miró a su alrededor para ver si alguien se reía del chiste. Nadie lo hizo.

—¿Quiere decir que... uno de los asesinatos fue cometido por dos personas? —preguntó Olive.

—*Non* —contestó Poirot—. Matthew Fair y Pearl St. Germain fueron asesinados por dos personas diferentes. Y el tercer asesino que tenemos hoy aquí es la persona que mató a Marie Doxford, la hermana de Charles Counsell.

—¿Qué? ¿Cómo es...? —Austin se interrumpió y miró a Thirza con desprecio—. ¡Esa tienes que ser tú! Charles es demasiado blando para actuar con violencia, pero tú...

—No sabes nada de mí —le dijo Thirza—. Ni sobre Charles.

—Yo no soy un blando —le soltó Charles a Austin con una especie de rugido, como si intentara probar esas palabras—. Monsieur Poirot, por favor, explíquese de inmediato. Asegura saber quién asesinó a mi hermana, y dice usted..., ¿dice que esa persona se encuentra entre nosotros? No puede ser. No fuimos ni Thirza ni yo, y aquí nadie más conocía a Marie.

—Todo eso es cierto, sí —dijo Poirot—. El asesino de su hermana decidió matarla antes de que llegaran a conocerse. Se vieron por primera vez en el momento en que se cometió el crimen.

—¡Está hablando en acertijos, hombre! —Charles se cubrió la cara con la mano.

—Eso parece, sí —coincidió Poirot—. Al enfrentarse a él, este asunto sin duda cuenta con una gran complejidad. En un primer momento, yo mismo no vi la manera de desenredar sus numerosos hilos enmarañados..., hasta que decidí concentrarme en el amplio número de contradicciones que involucraba. *Eh bien*, hice una lista y me apliqué en la labor de averiguar el significado de cada una de ellas.

»La primera contradicción fue la siguiente: a los asesinos no les gusta que les atrapen. ¡No, no les gusta en absoluto! Es algo que sé

bien. ¿Por qué anunciaría el asesino de Matthew por anticipado el crimen que planeaba cometer? Esos dos detalles parecen contradecirse mutuamente, ¿verdad? —Poirot fue mirando una cara tras otra mientras hablaba—. El asesino deseaba asesinar y debemos suponer que deseaba también salirse con la suya..., y sin embargo lanzó esa clara advertencia.

»Contradicción número dos... —prosiguió—. Mademoiselle Thirza describió de una manera muy peculiar la letra efe mayúscula de la caligrafía de mademoiselle Pearl: como una cometa cuyos hilos se tuercen hacia la izquierda. Pero no es verdad. No había nada reseñable en las efes mayúsculas de mademoiselle Pearl. Y la contradicción número tres, también relacionada con mademoiselle Thirza...

—Adoro ser el centro de atención —replicó Thirza con frialdad.

Poirot se detuvo frente a ella. Le dijo:

—El señor Counsell, su prometido, me contó que se había enamorado usted de Matthew Fair nada más verle. Olive Haslop, en cambio, dice que no fue así y que usted nunca estuvo enamorada de él.

—No soy responsable de lo que la gente diga sobre mí —dijo Thirza—. Pues claro que no me atraía Matthew. Me habrá confundido usted con Rhoda. O con Nash —murmuró entre dientes, pero estoy convencido de que no fui la única persona que lo oyó.

—Contradicción número cuatro... —Poirot siguió repasando su lista —. El desacuerdo sobre el número de pasos que se oyeron sobre la una y media de la madrugada la noche en que Matthew Fair fue asesinado. ¿Salió monsieur Fair solo de La Espita, como aseguró Thirza Davis, o tuvo razón Olive Haslop en que había alguien con él?

—Realmente la ha tomado conmigo, monsieur Poirot, ¿no es así? —dijo Thirza—. Esa manera tan tendenciosa de presentar las cosas

es tremenda. Yo me limito a «asegurar», mientras que Olive «tiene razón». No, no ha dicho usted eso, y sí, estoy retorciendo sus palabras, pero usted es lo bastante inteligente para anticipar el efecto que se genera al situar una palabra concreta cerca de un nombre en particular.

—Qué bien escoge usted sus palabras —le dijo Poirot.

—¿Y eso qué se supone que significa? —preguntó ella, impaciente.

—Solo que acaba de demostrar su capacidad para comunicarse de manera clara y directa. Sin embargo, cuando Austin le pidió que le ayudara a cometer un crimen concreto poco después de su llegada..., cuando le pidió que le ayudara a asesinar a Matthew Fair...

—¿Qué? —Rhoda emitió un grito ahogado—. Oh, no. Por favor, no puede ser verdad, señor Poirot. Austin, no es cierto, ¿a que no? ¡No es posible!

—¿Austin? —Olive parecía tan sorprendida como su hermana—. Matthew y tú os queríais tanto... Al menos yo pensé...

—Sí, así fue, y esa es la verdad: la única verdad que importa —dijo Poirot.

Austin miraba a mi amigo como si estuviera considerando la posibilidad de derribarle de un puñetazo. Observé la manera rabiosa en que esos puños norteamericanos se abrían y se cerraban, y noté que mis músculos se ponían en tensión. ¿Tendría que salvar a Poirot de una agresión física? Con total sinceridad, esperaba que no fuera así.

—Nunca tuve la intención de asesinar a Matthew, Rhoda, te lo juro —dijo Austin—. Poirot se está refiriendo a un juego estúpido.

—La prueba, sí —dijo Poirot—. Y, cuando sometió a mademoiselle Thirza a esa prueba, su respuesta fue poco clara, ¿verdad? No contestó, por ejemplo: «No, no le ayudaré a matar a nadie. Me

parece una idea aberrante, y haré todo lo necesario por impedirlo». ¿Dijo algo así?

—Ya se lo he contado —contestó Austin—. Me trató con mayor destreza y sutileza, invitándome a considerar que intentaba convertirla en mi cómplice y... obligarla a compartir mi culpa. Dijo que no podía creer que deseara hacerle daño, y que sin embargo estaba claro que pretendía unirla a mí con un lazo cómplice y culpable.

—*Oui, oui* —dijo Poirot—. También, al describir ese momento, dijo que se había dirigido a usted con la voz de «un ángel furioso y ofendido» al hablar, *n'est-ce pas?* No, espere, ahora lo recuerdo. Dijo: «Sus ojos abrasadores parecían perforar mi alma de pacotilla».

—Así es —admitió Austin—. ¿Qué relevancia tiene todo eso?

—¿Cree que mademoiselle Thirza intentó que usted se sintiera avergonzado? —le preguntó Poirot—. ¿Que, al mirarle de esa manera perforadora, pretendió que se sintiera amenazado?

—Sin duda lo consiguió —contestó Austin.

—*Non*, monsieur. De hecho, no fue así. Pero volveré sobre este tema más tarde. Antes debo retomar la lista de contradicciones, que aún no está completa. Aquí llega otra. Y de nuevo está relacionada con usted, mademoiselle Thirza. —Poirot la fulminó con la mirada—. Y con mademoiselle Belty también: ¿cómo es posible que estuviera en el salón, jugando con usted al gin rummy, el día que mataron a Pearl, sin abandonar la habitación, y que a la vez estuviera hablando en la escalera con Pearl St. Germain?

—Eso ya se ha explicado —dijo Belty—. Thirza y yo cometimos un error. Las dos olvidamos que salí de la habitación. Luego, cuando nos lo señalaron, lo recordamos.

Poirot sacudió ligeramente la cabeza y le dijo:

—Me parece fascinante que, el día del asesinato de mademoiselle Pearl, mademoiselle Thirza y usted decidieran pasarse horas jugando a las cartas juntas cuando hasta entonces no las había visto decirse una sola palabra. Incluso había visto a mademoiselle Thirza evitarla a usted un par de veces de una manera que, no se puede negar, fue hostil.

Asentí con la cabeza, pues yo también lo había visto.

—Sin embargo, de repente, ¿se pasan unas horas jugando a las cartas? —preguntó Poirot—. Ese cambio tan súbito en su relación se me antojó una... contradicción improbable. Así que me pregunté: una de dos, ¿fingieron antes con meticulosidad que no eran amigas o fingieron ser amigas cuando Pearl murió y las dos necesitaron una coartada? No podían ser ambas opciones a la vez. Pero es interesante, porque las dos opciones son consistentes con el hecho de que una le proporcionara una coartada a la otra.

—Vale, lo admito —dijo Belty—. Nos inventamos la historia del gin rummy. Thirza y yo no somos amigas, pero tenemos una relación bastante amable. Y ninguna de las dos matamos a Pearl, y no queríamos que nos echaran la culpa, así que... nos aliamos.

—Serás tonta, Belty —espetó Thirza—. Ahora usará eso en nuestra contra, ya lo verás.

—No, no lo hará —dijo Belty con calma—. Porque lo comprende, ¿verdad, monsieur Poirot? Las dos estábamos solas cuando mataron a Pearl, no teníamos a nadie que respondiera de nuestra inocencia, así que decidimos ayudarnos entre nosotras. Piense en ello como si una persona inocente acudiera en ayuda de otra persona inocente.

—Bastante amable —dijo Poirot—. Así describiría su relación, ¿sí? ¿Quiere decir que es bastante amable para tratarse de dos personas que se conocieron aquí, en la bahía de Liakada? ¿Sin ninguna relación previa entre ambas?

—Así es —dijo Belty.

—No, eso es mentira —dijo Poirot con sencillez—. Hubo una relación previa a su llegada a La Espita... Sin embargo, al principio no pude identificar de cuál se trataba, ni por qué estaba tan seguro..., ¡hasta que me acordé de Londres!

Como es natural, agucé el oído. Fuera lo que fuese lo que iba a contarnos, esa era la razón por la que Poirot me había animado a que pensara en la ciudad que tenía por hogar. Aun así, no pude anticipar lo que estaba por venir.

—Desde que llegué a Lampero, les he oído mencionar sus lugares de procedencia en Inglaterra o en Estados Unidos —dijo—. Lugares de los que no había oído hablar nunca, como Appleby-in-Westmorland..., que es de donde vino monsieur Fair, ¿verdad?, y otros como Oxford y Dorset, que fueron el hogar de Olive y Rhoda Haslop. Usted, mademoiselle Belty, tiene acento norteamericano, como Austin Lanyon. Por tanto, es sencillo suponer que vino de Estados Unidos, como debió de suceder en su momento..., pero su casa en Inglaterra, antes de llegar aquí, estuvo en Londres. Durante la cena de Nochevieja, tanto usted como monsieur Charles Counsell mencionaron lugares conocidos de Londres. Usted dijo que acudía con regularidad al hotel Savoy, y monsieur Counsell señaló que su casa estaba cerca del hotel Cecil, ya demolido.

Poirot se acercó a Belty con expresión acusadora en los ojos.

—¿No es verdad que los hoteles Savoy y Cecil compartían una vecindad tan cercana que fueron edificios contiguos hasta que el Cecil fue demolido? Y, si Charles Counsell y Belty Ricks vivieron cerca de esos establecimientos, me pregunté: ¿era posible que se hubieran conocido en Londres antes de venir aquí? ¿Y era esa quizá la razón por la que Thirza Davis sabía de Belty Ricks?

Llegada esa fase del proceso, yo observaba a Poirot con la boca abierta. «Marie Doxford», pensé. ¿Podía Belty haber conocido a la hermana de Charles, así como a este?

—En cuanto me hice las preguntas adecuadas, con la ayuda de mis conexiones londinenses, todo comenzó a encajar —dijo Poirot—. Ayer, cuando fui al continente y llamé a Scotland Yard, descubrí que eran varias las personas que habían proporcionado a Thirza Davis su coartada para el asesinato de Marie Doxford, y que entre ellas figura una tal señorita Betlinde Ricks.

Charles Counsell echó la silla hacia atrás y se puso en pie. Miró a su prometida con frialdad.

—¿Mataste a Marie y tuviste la osadía de fingir que pensabas que lo había hecho yo?

—No, monsieur. Siéntese —le pidió Poirot—. Mademoiselle Thirza no mató a su hermana. Marie Doxford fue asesinada por Betlinde Ricks.

—¿B-Belty? —tartamudeó Charles.

—*Oui.* Al proporcionar una coartada a mademoiselle Thirza se prestó también una a sí misma. Como estoy seguro de que sabrán todos, al llegar aquí mademoiselle Belty admitió haber hecho algo terrible, algo que no estaba dispuesta a contar a nadie. Fue ella quien le recomendó La Espita a Thirza, cuando las dos se hicieron amigas. Díganme, señoritas, ¿cuándo ocurrió eso? ¿Cuándo se conocieron y se dieron cuenta de que tenían en común su odio hacia Marie Doxford?

Ninguna de las dos habló.

—¿Por qué mató Belty a la hermana de Charles? —preguntó Olive. Yo también deseaba saberlo.

—Ricks es su apellido de soltera —contestó Poirot—. Ahora vuelve a conocérsela por él, pero hubo otro apellido de por medio, ¿no es

cierto, mademoiselle? —Poirot miraba con fijeza a Belty—. Cuando era más joven estuvo casada con un hombre que la abandonó por Marie Doxford después de que esta le persuadiera de que sería más feliz con ella que con usted. Mis amigos en Londres me dicen que acabó siendo mucho más infeliz y desdichado, y que se arrepintió de su decisión.

—Seguro que sí —dijo Belty en voz baja—. Esa mujer era puro veneno.

—Y fue envenenada —Poirot remarcó la palabra—. Lo hizo usted, con estricnina. Y, mientras agonizaba dolorosamente, también la cortó en pedazos con un hacha.

—Madre del amor hermoso. —Olive hizo una mueca de dolor.

—¿Piensa admitirlo o va a mentir y a entorpecer nuestro esfuerzo por desvelar la verdad? —desafió Poirot a Belty.

Poco a poco, ella comenzó a asentir.

—Sí, yo maté a Marie. La rabia me hizo enloquecer y el mal entró en mí, se me metió bajo la piel: ansiaba desquitarme. Soy consciente de que cometí una ofensa tanto contra Dios como contra la raza humana, y estoy dispuesta a enfrentarme a lo que la justicia me reserve. Estos Muy Buenos Amigos a los que he tenido el placer de conocer desde que llegué a Lampero me han perdonado de manera incondicional. Su bienvenida fue mi salvación. No importa lo que me haga la ley, mi alma goza de amor y libertad.

—¡Qué tonta eres, Belty! —dijo Thirza con voz temblorosa—. Sin tu confesión, no habrían tenido ninguna prueba. Monsieur Poirot, si alguien ha merecido alguna vez que lo envenenaran...

—También voy a responder a su pregunta sobre el día en que Thirza y yo nos conocimos —la interrumpió Belty dirigiéndose a Poirot—. Yo estaba siguiendo a Marie, pues tenía esa costumbre, esperando y deseando que tropezara y se rompiera el cuello, o que

un enorme camión cargado de carbón la aplastara. Ese día estaba a unos cincuenta metros de Marie cuando una mujer muy enojada se plantó ante ella para dirigirle la reprimenda más vituperiosa que yo hubiera oído nunca.

—Thirza —dije.

—Thirza —confirmó Belty—. Bueno, tuve que dejar de seguir a Marie y correr detrás de esa mujer tan impresionante que le había dicho todo lo que yo llevaba tanto tiempo pensando sobre ella: que era un monstruo y una mentirosa, y que después de lo que había hecho no merecía más que penurias. Y cuando me enteré de cómo se había comportado con Thirza y con Charles..., ¡bueno! —Belty le dirigió una mirada cómplice a Poirot.

—Decidió usted que no merecía seguir viva durante más tiempo —dijo él en voz baja.

—Actué por mi cuenta. —Belty contestó la pregunta misma que yo tenía en la cabeza—. Solo se lo conté a Thirza cuando ya lo había hecho.

—¿Y tú... no le dijiste nada a la policía? —Charles se volvió contra su prometida—. ¿Le suministraste una coartada a esta... a esta criatura?

—Es culpa mía que estén pasando cosas tan espantosas —murmuró Nash—. Todo es por mi culpa. Aquí hay... Charles, aquí hay personas terribles.

—No digas que no te lo advertí, colega —murmuró Austin.

—Nadie debería volver a prestarme atención nunca más —anunció Nash—. He sido un idiota de lo más reprobable.

—Yo no lo habría expresado mejor —dijo Thirza.

—Eres un hombre sabio, Nash —dijo Belty—. No debes perder la fe. No olvides la Trilogía de los Perdones.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es uno de los dones y de las enseñanzas más importantes —dijo Rhoda con fervor—. Es el paradigma del ideal del perdón absoluto. Primero perdonas al otro, luego te perdonas a ti mismo..., y lo que descubres siempre es que, después de completar esas dos etapas con éxito, todos los demás te perdonan a ti. Cuando el espíritu está en armonía, funciona siempre.

—Yo no sé si podría haber perdonado a la pobre y difunta Marie si no la hubiera asesinado —me dijo Belty, inclinándose hacia mí en tono confidencial—. Quizá suene cruel hasta el espanto, soy consciente de ello, pero lo que le hice..., bueno, me liberó. Puso fin a la rabia y el odio de golpe.

—¡Ah, sí! —Poirot parecía emocionado. Sus ojos desprendían un vívido brillo verdoso—. Sí, esa es la teoría, ¿verdad? Su teoría, que también ha sido apoyada y promovida por Thirza Davis: que matar a su enemigo, o saber de su final horripilante, ayuda a perdonarlo. Porque ¿cómo podría uno no mostrarse compasivo cuando ese enemigo ha experimentado sufrimientos peores que los que infligió? La idea de que esa persona se ha salido con la suya se ve anulada por completo. Solo queda la compasión, el odio ya no existe. Recuerde, Catchpool: ¿no se nos dijo que mademoiselle Thirza había sido incapaz de perdonar a su familia y a la de Charles Counsell, pero sí había logrado perdonar con facilidad a Marie Doxford? ¿Y por qué fue así? Pues porque Marie Doxford había muerto de manera horrible, dolorosa, aterradora. Su propio sufrimiento había sido, en el cálculo final, mayor que el dolor que le había provocado a Thirza Davis.

—Es eso, exacto —dijo Belty.

—Se trata de una teoría peligrosa, desde luego —dijo Poirot en voz baja—. En efecto, si nunca se hubiera teorizado sobre ella ni se hubiera puesto en palabras, Pearl St. Germain seguiría viva.

Capítulo 32

El tercer asesino

—Se debió solo a un accidente que usted y mademoiselle Thirza descubrieran que la teoría era cierta —le dijo Poirot a Belty—. Sucedió después de... de que se sirvieran de la violencia para eliminar de la vida de ambas al enemigo que compartían las dos. Entonces, usted se enteró de la comunidad que Nash había montado aquí, en Lampero, y le habló a Thirza Davis de ella. Thirza, por su parte, persuadió a monsieur Counsell para que viniera aquí con usted...

—Me pareció que era un lugar sensato —dijo Thirza—. Cuando una acaba de ayudar a encubrir un asesinato, tiende a pensar que no puede y no debe limitarse a continuar su vida como si no hubiera pasado nada.

—Como es natural, las dos tomaron la precaución de hacer como que no se conocían al llegar aquí —dijo Poirot.

Belty asintió con la cabeza.

—Supongo que podríamos habernos sincerado —dijo Thirza, como si se le hubiera ocurrido en ese momento—. En este lugar no nos habrían echado en cara ni nuestros subterfugios ni nuestra actividad criminal. Tampoco es que planeáramos contarle a nadie los detalles de nuestras... diversas fechorías —añadió—. Pero podríamos haberlo hecho y nos habrían dado la misma sentida bienvenida, o al menos

eso dice la propaganda. Ese es el propósito general de La Espita, ¿verdad, Nash?

—Estoy comenzando a ser de la opinión de que no existe propósito alguno —contestó el aludido en voz baja.

—Yo no iría tan lejos —le aconsejó Thirza—. Tus enseñanzas tienen su mérito, aunque me temo que no puedo decir esa palabra sin hacer una mueca. «Enseñanzas». Es un espanto pomposo. Reconoceré, no obstante, que me sorprendió sentirme tan sana y liberada al descubrir mi capacidad para perdonar a Marie y compadecerme de ella después de haber dedicado tanto tiempo a odiarla y desear su muerte. Por eso decidí instalarme aquí y darle una oportunidad a la empresa monomaniaca de Nash.

—Esa descripción es de lo más injusta —la reprendió Charles—. Nash, no debes renunciar a lo que has construido aquí. Yo te ayudaré. Todo irá bien. Aún podemos hacer que esto funcione.

—Charles tiene razón —dijo Rhoda, asintiendo con la cabeza como si no supiera cómo detenerse.

—Esperad un momento, colegas —dijo Austin—. Aún no nos han dicho quiénes son los otros dos asesinos. ¿Es que todo el mundo se ha olvidado de eso?

—Yo no —contestó Poirot.

Thirza le dijo a Charles:

—Austin tiene razón. ¿No sería buena idea averiguar quién más acabará con un nudo corredizo alrededor del cuello antes de emocionarnos haciendo planes para salvar La Casa del Delirio Jactancioso? O como vaya a llamarse en su próxima encarnación...

Poirot hizo una inclinación admirada en dirección a ella.

—Una vez más, mademoiselle, demuestra usted su facilidad para el lenguaje, lo preciso de su expresión. Sin embargo, no la usó con tanta precisión después de que Austin Lanyon la sometiera a su

prueba y le pidiera que le ayudase a cometer un asesinato. En su lugar, se comunicó usted sobre todo con los ojos: las miradas llenas de significado, las ojeadas cargadas de insinuaciones e implicaciones. Pronto descubriremos la razón.

—Monsieur Poirot, estoy bastante segura de que a nadie le interesa el método exacto de comunicación del que me haya servido en ocasiones tan diversas —dijo Thirza—. No tiene gran importancia.

—Por el contrario, tiene una importancia capital —insistió Poirot—. Lo que se dice, lo que se quiere decir, lo que se oye sin querer..., sí, todo eso tiene una gran importancia. Su prometido, monsieur Counsell, escuchó por casualidad una conversación entre mademoiselle Olive y usted. Usted le dijo algo, creo, que la llevó a contestar que no podía ser cierto, que sería una maldad engañar a la gente acerca de una cosa que podría poner sus vidas en peligro.

Poirot se volvió para enfrentar a Olive.

—Cuando le pedí que me explicara el sentido de todo ello, mademoiselle, usted me contó una mentira. Me dijo que Thirza Davis y usted habían estado hablando del asesinato de Marie Doxford. Que usted intentó persuadirla de que no debía sospechar de Charles, o por lo menos, no comentar las sospechas que tenía de manera tan abierta. Por supuesto, ahora sabemos que esas sospechas eran una farsa, pues ya sabía que Belty Ricks había asesinado a madame Doxford. Dejando eso de lado, sin embargo, su explicación sobre ese fragmento de conversación que había oído no fue en absoluto verosímil. ¿Dónde se encontraba, *précisément*, ese peligro para la vida de nadie? Marie Doxford ya estaba muerta y, cuando llamé por teléfono a Scotland Yard desde el continente, me aseguraron que habían investigado a fondo a Charles Counsell como sospechoso en el caso del asesinato de su hermana. Cuatro de sus colegas, todos ellos hombres de buena posición y dignos de

confianza, le proporcionaron una coartada..., y, en cualquier caso, damas y caballeros, sencillamente no me creí que una mujer de la capacidad intelectual de mademoiselle Olive temiera que Thirza Davis expresara sus sospechas en relación con su futuro marido en la pequeña isla de Lampero, a tantísimos kilómetros de Londres.

Poirot negó con la cabeza.

—No, no pude creer que Olive Haslop considerara de verdad que existía un peligro para la vida de monsieur Counsell. ¿Dónde, pues, radicaba ese riesgo? Y, si Olive Haslop me había mentido, ¿significaba eso que ella era la asesina?

Me di cuenta de que Olive se había puesto muy pálida y no dejaba de lanzar miradas ansiosas a Rhoda.

—Era consciente de que mataría a cuarenta inocentes antes de soñar siquiera con asesinar a Matthew Fair, de quien su hermana Rhoda estaba tan enamorada —prosiguió Poirot—. Pero ¿y si intentaba asesinar... a otra persona? Eso es lo que comencé a preguntarme...

—Pearl —dije antes de poder detenerme, intuyendo que estábamos a punto de resolver el tercer asesinato antes de llegar al segundo..., suponiendo que tratáramos el asesinato de Marie Doxford como el primero, claro.

—En efecto. —Poirot dio dos palmadas—. Mademoiselle Pearl. *Mes amis*... —Respiró hondo—. La conversación que Charles Counsell oyó entre su prometida y Olive Haslop tenía que ver con el problema filosófico, o quizá debería decir espiritual más que filosófico, de si matar a una persona o no, o de si saber que esa persona ha sufrido y ha muerto, como en el caso de Marie Doxford, puede ayudar a que uno perdone a esa persona. Monsieur Counsell oyó a Olive Haslop decirle a Thirza Davis que sería una gran irresponsabilidad por su parte fingir que eso era cierto en caso de que no lo fuera. Porque

podría tentar a alguien a cometer un asesinato a fin de poner la teoría a prueba, *n'est-ce pas?*

»Piénsenlo, damas y caballeros: ¿no podía persuadir eso a mademoiselle Olive de que intentara realizar un nuevo experimento? Sabemos el aprecio que siente hacia la experimentación científica, que la emociona sobremanera. Bien, supongo que ya había perdonado a Matthew Fair por haberle roto el corazón a su hermana pequeña, o estaba bastante encaminada a hacerlo. Veía que, a diario, él se esforzaba por reparar el daño que había causado. No obstante, en el caso de Pearl St. Germain la historia era bastante diferente. Mademoiselle Olive misma me lo confesó: no cree en el principio del perdón incondicional de monsieur Nash. ¿Qué incentivo tendría, pues, para perdonar a la mujer amoral e irresponsable que había destruido la felicidad de su querida hermana robando el corazón del hombre al que Rhoda Haslop amaba?

Poirot sacudió la cabeza con vigor.

—Ese incentivo no existía. El perdón debió de parecerle imposible..., y luego hemos de tener en cuenta que había una muy buena razón para querer quitar de en medio a Pearl St. Germain. Sin ella mariposeando, las posibilidades de que mademoiselle Rhoda tuviera un matrimonio feliz con Matthew Fair eran mucho más altas, pues él no se distraería con la presencia de la mujer a la que en cierto momento había amado más.

—¿Está diciendo que Olive mató a Pearl en parte para allanarles el camino a Rhoda y Matthew, y en parte para comprobar si lo que Thirza le había dicho era cierto y el perdón era más sencillo cuando el objeto de tu odio había sufrido lo suficiente? —pregunté.

—No. No, no, no... —gimoteó Rhoda.

—Olive, amiga mía, por favor, diga que no es cierto. —Había lágrimas en los ojos de Konstantinos Kombothekra.

Olive no dijo nada durante un rato largo. Cuando habló, lo hizo con voz calma:

—No tuvo nada que ver con allanarles el camino —dijo—. Matthew carecía de cualquier posibilidad con Pearl. Se había acabado. No, lo que me enardeció fue el experimento, su carácter impredecible. La verdad es que no había manera de adivinar cuál sería el resultado. Además, monsieur Poirot, usted no estará de acuerdo, soy consciente de ello..., pero hubo de por medio un gran volumen de altruismo. Verá, sabía que el mundo sería un lugar mejor sin Pearl. ¿Y no es eso lo que se supone que estamos haciendo aquí: crear un mundo mejor? Cuando pensé en el sufrimiento que muchos dejarían de sentir si... si se la eliminaba de la ecuación... Y la idea en la que insistía Thirza me pareció demasiado bonita para ser verdad. Ella estaba convencida de que perdonaría a Pearl al instante en caso de que sufriera una muerte horripilante. «¿Y si lleva razón?», pensé para mí. Y entonces me dije: «¿Y si disfruto perdonando a Pearl, y perdonándome a mí misma por su asesinato, y si al final acabo convirtiéndome en una persona mucho mejor?». Me pareció muy improbable... Sin embargo, a Thirza se la veía más contenta que unas pascuas de haber perdonado a Marie. Lo llamaba su «mayor logro». ¡Quizá yo también podría disfrutar de nuevo de un gran logro! Mientras especulaba con ello, tuve la sensación de que quizá sí que me encontraba a un paso de la salvación. Me invadió la curiosidad sobre lo que experimentaría y me pregunté si sería una sensación en lo más profundo de mi alma o más bien una actitud mental..., y, de repente, volví a sentirme como una jovencita, igual que cuando el profesor Yaxley y yo realizábamos juntos nuestros experimentos científicos. ¡Los viejos buenos tiempos!

—Olive, por favor, dime que no lo hiciste —dijo Rhoda, llorando.

—Me temo que sí, queridísima Rhoda. —Olive estiró la mano para darle un apretón cariñoso en el brazo.

El inspector Kombothekra gimió como si le aquejara un dolor físico.

—Entiendo. —Charles Counsell asintió con la cabeza—. Sí, entiendo. ¡Cielo santo! —Hasta entonces no le había visto tan optimista y animado. De verdad que la gente reaccionaba a las cosas de maneras muy raras, pensé. Charles le dijo a Poirot—: Entonces, lo que oí que Olive le decía a Thirza fue: «No hagas como que esto va a funcionar sin duda a menos que tengas esa certeza. Sería una maldad, ya que pondría en peligro la vida de Pearl y también la mía, en caso de que me pillaran».

—*Exactement* —dijo Poirot.

—¿Fue también usted la responsable de la primera vez que intentaron matar a Pearl? —le pregunté a Olive—. Cuando ella le echó la culpa a una cabra...

—Sí —contestó Olive—. Yo fui la cabra.

—¡No! —se lamentó Rhoda—. Estás mintiendo. No pienso creérmelo. —Aunque estaba sentada, su cuerpo parecía mecerse y ceder.

Charles Counsell se le acercó y se sentó a su lado. Tomó las dos manos de la mujer en la suya y le dijo:

—Aguanta, Rhoda. Eres la más fuerte de todos nosotros. Tan solo tienes que reconocer esa cualidad en ti misma.

—Díganos lo que pasó el día de la muerte de Pearl St. Germain, mademoiselle —le pidió Poirot a Olive.

Ella pareció encantada de acceder:

—Espié la conversación en la escalera entre Belty y Pearl, cuando denigraron mi aspecto físico. Fue a las tres menos veinte, y en realidad se trató de un diálogo brevísimo. En cuanto Belty se fue,

seguí a Pearl a su habitación y... Bueno, estoy segura de que no hará falta que se lo deletree. —Bajó la vista—. Sucedió a las tres menos cuarto, tal cual dijiste, Irida. La verdad es que no se te escapa nada. Ah, y te mentí, Edward —dijo, y añadió con aire pesaroso—: Tú no sabías cuándo habías salido exactamente de aquí para ir caminando hasta la playa de Agios Dionysios, así que yo te dije una hora y tú la aceptaste como si fuera la verdad. De hecho, te fuiste bastante más tarde de lo que te dije, justo cuando yo me aprestaba a darle un buen empujón a Pearl. Entonces hice lo que me había propuesto y, debo decíroslo a todos, amigos míos, me sentí feliz. En efecto, me sentí libre..., liberada, tal y como me había prometido Thirza. Pero te equivocaste en la parte del perdón, Thirza. El odio que sentía hacia esa mujer detestable no varió un ápice y no la he perdonado, ni siquiera un poquito. Aun así, no me arrepiento de haber hecho la prueba, aunque vaya a costarme la vida. Estoy orgullosa de haberle dado una oportunidad a este experimento tan osado. Sé que el profesor también estaría orgulloso de mí.

—Dios santo en el cielo... —murmuró Nash.

—Bueno, sí —dijo Olive con entusiasmo—. Tú también deberías estar orgulloso de mí, Nash. Porque lo intenté, aunque fracasara. Si el perdón es la mayor virtud posible, tal y como dices siempre, debo merecer algún crédito por estar dispuesta a probar lo único que podría haber marcado la diferencia de cara a que perdonase a Pearl.

—¿Qué hay de Matthew? —La voz de Nash era apenas un susurro —. ¿Quién mató a nuestro querido Matthew?

—Ah, sí, en efecto. El último asesino —dijo Poirot—. Por desgracia, me temo que el tercer asesino no se mostrará ni por asomo tan cooperativo como en los dos primeros casos. Es igual: esa persona negligente creyó haber pensado en todo, cuando de hecho dejó dos huellas dactilares ensangrentadas en una prenda de ropa que a

continuación intentó quemar en el horno de la cocina de Manos. Fue una suerte que ese pequeño trozo de tela escapara a las llamas.

—Díganos quién mató a Matthew —exigió Rhoda con la voz más potente que yo le hubiera oído hasta entonces—. Dígalo ahora mismo.

—Lamento decir que Matthew Fair fue asesinado por la señorita Thirza Davis —contestó Poirot.

Capítulo 33

UNA CARTA DE PEARL

—Eso no tiene ningún sentido. —Charles Counsell frunció el ceño—. ¿Por qué iba Thirza a matar a Matthew? Estaba enamorada de él.

—¡Ja! —fue la respuesta que le dio su prometida, por entonces ya exprometida, sin duda.

—Es correcto del todo —le aseguró Poirot—. Voy a leerles en voz alta, si me lo permiten, una carta que Pearl escribió justo antes de que la asesinaran. Se la dirigió a Catchpool, pero la escondió en un sitio donde él no podría encontrarla, al menos en un primer momento. Esto es lo que escribió:

Queridísimo y amado Edward:

Estoy segura de que a estas alturas ya sabrás que tu inteligentísimo pero no muy agradable amigo francés, el señor Poirot, ha encontrado la correspondencia completa entre Austin y yo, con todo lo relativo al ridículo plan de Austin para matar a Matthew..., algo que por cierto él nunca se tomó del todo en serio, estoy convencida de ello.

Pero esa no es la razón por la que te escribo. Lo hago para informarte de que, nada más enterarme de que habían aparecido las cartas que Austin y yo intercambiamos (el ladrón que me las robó las dejó sobre la cama del señor Poirot), no tardé en saber

con exactitud la razón por la que mataron a Matthew y quién lo hizo. Sencillamente, ella quiso implicarnos a Austin y a mí. Por eso escribió ese propósito tan tonto en forma de poema, y con una letra deformada aposta para que se pareciera a la mía. Cuando lo hizo, sabía que al poco iba a matar a Matthew y, un tiempo después, dejaría nuestras cartas en algún sitio de manera que el señor Poirot las encontrara. Por supuesto, eso conduciría a que nos culparan a Austin y a mí del asesinato de Matthew..., o eso pensó ella.

Yo no maté a Matthew, Edward. Y, por cierto, Austin tampoco. La persona que robó las cartas fue quien mató al pobre Matthew, y sé a la perfección por qué lo hizo. (Ahí va una pista sobre su identidad: dile al señor Poirot que no se olvide de la cinta de color azul para el pelo que ataba las cartas cuando las encontró. Le he dicho que era mía, pero he mentido. Le habría contado la verdad, pero me han entrado ganas de guardarme por el momento lo que sabía).

Edward, si hubieras confiado en mí habría corrido a contártelo todo nada más deducirlo: toda la verdad, hasta el último detalle. Pero el señor Poirot me ha dicho que no confiabas en mí para nada, por mucho que más o menos me lo hubieras prometido.

Bueno, quería averiguar si confías en mí o no antes de contarte más cosas, así que te he tendido una pequeña trampa: he encontrado un montón de sangre en la cocina de Manos, que había quedado de un pedazo de carne de aspecto bastante repugnante que él había cortado al preparar la cena. Aunque se me ha revuelto el estómago, he empapado dos de mis objetos personales en ella: un pendiente de perla y mi preciosa bufanda de color amarillo. Entonces he procedido a esconderlos en un lugar donde me constaba que no tardarían en encontrarlos. Y

ahora no veo el momento de descubrir si me bombardearás con acusaciones otra vez en cuanto aparezcan y me dirás que soy una asesina despiadada, o si vendrás a mí y me dirás: «Querida Pearl, sé que no eres una asesina. Confío en ti, tal y como te prometí. Bien, ¿quién puede estar intentando involucrarte en este crimen terrible?».

Edward, ojalá superes esta prueba, porque estoy desesperada por contarte muchas cosas y por comentarlas contigo. La muerte del pobre Matthew, y lo que condujo a ella, es una historia en verdad fascinante; está relacionada de principio a fin con el amor, y por eso forma parte del que es de lejos mi tipo favorito de historia. Pero también requiere de alguna labor detectivesca, y cuenta con sus giros inesperados. En un primer momento no entendí por qué alguien decidido a ver que me culpaban y colgaban por asesinato habría de hablar en mi nombre y protegerme de la culpa cuando yo no le importo en absoluto. Ahora, no obstante, tiene todo el sentido del mundo: y lo he resuelto yo sola. Espero que te sientas orgulloso de mí, y quizá que pienses que has subestimado esta mente aguda que poseo.

Cuando acabe de escribir estas palabras, las enterraré en el fajo de las cartas que intercambié con Austin. Espero que no encuentres ni leas esta carta en particular al menos hasta que hayan pasado unos días desde la aparición de la bufanda y el pendiente. Eso debería proporcionarme un amplio margen de oportunidad para ver cómo respondes al descubrimiento de unos objetos ensangrentados que parezcan incriminarme.

Por favor, Edward, no me decepciones. Soy mejor persona gracias a ti, pero todo se echará a perder si no reconoces mi valía.

Tuya y enamorada para siempre,
Pearl

Poirot hizo una pequeña inclinación y regresó a su silla.

—¿Cómo demuestra esa carta que Thirza mató a Matthew? —preguntó Austin.

—Thirza tiene una cinta para el pelo de color azul —dijo Charles en voz baja—. O debería decir que la tenía. Llevo tiempo sin verla con ella. Ahora sé por qué.

—Debería haberme dado cuenta de que Thirza Davis asesinó a Matthew Fair mucho antes —dijo Poirot—. Como he dicho, está la contradicción entre lo que Olive Haslop dijo haber oído esa noche, los pasos de dos personas, y el recuento alternativo de mademoiselle Thirza. Olive Haslop no habría mentido para proteger a la persona que asesinó al amado de su hermana, de modo que Thirza Davis debía ser la mentirosa. Luego están los dos comportamientos inexplicables de la señorita Davis durante el juego de los propósitos: uno, evitó que Pearl St. Germain explicara el significado de «la hora de Matthew», para que eso no llevara a que Matthew Fair contara con protección pasada la medianoche. Y dos, mintió acerca de la letra de mademoiselle Pearl, diciendo que su efe mayúscula parecía la cola de una cometa llevada por el viento. Si Thirza Davis no asesinó a Matthew Fair, ¿cómo se explican esas conductas tan extrañas?

—Eso no tiene sentido. —Fruncí el ceño—. Si Thirza mató a Matthew, sin duda habría querido implicar a Pearl. ¿Por qué querría hacernos creer que Pearl no escribió la amenaza de muerte rimada?

—Es una pregunta excelente —dijo Poirot, con un gesto de aprobación—. La respuesta es, claro, que era consciente de que su letra nunca sería un calco perfecto de la de Pearl St. Germain. Y, si decidíamos que se trataba de una falsificación, ¿quién sería la sospechosa menos probable de haberlo hecho? Pues, como es

natural, la persona que hubiera levantado la voz para decir: «Esa no es la letra de Pearl».

—Sí, ya entiendo —dijo Charles Counsell.

—No obtendrán ninguna disculpa por mi parte —anunció Thirza, lo que motivó un coro de exclamaciones de conmoción alrededor de la mesa—. No siento el menor remordimiento.

—¿Ni siquiera por haber caído en el más viejo de los trucos para atrapar a un asesino que existen? —le preguntó Poirot—. Las huellas dactilares ensangrentadas que he mencionado antes... me las he inventado. Gracias, de todos modos, por su confesión.

Thirza se encogió de hombros, altanera.

—Sigue sin saber por qué maté a Matthew, ¿verdad? Y no lo averiguará nunca, porque no pienso contarle a nadie el motivo.

—Permítame que lo explique por usted —dijo Poirot—. Ya me corregirá si cometo algún error. Fue el amor lo que la llevó a hacerlo, ¿no es así? Un amor feroz y apasionado, que no tardó en transformarse en un odio candente cuando se reveló no correspondido. Pero no hacia Matthew Fair, sin embargo. No, no fue por él. Monsieur Fair no fue el destinatario ni de su amor ni de su odio.

Thirza estaba boquiabierta. A veces, como en ese momento, resultaba muy satisfactorio observar las reacciones de quienes de repente se daban cuenta de que habían subestimado a Hércules Poirot.

—Amaba usted a otra persona —le dijo a Thirza—. Solo dirigió su adulación y sus atenciones hacia monsieur Matthew en Nochevieja, a fin de no parecer sospechosa después, cuando lo acuchillara hasta la muerte. Esa era una de las contradicciones de mi lista: Charles Counsell me contó que era evidente que usted llevaba un tiempo enamorada de Matthew Fair. Sin embargo, según Olive Haslop, no

había demostrado ningún interés particular en él. Eso me llevó a preguntarme: ¿y si ambas opciones eran correctas? ¿Y si había estado enamorada durante un tiempo, solo que de otro residente de La Espita? De Austin Lanyon, por ejemplo...

De repente, Austin se puso alerta, como si alguien hubiera tirado de su cabeza con una cuerda.

—Cuando puse a prueba esa teoría, deduje de inmediato que monsieur Lanyon sigue sin entenderlo —dijo Poirot—. Las palabras enigmáticas que usted le dirigió después de que él le pidiera, como parte de su extraño test de personalidad, que le ayudara a matar a monsieur Fair... Se trató del tipo de comunicación indirecta y más o menos coqueta de una mujer enamorada, *¿n'est-ce pas*, mademoiselle?

—Váyase al infierno, Poirot —le espetó Thirza—. ¡Ojalá se muera!

—¿Me amabas? —le preguntó Austin—. ¿Tú?

—Así es —confirmó Poirot—. Y mucho. Usted no se lo esperaba, ya que ella había llegado a Lampero con un prometido a remolque. Para muchas, eso habría representado una barrera. Por eso pensó usted que ella intentaba hacer que se sintiera culpable, cuando en realidad le estaba mandando un mensaje muy diferente: le estaba sugiriendo que, puesto que no habría tenido usted problema para asesinar a Matthew Fair sin su ayuda, era evidente que solicitaba su colaboración a fin de hacer que formara parte «para siempre de la conspiración de un asesinato», o lo que fuese que le dijo. Usted pensó que la horrorizaba que hubiera intentado poner en peligro su alma y su fibra moral de esa manera, *mais non*. ¡Se sintió halagada! Encantada, incluso, porque la hubiera escogido para esa tarea tan importante, ese honor único. Su conducta hacia usted se volvió intensa de repente, ¿verdad?

—Sí. —Austin frunció el ceño—. Así fue. Pensé que...

—Me describió la intensidad con que le miró, mientras sonaba como «un ángel furioso». ¡Qué manera de malinterpretar esa mirada! Esos ojos que no dejaban de seguirle por todos lados..., ¡tal y como los ojos de Pearl St. Germain seguían a Catchpool! Fue entonces cuando se me hizo evidente: su descripción del comportamiento de mademoiselle Thirza coincidía a la perfección con la actitud de mademoiselle Pearl en presencia de nuestro Catchpool, de la que yo había sido testigo con mis propios ojos. Así que ¿cómo se sintió Thirza Davis cuando vio a Austin Lanyon reuniéndose y cuchicheando con su nueva cómplice, Pearl St. Germain, su sustituta, tal y como debió de interpretarlo ella? Fue entonces cuando mademoiselle Thirza comenzó a envidiarle y a odiarle, monsieur Lanyon.

Poirot paseó la mirada por los rostros de todos los presentes.

—Recuerden, damas y caballeros, que Thirza Davis ignoraba que el plan de Austin Lanyon era un cuento, una simulación. Ella pensaba que lo decía en serio. Entonces él le contó que había cambiado de idea... e imagínense lo conmocionada que se sintió cuando le vio manteniendo conversaciones furtivas con mademoiselle Pearl y, a continuación, se encontró el paquete de cartas que los dos se habían escrito.

»¿Y qué le contaron esas cartas? ¡Que monsieur Lanyon la había reemplazado por la señorita St. Germain! Ella no sabe entonces que él está poniendo a prueba a la última persona en llegar a La Espita. Como es natural, deduce lo mismo que cualquier otro: que la han engañado y que el plan para asesinar a monsieur Fair sigue de lo más vivo, solo que monsieur Austin ha deseado sustituirla por mademoiselle Pearl. Allí estaba ella, dispuesta a arriesgarlo todo por él cometiendo un asesinato, solo para que él tuviera la audacia de

escoger a otra cómplice, una más joven y quizá más hermosa, pero con una personalidad mucho menos sustanciosa.

Poirot se dirigió a Thirza:

—Ignoro en qué momento su amor por monsieur Lanyon se transformó en el deseo de verle ahorcado, pero fue antes de Nochevieja, cuando escribió el propósito rimado con la esperanza de que los demás lo confundiéramos con una creación de Austin y de Pearl. Eso me desconcertó en un primer momento, hasta que me di cuenta de que era necesario que hubiera un aviso del asesinato, y que este implicara a sus dos objetivos. Tenía que asegurarse de que tanto la letra de Pearl como la costumbre de escribir poesía en el caso de Austin quedaran asociadas en la cabeza de todo el mundo con la amenaza contra la vida de Matthew Fair, de manera que, al morir este, les echaran la culpa.

—¿Les habrías dejado que me colgaran, Thirza? —preguntó Austin —. Creo que no habrías podido resistirte a salvarme en el último momento.

—Oh, no estés tan seguro, cariño —dijo ella—. He sentido mucho más placer odiándote que cuando te amaba.

—¿Por qué mintió al decir que Matthew había salido solo y que usted fue a ver cómo estaba Charles? —le pregunté—. ¿Por qué no se limitó a fingir que dormía o corroboró la versión de Olive? O, se me ocurre ahora, ¿por qué no dijo que había visto a Austin y a Pearl acompañar a Matthew al exterior?

—Eso habría sido demasiado —contestó ella—. No quise llegar tan lejos... y, sinceramente, estaba segura de haber hecho ya lo suficiente. No tenía la menor duda de que colgarían a Austin y Pearl por el crimen en cuanto me asegurara de que aparecían las cartas. Y... supongo que quise decir la verdad hasta donde me fuera posible. Lo cierto fue que no estaba dormida. Le había pedido a Matthew que

se encontrara conmigo en la terraza comedor a la una y media, le dije que tenía que comentarle algo importante. Él aceptó, claro, y prometió no contárselo a nadie. Matthew se pirraba por ser obediente con casi todo el mundo. Por una vez fue puntual, y apareció a la hora correcta. Los pasos dobles que Olive oyó saliendo de la casa fueron los de Matthew y los míos.

—Muy bien —dijo Poirot—. Creo que todo ha quedado claro al fin.

—Lamento mucho que Matthew tuviera que morir. —Thirza paseó la mirada alrededor de la mesa—. Pero nunca me convenceréis para que me culpe a mí misma por lo que le pasó. ¡Yo te culpo a ti, Austin, y a ti, Nash, y a la zorrita de Pearl, de cuya muerte me alegro en el alma!

—Yo no —dije, sorprendiéndome a mí mismo. Me di cuenta de que había perdonado a Pearl por comportarse de una manera tan tonta. Me parecía trágico que su vida hubiera acabado a una edad tan temprana, y después de haberla vivido con tanto desatino. Una tragedia doble.

«Madre mía, ¿es posible que Nash tuviera razón?», reflexioné mientras notaba un alivio perceptible en la carga de resentimiento que llevaba dentro. El disgusto que sentía hacia Pearl se había transformado casi por completo en compasión. No la sentía en absoluto, ni una pizca, hacia Belty Ricks, Olive Haslop o Thirza Davis. Quedaba por ver si eso iba a cambiar en cuanto las autoridades griegas hicieran con esas tres mujeres malvadas lo que en su debido momento tendrían que acabar llevando a cabo.

Epílogo

¿Fue ese el final de la historia? No para todo el mundo, por fortuna. Me alegra (sí, con sinceridad, por extrañas que sean sus creencias) poder informar de que Charles Counsell se casó con Rhoda Haslop y los dos dirigen ahora la Casa de la Eterna Bienvenida en la bahía de Liakada, que ha tenido varias incorporaciones nuevas; entre ellas, la del antiguo inspector Konstantinos Kombothekra, que se ha jubilado del trabajo policial.

Me dicen que La Espita tiene nuevos muebles, cómodos y modernos, y, aunque por desgracia el asesinato de Matthew Fair no fue la última muerte del año en la Casa de la Eterna Bienvenida —ese título correspondió a Pearl St. Germain—, la paz y la iluminación han prevalecido allí desde entonces.

Al margen de Charles y Rhoda Counsell, ninguno de los Muy Buenos Amigos sigue en la casa. Austin Lanyon regresó a Estados Unidos poco después de los dos asesinatos y Nash Athanasiou se fue con él. Los dos se han pasado los últimos seis meses trabajando en la fábrica del tío de Austin en Moniteau County, Misuri.

Supongo que el lector con buena memoria estará esperando a conocer el motivo por el que, en mi opinión, la lista de propósitos de Año Nuevo que compartí al principio de esta historia podría haber solucionado los dos asesinatos de la bahía de Liakada en caso de que yo hubiera realizado un estudio serio de ellos. Es muy sencillo: al margen de Thirza Davis y Olive Haslop, todo el mundo se propuso

hacer algo concreto y tangible. Alterar una costumbre, realizar una tarea, erradicar un rasgo de su carácter de escasa utilidad... En cambio, tanto Olive como Thirza escribieron unos propósitos muy vagos: «Estar abierta a aprender cosas nuevas y no permitir que me aflija la intolerancia» (esa fue Olive, pensando en el experimento de matar a Pearl para ver si eso le inspiraba el perdón), y «Crear un mundo mejor y más justo» (esa fue Thirza, refiriéndose a su esfuerzo por hacer que colgaran a Pearl y a Austin por un asesinato que no cometieron, algo que a sus ojos habría sido un acto de justicia, ya que ambos la habían agraviado y eso era lo único que contaba en su ajuste de cuentas moral).

Me siento obligado a decir que, hasta el día de hoy, Poirot no ha dejado de menospreciar mi aseveración de que los asesinatos se habrían podido resolver a través únicamente de la lista de propósitos de Año Nuevo.

—¿Qué hay de mademoiselle Belty Ricks? —objetó—. En su propósito había un cambio de comportamiento específico, el de levantarse temprano, y ella también cometió un asesinato.

—Ah, sí —contesté—. Pero su asesinato había tenido lugar en el pasado, ya estaba cometido. No tuvo que hablar en términos abstractos y casi enigmáticos sobre lo que planeaba hacer..., a diferencia de las dos asesinas que aún no habían perpetrado sus crímenes.

—¿Y qué me dice de su resolución, Catchpool? La de vivir junto al mar. ¿La llevará a cabo?

—Si dijese que sí, ¿seguiría invitándome a resolver casos misteriosos con usted? —le pregunté.

—*Bien sûr, mon ami.*

—Entonces, bien. —La respuesta me dejó sin excusas para no hacerlo, lo que a su vez me llenó de miedo—. Ya veremos lo que

pasa —dije.

—Me parece que hay una vacante para el puesto de inspector de policía en una pequeña isla griega —dijo Poirot, intentando esconder su sonrisa—. Ay, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí, Lampero! Hogar de ese genio del crimen imposible de atrapar que lleva por nombre Kefáli Stin Ámmo...

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, siento un agradecimiento enorme hacia James y Mathew Prichard, la familia Christie, todo el mundo en Agatha Christie Ltd., David Brawn, Millie Kiel y el equipo de HarperCollins, todos los empleados de William Morrow, los varios editores internacionales de mis novelas de Poirot; Peter Straus, mi agente, y el equipo de Rogers, Coleridge & White.

Gracias a Emily Winslow y Kate Jones por sus intervenciones editoriales, y a Alex Crompton por su ayuda a la hora de planear los capítulos uno por uno. Un agradecimiento especial a Dan Jones por ayudarme a describir los paisajes de las islas griegas ¡y a inventar nuevos mitos!

Gracias a la empresa Skyros Holidays, cuya hermosa casa en la bahía de Atsitsa me sirvió de inspiración para La Espita (es igual de acogedora, pero con mucha menos sangre en sus paredes).

El último crimen del año
Sophie Hannah

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Last Death of the Year*

The Last Death of the Year © 2025 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT, the Agatha Christie Signature and the AC Monogram Logo are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com



Diseño e ilustración de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© por la traducción, Milo J. Krmpotic, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): novembre de 2026

ISBN: 978-84-670-8445-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Prólogo. Propósitos de año nuevo
Capítulo 1. Llegada a Lampero
Capítulo 2. LA Casa de la Eterna Bienvenida
Capítulo 3. Las reglas del juego
Capítulo 4. Secretos, sorpresas y mentiras
Capítulo 5. La primera mención de un asesinato
Capítulo 6. Error a medianoche
Capítulo 7. Se tarda más en matar que en morir
Capítulo 8. La primera muerte del año
Capítulo 9. Las sospechas del inspector
Capítulo 10. Cuando el perdón va demasiado lejos
Capítulo 11. Otro poema empeora la situación
Capítulo 12. Lo que Pearl sabía
Capítulo 13. La cabeza en la arena
Capítulo 14. Charles se quita un peso de encima
Capítulo 15. Thirza, la implacable
Capítulo 16. La votación de Belty Ricks
Capítulo 17. Lo que Thirza sabía
Capítulo 18. El experimento de Olive y el dilema de Rhoda
Capítulo 19. Una confesión impactante
Capítulo 20. Poirot se cura de la fobia
Capítulo 21. Otra confesión impactante
Capítulo 22. Trucos de cocina y preguntas candentes
Capítulo 23. Pearl hace un trato
Capítulo 24. Razones heterogéneas
Capítulo 25. Un manojo de cartas
Capítulo 26. Las opiniones de Olive
Capítulo 27. Asesinato al segundo intento
Capítulo 28. Complicaciones con la bufanda amarilla
Capítulo 29. Olive vuelve a opinar

Capítulo 30. El enigma de la «F» mayúscula
Capítulo 31. Una trilogía de asesinatos
Capítulo 32. El tercer asesino
Capítulo 33. Una carta de Pearl
Epílogo
AGRADECIMIENTOS
Créditos